
Apasionada Tentación
CARLOTA MANZANO

Apasionada Tentación

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
Apasionada tentación
Carlota Manzano
©enero, 2025
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo

Capítulo 1



«Dicen que más tarde o temprano todo llega, y es algo que es generalizado porque no falla nunca. Lo que está por suceder siempre encuentra el camino para que ocurra, y, a veces, se da de una forma tan inesperada e increíble que cuesta de creer. ¿La atracción y el deseo pueden desencadenar en algo muchísimo más grande? Ya lo creo que sí, solo tienes que estar dispuesta a descubrirlo sin miedo. Siéntelo y disfrútalo porque lo que es para ti, te acompañará siempre».

Evie

—¿Cuánto falta? —Quiso saber Maya.

Ya habíamos perdido la cuenta de las veces que había hecho la misma pregunta. A David le dio por reír, era el que conducía. No debía faltar mucho para estar cerca de nuestro destino, después de llevar metidos en el coche casi tres horas.

—Solo por lo pesadita que estás, voy a alargar el recorrido —le respondió en tono de humor.

—Una leche, pobre de ti. —Bufó ella.

—Ya mismo llegamos, ¿no? —Giré la cabeza hacia mi amigo, yo iba en el asiento del copiloto.

—En unos quince minutos, aproximadamente —sonrió de medio lado—. A unos cinco hay una gasolinera, pararé a repostar para tener el depósito lleno.

—Guay.

—Muy bonito, muyyy bonitooo… A Evie le respondes y de mí pasas, y para colmo me picas —se quejó Maya.

—Es lo que tiene mantenerse callada gran parte del viaje, toma nota. —Rio David.

—Tendrás valor… —Jadeó.

—El que quieras y más. —Le hizo un guiño por el espejo retrovisor.

—¡Sube el volumen! ¡Me encanta esta canción! —me pidió alzando la voz.

Lo hice, aunque se escuchó más a Maya que a la música que salía de los altavoces. Mientras ella cantaba emocionada, moviéndose en los asientos traseros, dándolo todo, David y yo sonreíamos mirándonos de reojo.

—No os veo muy animados —dijo cuando se calmó—. ¿No os hace ilusión la semana de aventuras que vamos a pasar? —Se asomó entre los asientos delanteros.

—¿Cómo quieres que estemos? ¿Saltando? Por si no te has dado cuenta estoy conduciendo —negó David.

—Tus pies, manos y ojos que no se despisten ni lo más mínimo. Pero digo yo, tu emoción podría notarse cantando o yo qué sé.

—En cantar estaba pensado yo. ¡Claro que sí! —Soltó una carcajada.

—Aguafiestas. —Le sacó la lengua.

—Siéntate bien —le pedí.

La carretera más curvas no podía tener. Normal, era de montaña. Desde hacía una hora y media el paisaje que nos acompañaba era como de postal, precioso; árboles altos y espesos, destacando el verde intenso en sus ramas. Daba la sensación de que se entrelazaban entre ellos a lo largo del camino.

Como había dicho Maya, teníamos por delante una semana completa para desconectar. Para mí, lo más importante era el aislarme de la rutina, lo de las actividades me hacía ilusión, claro que sí, pero no eran el punto fuerte. En general me encantaba practicarlas todas, pero para ser sincera, algunas se me resistían por la época del año que era, por el frío que hacía.

Igualmente estaba segura de que la experiencia merecería la pena. Solo con estar en contacto con la naturaleza, con la paz que daba, lo de no llevar bien ciertas actividades que estaban incluidas en el *pack* que habíamos comprado, quedaba en un segundo plano.

Tenía claro que sería divertido porque las risas no iban a faltar. El final de nuestro viaje era un campin que estaba ubicado a varios kilómetros antes del pueblo al que pertenecía. La idea fue de David, nos animó a hacer una escapada y a coger algunos días extras de vacaciones. Teníamos por delante un puente largo al que le habíamos sumado días, hasta convertirlo en una semana completa.

Cuando él nos enseñó el campin y nos contó su idea para disfrutar juntos, me pareció genial el plan. El lugar me encantó, me quedé maravillada. Íbamos a hospedarnos en un hotel que formaba

parte del campin. Estaba en su interior, como los bungalós y las zonas de acampada. Nuestra primera opción fue reservar un bungaló, pero no tuvimos suerte, estaban todos ocupados.

David se desvió hacia la gasolinera y paró al lado de un surtidor. Aprovechamos para bajarnos todos del coche, y así estirar las piernas.

—Joder, qué gustazo —dijo Maya.

Sonreí viendo cómo movía las piernas.

—¿Queréis algo de beber? —les pregunté.

—Yo tengo hambre. —Arrugó la nariz Maya.

—Son las dos y cuarto, casi hemos llegado. En cuanto descarguemos el coche iremos al restaurante del hotel a comer.

—Vale, por ahora me conformo con una botella de agua. —Hizo una mueca—. Te acompaño. —Se puso a mi lado.

—¿Agua también? —Me dirigí a David.

—No, estoy bien. —Me hizo un guiño y sonreí.

Un trabajador de la gasolinera llegó para llenar el depósito, mientras David se quedó con él, nosotras entramos para comprar la bebida y aprovechamos para ir al baño. Cuando terminamos y salimos, nos paramos en la pequeña acera de la entrada, a un lado de ella para no estorbar.

—Chin chin. —Levantó su botella Maya.

—Da mala suerte brindar con agua —sonreí mientras abría la mía.

—Bah, eso dicen, pero más mala suerte es estar sedienta y no poder beber.

—También es verdad. —Reímos chocando las botellas pequeñas.

Bebimos en silencio observando hacia delante. Al menos yo solo me centré en David que conversaba con el chico de la gasolinera mientras terminaba, pero Maya…

—Joder, ¡qué pasada!

—¿El qué? —Quise saber.

—¿Hacia dónde estás mirando? —Me dio un golpecito en el brazo.

—¿Al frente? —hablé divertida.

—¿Y no has visto el coche que está ahí parado? —Me hizo una señal disimuladamente.

—Hay cuatro vehículos, incluido el de David…

—Ya, pero sin contar a nuestro amigo, de los demás ninguno tiene ese pedazo de dueño. —Empezó a mover la cabeza como si tuviera un tic.

Reí mientras dirigía la vista hacia el hombre al que se estaba refiriendo. Me llevé la botella de agua a los labios, observando que tenía razón. Verlo fue una alegría para la vista y para todos los sentidos, no tenía desperdicio. Desapareció durante unos segundos, cuando abrió la puerta trasera y metió el cuerpo en el interior. Salió con una pequeña mochila en la mano y empezó a caminar hacia nosotras.

Ja, ya quisiéramos, si venía hacia nuestra dirección era porque estábamos al lado de la puerta.

—Madre mía, cómo camina. —Jadeó Maya.

Apreté los labios, conteniendo una carcajada. Sus reacciones y expresiones eran las que me hacían gracia, no porque estuviese equivocada. Si la apariencia parada del hombre llamaba la atención, verlo en movimiento ya era… Él no apartó en ningún momento la mirada de la puerta de la tienda de la gasolinera.

Le di un pequeño codazo a Maya para que no fuese tan descarada, al menos para cuando pasara por nuestro lado, pero no reaccionó ni me hizo caso. Desvié la atención, dirigiéndola hacia el lado opuesto del chico, hasta que algo que hizo mi amiga me dejó con la boca abierta.

—Uy, lo lamento. No sé cómo ha llegado hasta ahí, tengo las manos tan frías que se me ha resbalado.

La miré con los ojos abiertos al máximo. Para empezar, no lamentaba nada porque lo había hecho a propósito, y para continuar, claro que sabía cómo su botella había terminado en los pies del chico. Teniendo en cuenta la distancia que había y encima él estaba a nuestra derecha… Y lo había rematado con lo de que se le había resbalado, lo que no era creíble porque si fuera así, la botella habría rodado por delante de nuestros pies.

Giré la cabeza despacio, hacia el chico. Suerte de que él no terminó en el suelo, bien podría haberse caído tropezándose con la dichosa botella. En cambio, dejé los ojos fijos en la bota que pisaba el plástico, pero sin llegar a ejercer presión porque aún quedaba agua, estaba a la mitad.

Levanté la vista despacio, encontrándome con que esta vez sí, teníamos toda la atención del hombre.

—¿Resbalado? —dijo en un tono que no daba margen a error, se había molestado y con razón.

Al escuchar su voz, el vello se me erizó. Era grave y con su apariencia y lo que transmitía le iba perfecta para rematar el conjunto. Esta situación no contaba porque lógicamente si se había enfadado… Pero me daba que no era de sonreír mucho. Su semblante era serio, distante y cortante, aposté a que ahora mismo las dos le molestábamos. Me incluyo porque dejó de mirar a Maya y fijó los ojos en mí.

—Mi amiga es un poco torpe a veces, seguro que al resbalársele de las manos ha querido cogerla y le ha dado un golpe, desplazándola.

Su ceño se frunció ligeramente, pero no abrió la boca para decir otra cosa. En cambio, miró hacia delante y entró en la tienda.

—Madre mía —dijo Maya, abanicándose la cara con las manos.

Tened en cuenta que al aire libre podíamos estar perfectamente a siete grados.

—¡Te has vuelto loca! —Me giré hacia ella, casi susurrando.

—¿Yo? ¿Qué dices? —Se hizo la incrédula.

—Coge ahora mismo la botella —le pedí nerviosa.

—Tranquilízate. No ha pasado nada, bueno sí, que se ha parado a hablar con nosotras. —Rio.

—¿Hablar? ¿A la palabra que ha dicho, le dices hablar? Suerte has tenido de que no ha vaciado la botella en tu cabeza. —Bufé—. ¿Cómo se te ocurre? Podría haberse caído o algo peor. ¡Qué se la has lanzado a los pies mientras caminaba! —Moví las manos, de forma exagerada.

—Tampoco es para tanto, y claro que ha hablado, pero es que lo más importante no es eso.

—No quiero saber lo siguiente —negué—. Coge la botella porque al final te la echo yo por encima.

—¡Qué poco espíritu de aventura! —se quejó, pero sin poder parar de reír mientras iba a por la botella.

—La aventura la que vas a vivir tú, a lo grande. —Puse los ojos en blanco—. Vámonos antes de que salga. —Empecé a caminar hacia el coche de David.

Ya no estaba en el surtidor, lo había movido para que el siguiente coche repostara. Nos esperaba en un lateral, fuera del coche. Estaba apoyado en la puerta del conductor, con los brazos y piernas cruzadas, observándonos. Conforme nos fuimos acercando identifiqué su expresión entre la incredulidad y la diversión, había visto la escena.

—¿Habéis vuelto a la adolescencia? —nos preguntó al pararnos frente a él.

—A mí no me incluyas —negué haciendo una mueca.

—Yo siempre será una adolescente revolucionada por las hormonas si me encuentro con un hombre como… —Señaló hacia la gasolinera.

—¿La edad no te da la capacidad de iniciar una conversación normal? —le preguntó levantando una ceja.

—Yo estoy abierta a todo. —Levantó las suyas a la vez, en un gesto divertido.

—No tienes remedio. —Soltó una carcajada.

—¿Podéis hablar en el coche? Hace frío —les pedí rodeando el vehículo.

Entramos, nos pusimos los cinturones y David arrancó. Mientras mi amigo lo hacía y se ponía en marcha, miré disimuladamente hacia la zona de los surtidores. El hombre ya había llegado junto a su coche y esperaba apoyado en el maletero a que terminaran de llenarle el depósito.

Mi mala suerte quiso que la mirada de él y la mía se cruzaran. Levantó una ceja al darse cuenta, sin variar la expresión seria. Aparté la vista rápido, centrándola hacia delante.

Capítulo 2



—Me encanta —dije mirando de cerca la entrada del hotel.

Ya habíamos pasado por la recepción del campin, David había acercado el coche para descargar y después tenía que dejarlo en el estacionamiento de la entrada, donde estaban todos los vehículos.

—Va a ser una buena semana —comentó rodeándome los hombros con un brazo. Levanté la mirada y le sonreí.

—Sí —confirmé.

—Me encanta que os hayáis emocionado de golpe, pero ¿alguno puede ayudarme con esto? —Nos giramos hacia ella y soltamos una carcajada.

—¿Cuándo aprenderás a hacer las cosas poco a poco? —Sacudió la cabeza quitándole las mochilas de las manos.

—¡Qué tengo prisa por entrar! Me ruge el estómago. —Lloriqueó en broma.

Dimos varios viajes hasta la entrada del hotel, donde dejamos todo. Mientras David llevaba el coche al aparcamiento, nosotras entramos para saludar a la recepcionista. Ya habíamos hecho todos los trámites en la recepción, la chica solo tuvo que anotar nuestros nombres, incluido el de David, y darnos la llave de la habitación.

Tuvimos suerte cuando reservamos, solo quedaba una habitación doble en la que cabía la posibilidad de añadir una cama supletoria. En ella íbamos a quedarnos los tres.

—Gracias —le dije cogiendo la llave.

—¿A qué hora cierra el comedor? —le preguntó Maya.

—Tenéis tiempo —le respondió sonriente la chica—. Hasta las cuatro está abierto.

—Perfecto —dijimos a la vez, Maya y yo.

—Mi nombre es Lisa, para cualquier cosa que necesitéis.

—Gracias, muy amable —le sonreímos.

—Ya estoy. —Escuchamos la voz de David a nuestra espalda.

Se presentó a Lisa saludándola, luego cargamos con todas las cosas hasta el ascensor. Subimos a la primera planta, donde teníamos la habitación. La decoración me encantó, todo tenía un estilo rústico que encajaba perfectamente con el entorno en el que estaba.

—Me pido la cama grande —soltó David en cuanto cerró la puerta de la habitación.

—¿En serio? Nosotras somos dos mujeres. —Se puso las manos en la cadera Maya.

—Está muy bien la aclaración, yo creo que hoy día todavía no se ha dado cuenta —dije divertida, para después reír junto a David.

—¿Has visto el largo de esa cama? —le preguntó señalándola.

Estaba colocada enfrente de la de matrimonio, separada por unos metros. David tenía razón, a él tumbado le colgarían parte de las piernas y los pies, a no ser que se encogiera.

—¡Yo qué culpa tengo de que seas tan alto!

—Quedaros con la doble vosotros —intervine porque a mí me daba exactamente igual.

Coloqué mis dos mochilas de viaje encima de la pequeña y me senté.

—Si a mí me da igual —comentó Maya, encogiéndose de hombros.

—¿Y para qué te quejas? —negó David, divertido.

—¿A estas alturas no sabéis que tenéis que ignorarme cuando tengo hambre y sueño? —Bufó.

Terminamos los tres riendo. Lo dejamos todo como estaba y bajamos a la planta principal para ir al comedor. Cuando salimos del ascensor saludamos con las manos a Lisa y giramos dirigiéndonos a él. No tenía pérdida, estaba muy bien indicado. Recorrimos el pasillo hasta que llegamos a una puerta doble abierta y ocupamos una mesa. Servían la comida en bufé libre, por lo que hicimos turnos para llenar los platos y coger la bebida.

Nos sentó de lujo llenar los estómagos y lo disfrutamos, porque la comida parecía tener un sabor especial en este lugar. Todos corroboramos que tuvimos la misma sensación. Nos lo tomamos con calma, relajándonos después del viaje. Después de terminarnos los cafés, decimos subir a la habitación para descansar un poco.

El resto del día no teníamos nada más que hacer, aparte de pasear por el campin y descubrirlo. Al siguiente empezaríamos con la primera actividad.

—¿Mañana que tenemos que hacer? —les pregunté porque no me acordaba del orden.

—Empezamos fuerte, por la primera fase de rápel.

—Guay —dije.

—No me veo yo ahí colgada de las cuerdas para descender una montaña —apretó los labios Maya.

—Por eso es la primera fase. Será la iniciación, y de ahí en adelante se complicará. Nos llevarán a una zona fácil y de poco descenso, para tantear las habilidades y después que cada uno decida si continúa —añadió David—. Ya lo has hecho varias veces con nosotros, no sé por qué te asusta tanto ahora.

—Ya, pero en esas ocasiones os tenía pegados a mí. ¡Qué sola puedo romperme la cabeza! Ay, con lo torpe que soy para esas cosas… —Hizo una mueca.

—No te adelantes a nada, ya verás como no es para tanto y logras el objetivo —le pedí.

—Tenéis demasiada fe en mí —soltó un suspiro

—La que te falta a ti. —Le hizo un guiño David, abriendo la puerta de la habitación.

—¿Tanto drama para esto? —dije.

Maya se lanzó a la cama individual, después de quitar mis mochilas de encima. Tuve que reírme al ver su expresión pícara.

—Lo vais a agradecer, con lo que me muevo…

David y yo hicimos lo mismo, nos tumbamos en la cama de matrimonio. Al ir vestidos, ninguno de los tres nos metimos dentro de la ropa de cama, optamos por taparnos con varias mantas para descansar un poco. Dentro del hotel la temperatura era cálida, fue más por la sensación de que algo nos cubriera el cuerpo que porque las necesitáramos.

—¿A qué hora pongo la alarma? —nos preguntó David.

—¿Una hora?

—Si al primer intento que hagáis no podéis despertarme no sigáis, dejadme aquí —nos advirtió Maya, dándonos la espalda. Se había girado hacia la pared—. En otro momento recorreré el campin.

—Si te tiro de la cama abrirás los ojos de golpe.

—Si no quieres que el hotel arda… Tú mismo.

Reímos, ella ya no se escuchó.

Me acomodé de lado y cerré los ojos, dispuesta a que el sueño me atrapara rápido. No tardé en quedarme dormida.

✣ ✣ ✣

Los ojos se me abrieron despacio. La habitación estaba en completo silencio y la luz apagada. La poca claridad que la iluminaba entraba por la ventana, poquísima, porque ya empezaba a oscurecer. Me senté despacio, girando la cabeza hacia David. No estaba tumbado, había ido al baño.

Me levanté para coger el bolso y busqué el móvil en el interior. Activé la pantalla, eran las cinco y cuarto, todavía no había sonado la alarma. Al llegar pasadas las dos, nos sentamos a comer tarde entre unas cosas y otras.

—Eh. —Llamó mi atención mi amigo, me giré hacia él.

—¿Has avisado a Maya?

—Todavía no, quedan unos minutos. Puse la alarma a y media. —Se acercó a la ventana—. Era lo que necesitabas, ¿verdad? —Se refirió al lugar en el que estábamos, mirando el exterior.

—Sí —le sonreí poniéndome a su lado—. A todos nos sentará bien.

—Hacía tiempo que no nos tomábamos un descanso para practicar algunas de las actividades que vamos a hacer a lo largo de la semana. —Me rodeó los hombros con el brazo.

—Demasiado, la rutina absorbe —confirmé pensativa.

—Tienes razón —habló en tono bajo.

Nos quedamos en silencio viendo cómo el sol se ocultaba entre las copas de los árboles más lejanos, disfrutando del momento.

—¿Has sabido algo nuevo de Iván?

—No, y no quiero malgastar un segundo de mi tiempo hablando de él.

No hacía falta que se lo aclarara, lo sabía de sobra, pero no podía evitar preocuparse por mí. ¿Y quién era Iván? De un tiempo a esta parte un tormento, en eso se había convertido. En un pasado no muy lejano, nos juntábamos con él y su grupo de amigos para salir. Nos lo pasábamos bien, nos divertíamos y disfrutábamos, pero todo cambió cuando una noche me sorprendió diciéndome si quería acostarme con él.

Así, de buenas a primeras, cuando en ningún momento entre nosotros hubo un acercamiento que le hiciese entender que yo estaba interesada en él en ese sentido. Ni miradas, ni sonrisas con intención, ni nada de nada. Para mí era un conocido, en parte amigo. Ante mi negativa, vi en él una intensidad que me tocó la moral. Ese fue el instante en el que yo me negué a quedar más, me desvinculé de Iván y de su grupo.

Las últimas veces que nos vimos, me hizo sentir incómoda con sus indirectas muy directas y con sus pretensiones, porque durante el tiempo que intenté que todo fuese como antes, no dejó de presionarme. Me agobió hasta el punto de que no quería saber nada de él, si me lo cruzaba por la calle cambiaba de acera, tal cual.

El problema es que había empezado a presentarse en mi trabajo, a última hora, cuando me iba. Incluso me lo había encontrado «por casualidad» en el gimnasio y en las tiendas a las que yo solía ir, cerca de mi casa. Tanto acoso y derribo me tenían con los nervios a flor de piel, esperando a que llegara mi oportunidad para darle la estocada final.

Oh, porque se la daría, y tanto que sí. Estaba esperando y deseando que llegara el momento en el que se pusiera delante de mí de nuevo. Ya me había cansado de su actitud que no era para nada normal, era intimidante, y mi aguante había sobrepasado el límite. Quise hacer las cosas lo mejor posible para no terminar por las malas, pero no me había dado otra opción para actuar de esa forma. Tonterías las justas, y él ya llevaba muchas acumuladas conmigo.

Maya era la que llevaba peor la situación, tenía peso de conciencia porque fue ella la que nos lo presentó, a él y a su grupo de amigos. Uno de estos últimos trabajaba con ella y entre una conversación y otra, a Maya se le ocurrió la idea de quedar una noche todos juntos. Fíjate qué ironía, la primera vez que quedamos nos caímos muy bien, tanto, que continuamos saliendo algunos fines de semana. Tampoco es que fuese a menudo, mi grupo de amigos, los de verdad, eran David y Maya. El resto eran un añadido, de vez en cuando.

—¿Por qué no me dejas hablar con él? Le aclararía las cosas muy rápido —comentó David.

—Te pedí que no intervinieras. Sigo queriendo que te mantengas al margen, sabes que me

valgo solita para pararle los pies.

—Hazlo definitivamente, Evie.

—Como si no lo hubiese intentado por las buenas… —solté un suspiro—. Pero sí, tranquilo que lo tengo en mente para la próxima vez, será la definitiva. A lo mejor se calma al no verme durante días. —Me encogí de hombros—. Los que a mí me van a servir para coger fuerzas.

—A ese tío se le ha ido la puñetera cabeza. —Levanté la mirada hacia él, apretaba la mandíbula—. Es de los que no entienden las cosas si no salen mal parados de la situación, y eso solo tiene una solución por las posibles consecuencias.

—¿Terminar con él definitivamente? —Fruncí los labios, conteniendo la diversión.

—¿Lo planeamos? —Buscó mis ojos, con una sonrisa.

Reí en tono bajo porque me seguiría en cualquier locura, y más en este caso. Lógicamente no le gustaba nada el giro que dio la situación y lo que me estaba sucediendo, por lo que me hacía pasar. Si fuese por David, ya haría tiempo que lo habría enfrentado, parándole los pies de golpe, pero como ya he dicho, me negué a que lo hiciera cuando me lo dijo.

Lo que menos quería es que se viese involucrado en algo de ese tipo, cuanto más lejos lo mantuviera de él, mejor para todos porque mi amigo no se lo pensaría dos veces para aniquilar el problema de cuajo. Y no me estoy refiriendo a lo último que hemos comentado, pero sí a alejarlo para siempre de mí.

—Lo estás deseando. —Apoyé la cabeza en su cuerpo.

—Ya sabes la respuesta. Vosotras dos sois intocables, pero tú…

Sonreí con cariño cuando lo abracé.

—Estoy bien y lo seguiré estando, te lo aseguro —susurré sobre su pecho.

Me dio un beso en la cabeza y cuando nos separamos hicimos el primer intento para despertar a Maya. Al final lo conseguimos, no nos dimos por vencidos como nos pidió antes de dormirse porque si no, a la noche no podría dormir.

Como siempre le sucedía, abrió los ojos de mal humor, por lo que David y yo salimos casi corriendo de la habitación, diciéndole entre risas que la esperábamos en el vestíbulo del hotel. Incluso con la puerta cerrada escuchamos su voz, por lo que no pudimos parar de reír.

En cuanto se uniera a nosotros de nuevo ya estaría perfectamente, solo eran los primeros minutos.

Capítulo 3

Kilian

Llegué a la cocina caminando descalzo por el suelo de madera. Saqué de la nevera una cerveza y la olla con el caldo para la cena. La coloqué en la vitrocerámica y encendí el fuego, dejándolo a temperatura baja.

Abrí el botellín y le di un sorbo, yendo al salón. Sentado en el sofá, con los pies apoyados en la mesa baja, encendí el televisor. Eran las nueve y media de la noche, faltaba poco para que el día llegara a su fin.

Busqué un canal con el que entretenerme, pero después de pasarlos todos, nada llamó mi atención. Decidí poner un capítulo de la serie que tenía a medias, la veía cada cierto tiempo, aguantando las ganas de terminarla. En dos semanas se estrenaba la nueva temporada y no quería esperar mucho para saber cómo seguía.

Me llevé el botellín a los labios y la puse en pausa, mirando hacia la puerta principal, al sonar el timbre. Tragué el sorbo que acababa de darle a la cerveza y me levanté para ver quién era. No esperaba a nadie y los que me conocían no se presentarían a estas horas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Andrea.

Apoyé el hombro en el marco de la puerta, haciendo de barrera entre el interior de mi casa y ella.

—Me estaba aburriendo y he pensado que venir de sorpresa era una buena idea —sonrió.

Se acercó a mí para acariciarme el pecho con las uñas de varios dedos. Bebí otro sorbo de cerveza, sin apartar la vista de ella, mientras notaba sus caricias por encima del jersey. Como si no hubiese dejado clara su intención con la sonrisa pícara…

Paró el movimiento cerca de la cinturilla del pantalón de deporte que me había puesto después

de salir de la ducha.

—¿Qué me dices? —habló coqueta.

—No me has preguntado nada. —Levanté una ceja.

—A buen entendedor… Y tú lo eres, ¿no?

—Más de lo que puedas pensar. —Bebí de nuevo—. ¿Y tú amiga?

—Se ha quedado dormida. —Hizo una mueca.

—Normal. Yo también estoy cansado, no tardaré en meterme en la cama.

—Lo último suena genial.

—Para mí sí. —Dejé claro.

—Puede ser rápido, como la primera vez en el baño. —Se mordió el labio inferior—. ¿No te apetece?

—No se trata de si me apetece o no. Como bien has dicho, fue la primera y la última, creí que los dos lo tuvimos claro.

—¿Entonces de qué se trata? ¿Estás con alguien más?

Me incorporé quedándome recto frente a ella, evitando que mirara hacia dentro.

—No es de tu incumbencia si lo estoy o no. Te dije que no volvería a suceder, Andrea, que no esperaras que se repitiera. —Tuve que recordarle porque por lo visto se le había olvidado la conversación que inició ella misma.

—Pero un poco de placer inesperado siempre es bien recibido —sonrió de medio lado—. Y tú me das mucho, así que…

—Quédate con el recuerdo del polvo que echamos, cuando digo que algo se termina para mí es literal. —Me crucé de brazos, con el botellín colgando de una mano.

—¿En serio te vas a negar? ¿Ya estás satisfecho? ¿Es eso? —Levanté una ceja.

—Haces preguntas que no te importan. Te aconsejo que des media vuelta, no quiero ser grosero.

—Lo que necesitas es una muestra de lo caliente que te vas a poner si cedes.

De un movimiento rápido desdobló mis brazos y me agarró una mano. La bajó hasta que se cubrió con ella su zona íntima. Me quedé inmóvil, dejándola inerte. Si se pensaba que provocándome de esta forma iba a conseguir algo… Todo lo contrario, eso es lo que había terminado de lograr.

—¿Lo notas? Ya me tienes excitada y acabas de tocarme —susurró abriendo un poco las piernas, a la vez que deslizaba mi mano y hacía presión con ella donde le interesaba.

—Te estás tocando tú, yo no estoy haciendo nada. Y como te he dejado claro, tampoco tengo la intención de que varie. —Mi voz sonó sin un ápice de interés, neutra.

—Estás deseando meterla dentro, y no únicamente la mano. —Se pegó a mí—. Solo tienes que moverla y hacerlo, colarla por dentro de mi ropa y rozarme la piel directamente. Comprueba primero cómo los dedos se te van a humedecer y después lo preparada que estoy, llenándome con ellos.

Soltó un jadeo cuando se rozó y se presionó el clítoris con la punta de mis dedos, dándose placer con ellos.

—Necesito terminar —susurró entrecortada—. Pero no así, Kilian.

—Suerte con eso, puedes perfectamente sola. Y no vuelvas a interpretar lo que deseo o no, no tienes ni idea.

Aparté la mano de golpe, ya había tenido bastante dosis de su comportamiento y actitud. Si había permitido lo que había hecho con mi mano era para que se diera cuenta de mi postura, definitivamente. Una postura que no pensaba variar. Al negarme a su ofrecimiento tenía que quedarle más claro que con las palabras lo que había entre nosotros dos: nada. O al menos eso esperaba.

Di un paso hacia atrás agarrando la puerta, ante su mirada sorprendida al rechazarla.

—No te lo tomes a mal, Andrea. De verdad que no quiero ser grosero, pero no quieres entender lo que hay y cómo son las cosas. Hemos tenido un único encuentro que equivale a un polvo, así de simple. Ya eres mayorcita para entender que solo fue sexo, el que no iba a volver a repetirse.

»Tú misma insististe en ello, cuando entré en el baño y te colaste detrás de mí; me aseguraste de que era lo único que querías aquel día, para disfrutar de algo esporádico. Te dije que no, pero insististe en que no tendrías problema para pararlo. No me hagas arrepentirme de esa vez porque si tengo que ser más claro, te aseguro de que no te van a quedar ganas ni de verme de lejos —dije calmado, igual que me mostré.

—No lo entiendo, por qué si no hay nadie dentro y no te has saciado tú solo, te niegas —continuó con lo mismo.

—Averígualo por ti misma, piensa en ello en Andrea. —Sacudí la cabeza.

Cerré la puerta despacio y dejé el botellín en la mesa del salón, para ir al baño a lavarme las manos. Al salir, fui a la cocina y con el caldo casi hirviendo, subí el fuego y eché la pasta. Aunque me había mantenido tranquilo, Andrea había conseguido que me calentara y no en el sentido que ella buscaba.

Conseguí que mi mal humor desapareciera después de un tiempo, en el que me perdoné por haberme dejado llevar en el primer encuentro que compartí con ella. No tendría que haberme dejado tentar, si hubiera sabido que no lo dejaría estar como supuestamente quedó claro dentro del baño… En fin, ya le había puesto punto final al asunto, mi advertencia le había quedado más que clara.

Cené viendo la serie y a la mitad de ella, me acomodé en el sofá, hasta que terminó. Un capítulo menos, me dije satisfecho, por lo interesante que estaba. Apagué el televisor y la luz del salón, y me dirigí a la habitación.

Después de pasar por el baño, me desnudé para ponerme el pijama. Tumbado en la cama me cubrí con el nórdico y cogí el móvil de la mesita de noche. Glen me había escrito un mensaje y accedí a él.

Glen: *Tío, estás desaparecido, no te acuerdas de los pobres, ja, ja, ja… ¿Cómo va? Estoy a punto de conseguir la solución perfecta para cuando vengas. Si ves el mensaje tarde, hablamos mañana.*

Entré en la aplicación de llamadas y marqué su número, solo hacía diez minutos que lo había enviado.

—¿Echas de menos mi voz? —respondió rápido, hablando con tono de humor.

—Siempre, ya deberías saberlo —sonreí de medio lado. Soltó una carcajada.

—¿Cómo va?

—Bien. ¿Cuál es la solución?

—Lo he encontrado. Estoy negociando con el propietario del piso perfecto para ti, te va a encantar. Es céntrico, pero está lo suficientemente apartado del ajetreo. ¿Qué te parece? Lo sé, soy el mejor. —Rio.

—Gracias por ahorrarme el trabajo y responderte a ti mismo. Me gusta cómo suena lo del piso

—dije satisfecho.

—En cuanto cierre el trato, lo moveré todo para que sea tuyo lo más rápido posible. A ver si para cuando vengas podemos liarnos con la mudanza.

—Perfecto, Glen. Gracias.

—Déjate de tonterías —sonreí—. ¿Cómo ha ido hoy?

—Como es habitual, aunque a última hora se me ha girado un poco —dije pensativo.

—¿Y eso? ¿Quién ha osado perturbar tu paz?

—Una mujer.

—Joder, pues suena genial. —Rio.

—Para nada. ¿Te acuerdas de la que te hablé hace unos días? ¿La que me siguió y terminamos haciéndolo dentro del baño?

—Claro, es lo único interesante que me has contado en días —sonreí.

—Pues ha sido por ella. Se ha presentado aquí hace un rato, provocándome, a pesar de que dejamos las cosas claras antes de empezar aquella vez.

—Por la forma en la que me lo contaste y por las palabras que utilizaste, tengo mis dudas de que haya conseguido su propósito hoy. ¿Estoy en lo cierto? Por supuesto que sí, de lo contrario, no te habrías girado como has dicho.

—Si quieres te dejo hablando contigo mismo, no me dejas ni responder. —Reímos.

—Joder, es que me tienes tan abandonado que me paso las horas hablando solo y este es el resultado.

—Disfruta hasta que vaya.

—Lo estoy deseando, tío. Bueno, volviendo a lo de antes… ¿Has conseguido que se vaya rápido?

—No tanto como me hubiese gustado, pero tampoco he querido ser muy grosero, aunque creo que es la impresión que se ha llevado. En fin…

—Suele suceder cuando te encuentras con alguien que no entiende las cosas por las buenas, al

final no queda más remedio que cortar de raíz el problema.

—Es lo que he hecho, después de que ella misma se pusiera en una situación embarazosa. Paso, ya he conseguido relajarme.

—A ver si no te la encuentras mucho…

—Tienes mucha fe. —Soltó una carcajada.

¿Encontrarla? Por supuesto que coincidíamos al día siguiente, más que nada porque así se lo propuso desde el inicio. Estaba por ver si yo variaba los planes, según se diera el primer acercamiento después de esta noche, ya vería. Mi actitud y mi actuación dependían de las suyas.

—No quiero hablar más del tema.

—Está bien. ¿A qué hora te levantas mañana?

—Un poco antes de las seis.

—Joder, tío, yo no sé porque te emociona tanto estar ahí. No descansas. Bufó y reí—. No le encuentro la gracia ni el sentido.

—Cada cual con lo suyo. A mí me gusta y me hace feliz, Glen.

—Lo sé. —Soltó el aire de golpe—. Que me alegro por ti, ¿eh? Lo sabes de sobra, pero es que a mí me cuesta porque no me atrae eso. Te dejo, tío. Ya es tarde.

—Mantenme informado sobre lo del piso.

—Lo haré.

—Que descanses.

—¿Me mandas un besito de buenas noches?

—El beso me lo vas a dar tú en…

—Vale, vale… —Reímos—. Descansa, Kilian.

—Igualmente, nos vemos pronto.

Después de colgar, apagué el teléfono y lo puse a cargar encima de la mesita de noche. Apagué la luz y me acomodé en la cama con los ojos abiertos, mirando al techo, sin ver nada.

Capítulo 4



Evie

—¿Vas a terminar o lo dejas? —le preguntó David a Maya.

—¡Qué prisas! —Se quejó ella.

—Las que no tienes tú —dije apretando los labios.

Ya no sabía lo que hacer para retrasarnos. Estábamos en el comedor del hotel, hacía un rato que habíamos terminado de desayunar. Ella se estaba tomando el tercer café, para alargar lo máximo posible el momento. Lo que buscaba es que no llegáramos a tiempo a la actividad de hoy, mientras David y yo la observábamos divertidos.

—¿Yo? —Se señaló sorprendida—. Estoy emocionadísima.

—Claro, rebosas emoción. Lo vemos perfectamente. —Rio David.

—Cuando te haga efecto tanto café… —negué.

—Joder, como me entren ganas de ir al baño en medio de una roca… —Hizo una mueca.

—¿Qué crees que va a suceder bebiendo tanto líquido? —Se frotó la cara David.

—Ya no quiero más. —Bufó desplazando la taza al centro de la mesa.

—No sé por qué le das tantas vueltas. Si no te apetece ir o vas a estar incómoda e intranquila, puedes esperarnos aquí y ya está —le dije—. Llegaremos antes del mediodía.

—No. —Hizo un puchero—. Soy valiente. —Se dio una palmada en el pecho.

—De valientes está el…

—Cállate. —Le lanzó la servilleta de tela a la cara a David—. Ni se te ocurra terminar la frase. —Lo señaló mientras a nuestro amigo le daba un ataque de risa—. Joder, a ver si por una vez en tu vida vas a acertar en algo y…

—Queréis parar ya —les pedí frenando la batalla que empezaron porque David contraatacó—. Maya, que la pared de roca que vamos a descender estoy segura de que se podrá saltar sin problema, si hace falta. Tienes que relajarte.

—Mierda, si es que es todo el proceso lo que me tiene así.

—Porque quieres, ya te he dicho…

—Que no, voy a ir —asintió decidida.

—Pues vamos ya, porque al final no hacemos la actividad ninguno de los tres. —Se levantó David, sacudiendo la cabeza.

—Hay tiempo —comenté siguiéndolo.

—Quedan cuatro minutos para estar en la recepción —dijo Maya, sin ningún apuro por llegar tarde.

—Eso es según la información que te hemos dado bajando a desayunar, sabíamos qué harías todo lo posible por escaquearte y hemos jugado con el tiempo —le aclaró David, divertido.

—¿Qué quieres decir? —Hizo una pausa—. ¡No me lo puedo creer! ¿Me habéis mentido? ¿A qué hora hay que estar en la recepción? —habló sorprendida caminando detrás de nosotros, pidiéndonos explicaciones.

—Dentro de media hora, vamos sobrados —le respondió David serio, después soltó una carcajada al escuchar el jadeo de Maya.

—¡Os vais a enterar! —Pasó entre los dos, separándonos.

Se adelantó unos pasos caminando ligera y se dio media vuelta hacia nosotros.

—Que mis amigos me conozcan tan bien es una mierda. —Nos hizo un puchero, señalándonos—. Un punto a vuestro favor, habéis hecho genial en mentirme en eso. —Soltó una carcajada, a la que nos unimos.

—Anda, deja de darle vueltas al tema porque te has creado situaciones en la cabeza que no van a suceder —le pidió David, abrazándola por los hombros.

—Me ayudaréis, ¿verdad? ¿Estaréis cerca de mí?

—¿Cuándo no? —Le revolvió el pelo él, ganándose una gran sonrisa de Maya.

—Qué manía tienes de hacer eso —se quejó al final, peinándose con los dedos.

Los seguí sonriendo. Al pasar por delante de la recepción, saludamos a Lisa y salimos del hotel. Me cerré la cremallera del chaquetón, el frío me dio una bofetada con la mano abierta en todo el cuerpo. Eran las diez de la mañana y no había indicios de que el sol calentara ni un poquito. Estaba nublado, bastante, todavía Maya tenía suerte y se anulaba la actividad. Si llovía no la realizarían.

Me callé el pensamiento porque si lo decía en voz alta mi amiga iría rezando para que sucediera, aparte de cantar todo lo que se le viniese a la cabeza para empeorar el tiempo, según ella.

Caminamos por el campin, dimos una vuelta más grande porque la distancia que separaba el hotel de la recepción principal no era mucha. Recorrimos una pequeña zona donde había bungalós, como también la del inicio donde se acampaba. El campin albergaba muchos kilómetros de terreno.

Todo estaba en silencio, lo único que se escuchaba era algún pájaro en los árboles. La gente todavía no se había animado a salir, o ya lo habían hecho para ir a la zona común donde servían desayunos, si optabas por esa opción.

Llegamos a la recepción principal quince minutos antes de la hora. Entramos para saludar a la chica que se encargaba de ella, para hacernos presentes. Anotó nuestros nombres en el registro de la actividad y nos pidió los documentos de identidad, mientras nos hacía algunas preguntas sobre nuestro conocimiento sobre el deporte que íbamos a practicar. Cuando nos devolvió la documentación salimos del edificio pequeño a esperar cerca de la entrada. Ya había varias personas apartadas hacia un lado, preparados como nosotros. Nos saludaron y les correspondimos, entablando una conversación.

Después de unos minutos cada uno fue a lo suyo, yo me puse a hablar con David hasta que…

—Evie…

—Te he escuchado a la primera, deja de tirarme del chaquetón con tanta fuerza —le dije divertida.

—Joder, mira ese coche. —Señaló disimuladamente hacia el lado derecho.

Un vehículo se aproximaba despacio hacia donde estábamos. Al principio no lo entendí ni lo relacioné, hasta que agrandé los ojos cuando caí en la cuenta de lo que se estaba refiriendo Maya.

—No puedes ser, madre mía… —hablé en susurros— ¿Es el mismo?

—¡Qué fuerte! —Se tapó la boca con una mano.

—¿Qué pasa? —Se interesó David, al vernos.

—Espero que nada, claro que sí —asentí—. Ese todoterreno va a pasar por delante y va a desaparecer. Eso es lo que va a pasar —dije sin poder apartar la vista de cómo seguía avanzando.

—¿Qué…? Joder. —Fue la reacción de David, antes de soltar una carcajada.

—Mierda, no me hace gracia —me quejé incómoda por la coincidencia.

—Pues yo no sé si reír, llorar o lanzarme a él para que pare aquí. ¡Ay, que me da! —Se abanicó con las manos.

—Tú quietecita —la advertí nerviosa—. Bastante hiciste en la gasolinera —me lamenté porque si no hubiese lanzado la botella de agua a los pies del hombre que quiso parar, esto no estaría sucediendo…

Pues sí, lo reconocí al volante con total claridad, cuando la distancia era mínima. Se trataba del mismo hombre que el día anterior en la gasolinera llamó la atención de Maya, cuando hicimos la última parada antes de llegar aquí. Maldecí cuando miró en nuestra dirección, o más bien hacia la entrada de la recepción porque estábamos al lado.

No vi ningún cambio en su expresión, su semblante era serio y continúo siéndolo. «Que no lo recuerde, que se haya olvidado de lo que pasó y de nuestras caras», me dije interiormente.

Para mi mala suerte, paró el todoterreno delante. Solté lentamente un suspiro cuando se bajó y caminó hacia la entrada, sin mirar nada más que lo que quedaba delante de él. Pasó cerca de nosotros y se perdió en el interior.

—¡Qué hombre, por Dios! —Jadeó Maya—. Sigue andando igual.

—No, si te parece… —comentó divertido David, nos miraba de la misma forma.

—Es que es muy fuerte la casualidad —soltó un suspiro soñador—. ¡Qué ojo tuve! —Dio varios saltitos—. ¿Creéis que hará la actividad con nosotros? ¿Te imaginas? —La última pregunta la dirigió a mí directamente— Y yo me lo quería perder. —Soltó una carcajada, viniéndose arriba.

Mandó a la mierda a sus nervios y a sus miedos, de un plumazo.

—No quiero pensar en el motivo por el que… —empecé a decir, en tono muy bajo.

—Ves mentalizándote —me interrumpió David, carraspeando.

—¿Por qué? —Lo mire al tenerlo tan claro.

Señaló a su izquierda disimuladamente, al lado contrario en el que estábamos Maya y yo. Tragué saliva porque el cuerpo de mi amigo ocultaba al del hombre. Había salido y estaba parado en el marco de la puerta. En silencio, observaba una carpeta y me entraron los males de golpes al saber que…

—Hola, mi nombre es Kilian. Soy uno de los instructores. —Me entró de todo por el cuerpo y nada fue bueno, cuando habló para todos los que estábamos esperando, incluyendo a la pareja que corrió los últimos metros al aparecer justos de tiempo. En realidad, aún quedaban unos minutos para que fuese la hora—. Cuando lleguen mis dos compañeros, os repartiré en los vehículos, para ir hasta la zona de la actividad.

»Tal y como iremos, volveremos. Los grupos que haga en los coches serán los mismos con los que trabajará el instructor con el que vais. ¿De acuerdo? —Todos asintieron. Mi cabeza no se movió, se me había quedado pegada al cuello, rígida—. Esa será la organización. Una vez que estemos en la zona no se pueden hacer cambios, allí cada responsable dará los detalles a su grupo y se encargará de ellos, serán su responsabilidad. Espero que disfrutéis de la experiencia.

La gente se vino arriba, incluso algunas chicas aplaudieron emocionadas. En total éramos diez personas para hacer la actividad de rápel, o al menos eso pensé al contar todos los que estábamos presentes.

—Falta dos personas. Los esperamos cinco minutos, si no llegan, nos vamos —añadió Kilian.

Kilian, repetí en mi cabeza su nombre, escondida por el cuerpo de mi amigo. «No ha dado indicios de reconocernos, ni siquiera se ha parado a mirarnos más tiempo que a cualquier otro. Todo está bien, Evie», me hablé a mí misma, dándome ánimos. Empecé a respirar más tranquila, dispuesta a disfrutar de la experiencia que hacía tiempo no podía practicar.

Mierda, también era mala suerte encontrarlo precisamente en el campin y para rematarlo que fuese el instructor de la actividad. Esperaba que solo de esta porque con las que teníamos compradas… Los nervios volvieron a hacerse presentes e intenté contenerlos.

Maya se había quedado muda completamente al escucharlo, lo único que hacía era mirarlo de una forma… Le faltaba poco para soltar corazones por los ojos. Le di un pequeño codazo para que desviara la atención, a ver si por tanta insistencia suya al final él caía en la cuenta de quiénes éramos.

—¿Qué? —me susurró.

—Para, no se acuerda —le pedí igualando su tono de voz.

—Pues mejor para nosotras, puedo intentarlo de nuevo. —Rio, provocando que yo pusiera los ojos en blanco.

—Nos vamos —dijo Kilian, hablando en alto para todo el grupo.

Nos avisó justo cuando llegaron dos todoterrenos más, de los que se bajaron una chica y un chico, sonrientes. Fue Kilian el primero en ir hacia ellos y lo seguimos. Se presentaron y nos dijeron varias palabras de ánimos, como lo bien que lo íbamos a pasar, bla, bla, bla… Yo desconecté, solo quería montarme en un coche, uno que no fuese el que conduciría Kilian porque eso supondría estar todo el tiempo que durase la actividad con él como instructor.

—Voy a hacer las reparticiones. —Su voz resonó en mi cabeza.

¿Os pasó alguna vez en el colegio que os hicisteis pequeños para que el profesor no dijera vuestro nombre para salir a la pizarra o para responder una pregunta…? Pues esa era yo en este momento, a mis treinta dos años. Ver para creer.

Antes de que volviera a hablar, Kilian dirigió la mirada hacia la izquierda. Todas las cabezas siguieron la misma dirección que la suya. Dos chicas se acercaban hablando, más despacio no podían ir. Me quedó claro que formaban parte de la actividad, que eran las que faltaban.

Se acercaron a nosotros y una de ellas se puso al lado de Kilian, muy cerca. Sin pensárselo ni perder el tiempo, le dio un beso en la mejilla, beso que él no le correspondió. Se quedó inmóvil, mirándola de una forma cuando se separó… No hizo el intento de nada, ni siquiera cuando ella le acarició el brazo por encima del anorak. Fue un gesto que dejó al descubierto mucha intención, más que nada por la expresión de ella.

—La próxima vez que no estéis puntuales os quedáis fuera —les advirtió a las dos.

La seriedad de sus palabras y de su cara cortaron el silencio, y los gestos de esa chica. Se quedó paralizada, a la vez que reflejaba indignación. A Kilian le dio exactamente igual.

—Aquí hay tomate que te cagas —me susurró al oído Maya, inclinada hacia mí.

—Calla —le pedí para no llamar la atención de él en un momento tan tenso.

—No nos hemos retrasado tanto —dijo la chica.

—Empiezo con las reparticiones de los coches —continuó a lo suyo Kilian, ignorándola por completo.

Capítulo 5



Kilian

Andrea me había tocado los cojones de la peor manera, y no había tardado ni cinco minutos en hacerlo. «Ya está, hasta aquí llegó ser cordial», pensé.

—Sandra, Robert, Carlos y Pablo vais con Sergio. —Hice el primer grupo, después de preguntarles a cada uno de los integrantes sus nombres.

Mi compañero Sergio les pidió que se acercaran a él, haciendo una broma para destensar el ambiente que se había creado. Se lo agradecí con una mirada, la que me correspondió con un guiño.

—Diego, César, Míriam y Andrea, con Paula. —Remarqué este grupo en especial, quitándome de en medio a Andrea.

Con los dos primeros hice lo mismo que con el grupo anterior, para tener claro quién era cada uno de ellos. A las dos chicas las conocía de sobra porque no era la primera actividad a la que se apuntaban, y Andrea ya sabéis que de otra forma diferente. Escuché su jadeo al saber que no estaría junto a mí. Su reacción me la pasé por el mismo lugar que me había tocado ella nada más llegar.

—El resto conmigo —dije anotando y punteando en la hoja la distribución.

Estaríamos en zonas diferentes y me gustaba dejarlo todo cuadrado por si surgía algún problema. No tenía por qué ocurrir, ya que tanto Sergio como Paula eran igual de profesionales que yo. Estaban cualificados para cualquier deporte de aventura, incluyendo los extremos, pero nunca se sabía cómo podían darse las cosas en un ambiente en el que las personas que contrataban el *pack* de actividades no controlaban tanto como nosotros.

Según la información del grupo en general que me había dado Carmen, la recepcionista, algunos no habían practicado el rápel nunca, otros se habían iniciado en él hacía tiempo, pero no

tenían la experiencia suficiente y los pocos conocimientos que habrían adquirido se les habría olvidado. Solo dos personas de toda la lista parecían conocer bien a lo que iban, y justamente estaban en el grupo que había evitado mirar directamente desde el inicio, a pesar del par de ojos que me habían observado sorprendidos. Supe que en mi grupo iban los dos experimentados, por los pocos comentarios que me había hecho Carmen, pero me faltaban más detalles.

Para sorpresa la mía al verlas. Había actuado como si no recordara las caras de las dos chicas que provocaron lo que sucedió el día anterior en la gasolinera. A ellas me las llevaba conmigo, junto al que las acompañaba y a otro chico que estaba solo. David, Maya, Evie y Álex, esos eran sus nombres, lo que no sabía cuál correspondía a cada uno porque en el listado que me había dado Carmen estaban los doce nombres agrupados. No especificaba nada más, por eso se los había preguntado al resto, para ponerles cara. Las fotocopias de sus documentos de identidad se habían quedado en el archivo de la recepción.

Abrí la puerta del conductor y guardé la carpeta con la documentación. Mientras lo hacía, noté una presencia a mi lado, supe de quién se trataba antes de mirarla.

—¿Por qué no me has incluido en tu grupo? —me preguntó Andrea cuando me incorporé, al salir.

—No tengo que darte explicaciones de nada y mucho menos de mi trabajo. Ve junto a tu grupo o échate para atrás. Tú misma —hablé serio y tajante.

—Kilian…

—Ya podéis subir. —Me dirigí a las cuatro personas que esperaban apartadas por la intervención de Andrea.

Me monté frente al volante y cerré la puerta con fuerza, ignorándola de nuevo.

Al tener la ventanilla subida no entendí lo que dijo, solo escuché el pequeño grito que soltó antes de irse. La seguí con la vista. Caminó hacia el todoterreno de Paula marcando cada paso que daba, rabiosa. «Tú te lo has buscado, y pobre de ti que crees mal ambiente o perjudiques al resto en la actividad», me dije pensativo.

De verdad que mi intención al verla de nuevo había sido la de comportarme como si nada hubiese sucedido entre nosotros. Me refiero a la noche anterior, cuando se presentó en mi casa.

No quería malos rollos ni comportamientos infantiles fuera de lugar, pero por lo visto esa mujer todavía no tenía la madurez suficiente como para afrontar las situaciones que no encajaban con lo que ella quería y deseaba. Tenía gracia porque fue ella misma la que me insistió en que solo sería un polvo, que no le interesaba nada más. A mala hora no la eché del baño cuando se coló en él, siguiéndome.

Arranqué cuando las puertas se cerraron. Todos ocuparon su lugar y aceleré despacio, pasando por al lado de mis compañeros.

—Perdón. —Miré por el espejo retrovisor al chico que acompañaba a las chicas. Los tres habían ocupado los asientos traseros.

—¿Sí? ¿Tu nombre?

—David —asentí—. ¿Puede mi amiga ponerse delante? —La señaló.

—No hace falta, ya te lo he dicho. —Le reprendió ella.

—Evie, ¡qué te vas a arrepentir como no te cambies! —Me quedó claro, por descarte, el nombre de los tres, así que la que habló era Maya.

—A mí no me importa ponerme detrás —comentó Álex medio girado hacia atrás, desde el asiento del copiloto.

—¿Sucede algo? —le pregunté directamente a ella.

—No —respondió rápido.

Levanté una ceja mirándola fijamente. Durante unos segundos me mantuve en silencio, por si añadía algo más.

—Tenemos por delante más de media hora de trayecto, este es el momento para que me digáis lo que tenga que saber. Me refiero a todos, creo que he dejado claro que desde que os habéis montado en mi todoterreno sois responsabilidad mía. —Frené parando el vehículo.

Con un gesto de la mano le pedí a Sergio que se adelantara, haciéndole un «ok» después, para que supiera que todo estaba bien. Pasó de largo, seguido de Paula, hacia la que también hice el mismo movimiento. Vi como salían del campin y se incorporaban a la carretera.

—Estoy esperando. —Me giré en el asiento para mirar a Evie a la cara.

—¿Hay muchas curvas? —Quiso saber.

Sus mejillas se sonrojaron por la vergüenza.

—Bastantes —asentí despacio—. Ya entiendo. Haz el cambio con Álex.

Me puse recto, mirando hacia delante, mientras escuchaba el murmullo de las voces de los tres amigos. Álex se bajó para ir hacia atrás, la chica, Evie, hizo lo mismo rápido, para no retrasarnos

más.

—Lo siento —susurró poniéndose el cinturón, a mi lado.

—En la puerta hay bolsas por si tienes que utilizarlas, pero espero que sepas hablar claro para decirme si te encuentras mal o no, para poder parar a tiempo si sucede. No creo que necesites que tu amigo intervenga por ti en algo tan simple. —Metí la primera marcha y aceleré, ignorando su cabeza girada hacia mí.

Noté su tensión y las ganas reprimidas de responderme, lo que no pasó. Me incorporé a la carretera principal y subí un poco el volumen de la música. Álex empezó una conversación con David y Maya, con la que se entretuvieron conociéndose un poco. En enseguida el interior del vehículo se llenó de risas. «Al menos es un buen grupo», pensé concentrado en la conducción. La mirada se me iba de vez en cuando hacia mi acompañante, Evie. Había bajado un palmo y medio la ventanilla y tenía la cabeza apoyada en el respaldo, con la cara enfocada hacia ella mientras el aire le daba directamente.

Al cabo de unos quince minutos de curvas…

—¿Estás bien? —le pregunté sin llamar la atención del resto.

—Sí —respondió en tono bajo, sin mover la cabeza—. De verdad. Si voy delante es raro que me mareé.

—De acuerdo. —Di como buena su respuesta, el color de su cara no había variado desde que se montó en el asiento del copiloto.

En la parte delantera reinó el silencio, sin contar la música, en la trasera continuaban hablando animados.

—Kilian, ¿cuántos metros vamos a descender? —me preguntó Álex, al cabo de un rato.

—Para empezar siete metros.

—¡La virgen! —Se sorprendió Maya, con un jadeo final—. Eso no ha sonado muy bien. —Hizo una mueca.

—No os dejéis impresionar por la altura, es una pared muy fácil de descender —comenté.

—Mientras haya dónde agarrarse… —continuó Maya, bufando.

—Lo hay, pero tu mejor protección serás tú misma.

—Pues estoy apañada. —Le dio un codazo a su amigo.

—Tranquilos, no voy a permitir que descendáis hasta que no tenga claro que dominái la técnica —les aseguré.

—Por Evie y por mí no tienes que preocuparte —comentó David.

—¿Cuánto tiempo hace que practicáis el deporte? —Me interesé concentrado en la carretera de curvas.

—Hace muchos años —se quedó pensativo—. ¿Diez, Evie? —le preguntó a su amiga.

—Sí, más o menos —respondió ella, sin apartar la vista del exterior.

Asentí porque ellos estaban a un nivel que podía compararse al de Sergio, al de Paula y al mío. Solo tendría que estar pendiente de Álex y de Maya, aunque no dudaba de que los amigos de la última la ayudarían en todo lo que pudieran.

—Yo soy novato —confirmó risueño Álex—. Lo máximo que he bajado ha sido varias pendientes, arrastrándome por ellas.

—Menos mal, ya no soy la única —dijo Maya con alivio.

—Eres muy exagerada, tienes algunos conocimientos de cuando nos has acompañado a Evie y a mí —le habló David, divertido.

—Ahora mismo se me ha olvidado todo al saber los metros de altura que tenemos por delante, hasta tocar el suelo. No te digo nada cuando estemos allí. —Bufó ella.

—¿Os habéis apuntado a más actividades? —Quise saber mirando de reojo a Evie. Había hablado lo justo y necesario, se mantenía al margen.

—La pregunta correcta para nosotros tres sería, ¿a cuál no nos hemos apuntado? —dijo Maya, riendo.

—Ya veo…

—Yo todavía no tengo claro si me animaré a la escalada. Descender buenooo, pero ¿subir? No conseguiré moverme ni un palmo —añadió animada—. ¿También serás el instructor? Porque si es así me lo pienso.

La miré por unos segundos por el espejo retrovisor, viendo su sonrisa pícara. No vio la mía, me mantuve serio. Noté cómo Evie se movía en el asiento.

—Imparto todas las actividades —dirigí la atención a la carretera—, pero no quiere decir que vayáis a estar en mi grupo de nuevo, ni que coincidamos los mismos días. Durante toda la

semana se practican varias actividades el mismo día.

—Vaya. —Hizo una mueca.

—Con Kilian o sin él, tú te quedas fuera de la escalada. Eso lo tenemos claro los tres. —Se dirigió a ella David.

—Iré con vosotros, pero para animaros con pompones. —Rieron los dos.

Vi de refilón el inicio de una sonrisa en los labios de Evie.

—Vamos a hacer una parada rápida —les avisé.

A pocos metros por delante los laterales de la carretera se ensanchaban. Había una zona habilitada para parar, no era un mirador, pero bien podía serlo por las vistas que ofrecía. Habíamos ascendido bastantes metros.

Negué muy sutilmente al escuchar el suspiro de Evie, no entendía por qué se contenía para decirme abiertamente que no se encontraba del todo bien. Era consciente de que evitaba hablarme y mirarme porque, aunque yo no había mostrado nada hacia ellas, me refiero a Maya y a Evie por lo que pasó en la gasolinera, Evie lo tenía muy presente. Lo que a su amiga no le importaba ni lo más mínimo, para ella tenía más peso del que imaginé en aquel momento.

Si cuando llegáramos al destino estaba indispuesta, se quedaría fuera de la actividad. No iba a dar marcha atrás en mi forma de actuar, me daba igual la experiencia que tuviese. Se necesitaba estar al máximo, por fácil que le resultara descender la pared de roca a la que íbamos.

Capítulo 6



Evie

—¿Estás mareada? —Levanté la cabeza hacia David.

Me había sentado cerca del límite de la explanada en la que Kilian había parado hacía unos minutos.

—No, ya sabes que si voy delante no me mareo —le sonreí.

Se puso a mi lado, sobre la poca hierba que había.

—Lo sé, aunque quería tu confirmación, la que me hace preguntarme ¿por qué estás así? Apenas has hablado, en el coche ibas rígida y con la cabeza pegada a la ventanilla.

—Estoy nerviosa. Sé que no tiene sentido, pero… —Fijé la mirada hacia el verde intenso que dibujaba el paisaje que quedaba frente a nosotros.

—Evie, ya has visto que Kilian no ha hecho ningún comentario al respecto de lo de ayer en la gasolinera.

—Se acuerda, ¿verdad? —Giré la cabeza hacia él.

Apoyé la mejilla en los brazos, me rodeaba con ellos las piernas flexionadas.

—Es obvio, si me dijeras que hace tiempo que sucedió… Está muy reciente y no es que lo que hizo Maya no llamara su atención. —Levantó una ceja.

—Ya. —Hice una mueca.

—¿Qué o por qué te preocupa? Se ha mostrado correcto en todo momento.

—No lo sé —solté un suspiro apoyando la barbilla en un brazo, dirigiendo la vista hacia delante, de nuevo—. Estoy intranquila y no puedo darle forma a cómo me siento.

—Porque te estás negando a ello. —Carraspeó.

—No sé a qué viene eso. —Lo miré de reojo.

—Voy a ser un buen amigo dejando que lo descubras por ti misma —sonrió de medio lado. Levanté las dos cejas—. Si después de un tiempo continúas igual, te hablaré claro.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la cabeza, a la vez que me rodeaba los hombros con el brazo.

—Tienes que espabilar porque si no te ve bien, no va a permitir que desciendas. Es como yo actuaría si fuese el instructor y el responsable de la vida de las personas que están a mi cargo.

—Soy consciente y lo entiendo.

—Los dos tenemos muchas ganas acumuladas para todo lo que vamos a hacer esta semana, no te prives de poder disfrutar hoy. —Me apretó a su cuerpo—. Quítate esas sensaciones de encima y muéstrate como eres.

Mi móvil vibró dentro del chaquetón y lo saqué para comprobar de qué se trataba. Sorprendida me quedé al ver un mensaje de Iván, fue lo que me faltó para rematar mi estado de ánimo, o no, porque me dio tanta rabia que me vine arriba, de golpe.

—Será gilipollas —solté irritada.

David también leyó el mensaje, en tensión por el mismo sentimiento que el mío.

Iván: *Hola preciosa. Te estoy esperando, deseando verte de nuevo. ¿Has huido de mí? ¿Adónde has ido? Mmm… Me gusta tu estrategia para mantenerme expectante.*

—No voy a darte más margen para que cortes de raíz esta mierda, ¿me oyes? —habló serio y enfadado David.

—Ese hombre no es normal, me da un asco… —dije rabiosa.

—¿A quién te refieres? —Me sobresalté al escuchar la voz a la espalda.

Nos giramos hacia atrás, yo más rápido que mi amigo, sobresaltada. Nos encontramos con Kilian parado a poca distancia. Su presencia había pasado desapercibida para ambos, no tenía ni idea de cuánto tiempo hacía que estuviese ahí, ni lo que había escuchado. Bueno, con su interrupción y la pregunta había dejado claro que la última parte de nuestra conversación la oyó

perfectamente, supongo que desde lo del insulto en adelante.

Tenía las manos en los bolsillos del pantalón, su expresión era seria, pero no fue algo que destacara en él porque desde que lo había conocido era la que siempre mostraba.

—A un tío que más imbécil no puede ser —respondió por mí David, levantándose.

Demasiado suave había sido… Me ofreció una mano para hacer lo mismo. De pie junto a él, salí de la aplicación de mensajes y bloqueé el teléfono. Me lo guardé rápido en el bolsillo con cremallera del chaquetón, con Kilian siguiendo mis movimientos con la vista.

—No sé qué has podido interpretar. No lo he dicho por ti, me refiero a que… —empecé a decirle, nerviosa.

«Cállate, Evie», grité con fuerza en mi cabeza. Si no nos había reconocido a Maya y a mí, acababa de darle motivos para pensar por qué le había dicho eso sin motivo aparente, al ser hoy el primer día que «supuestamente» nos habíamos visto por primera vez.

La reacción de Kilian fue levantar una ceja, la de mi amigo la de mirar hacia su izquierda, para que su expresión divertida pasase desapercibida. No lo hizo muy bien porque no lo consiguió. En fin, que yo acababa de meter la pata hasta el fondo, por si no tenía ya bastante.

—Eso espero —habló con voz neutra Kilian—. Tampoco me he dado por aludido porque que yo sepa, no tienes motivos para dirigirte a mí con ese insulto y palabras.

—No, claro que no —negué varias veces. Noté las mejillas calientes.

—Eso pensaba —asintió serio, sin apartar los ojos de los míos.

—Ahora nos vemos, voy con Maya. —Se despidió David.

No tuvo en cuenta mi súplica silenciosa de que se quedara conmigo, el muy, el muy…

—¿Cómo te encuentras? —la pregunta de Kilian me sacó de los pensamientos.

—Bien.

—No lo parece. —Caminó hasta mí.

Se paró a mi lado, observando el paisaje en silencio.

—Quizás me encuentro un poco indispuesta, pero es por los nervios, no porque me haya mareado —hablé en tono muy bajo.

—¿Por qué? —Giró la cabeza hacia mí.

—¿Eh?

—¿Qué por qué estás nerviosa? Con tu experiencia es imposible que sea por lo que vas a hacer.

Mierda, si es que estaba mejor callada.

—Tengo un día raro, solo es eso. —Opté por decir, encogiéndome de hombros.

Durante unos largos segundos me observó fijamente. Fui yo la que apartó la mirada, no pude mantenérsela porque me transmitió algo que me creó dudas. Me puso muy nerviosa y me centré en cualquier otra cosa.

—¿Seguro que llevas diez años practicando el rápel?

—Sí —afirmé rápido—. Hace meses que no lo disfruto por falta de tiempo, pero lo domino a la perfección, como David. No es un problema.

—Pues entonces… —Contuve la respiración.

Se movió, pero no se fue. Se quedó parado más cerca, inclinado hacia mí para hablarme en el oído. Nuestros brazos se rozaban y un picor extraño me recorrió la mano. Me sorprendí a mí misma queriendo tocarlo, habría sido tan fácil mover la mano para… Mis párpados se abrieron al máximo por la realidad que me golpeó fuerte. Con mi cuerpo mirando hacia el paisaje y el suyo hacia la explanada, en direcciones opuestas, su aliento cálido y el olor de su aroma que inspiré, provocaron que temblara de los pies a la cabeza, sin sentido. Recé para que no se hubiese dado cuenta de mis reacciones y cerré los ojos cuando continuó hablando.

—Solo se me ocurre un motivo por el que puedes estar nerviosa —susurró alargando cada una de las palabras, como si me acariciara con ellas al pronunciarlas—. El tiempo de espera es insignificante, como bien has dicho. Los conocimientos no se pierden, por lo tanto… ¿Soy yo el que te pone nerviosa, Evie?

El vello se me erizó y tragué saliva por la forma en la que dijo la pregunta. No supe si fue mi imaginación o realmente me acarició el lóbulo de la oreja con los labios, antes de separarse un poco. Con lo acelerada que me había puesto no conseguí separar la realidad de la fantasía. Apreté los párpados y solté el aire lentamente cuando no sentí el calor de su presencia.

Me dejó sola y esta vez sí que escuché sus pasos sobre la gravilla del terreno, alejándose. «Por suerte», me dije, me notaba más indispuesta ante su acercamiento repentino y lo que me había trasmitido. Bufé porque me había dejado claro que sabía el motivo de mi estado y maldecí por haberme expuesto tanto.

Mi móvil volvió a vibrar dentro del chaquetón, al igual que yo volví a maldecir, retomando el cabreo por Iván. La intervención de Kilian había conseguido que me olvidara de él y de su actitud por completo. Solté el aire lentamente, ni me molesté en sacar el móvil. Mis padres nunca me escribían, se comunicaban conmigo por llamadas. Así que, teniendo conmigo a las dos únicas personas de las que podía recibir mensajes, preferí ignorar el puñetero teléfono para no calentarme más.

«Gilipollas», repetí varias veces en mi cabeza, pensando en Iván. Qué cara más dura tenía al enviarme el mensaje que había leído, me entró de todo por el cuerpo. Las sensaciones fueron totalmente contrarias a las que me había provocado Kilian.

Con esas palabras escritas me había dejado claro que había intentado encontrarme por «casualidad» en algunas de mis salidas de rutina. Por suerte, me fui al piso de Maya dos días antes de emprender el viaje. Nos apeteció estar juntas, aunque tuviésemos que trabajar. Yo lo hice desde su piso con el portátil, terminando los últimos detalles que necesitaba cerrar antes de irme.

Me giré despacio para ver al grupo. Se encontraban todos junto al todoterreno, hablando. Maya estaba eufórica, incluso desde la distancia podía notarlo en sus gestos y expresiones. Le decía algo a Kilian, por parte de él no noté ningún entusiasmo, se mantenía con el mismo semblante, aunque no dudaba de que siendo correcto en todo momento.

Me entretuve observándolos durante unos minutos, no muchos, porque no quería ser el motivo por el que retrasarnos más. Tenía claro que si Kilian había decidido parar era solo por mí, al detectar que algo no iba bien.

Era de agradecer, aunque no se lo había dicho. En fin…

Caminé hacia ellos, justo cuando Kilian giró la cabeza hacia mí. Nuestras miradas volvieron a encontrarse, conectaron, a pesar de lo separados que nos encontrábamos. «Vamos, Evie, ¿qué mierda te pasa? Él solo ha sido amable contigo. Ha llegado el momento de cambiar la actitud».

Nada como animarse a una misma, ya os lo digo, aunque muchas veces no tuviese el efecto que se deseaba. Como en mi caso porque en este preciso instante no me sirvió de nada. Chasqueé la lengua contra el paladar, molesta conmigo misma.

—Ya estoy —les dije sonriente.

—Ya estaba pensando que querías descender aquí mismo —comentó David. Reímos.

Kilian no se pronunció, simplemente analizó mi actitud y apariencia para asegurarse de que mis palabras eran ciertas. Terminó asintiendo serio, cómo no, y nos montamos en el todoterreno, ocupando los lugares de antes.

✣ ✣ ✣

—Repíteme eso de que podríamos saltar sin problema, lo que has dicho en el comedor del hotel —me pidió Maya, asustada al ver en directo la altura que teníamos que descender.

—No te asomes tanto. —La agarré del brazo para echarla hacia atrás.

—Ja, ¡que me rompo la cabeza si salto ahora mismo! Aparte de todos los huesos. ¡Ay, que me da! —Lloriqueó.

—Relájate. Ya has oído a Kilian, la bajada es fácil.

—Pero muyyy grande. —Me abrazó con fuerza, estrujándome, y sonreí.

—Si no lo ves claro prefiero que te quedes aquí —comenté cuando nos separamos.

—Bah… Solo ha sido la primera impresión. Si me acerco de culo no veo lo que hay debajo. —Reí.

—Ve de frente, que la lías —negué divertida, imaginándola.

—¿De qué habéis hablado Kilian y tú cuando David os ha dejado solos al hacer la parada? —Chocó su hombro contra el mío, con expresión pícara— Eres una privilegiada, casi me desmayo cuando lo he visto tan pegado a ti. Qué cerquita has estado de él, ¿eh? Mirando los dos de pie hacia vete a saber dónde, y después oliéndolo, notando el calor que desprende… —terminó con un suspiro soñador.

—¿Qué dices de olor y de calor? Estás fatal —Solté una carcajada, tragándome las sensaciones que me había provocado por esos mismos motivos.

—Lo que yo te diga. Si los notaba yo que estaba lejos… —Bufó.

La voz de Kilian, demasiado alta por la poca distancia que había entre nosotros, impidió que pudiéramos continuar.

—Vamos a empezar. —Nos giramos hacia él.

—¿Nos ha escuchado? —pregunté entre susurros.

No me había dado cuenta de que tanto él, como David y Álex se habían acercado a nosotras. No estaban justamente al lado, pero… Fijé la mirada en mi amigo y su expresión era de… «Mierda, no puede ser», me dije lamentándome.

Despacio, como si estuviese prohibido, moví lentamente los ojos hacia Kilian. En su cara no se diferenciaba nada nuevo, ¡cómo no! La seriedad de siempre lo acompañaba. Era imposible interpretar algo en ese hombre.

Capítulo 7

Kilian

—Acércate, Evie —le pedí.

—¿Yo? —Se señaló, mirando rápido a los demás.

Levanté las dos cejas. No sé qué parte no había entendido al dirigirme a ella directamente por su nombre.

—Si Evie es tu nombre real, sí. —No modifiqué la seriedad en mi voz.

Lo hizo, le costó un poco, pero terminó caminando hasta mí murmurando algo ininteligible.

—¿Qué? —me preguntó enfrente.

—Date la vuelta.

—¿Para qué?

—¿Vas a cuestionar todo lo que digo? —Me crucé de brazos.

El arnés que sujetaba con una mano bailó por el movimiento.

—No he querido sonar… Yo…

—Gírate —insistí.

Soltó de golpe un suspiro y me dio la espalda, por fin.

—Os voy a enseñar cómo tenéis que colocaros el arnés, después pasaremos al resto. Hasta que

no os familiaricéis con todo, no nos moveremos de aquí. Mirad bien —les pedí.

—Puedo hacerlo yo sola —susurró Evie, nerviosa. Era más que evidente su estado de ánimo.

—¿Eres la instructora? ¿La responsable de la actividad? —le hablé inclinado sobre ella, desde atrás.

—No —negó moviendo la cabeza despacio.

—Eso pensaba. Abre las piernas.

Intenté no reír, contuve la carcajada que apretó fuerte en mi interior para buscar una salida. ¿El motivo? Ella soltó un pequeño jadeo y a continuación contuvo el aire.

—Tenéis que colarlo por las piernas de esta forma —dije agachado a sus pies, mientras ella los colaba dentro—, y deslizarlo hasta llevarlo bien arriba. —Hice fuerza cuando lo coloqué entre sus piernas.

El arnés le rodeó el trasero y se quedó anclado también por delante, justo por debajo de sus ingles, donde debía estar. Volví a moverlo dando un pequeño tirón hacia arriba, consiguiendo que el poco aire que había respirado Evie se quedara atascado de nuevo—. ¿Ha quedado claro o lo repetimos?

—Es fácil —dijo hablando apresurada.

—¿Cómo tienen que quedar las tiras alrededor? —preguntó concentrado Álex, observándolas.

Reprimí otra carcajada cuando Evie maldijo entre susurros.

—No pueden estar dobladas —le respondí girando el cuerpo de mi maniquí improvisado. Se dejó guiar por mí—. ¿Ves? —Volví a hacer presión hacia arriba con el arnés, provocando que su trasero se elevara —Así, bien cogido a la forma.

Por unos segundos los ojos se me fueron hacia sus amigos. David también hacia esfuerzos por no reír, su cara roja por la contención no daba margen a error. Maya… Maya era un reflejo del deseo de querer ser ella con la que estuviese practicando. Tenía los labios entreabiertos y los ojos brillantes y fijos en mis manos.

Yo no había aflojado el agarre del arnés, ni mucho menos lo había soltado con ninguna de las dos manos. Lo único que había hecho era mover una, deslizándola hacia abajo. En este momento tenía los dedos de una mano por dentro de la correa de cuero, justo en la curva del trasero de Evie, tocando su pantalón.

—Creo que se ha enterado —susurró Evie.

—¿Es correcto Álex? ¿Lo tienes? No hay ninguna prisa, podemos repetirlo todas las veces que necesitéis. ¿Maya?

—¿Eh? ¿Qué? —Me miró a los ojos.

—¿Has visto la forma en la que el arnés sujeta el trasero de tu amiga? —acaricié la tira por encima, provocando que Evie se pusiera tensa al notarlo. Recorrí todo el contorno de su glúteo, sin llegar a traspasar ninguna línea.

—Sí —respondió susurrando, como hipnotizada.

—A mí me ha quedado claro —dijo Álex, asintiendo.

—Perfecto. Vamos a por la parte delantera.

Giré rápido el cuerpo de Evie. No sabía si su cara estaba morada porque con cada cosa que le hacía o le decía, le daba poco margen de tiempo para poder respirar. Volvió a contener el aire cuando su espalda quedó apoyada en mi pecho.

—Las tiras delanteras tienen que quedar sujetas al inicio de los muslos, ¿veis? —Las tensé— El agarre es fuerte y resistente, no tenéis que temer. Vuestro propio peso hará el resto cuando los cuerpos queden suspendidos en el aire, colgados.

Desde el lateral acaricié el cuero con varios dedos, bajando de su cadera hacia abajo.

—Kilian… —murmuró Evie.

—¿Sí? ¿Alguna duda? Eres experta, ¿no?

—No tengo ninguna —siseó—, pero…

—Dime. —Pegué su cuerpo más al mío, aunque era imposible que estuviésemos más juntos.

No pasaba el aire entre nosotros, estábamos pegados, mientras la sujetaba por el arnés.

—Si cometo un fallo será por tu culpa —dijo en un tono tan bajo que solo la escuché yo.

—¿Mía? ¿Estás segura? —hablé inclinado hacia su oído— ¿Te sueles distraer con facilidad?

—El instructor que tuve las primeras veces nunca…

—¿Qué? —Quise que continuara, se quedó callada.

—Nunca hizo una demostración tan exhaustiva.

—¿Qué puedo decir? Me gusta prevenir los problemas antes de que se den. ¿No te parece? —Vi su garganta subir y bajar, varias veces—. Dime, Evie, ¿lo estoy haciendo bien?

—Sí —siseó—. No creo que a Álex y a Maya les quede alguna duda. —Hizo fuerza con su espalda en mi pecho.

Para los demás dio la sensación de que se relajaba apoyándose en mí, pero bien sabía yo que su único fin había sido querer separarse con el movimiento. Sobra decir que no lo consiguió. Durante unos segundos nadie habló, nos mantuvimos todos en silencio. Mis ojos se dirigieron a las tres personas que teníamos delante y hacia el perfil de la cara de Evie, demorándome más en la última.

—Eso pensaba y precisamente era mi propósito, que a nadie le quedaran dudas de lo que estoy haciendo —fue lo último que le susurré al oído, con doble intención.

Fue la última vez que noté la vibración de su cuerpo contra el mío y cómo contenía la respiración. A partir de ahí, después de haber conseguido lo que buscaba, seguí a rajatabla el protocolo que siempre realizaba. Me puse recto y continué con la explicación. Ya no hubo más acercamientos, ni palabras susurradas, como también me privé de sentir sus reacciones.

Me puse en modo profesional y todos me atendieron concentrados. Cuando conseguí que Álex y Maya tuvieran todos los puntos claros, al repetirlos incansablemente, y cuando estuve seguro de que podrían descender sin problema, fue cuando les pedí que fuesen a las posiciones de salida que les había indicado hacía un rato, en medio de las explicaciones.

Álex y Maya irían los primeros, acompañados por mí, los tres en línea. David y Evie nos seguirían con la distancia prudencial, separados por varios metros hacia arriba. Si sucedía algo con su amiga o con Álex, estaríamos a alcance de ambos, rápido. Y si se daba el caso de que los dos coincidían en tiempo con algún problema o duda, tanto Evie como David llegarían a ayudarlos en un parpadeo, al dejarse caer.

No iba a darse, me refiero a que no tendrían que intervenir. Sabía de memoria cada paso que íbamos a dar, aunque nuestros pies tocaran poca firmeza debajo de ellos. Al igual que controlaba todos los imprevistos que podían surgir en el descenso.

Cuando coincidía con alguien que domina el deporte que realizara, fuese el que fuese, a esas personas las dejaba a su aire. Más libertad, pero bajo mi control y supervisión en todo momento, eso nunca podía faltar y jamás variaba.

—¿Preparados? —les pregunté a Maya y Álex, sujetando mi cuerda.

Ellos tenían las suyas también en las manos. Ya estaba todo preparado para empezar, tanto el

material como nosotros.

—Sí —respondió él, emocionado.

—No. —Rio ella, por los nervios.

—Ante todo tranquilidad, es lo primordial para no perder el control. No voy a separarme de vosotros.

—Si fueses detrás de mí, pegadito, te aseguro que se me pasarían todos los miedos —dijo Maya, con una sonrisa en la que reflejó mucha picardía.

—Eso solo pasará si es estrictamente necesario porque nos entorpecería la bajada —negué—. Centraros —les pedí serio—. Tenéis que divertiros y disfrutarlo, pero no es un juego simple, ¿de acuerdo?

—Sí —respondieron ambos, cambiando la expresión de golpe.

Maya se santiguó antes de aferrarse con fuerza a las cuerdas, Álex puso toda su atención en lo que tenía delante y lo que debía hacer. Inicié el descenso despacio, a la par que los animaba a continuar como iban.

—¡Ay!

—¿Algún problema? —le pregunté a Maya.

Nos habíamos quedado colgando por unos segundos, después de dejar atrás el primer saliente de la roca. Tenía los ojos cerrados, apretaba los párpados tanto como las manos alrededor de la cuerda.

—No, solo estoy haciéndome a la sensación —soltó varios suspiros.

—Perfecto, no hay prisa. Afloja poco a poco la fuerza para no cargar los brazos, y empieza a deslizarte lentamente.

Lo hizo al cabo de unos segundos. Continuamos sin problema, Álex también porque mi regla número uno, en la que nunca vacilaba, era que nadie avanzaba más que yo, a no ser que le diera permiso. Si uno del equipo paraba, todos lo hacíamos. Fuimos bajando los tres en línea, conmigo en el centro para controlarlos bien.

A mitad del recorrido levanté la mirada. Me encontré con los cuerpos de Evie y David suspendidos en el aire, charlando tranquilamente. Mis labios se curvaron ligeramente, el cambio en mi expresión se debió al ver a Evie completamente relajada, en su salsa, como se suele decir. Las miradas entre ambos amigos eran muy significativas, volvían a disfrutar de algo que les

gustaba.

Me centré en Maya y Álex. La verdad es que los tuve que corregir pocas veces, podría decir en fallos o despistes sin importancia, pero cuando practicas un deporte que puede tener un mal final, pésimo, todo es relevante e influye, por mínimo que sea.

Después de mis clases, de estar a mi cargo, terminarían sabiendo defenderse para continuar experimentando. Los dos de arriba no tuvieron que descender rápido, me refiero a que no se dio ninguna situación que pudiese comprometer la estabilidad de la amiga de ambos o de Álex.

Mis pies tocaron tierra firme bastantes minutos después, junto a los de Maya y Álex que en cuanto lo hicieron empezaron a hablar emocionados y hasta se abrazaron para celebrarlo. Les pedí que se apartaran, que retrocedieran varios pasos. No era la primera vez ni sería la última que alguna piedra se desprendía y caía, y más teniendo en cuenta que David y Evie se lo estaban tomando con calma para saborear las sensaciones.

Bueno, lo de calma es algo relativo porque cuando podían dejaban caer sus cuerpos en picado hasta que se frenaban, mientras se escuchaban las risas de ella.

Dirigí la mirada hacia ellos, para ser realista, más concretamente al cuerpo de Evie. La cercanía que había provocado con ella, dos veces, en la explanada en la que paré, pero, sobre todo, al inicio de mi explicación con el arnés, me habían dejado tocado y alterado. Por suerte, tuve el control de mi cuerpo en todo momento y no se vio la evidencia de lo que sentí y me provocó, en ninguna de las dos situaciones.

No sabía que me incitaba a ir más allá con ella, a traspasar la barrera que siempre me imponía. Ni puñetera idea del por qué había actuado en las dos ocasiones sin pensar. Me llamaba mucho la atención esa mujer, no lo podía negar y una imperiosa necesidad me hacía actuar de una forma irreconocible para mí.

Lo de hoy, lo que sabéis, en la vida había sucedido. Y mucho menos por mi parte.

—¿Bien? —les pregunté a los dos, cuando llegaron abajo.

—Perfecto —confirmó David.

Mi pregunta no hacía falta, pero aun así… Mis ojos se posaron en Evie, todavía sonreía, mientras se desprendía del arnés. Seguí sus movimientos, no me perdí ni uno.

—Me ha gustado. —La voz de Maya me hizo girar la cabeza hacia ella.

Aplaudía acompañando a sus palabras. Se veía feliz, eufórica por haber realizado la actividad con éxito y no solo eso, sino que había terminado satisfecha de verdad y con ganas de avanzar. Solo había que verla.

—Me alegro de que sea así, y de que hayas calculado mejor que al tirarme la botella de agua a los pies, en la gasolinera —comenté como quien no quiere la cosa.

Ella por su parte soltó un jadeo, uno bien fuerte. La dejé callada de golpe, con los ojos abiertos al máximo. Miré de reojo a Evie, me observaba sonrojada. Perfecto, ya les he dejado claro que sí, que sabía quiénes eran del día anterior. Poco más tenía que decir al respecto, aunque por lógica ya debían darlo por hecho.

Empecé a recogerlo todo en silencio, mientras escuchaba la risa fuerte de David. No tardaron en ayudarme, nos quedaba un buen paseo para subir hasta el todoterreno, por el camino que serpenteaba la gran roca que habíamos descendido.

Solo teníamos que cargar con los arneses, las cuerdas y demás lo recogería cuando estuviésemos arriba. Caminé dirigiéndome hacia el camino.

—Kilian, ¿el próximo rápel de cuántos metros será? —preguntó con curiosidad Álex, poniéndose a mi lado.

Encabezamos el grupo, conmigo abriéndome paso.

—Diez metros. —Silbó—. Se complicará un poco y no será por la altura, sino por la zona de descenso. Pero no es algo que os tenga que preocupar, simplemente tendréis que estar más atentos. El mecanismo y proceso es el mismo —aclaré al escuchar el jadeo de Maya.

Solo podía salir de ella al oír la altura a la que se enfrentaría la próxima vez, más concretamente al día siguiente. Siempre era así, para no dejar pasar mucho tiempo entre una experiencia y otra. De esa forma nos asegurábamos de que todavía estaban en caliente y con toda la información fresca.

Me paré para dejarlos pasar a todos. Maya se adelantó para conversar con Álex y yo me quedé el último, viendo las espaldas de David y Evie, pero solo me centré en la de ella. Para qué voy a mentir, mis ojos no miraron su espalda concretamente, sino otras partes de su cuerpo que captaban toda mi atención.

La noté rígida al ir detrás de ella e inconscientemente sonreí porque quedaba mucho camino hasta que me adelantara a todos.

Al pasar por mi lado, me miró de reojo mientras David le hablaba, y yo, me regocijé en la sensación de satisfacción que tenía asentada, por cada una de sus reacciones.

Interesante, me dije, sumamente interesante…

Capítulo 8



Evie

Sentada en el columpio de un pequeño parque de juegos para niños, balanceaba los pies, con la mirada perdida hacia delante.

Eran las ocho y media de la noche. Estaba sola, mis amigos se habían quedado en el hotel. Dentro de poco más de media hora, iríamos a cenar. Maya estaba duchándose, David se había quedado tumbado en la cama, entretenido con el móvil hasta que fuese su turno de entrar en el baño. Yo, al ser la primera que pasé por él, estuve preparada rápido.

Al estar lista me apeteció salir un poco al aire fresco, para dar un pequeño paseo por los alrededores del hotel. En mi camino encontré el parque, se encontraba solitario. La oscuridad cubría muchas zonas, donde yo estaba quedaba iluminada muy tenue por una de las farolas que había a unos metros.

Paz, tranquilidad, el leve sonido de la naturaleza como única compañía… Eso es lo que me rodeaba y fue muy bien recibido. Inhalé una gran cantidad de aire, varias veces, llenándome los pulmones del aire limpio que se respiraba en medio de tanta vegetación. Había tanta calma… A estas horas, al ser tarde, no había visto a muchas personas en mi pequeño recorrido por el campin, y ninguna en el parque. Eso me había motivado a entrar en él.

Me impulsé con los pies con más energía y me columpié. El frío me dio en la cara con más fuerza. Tenía las manos congeladas mientras sujetaba las cadenas del columpio. Me humedecí los labios, a pesar de que sabía que no debía porque se me cortarían. No me importó, disfruté del momento retrocediendo a mi infancia, cuando eran mis padres los que me movían desde atrás.

En la casa de mis padres, en el jardín, había un columpio que todavía utilizaba cada vez que iba a verlos. Con mi padre tuve muchas conversaciones en él, tanto divertidas, como serias. Era nuestro rincón favorito, aún continuaba siéndolo, uno en el que conseguíamos desconectar y ser solo nosotros dos, aislándonos de lo demás.

En ese columpio propiedad de mis padres había reído, llorado, soportado la tristeza… Si

pudiese contar todos los instantes de los que había sido testigo… A lo largo de los años se habían dado muchas situaciones, todas importantes y con peso, las que me habían llevado a este presente, a lo que era.

Me emocioné al columpiarme y empecé a disminuir el impulso de las piernas. Cuando solo me balanceaba, frené con los pies en la hierba, con la vista fija hacia la derecha. Distinguí dos cuerpos acercándose por el lateral y reconocí una voz. La había escuchado lo suficiente como para saber quién era la chica que le hablaba al chico que acababa de pararse.

Precisamente el último recuerdo de ella era de esta mañana, en la que se había mantenido tirante con Kilian, el poco tiempo que habían coincidido antes de que tomaran cada uno una dirección. Se llamaba Andrea, era la misma que se acercó a Kilian con una intención clara, el primer día que descubrimos que él estaba en el campin y que sería el instructor del rápel.

No conseguí oír sus voces con claridad, no supe que se decían, o más bien lo que decía ella porque Kilian se mantuvo estoico escuchándola.

A pesar de lo poco que veía, pude diferenciar lo tenso que estaba. Tenía metidas las manos en los bolsillos del anorak, uno diferente con el que lo vi el día anterior, en la primera clase de rápel, y hoy.

Sí, hacía horas que regresamos de descender la pared de roca de diez metros, como le informó a Álex cuando le preguntó por la siguiente experiencia.

Todo había ido muy bien, Maya y Álex habían salido airosos de la experiencia, de nuevo. Mi amiga rebosaba felicidad, al completarla con éxito y al enfrentarse a sus miedos con el mejor de los resultados.

Para mi sorpresa, Kilian formó el mismo grupo, pero no era nada destacable porque nos informó de que se empezaba una actividad concreta con un instructor, y se finalizaba con el mismo. De esa forma tenían claro los avances de cada uno de nosotros, para ahorrarse las preguntas entre compañeros con el fin de saber sus habilidades, y a lo que podían o no llegar.

Eso me desilusionó un poco, la verdad. Me callé y no lo mostré, lógicamente, pero al oír cómo Kilian le explicaba a David cómo procedían, me vine un poco abajo. Una tontería como lo era la roca de grande de esta mañana. ¿Qué esperaba? Que hubiese elegido mi grupo de amigos para continuar «enseñándonos» solo porque yo estaba en él… Pues sí, esa fue mi ilusión inicial, la que desapareció rápido.

Procedimos como el día anterior, yo me monté en el asiento del copiloto, y más teniendo en cuenta que el trayecto hasta llegar a la nueva zona era bastante más largo. Sentada a su lado, teniendo muy presente su presencia mientras conducía, intervine en las conversaciones que se daban en la parte trasera. En ningún momento Kilian se dirigió a mí directamente, al igual que yo evité hacer lo mismo.

El trato que me dio fue muy diferente al de la primera vez. Más me pesó, porque me quedó clarísimo su punto de vista. Ya se había divertido lo suficiente y estaba segura de que lo hizo como una pequeña venganza por lo que sucedió en la gasolinera, a pesar de que yo no tenía ninguna culpa, ni siquiera de que pudiera haberse tropezado con la botella de agua que Maya le lanzó a los pies para pararlo a la fuerza.

A saber, no quería pensar mucho en ello. Me quedaba con que su comportamiento había sido muy correcto hacia mí. No me había dejado de lado, simplemente había realizado su trabajo profesionalmente, así que…

Una vez de regreso en el campin no volví a verlo ni a cruzarme con él, como el día anterior. Dentro de aquí parecía que desaparecía, porque la tarde anterior recorrí varias veces con mis amigos todo el campin, paseando tranquilos. Quizás solo venía para hacer su trabajo.

Salí de mis pensamientos y me centré en la imagen de Kilian y de Andrea. Ella parecía un poco alterada, el murmullo de su voz era el único que se escuchaba cortando el silencio de la noche. Él continuaba serio, sin apartar los ojos de ella. Hasta que abrió la boca, vi sus labios moverse. No identifiqué lo que le dijo, pero no necesitó mucho, ni siquiera alzar la voz, para que ella soltara un jadeo y se girara, dándole la espalda. Sucedió después de que ella le rozara el pecho con una mano, por encima del anorak.

Supuse que hasta ahí llegó la paciencia de él, ese gesto fue determinante para quitársela de encima de una forma que había intentado evitar. Lo que no habría sucedido en alguna ocasión, estaba segura e intrigada porque daban a entender que entre ellos había sucedido algo, algo con lo que habían traspasado ciertos límites.

Me mantuve inmóvil, casi sin respirar para no delatarme, mientras veía cómo Kilian no apartaba la mirada del camino que había tomado ella, al irse. Me hice pequeña en el columpio, con la esperanza de que no dirigiera la vista hacia mí y me localizara.

Solté el aire despacio cuando se giró y empezó a caminar, alejándose.

Incluso en la penumbra, era un hombre increíble. Mandaba narices, ¿por qué tenía que ser tan guapo y atrayente? Nada, a mí plin, iba a continuar disfrutando de los días que me quedaban, junto a mis amigos. Me lo había pasado genial esta mañana, mi cuerpo pedía más emociones fuertes y hoy había tenido un poco de ellas.

Kilian nos permitió a David y a mí desplazarnos un poco hacia un lateral de la roca. En él, el terreno era más complicado, lo que mi amigo y yo disfrutamos como dos niños pequeños. Aunque nuestra atención se iba muy a menudo al grupo, para comprobar que todo iba bien. Kilian controló perfectamente las situaciones, proporcionándonos a David y a mí más tiempo de disfrute.

Me encantaría poder incluirlo con nosotros, verlo realmente en acción. No era lo mismo tener que hacer la actividad de esa forma, en este caso pendiente de dos personas que eran su

responsabilidad, que dejarse llevar como hicimos David y yo.

En fin… Era algo que no iba a suceder en la vida. Aun nos faltaba un día más de rápel y se terminaría la experiencia para pasar a otra. Al día siguiente el descenso sería de catorce metros, uniendo varias paredes de rocas. Mucho para Maya y Álex, perfecto para David y para mí.

Sola de nuevo, volví a respirar con normalidad y a balancearme con los pies. Las cadenas del columpio hicieron unos leves ruidos al moverse, muy sutiles. Me aferré a ellas con las manos, preparada para impulsarme con fuerza de nuevo.

No llegó a suceder, lo que sí pasó es que dejé de respirar, literalmente. Unas manos cubrieron las mías en la cadena, calentándomelas desde atrás. Mi espalda chocó con un cuerpo, el que paró mis movimientos. El columpio se frenó conmigo sentada en él y la sensación que me recorrió, al identificar el olor que llegó a mi nariz, me dejó temblorosa. No se trataba de David que había salido a buscarme, para nada.

Levanté la cabeza despacio, encontrándome con la mirada de Kilian fija en mí.

—¿Escuchando y viendo situaciones a escondidas? —Fue lo primero que dijo, con semblante serio.

Abrí los ojos al máximo, al saber que me había visto, incluso interpreté que, desde el principio era muy consciente de que yo estaba aquí cuando se paró a la distancia con la otra chica.

—¿Qué dices? —susurré sin creerme que pensara eso— No he escuchado nada, a ver si te piensas que tengo un oído tan fino —negué despacio, varias veces.

Las mejillas me ardían. Un calor que por una parte fue muy bien recibido por el frío que hacía, pero a la vez demoledor por lo que lo había provocado.

—¿Por eso te has quedado quieta para ver lo que sucedía hasta el final? —Contuve el aire—. ¿Esperabas que nos besáramos? ¿O qué en esta zona tan desierta y con falta de luz sucediese algo más picante?

Se había inclinado sobre mí para hablarme, su cara quedó muy cerca de la mía.

—Sois vosotros los que habéis llegado hasta aquí con vuestros problemas, yo ya estaba —murmuré perdiéndome en lo brillantes que se veían sus ojos en medio de la noche—. Lo que quisierais hacer es cosa vuestra.

—Yo no tengo ningún problema. —Ladeó un poco la cabeza—. Y hubiese sido interesante que yo actuara de otra forma con ella.

—¡Quién lo diría! —Giré la cabeza, dirigí la vista hacia delante, evitando hacer un comentario

por el último suyo.

—¿Estás intrigada en conocer lo que ha sucedido entre nosotros? ¿Quieres saber si hemos tenido sexo? Y si hubiese sucedido… ¿Dónde lo hemos hecho y si fue caliente y excitante? ¿Es eso, Evie?

Un jadeo involuntario se escapó de mis labios, mientras un temblor me recorría de los pies a la cabeza.

—No te lo crees ni tú —murmuré y bufé, nerviosa.

Intenté separar las manos de las suyas y de la cadena, pero no me lo permitió. Hizo más fuerza para mantenérmelas como estaban, con las suyas entorno a las mías.

—Ella pertenece a un pasado muy breve, uno del que me arrepiento —continuó y me mordí el labio inferior.

—No me interesa —susurré.

—¿Estás segura? —Movió ligeramente el columpio.

—Por supuesto que lo estoy. —Cerré los ojos.

Noté de nuevo el calor que desprendía su cuerpo en mi espalda, al frenar otra vez los movimientos.

—Mentirosa. —Abrí los ojos de golpe, al escuchar esa palabra susurrada en mi oído.

—¿Cómo me has llamado? —Jadeé recomponiéndome de la impresión.

—Mentirosa —repitió y tragué saliva.

Sus labios me acariciaron la oreja al hablar.

«Levántate de golpe, gírate hacia él y estámpale el puño en la nariz», me dije acelerada. ¿Lo hice? Pues no, porque me había quedado medio alelada por su cercanía y atrevimiento. Otra vez me encontraba en las mismas situaciones que el día anterior, en las dos veces que acortó la distancia entre nosotros.

—Nunca miento —siseé—. Me gusta ir de frente, tanto con los actos como con las palabras.

—Mmm… Interesante. Lo que me lleva a tener más claro por qué lo estás haciendo ahora mismo.

—¿Puedes soltarme y apartarte?

—Puedo, pero no me apetece. —Apreté los labios—. Es muy bien recibido el calor corporal, ¿no te parece? A no ser que… —Se quedó callado durante unos segundos y la impaciencia pudo conmigo.

—¿Qué? —Lo miré de reojo.

Todavía no se había incorporado, me hablaba pegado a mi oreja, inclinado sobre mí. Nuestros ojos se encontraron y como si mi cabeza tuviese vida propia, giró despacio hacia la suya. Me perdí en su mirada brillante y no pude evitar recorrer sus facciones a tan corta distancia como nos encontrábamos.

—Que quieras que me aleje de verdad —susurró sin pestañear.

Tragué saliva, su aliento me había dado directamente. Oh, su olor… «Mierda», me grité porque si no se separaba yo no iba a tener la fuerza de voluntad para hacerlo. ¿Qué me impedía moverme unos centímetros y rozar sus labios? Nada, a no ser que se apartara rápido.

Solo por eso me contuve, para no pasar más vergüenza de la que ya sentía, porque sí, le había mentido descaradamente. Claro que quería saber lo que había sucedido entre él y esa chica, algo dentro de mí hervía por la conclusión a la que llegué yo misma. Necesitaba, necesitaba… Lo único que quería oír es que no estaba con ella y que no le importaba ni lo más mínimo.

Me lo callé todo porque no tenía ningún derecho a hacerle preguntas. Joder, que nos conocíamos desde hacía dos días, eso sin contar el momento relámpago de la gasolinera porque fue un visto y no visto, aunque yo viese demasiadas cosas en él en aquel instante.

—¿Qué me dices, Evie? ¿Quieres realmente que me aparte y te deje sola? —susurró tan cerca de mi boca…

—No —murmuré.

La negación salió de mis labios antes de que pudiese retenerla. Maldije interiormente, con los ojos cerrados, pero mi mente se quedó en blanco cuando sentí el roce de su nariz contra la mía. Fue muy sutil, pero esta vez no tuve problema en saber que había sucedido.

Capítulo 9



Kilian

—Eso pensaba… —Le di un último toquecito con la nariz en la suya, y me incorporé a su espalda—. Hace buena noche.

—¿Eh? —Bajé la mirada hacia ella.

—Que hace buena noche.

—Ah, sí, supongo… —Carraspeó.

Mis labios se curvaron de medio lado, cuando no me veía. Me retiré un poco hacia atrás y tiré de sus manos, provocando que el columpio se balanceara.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida.

—¿No se supone que estás en este columpio para precisamente columpiarte?

—Ya… Pero puedo sola.

—Mmm… No lo dudo ni por un instante, pero es más divertido así.

Se quedó callada, ambos mantuvimos silencio mientras continué balanceándola.

—¿Te ha gustado la experiencia de hoy? —le pregunté al cabo de bastantes minutos.

—Sí, ya lo sabes. Gracias por permitirnos a David y a mí más libertad.

—Hay muchas cosas que sé, pero no está de más en querer escucharlas de la persona en cuestión —comenté distraído, con la vista fija en la oscuridad de delante—. No hay de qué. Yo

mejor que nadie, al tener que contenerme al enseñar, sé lo que es poder disfrutar libremente.

—¿Aquí nunca practicas por tu cuenta los deportes de los que das clases?

Tuve que inclinarme para escucharla, habló en tono muy bajo.

—Claro que sí, los fines de semana.

—Ah.

—Mucha gente no entiende mi postura.

—¿A qué te refieres? —Giró la cabeza hacia atrás.

—A que hay personas que no comprenden el por qué me gusta estar aquí, en medio de la naturaleza y rodeado de los deportes que me apasionan. —Frunció ligeramente el ceño.

—Pues no lo entiendo —susurró. Su voz se perdió con el aire—. Pero qué más da, tienes la edad suficiente para aprovechar tu vida en lo que realmente te gusta o te apasiona, como has dicho. Es un trabajo tan bueno como cualquier otro.

—Exacto. —Busqué sus ojos—. La chica, Andrea… —Sabía de sobra su nombre de ayer y de hoy—. Solo hemos intimado una vez. —Agrandó los ojos ante el repentino cambio de conversación.

—¿Por qué me lo cuentas? No te lo he preguntado.

—Ni lo harás, ¿me equivoco?

A pesar de la poca iluminación de las farolas, vi perfectamente cómo sus mejillas cambiaban de color.

—No, porque no es asunto mío —murmuró.

—Tienes razón, solo es asunto mío, uno del que me arrepentí enseguida.

—¿Por qué?

—¿No acabas de decir que no te interesa la información? —Levanté una ceja—. ¿Es asunto tuyo o no?

—Me estás liando —Bufó. Mis labios se curvaron hacia un lado.

—Eres tú la que has querido saber. —Paré el columpio de golpe.

—Y tú el que has vuelto a sacar el tema. —Hizo una mueca.

—¿Sabes cuál es el motivo por el que he vuelto hablar de ello? —Me incliné hacia delante, a la vez que ella negaba como respuesta—. Porque no sé qué mierda me sucede, pero necesitaba que lo supieras. —Apreté la mandíbula.

La cercanía era muy tentadora, pero no hice ningún movimiento para acortar los escasos centímetros que separaban su boca de la mía. Aparté despacio las manos de las suyas y las coloqué sobre sus hombros. Dio un pequeño respingo por el contacto.

—Gracias por la información —susurró.

—¿Me lo agradeces? —Ladeé un poco la cabeza.

Mis ojos la miraban con mucha intensidad, como si quisieran traspasar la barrera externa y entrar en su interior.

—Claro. —Tragó saliva—. Ahora ya no me queda duda de que te has acostado con… Andrea. Por eso se toma las confianzas que ha dejado ver hacia el resto y por eso se pensaba que podía seguir acercándose a ti.

Rápido, moví la mano y la deslicé de su hombro hasta su barbilla. Le giré más la cara, moviéndola hacia mí, para que me viera perfectamente.

—No me he acostado con ella —susurré aún más cerca de sus labios.

—Has… Has dicho que… —Soltó un pequeño jadeo cuando hice presión para acercarla.

—Mantuvimos sexo, echamos un polvo rápido, me la tiré en uno de los baños del campin. —Agrandó los ojos—. De esas definiciones elige la que quieras con todos mis respetos, pero no que me acosté con ella. —Le dejé claro.

—¿Qué…? ¿Qué diferencia hay?

—Acostarse con una persona conlleva cosas que no se dieron entre Andrea y yo, y que nunca se darán, por supuesto. Al menos así lo veo yo. Lo que hicimos fue frío, solo buscando el placer momentáneo. ¿He sido claro?

—Sí —susurró. Su aliento me calentó—. Entonces un polvo.

—Ajá, eso es. Del que como ya te he dicho, me arrepentí rápido.

—¿Por qué?

—Para no interesarte no dejas de preguntar. —Levanté una ceja.

—Ya que has empezado… —Fruncí los labios, pero mi expresión cambió, cubriéndose de seriedad.

—Ya has visto su comportamiento y actitud —asintió, mi mano hizo el mismo movimiento al mantenerla unida a ella—. Hace unos días me siguió hasta el baño y se coló detrás de mí. Me dejé convencer con su palabrería de que solo le interesaba el sexo conmigo esa vez, dejándome claro que no volvería a repetirse porque le interesaba descubrir a otros. —Echó un poco la cabeza hacia atrás, con una reacción de sorpresa. La retuve cerca de mí—. Nos encerramos en una de las cabinas y…

—Tengo buena imaginación, no hace falta que sigas con los detalles —me interrumpió, pero la ignoré.

—Y en cuanto me giré y antes de poder hacer algún movimiento, mi pantalón estaba medio bajado y mi miembro en su boca —gimió cerrando los ojos—. Así se dio el resto, no hubo caricias, ni palabras, ni roces, más allá de las zonas clave.

—No necesitaba esa imagen en mi cabeza. —Bufó.

—Me gusta ser claro desde el inicio.

—¿Del inicio de qué? —Contuvo el aire.

Casi le rocé los labios con los míos, para darle la respuesta sin palabras, pero me aparté de golpe. Al hacerlo, por la posición que tenía, paré su cuerpo por la espalda para que no cayera hacia atrás.

—¿Qué…? —Intentó hablar, desconcertada.

—¿Evie? ¿Estás por aquí? —Se escuchó la voz de su amiga Maya, haciendo las mismas preguntas que yo había escuchado y Evie no. Por eso me había separado de golpe.

Di un paso hacia atrás, con las manos en los bolsillos del anorak. No desvié la atención de ella. Se levantó despacio del columpio, siguiéndome con la mirada.

—Te vas —afirmó, y se lo confirme con un gesto silencioso.

—Mañana nos vemos.

Me di la vuelta y empecé a caminar por el parque, para salir de él. No me apetecía ver a nadie

más, ni mucho menos empezar una conversación. Con Evie había sido diferente, yo mismo lo había provocado. Maldita sea, con ella era todo completamente diferente y no entendía el por qué.

En cuanto llegué a esta zona del campin, con Andrea caminando detrás de mí, intentando que parase al hablarme, la localicé enseguida columpiándose.

En todo momento había sido muy consciente de que nos había reconocido y de que nos observaba. No queráis saber por qué narices elegí plantarle cara a Andrea justo donde Evie estaba, ni puñetera idea del motivo por el que no continué ignorando a Andrea, hasta que se cansara.

Volvió a tocarme la moral con sus palabras, permití que continuara hablando, para mí sin ningún sentido en lo que me dijo. Hasta que me cansé y corté de raíz lo inexistente que había entre los dos. Ya no iba a correr detrás de mí más, como había hecho al verme salir de mi casa. Se terminó el que se acercara y se tomara la libertad de actuar como no le pertenecía. Las pocas palabras que le había dicho la habían puesto en su lugar, del que nunca tendría que haberse desviado.

«Un problema menos», me dije, aunque tenía otro muchísimo más grande por lo que representaba y me provocaba: Evie.

Sacudí la cabeza y me paré en medio de la oscuridad. Observé desde lejos cómo ella se encontraba con sus amigos, junto a la valla que delimitaba el parque. Intercambiaron algunas palabras, para después desparecer los tres, tomando la dirección del hotel.

Desde el día anterior sabía que se hospedaban en él, entre todas las alternativas que había.

Había sido tan fácil abrirme un poco a ella, nunca hablaba de lo que representaba para mí el querer llevar la vida que tenía, jamás sacaba el tema por mí mismo y menos ante un desconocido, o desconocida en este caso. Eso éramos Evie y yo, dos personas que no se conocían, pero que se atraían mutuamente.

Apreté la mandíbula porque todo en ella y lo que me transmitía, me indicaba que yo… Volví a sacudir la cabeza y accedí al camino que llevaba hasta mi casa.

Tenía una sensación en los labios como de quemazón, al no haber hecho lo que deseaba. Si sus amigos hubiesen tardado unos segundos más en hacerse notar, la habría besado como necesitaba.

«Quizás es mejor así», me dije. No quería complicarme más y Evie se marcharía del campin en unos días.

Al día siguiente era el último de la práctica de rápel, un día en el que haría todo lo posible por

mantenerme apartado de Evie. Era la única opción viable que tenía, y no solo pensando en mí. Aunque Evie no supiera apreciarlo, también lo haría por ella.

Tenía claro que no era como Andrea, con lo poco que la conocía lo sabía a ciencia cierta. Pero es que no lo era en nada, incluyendo en tener encuentros íntimos esporádicos sin nada más.

Solté el aire despacio cuando llegué a la puerta de mi casa. Giré la llave en la cerradura y después de cerrarla con el pie, caminé hacia el pasillo. Necesitaba una ducha urgentemente, a pesar de que me di una antes de salir a dar una vuelta.

Estaba quitándome la sudadera cuando escuché el sonido amortiguado de una llamada. Lancé la prenda de ropa encima de la cama, junto al anorak, y caminé hasta la mochila que había utilizado por la mañana. Todavía no había sacado el teléfono, no lo había necesitado y me olvidé por completo de él.

—Eh —dije al responder. Era Glen.

—¿Eh? ¿Eso te parece un buen saludo para tu otra mitad? —Sonó indignado y sonreí.

—Eh, engloba mucho. Como: hola, ¿qué tal?, ¿todo bien?, ¿cómo te va?, te he echado de menos. —Fruncí los labios al terminar.

—Mira qué gracioso está hoy. —Rio Glen.

—¿Con quién estás? ¿A quién le has hablado? —Fui hacia la ventana y me apoyé en la pared, observando el exterior.

—Saluda —dijo y aguanté la diversión, por lo que venía a continuación.

—¿Cómo? ¿Saluda? ¿En serio has dicho eso? La madre que te…

Por unos instantes solo escuché los gritos de Salma y las risotadas de Glen, los imaginé corriendo, con ella detrás de él. Hay situaciones que nunca cambian y esta, era imposible que lo hiciera después de tantos años como hacía que nos conocíamos los tres.

—Ni te acerques porque te tragas el teléfono —le advirtió Salma—. Hola, Kilian —me habló tranquila y solté una carcajada.

—Hola, preciosa. ¿Ya lo has puesto en su sitio? —Quise saber, divertido.

—Como siempre. —Volví a reír, con ella, mientras escuchaba las quejas de él.

—¿Qué hacéis?

—Echarte de menos. He venido a cenar a casa de Glen, hace poco que hemos terminado.

—Yo también a vosotros.

—Lo sabemos —dijo cantarina y sonreí—. ¿Ya has cenado?

—Todavía no. Acabo de llegar a casa, estaba quitándome la ropa para darme una ducha rápida.

—Mmm… Eso suena demasiado tentador hasta con muchos kilómetros de distancia —sonreí de medio lado—. ¿Estás completamente desnudo? ¿Quieres que vaya a frotarte la espalda? Si me monto en el coche ahora mismo creo que llego para las…

La interrumpí soltando otra carcajada. Os aclaro mi relación con Salma, para mí era como una hermana pequeña y ella me veía de la misma forma. Nuestros padres eran muy buenos amigos, por lo que crecimos juntos. Estaba casi en todos mis recuerdos de la infancia, habíamos vivido todas las etapas hasta llegar al presente, sin separarnos lo más mínimo.

Físicamente sí que tuvimos que hacerlo, cuando tomamos rumbos diferentes por los estudios, pero ello no implicó que nos alejáramos de corazón. Glen formó parte de nuestro grupo a los dieciséis años. Encajábamos perfectamente los tres, lo que no aportaba uno, alguno de los otros lo suplíamos. Éramos un equipo perfecto que nos complementábamos a la perfección y por supuesto nos conocíamos de igual manera.

Daba igual las bromas que nos hiciéramos, el final entre nosotros el resultado siempre era el mismo: una unión irrompible.

Estar con ellos, aunque fuese a través del teléfono y desde lejos, fue todo lo que necesité para aplacar las sensaciones que me recorrían.

Capítulo 10



Evie

—¿Qué te pasa?

Me paré en medio de la habitación por la pregunta de Maya. No podía estarme quieta y me había dado por dar paseos interminables. La pregunta era la más lógica que podía hacer.

—Desde anoche estás muy rara. ¿A qué sí? —Se dirigió a David.

Nuestro amigo estaba sentado en una silla, junto a la ventana. El sol de primera hora de la mañana acariciaba su pelo. Tenía las piernas estiradas, los tobillos y los brazos cruzados, mientras nos observaba con expresión divertida, en silencio.

—¿Es a mí? Yo no sé nada —respondió tranquilo.

—¡Venga ya! —se quejó Maya, levantando las manos en el aire.

Apreté los labios por la ayuda que me lanzó al hacerse el despistado, como el que no se ha dado cuenta de nada. Y tanto que sabía que me sucedía algo, más que él no me conocía Maya. Simplemente se estaba reservando el preguntarme para que fuese yo la que le hablara abiertamente sobre el tema. En resumidas cuentas, me estaba dando mi espacio hasta que yo encontrara el momento de querer expresarlo.

Por su expresión, cuando dirigió los ojos hacia mí, supe que la idea que se había formado por él mismo no iba muy desencaminada del motivo de mi nerviosismo y cambio de actitud. A ver, no es que hubiese cambiado mucho, pero sí que desde que me uní a ellos al salir del parque había estado más silenciosa de lo normal. Sin darme cuenta me quedaba pensativa, me metía en mi mundo, uno en el que Kilian tenía mucha importancia. Y sumándole la inquietud con la que me había levantado…

Me costó hacer el cambio hacia ellos la noche anterior, después del encuentro con Kilian en el

columpio, por sorpresa. Me dejó tan desconcertada, tan tocada, tan… ¡joder!, excitada, hale, ya lo he dicho. A la mierda, que me corría sangre por las venas y era imposible decir lo contrario. Habíamos estado a punto de besarnos, o de que él me besara, lo mismo daba porque el resultado hubiese sido el mismo si hubiera sucedido.

Mis labios habrían seguido a los suyos gustosamente porque deseé que sucediera. La necesidad de sentirlo de esa forma me asombró, pero me calentó de una manera…

Dejé salir el aire de golpe, regresando de mis pensamientos a la habitación. Faltaba media hora para que fuésemos hacia la recepción, donde emprenderíamos otro pequeño viaje hasta la zona en la que realizaríamos el último rápel. Al día siguiente cambiábamos de actividad.

Estaba muy nerviosa por saber que en breve volvería a ver a Kilian, que me montaría a su lado en el todoterreno, muy cerca, y que tendríamos muchas horas por delante para estar juntos. Aunque siendo realista dudaba de que hiciese algo para acercarse a mí, o tal vez… Mierda, no sabía nada, así estaba, atacada de los nervios porque no tenía ni idea de por dónde saldría.

¿Me ignoraría como la mañana anterior? A saber… Inconscientemente deseé que en la actividad del día siguiente volviera a tocarnos con él. Me froté la frente, maldiciendo en silencio al pensar que mi actitud interna se correspondía con la externa de Andrea, de la que había rehuido Kilian.

Hasta me di varias tortas mentales por todas las sensaciones que no conseguía controlar. Yo no era así. Tampoco es que fuese a variar de cara a él, iba a mantenerme en mi lugar, me diera el que me diese. Otra cosa muy diferente sería lo que sentiría al respecto, tanto para bien como para mal.

¿Cómo podía centrarme con todas las emociones que tenía encima? Joder, hacía esfuerzos, pero es que…

—Estoy bien —dije al final, con la necesidad de dejar la mente en blanco—. ¿Nos vamos?

Maya entrecerró los ojos, centrada en mí. Caminé hasta la cama de matrimonio ignorando su mirada. Me puse la braga del cuello y cogí el chaquetón.

—Sí, mejor llegar unos minutos antes —comentó David, levantándose.

La habitación se llenó de silencio mientras nos abrigábamos. Los ojos de Maya iban de David a mí, intentando descifrar lo que se le estaba escapando. No es que no quisiera hablarle del tema, pero es que no me apetecía hacerlo a falta de pocos minutos para encontrarme con Kilian de nuevo. A decir verdad, no es que no me apeteciera, es que no quería porque me pondría más nerviosa. No era el momento, punto final.

David iba enlazándolo todo, lanzándome miradas muy significativas. Cuando se lo contara se

anticiparía perfectamente a mis palabras. Mejor para mí, menos trabajo para explicarme.

Salimos de la habitación, bajamos por la escalera y saludamos en nuestro camino hacia la salida a Lisa, la recepcionista. Levantó una mano hacia nosotros, sonriente.

Me ajusté el chaquetón al cuerpo, palpé el bolsillo interno para asegurarme de que llevaba el móvil, y seguí a mis amigos. Al llegar a la recepción principal, saludamos a todo el grupo, no faltaba ninguno, ni siquiera Andrea y su amiga. Pasé por su lado para ir a la recepción, ignorando cómo me miró.

A saber, a cuenta de qué me lanzó esa mirada. Por unos segundos me paré al traspasar la puerta del pequeño edificio. Giré disimuladamente la cabeza hacia atrás, comprobando que continuaba mirándome. Dirigí la mirada hacia delante, con el ceño ligeramente fruncido. «Mierda», me dije, ante el pensamiento de que no se hubiese ido muy lejos la noche anterior del parque. Si es lo que sucedió nos habría visto a Kilian y a mí.

¿Y qué más me daba? Como si tuviera que darle algún tipo de explicación. Sacudí la cabeza y me reuní con mis amigos en el mostrador. Carmen, la recepcionista del campin, me saludó amigablemente. Ya había punteado nuestros nombres en la lista que le daba a Kilian, así que el encuentro fue breve.

En la calle, junto al resto, esperamos a que llegaran los tres instructores. Los primeros en aparecer esta vez fueron Paula y Sergio. Me pareció raro porque Kilian era el primero en llegar, al menos en los dos días anteriores. No le di importancia, pero conforme pasó el tiempo y su ausencia fue haciéndose más evidente, Sergio nos informó de que hoy no estaría con nosotros. Al que esperábamos era a otro compañero de ellos.

Se me cayó el alma o el ánimo a los pies, qué sabía yo… Pero que se me cayó todo de golpe, sí. La cabeza me martilleó, haciéndome preguntas en las que las respuestas que me daba a mí misma no me gustaron, para nada. ¿No iba a presentarse por mí? ¿Por lo que pasó anoche? O más bien estuvo a punto de pasar… Joder, lo provocó él.

¿Quién era ahora el inmaduro? Porque por lo poco que me comentó de la actitud de Andrea, se refirió a su actitud de esa forma. Otros datos hubiese preferido no saberlos porque me martirizaron al recrear imágenes imaginarias en mi mente, con el cambio significativo de ser yo la que intimaba con Kilian.

—Me parece bien —dije ante la explicación de Sergio, notando la mirada de mis amigos puesta en mí.

—Ah, aquí está Nicolás. —Se giró hacia el todoterreno que se acercaba.

Todos los instructores, más o menos, parecían tener la misma edad. Al llegar junto a todos nos saludó sonriente y se presentó a Álex, a Maya, a David y a mí, cuando Paula le indicó que trabajaría con nosotros. Era simpático y bromista, lo que fue de agradecer porque con sus bromas

consiguió que soltara alguna carcajada.

Enseguida se hizo con todos nosotros. Nos montamos en su vehículo, yo delante al decirle que me mareaba en las curvas. Ya no iba a vivir mi momento particular de cercanía con Kilian, su lugar lo ocupó Nicolás.

Durante el trayecto, Maya y Álex lo pusieron al día de sus avances, antes de que David le dijera que él y yo íbamos un poco más por libre. Le preguntó el motivo y David se lo explicó, a lo que Nicolás asintió sonriendo, al entenderlo.

✣ ✣ ✣

—¿Estás bien? —me gritó David desde arriba, entre asustado y preocupado.

Me había desestabilizado y la cuerda por unos largos segundos se me resbaló de las manos, sin poder contener la caída libre y el caer en picado, sin controlarlo ni estar segura.

—Sí —grité igualando su tono de voz—. Mierda. —Apreté la mandíbula, cabreada conmigo misma.

Ajusté las manos alrededor de la cuerda, con mucha fuerza. Me tomé un tiempo para recomponerme, cerrando los ojos.

—¿Evie? ¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien? —me preguntó Nicolás, desde lejos.

También nos había permitido apartarnos un poco del grupo que había formado con Álex y Maya, con la seguridad de que éramos experimentados. Había quedado como… Como el culo porque no decía mucho de mí el despiste que había tenido.

—Estoy bien, ya está.

—¿Seguro? —insistió con expresión seria y preocupada.

—Sí, no te preocupes. Todo perfecto —le dije.

Asintió despacio desde la distancia, le costó apartar la mirada de mí, pero antes de hacerlo…

—Id con cuidado y prestad atención hasta lo más mínimo. Queda mucho descenso por delante y esta zona no es la más complicada —nos pidió serio.

—Tranquilo —le respondió David, llegando a mi lado.

Nos separaba un metro de distancia, aproximadamente.

—De acuerdo —aceptó Nicolás.

Al pobre le había dado un susto… Maldije de nuevo por ese motivo y por la charla que iba a darme mi amigo.

—¿Qué mierda te ha pasado? —me preguntó enfadado, el color todavía no había vuelto a su cara.

Supongo que ver a una parte importante de ti, caer a peso y sin control por una pared de roca inmensa, a la que le seguían varias más… Pues demasiado bien estaba porque yo me habría descompuesto del todo, incluso llorado al pensar que lo perdía a él.

En algún momento del descenso habría parado, lo tenía claro, otra cosa es cómo habría terminado al aferrarme con desesperación a cualquier saliente u oportunidad que me encontrara en mi camino.

Solté el aire de golpe y apoyé la frente en la cuerda, con los ojos cerrados. Me dolía todo el cuerpo por la tensión, los nervios y…

—Te sangran las manos. —Apreté los párpados al escuchar el tono seco y cortante de David —. Los guantes se han rajado al intentar frenarte.

—Estoy bien —susurré.

—Una mierda, Evie. —Alzó la voz, pero no tanto como para delatarse hacia Nicolás.

La última mirada que había visto de Maya había sido… Esperaba que no le afectara en su descenso, aunque ellos iban mucho más despacio que nosotros dos. Hasta ahora, claro.

—Solo son las manos, no pasa nada.

—¿No pasa nada? ¿En serio? Es la jodida parte que más tienes que utilizar.

Se deslizó hacia mí y se puso detrás, apretándome el cuerpo contra la roca, para sujetarme y que soltara un poco el agarre.

—No es algo que no me haya sucedido antes y siempre ha terminado bien.

Maldijo e hice una mueca.

—¿En qué cojones estabas pensando? He sabido lo que iba a suceder en cuanto te he visto en

el último saliente. Te has lanzado sin pensar ni calcular, tú jamás has hecho eso.

—¡Te he dicho que estoy bien! —grité nerviosa.

El dolor en las manos fue insoportable al apretarlas alrededor de la cuerda, dejando un rastro de sangre en ella.

—Cálmate, no puedes perder los nervios de esa forma. No estamos ni a la mitad.

—Lo sé, joder. Pues deja de agobiarme —siseé.

—¿Es por Kilian? Dime. ¿Es por él y su ausencia? No hace falta que me respondas, lo sé de sobra. —Bufé.

—Si tanto sabes, ahórrate las preguntas. —Apreté la mandíbula.

—Es que no comprendo cómo has podido despistarte tanto. —Sacudió la cabeza.

No lo vi, pero lo sentí por el movimiento porque todavía me sujetaba. La poca estabilidad de nuestros pies en la pared vertical de roca no era suficiente para no balancearnos.

—Lo siento —susurré.

—Mierda, Evie. —Apoyó la frente en mi pelo—. Te juro que…

—Ya está, estoy bien. De verdad. Puedo continuar.

—Lo vas a pasar mal con las manos así —habló en tono muy bajo—. ¿Qué más te has hecho? ¿Qué sientes?

—Nada —solté un largo suspiro.

—Ni te has dado cuenta, te gotea sangre de la bota.

—¿Qué…?

Bajé la mirada para comprobar que era cierto. No es que fuese a mentirme en algo así ni en nada, pero necesité verlo por mí misma. Tragué saliva, tenía una rodilla al aire, la parte del pantalón que debía taparla se había hecho añicos, la de la otra pierna estaba muy rasgada, se veía la piel arañada e inflamada, pero se mantenía en su sitio, en cierta forma.

Y sí, una fina línea de sangre terminaba en mi bota. Maldije cabreándome más conmigo misma, la rodilla no tenía buena pinta y ya no digamos mis manos…

—No lo he notado —murmuré levantando la mirada hacia la pared de roca.

—Te has golpeado con varios salientes en el descenso, a los mismos que no has podido aferrarte con las manos y los pies. —Cerré los ojos con fuerza.

—Vamos a movernos, como me enfríe…

—Tendré que bajarte yo. —Hice una mueca—. ¿Preparada?

—Sí —solté un suspiro.

Se separó de mí despacio. Se quedó al lado, bastante más cerca de lo habitual. Me agarró por la correa del pantalón haciendo fuerza hacia arriba.

—Apoya bien los pies, ¿puedes?

—Puedo —asentí haciéndolo.

—Vale, vamos a paso de tortuga. Ni se te ocurra…

—Ya. Tranquilo, no estoy para muchos bailes ahora mismo, ni emociones fuertes.

—Mejor.

Lo miré de reojo, todavía estaba muy serio, pero es que el susto que se había llevado… Tardaría en recomponerse porque le jodía que hubiese cometido un fallo de novato, cuando no lo era.

Me olvidé de todo y me centré en bajar. Las palmas de las manos me ardieron, como si las tuviese sobre llamas vivas. Tragando saliva y calculando al milímetro donde apoyaba los pies, descendimos muy despacio, demasiado para lo rápido que necesitaba bajar.

Los salientes y las irregularizades de la pared fueron las peores partes, en las que tenía que quedarme con el cuerpo suspendido en el aire, hasta encontrar un punto de apoyo.

Maya y Álex tocaron tierra con Nicolás a la cabeza, muchísimo antes que nosotros. David no se apartó de mi lado en ningún momento; estaba atento a cada uno de mis movimientos, gestos y reacciones, por si tenía que intervenir para ayudarme. Tuve que detenerme cada pocos metros, ya que el dolor y el esfuerzo se volvieron realmente insoportables.

Era lo que había, hasta que no tocara con los pies la tierra, así que me forcé a continuar, queriendo y deseando llegar para martirizarme más por la cagada que había cometido y las repercusiones que iban a tener.

Aún no lograba entender cómo había fallado en algo tan simple, pero sabía que tenía que asumir mi responsabilidad, una que podría haber consecuencias muy graves. Había estado despistada, pero preferí no darle más vueltas al asunto, me limité a seguir en completo silencio, en tensión, mientras varias lágrimas se escapaban de mis ojos, por el dolor y las sensaciones que me recorrían.

No tenía idea de lo que me había hecho hasta que me hiciera un reconocimiento completo, pero lo que sí sentía era un dolor extremo en la parte baja de la espalda.

Me lo había callado, aunque David sabía perfectamente lo que debía dolerme. La sacudida al frenarme había sido muy fuerte y dura, mi cuerpo se había doblado por completo hacia atrás. A pesar de ello, resistí el impacto, consiguiendo estabilizarme. Por suerte…

«Un poco más», fue lo que me dije y repetí, mirando hacia abajo, viendo cada vez más cerca el final.

Capítulo 11

Kilian

—Hasta otra, Kilian. —Me abrazó César.

—Prometo no tardar tanto en volver —sonreí de medio lado.

Soltó una carcajada mientras me montaba en el todoterreno.

—No te lo crees ni tú. —Sacudió la cabeza—. Hoy porque no has tenido más remedio que venir, sino…

—De vez en cuando soy responsable.

—Siempre lo eres, pero con lo que realmente te interesa. Y no estoy hablando de mí, yo me incluyo en tus intereses. —Me hizo un guiño.

Nos despedimos por última vez y cerré la puerta. Arranqué y salí del estacionamiento, incorporándome a la carretera. Quince minutos después accedía al campin. Me bajé del vehículo en la zona habilitada y caminé yendo directo a mi casa.

Eran las seis y veinte de la tarde, ya había oscurecido. Las luces de las farolas me acompañaron en todo el recorrido. A pocos metros de llegar fruncí ligeramente el ceño al ver a Nicolás sentado en los dos escalones de la entrada principal. Me pregunté qué hacía ahí y cuánto tiempo llevaría esperando, porque era lo que estaba haciendo. ¿El motivo? Ni idea, no había recibido ninguna llamada de él. Estaba a punto de tener las respuestas de todo.

—Kilian —dijo al ver cómo me acercaba.

—Hola, ¿qué tal? —Le di una palmada en un hombro—. Espero que no hayas venido a tomar un café o algo por el estilo, porque te habrás cansado de esperar —sonreí.

—No, tranquilo. Cuando Sergio me llamó de madrugada para sustituirte me dijo dónde estarías. Hace poco que he llegado, aunque confieso que he venido varias veces para probar suerte.

—¿Por algún motivo en especial? ¿Sabes lo que son los teléfonos?

—Muy gracioso. —Sacudió la cabeza—. Lo que tengo que decirte quería hacerlo en persona.

—¿De qué se trata?

—De lo que ha sucedido esta mañana en la última actividad del rápel, con el grupo con el que trabajabas tú.

Automáticamente me puse en tensión. Entrecerré los ojos, pensando en qué había pasado para que Nicolás, al que siempre le caracterizaba lo tranquilo y sereno que era, se mostrara todo lo contrario ahora mismo ante mí.

—¿Qué cojones ha sucedido?

—Primero de todo, el grupo al completo está bien. Bueno más o menos.

—¿Qué narices significa el más o menos? —Apreté la mandíbula.

—Todo iba bien, tal y como me dijo Sergio de tu parte, Evie y David me informaron de la experiencia que tienen —asentí—. El tema es que, yo qué sé… —Se pasó las manos por el pelo, dos veces.

—Mejor lo hablamos dentro —le pedí esquivándolo.

—Vale.

Lo miré de reojo mientras sacaba la llave. Acababa de suspirar, Nicolás había soltado un suspiro. A vosotros no os extrañará, pero a mí que lo conozco desde hace muchos años…

Dejé la puerta abierta para que pasara, él mismo la cerró detrás de él.

—Tú dirás. Empieza, pero relájate —le pedí metiendo las manos en los bolsillos del pantalón —. ¿Quieres una cerveza, un refresco o agua?

—No gracias, estoy bien —asentí—. Es que desde esta mañana no consigo tranquilizarme, eran mi responsabilidad y tengo la sensación de que la he cagado como nunca. Y el fallo podría haber sido muy grave.

—No te pillo. —Fruncí el ceño.

—Ha sucedido algo mientras descendíamos la primera pared de roca —negó.

—¿Qué y a quién? —Me crucé de brazos.

—A la chica experimentada, a Evie.

Me puse rígido al instante, repitiendo en mi cabeza las palabras que acababa de decir, para interiorizarlas y creerlas.

—¿Qué le ha pasado a Evie, Nicolás?

Me desesperé porque me daba la información a cuentagotas y la urgencia corría por mis venas. Me miró preocupado por el tono de voz que utilicé. Fue frío, cortante y profundo, como si rasgara el ambiente.

—No entiendo el motivo, pero cometió un fallo garrafal. El resultado fue que su cuerpo cayó en caída libre varios metros, bastantes. No pudo frenarse, hasta que lo consiguió, claro. Fue hábil y la experiencia ahí jugó a su ventaja. Consiguió recuperarse, pero las consecuencias…

—¿Cuántos metros? —susurré, con los músculos en tensión.

—Haciendo un cálculo aproximado un poco más de tres. —Apreté la mandíbula—. Lo siento, Kilian. Fue mi culpa.

—¿Qué quieres decir? —Lo miré incrédulo.

Nicolás tenía la misma experiencia que cualquiera de los instructores, en los que me incluyo yo.

—Le di a ella y a su amigo David carta blanca para separarse del resto. Sergio me comentó que tú lo permitiste el día anterior porque los vistes actuar y yo… Joder no lo sé, si hubiese sabido lo que iba a ocurrir.

—Olvídate de lo de la culpa, si yo hubiera estado habría actuado de la misma forma. Eso no te señala como el culpable, Nicolás.

—Pero es que la sensación que se me ha quedado… —negó pensativo.

—Has dicho que consiguió recuperar el control…

—Sí.

—¿Cómo terminó?

—No muy bien. —Entrecerré los ojos.

—Aclárame eso —le pedí en tensión.

En mi mente recreé rápido todos los daños que podía haberse ocasionado, teniendo en cuenta la zona a la que habían ido.

—Tiene las manos lastimadas, te haces una idea. —Con la mandíbula apretada asentí—. Aparte de las rodillas y alguna contusión leve en otras zonas. No te sé decir más o si me dejo algo porque no he estado presente cuando la ha asistido el médico. Ha ido a su habitación del hotel, su amigo David la ha llevado en brazos. Ha terminado tan agotada que se ha venido abajo al tocar con los pies el final del recorrido. El esfuerzo ha sido mucho y unido al dolor y a la tensión… Ya lo das por hecho dada la situación que ha vivido.

Maldije en voz alta y pasé por su lado.

—¿Adónde vas? —me preguntó cuando ya había abierto la puerta.

—A verla y a comprobar por mí mismo cómo está —siseé cabreado—. Vete a descansar, por tu parte todo está bien —insistí.

—¿Seguro? Yo…

—Hazme caso.

—De acuerdo, mañana hablamos —dijo con semblante serio y asentí.

Salimos los dos y nos dirigimos hacia direcciones diferentes. Caminé rápido, con muchos pensamientos rondándome la cabeza. El primero de todos fue: «¿cómo mierda ha podido pasar?» Le siguieron muchos más, con los que fui caldeándome.

La distancia que me separaba del hotel y las zonas comunes era bastante amplia, pero la recorrí en la mitad de tiempo. Cuando entré en el hotel me dirigí directamente hacia Lisa, la recepcionista.

—Hola, Kilian —me saludó sonriente.

—Hola. Necesito saber el número de la habitación de la huésped Evie. Va siempre con sus dos amigos, David y Maya.

—Eh, sí, claro. Sé de quienes hablas. —La mueca que hizo me indicó que la había visto llegar —. Todos están en la habitación ciento cuatro —asentí.

—Perfecto, gracias.

Me alejé de ella y fui hacia la escalera. Subí los escalones de dos en dos. Al acceder al pasillo de la primera planta, caminé decidido hasta la puerta en la que estaba. La golpeé varias veces con los nudillos y di un paso hacia atrás, esperando a que se abriera.

David apareció al otro lado, sin llegar a abrir del todo. Nada más ver su expresión supe que no pintaba nada bien. Salió al pasillo, dejando la puerta entornada detrás de él.

—¿Cómo está Evie? —le pregunté impaciente.

—¿Te preocupa? ¿Te interesa? —Se cruzó de brazos haciendo de barrera.

Fruncí el ceño por su actitud y sus preguntas. No tenía ni puñetera idea a qué venía todo, pero si se pensaba que iba a impedir que cruzara la puerta… No me conocía.

—¿A qué viene eso?

No me respondió, se tomó unos segundos en silencio, observándome serio. Al final se frotó la cara con las dos manos y más me extrañó su reacción.

—Lo siento, Kilian. Tú no tienes la culpa. —Sacudió la cabeza—. Que me haya jodido que decidieras no venir hoy por lo que haya pasado entre Evie y tú, no me da derecho a…

—Primero de todo —lo interrumpí, impidiendo que continuara—. Yo no he decidido nada, las obligaciones me han tenido desde primera hora de la mañana en el pueblo. —Me miró sorprendido—. Te aseguro que, si no hubiese sido por eso, no habría faltado esta mañana.

—No sabía, lo lamento…

—No pasa nada. Y segundo y, para terminar, no sé qué sabes de Evie y de mí, de lo que supuestamente piensas que ha sucedido entre los dos, pero te aseguro —di un paso hacia delante —, que nada, absolutamente nada me habría hecho retroceder con ella. ¿He sido claro?

—Cristalino. —Sus labios se curvaron hacia arriba.

—Me alegro. ¿Cómo está? —repetí la pregunta.

—Ahora mismo dormida. Las pastillas que le ha recetado el médico que ha venido al mediodía a atenderla, la han dejado noqueada. Pero es mejor así. —Apreté la mandíbula.

—¿Qué se ha hecho exactamente?

—Tiene todo el cuerpo dolorido, ha frenado la caída a muchos metros de descenso, sin control alguno. La vi como a cámara lenta y me temí lo peor, te lo juro que pensé… —Esta vez se llevó las manos al pelo, por el que las pasó nervioso—. Aparte de los síntomas por la gran sacudida, tiene mal las palmas de las manos, los guantes no aguantaron y se rajaron. Y una rodilla y la espinilla de la misma pierna lesionadas, le goteaba la sangre por la bota. En la otra solo tiene pequeños cortes. El médico le ha vendado todas las zonas afectadas.

—¿Algo más? —Necesité saber sin poder relajarme.

Negó y asentí. Nos miramos en silencio, hasta que me dio la espalda y abrió despacio la puerta.

—Maya —llamó a su amiga en tono bajo—. Vamos a dar una vuelta.

—¿Ahora? ¿Y si Evie se despierta? —le habló de la misma forma.

—En cuanto salgas lo entenderás, coge mi anorak.

Se apartó y se puso a mi lado.

—Kilian… —dijo Maya, al verme.

Hasta ahora no supo que había sido yo el que había picado a la puerta, no habíamos elevado mucho la voz.

—Hola, ¿estás bien? —Me interesé al ser más inexperta.

—Sí. —Apretó los labios. Los ojos le brillaron con lágrimas contenidas.

—Gracias —le dijo David, quitándole su abrigo de las manos. Cada uno se colocó el suyo—. Anda vamos a tomarnos algo caliente. —Le rodeó los hombros con un brazo, para reconfortarla —. La última vez que se despertó todavía estaba muy nerviosa —me avisó dirigiéndose a mí.

—¿Hasta qué punto le ha afectado lo de esta mañana?

Hice la pregunta refiriéndome a su estado de ánimo. No hacía falta aclaración, David supo interpretarlo perfectamente.

—Está enfadada con ella misma, decaída.

—¿Enfadada? Si pudiera se pegaría fuerte —dijo con un jadeo Maya—. No se lo perdona. —Hizo una mueca hacia mí.

—De acuerdo —asentí, ya me había quedado claro.

—Gracias, Kilian. —Me centré en David—. Por preocuparte y venir a verla —añadió al ver mi expresión.

—No me des las gracias por eso —le pedí serio y tenso.

Con una sonrisa de medio lado se llevó a Maya con él, hacia la escalera. Fijé la mirada en la puerta y me acerqué, apoyando las manos en la madera. La deslicé hacia dentro y cerré despacio. La habitación estaba en completo silencio, no pude apartar los ojos del bulto que estaba tapado en la cama.

Caminé hasta el lado hacia el que estaba girada Evie y cogí una silla de la pared. La coloqué frente a ella, cerca de la cama y me senté. Lógicamente tenía los ojos cerrados al estar dormida. Sus labios estaban entreabiertos, muy poco, su respiración era pausada. Giré la cabeza hacia la mesita de noche y cogí el bote de pastillas. Apreté la mandíbula al reconocer el calmante, era muy fuerte. Normal que desde que se lo tomó la primera vez no hubiese abierto casi los ojos.

Dejé el bote en su sitio y me incliné hacia delante, apoyando los brazos en las piernas. La observé detenidamente, no pude apartar la vista de su imagen. Parecía dormir tan plácidamente, sin que nada perturbara su descanso… Me sentía muy jodido porque si hubiese estado con el grupo esta mañana… Apreté la mandíbula.

Poco hubiera podido hacer, o quizás no le habría sucedido nada ante mi presencia. No podía saberlo, pero me torturaba el no haber estado con ella para ayudarla en todo lo que hubiese necesitado. Habría sido yo el que cargara con su cuerpo para traerla hasta aquí, no su amigo David. Nadie se habría opuesto, ni mucho menos habrían puesto resistencia a mi impulso. No lo hubiera permitido.

Estiré una mano para retirarle varios pelos que se le habían resbalado por la cara. Estaba preciosa y deseé que cuando abriera los ojos me mirara como solo ella sabía hacer.

La actitud del principio de David me había puesto más en tensión. ¿Acaso los tres habían pensado que había huido de mi responsabilidad esta mañana? Si David que no vio y me había quedado claro que no sabía nada de lo que sucedió la noche anterior en el parque, me había dado a entender eso… ¿Qué es lo que habría pensado Evie después de lo que vivió conmigo en el columpio? ¿Creía que no quería verla? ¿Qué la había esquivado y evitado a propósito?

Qué equivocada estaba si era así. Cogí una gran bocanada de aire y lo solté despacio, sin apartar los ojos de su cara.

—Está bien —susurré, convenciéndome de ello.

Las heridas superficiales se curarían y dada la altura que habían descendido esta mañana,

podía dar gracias infinitas porque su cuerpo estaba recuperándose en una cama del hotel, no en la de un hospital, más grave de lo que estaba.

Pues sí, su experiencia y manejo no es que hubieran jugado a su favor en una situación desesperada, inesperada e incontrolable, como me había dicho Nicolás, sino que lo había sido todo para no tener que lamentar un mal mayor. Había conocido a varias personas experimentadas que cometieron fallos irreparables y no supieron reaccionar a tiempo.

Evie sí, se había salvado la vida a ella misma, en una situación límite a la que es muy difícil acceder a la persona en cuestión, con la rapidez necesaria.

Capítulo 12



Salí de mis pensamientos, más de media hora después de haber entrado en la habitación. Evie se movió debajo del nórdico y por el quejido que soltó, con dolor.

No se me pasó por la cabeza preguntarles a David y a Maya la hora en la que le tocaba tomarse otra pastilla, pero me daba que ya debía haber pasado. Su cara se arrugó por las molestias, me incliné más hacia ella, esperando el momento en el que sus ojos se abrieran.

No me había separado de la silla, observando cada minúsculo gesto de su cara mientras dormía.

Y por fin sucedió, sus ojos se movieron dentro de los párpados cerrados, hasta que los abrió lentamente. Los dejó entrecerrados, como si la poca claridad que había en la habitación le molestara. La única luz encendida era la de la lámpara de la mesita de noche, muy tenue.

—¿Kilian? —preguntó en un susurro, como si no se creyera que estuviese a su lado.

—Hola, Evie —respondí serio.

Apoyé de nuevo los brazos en las piernas. Había perdido la cuenta de cuántas veces me había puesto en la misma posición, para controlarla de cerca.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí? —Hizo una mueca cuando intentó moverse.

—¿A ti qué te parece? —Levanté una ceja.

—No sé, yo… Pensé que…

—Ya sé por dónde han ido tus pensamientos, me hago una idea —negué mirándola fijamente.

—¿Sabes lo que me ha sucedido? —Tragó saliva, desviando la vista.

—Por supuesto, pero quiero que me lo cuentes tú. —Junté las manos.

Necesité retener el impulso de llevarlas hasta su cara, para acariciarle la mejilla.

—Poco más tengo que añadir —soltó un suspiro largo—. La he cagado —afirmó molesta consigo misma.

—Creo que te equivocas. Para empezar, quiero saber el motivo por el que cometiste un error tan grave que casi te cuesta la vida. Lo de cagarla o no es muy relativo.

Hablé con un tono de voz pausado y relajado, para no alterarla, mientras los nervios me consumían nuevamente por dentro. Los controlé hacia ella, me los tragué a la espera de continuar escuchando su voz. Era un bálsamo para que, poco a poco, fuese calmándome.

—Tampoco fue para tanto, controlé sin problema la situación. No es la primera vez, las cosas pasan cuando menos te lo esperas. —Hizo una mueca.

—No fue para tanto… —repetí incrédulo.

Me senté recto en la silla, hasta que toqué el respaldo con la espalda.

—A otro puedes decirle lo que te apetezca, mentirle a la cara abiertamente —continué muy serio—, pero a mí, no. —Apreté la mandíbula—. Sé muy bien a lo que has tenido que enfrentarte. Como has dicho las cosas ocurren sin más, en el momento más inesperado.

»Yo no me libro de haberlo vivido y llevo más años que tú practicando el rápel. Incluso en la escalada me he visto comprometido. Somos humanos y los fallos se dan, por mucha experiencia y habilidad que se tenga.

—¿También te ha pasado? —Buscó mis ojos. Asentí.

—Varias veces —le confirmé con palabras—. Antes de que empieces, ¿cómo te encuentras después de despertarte?

—No sé si quiero contártelo.

—Siento decirte que no tienes elección. —Levanté las dos cejas, ignorando su ceño fruncido.

—Sí que la tengo.

—No —le aclaré rotundo.

Mis labios se curvaron un poco en una pequeña sonrisa. Bufó. Hizo el intento de incorporarse en la cama, pero no lo consiguió al cubrírsele la cara con un gesto de dolor.

Me levanté despacio y retiré el nórdico hacia abajo.

—¿Qué haces? —dijo sorprendida y dirigí la mirada hacia ella.

—No sé, ¿a ti qué te parece que estoy haciendo?

La agarré por debajo de los brazos, colocando las manos en sus costados. Durante un breve espacio de tiempo ninguno de los dos dijo nada. Vi su garganta subir y bajar varias veces, al notar las caricias de mis dedos moviéndose sobre la camiseta fina que llevaba.

Me quedé como hipnotizado, sin poder dejar de rozar una parte delicada de su cuerpo. Mis dedos le rozaban los laterales de los pechos. No llevaba nada que los sostuviera. Bajé la mirada muy consciente de lo que iba a encontrarme y apreté la mandíbula al distinguir el color diferente de sus pezones, pegados a la fina tela blanca.

Intentó subir el nórdico para cubrirse, pero no lo permití, aunque ella no se dio cuenta de que esa fue mi intención. Pensó que era por sus manos, para que no las utilizara. Con el siguiente movimiento que hice tiré de su cuerpo hacia arriba, por donde la sujetaba, y la ayudé a colocarse sentada en la cama, con la espalda sobre la almohada, pegada al cabecero, donde reposó la cabeza con un gran suspiro.

Con los ojos cerrados, se tomó unos minutos para recomponerse, a pesar de que no había hecho ningún esfuerzo. Mi mandíbula se tensó de nuevo, debía sentirse como si le dolieran todos los músculos y los huesos. Debía no, era lo que le sucedía.

De pie junto a la cama, bajé la mirada hacia su cuerpo. El contorno de sus pechos se dibujaba en la camiseta, en este momento con la punta sensible de los pezones erectos. Se olvidó de cómo estaba, ni siquiera prestó atención a ese detalle por lo mal que se sentía. Libremente, continué mi recorrido con los ojos hacia abajo, un poco de piel de su barriga había quedado visible, por debajo del ombligo. La camiseta se le había subido.

Era lo único que llevaba junto a la braga, la que se veía perfectamente cubriendo su zona íntima. Retuve el aire, sin poder apartar la vista del regalo de su imagen. El nórdico le tapaba desde el inicio de los muslos hacia abajo.

Dirigí la mirada hacia su cara, todavía continuaba con los ojos cerrados. Con cuidado, me senté en el borde de la cama, a la altura de su cadera. Mientras lo hacía, no pude apartar los ojos de sus manos vendadas. Cuando le agarré la que tenía más cerca de mí, fue cuando abrió los párpados de golpe.

—¿Te duele? —Mi voz sonó ronca, totalmente diferente a la habitual.

—Un poco —susurró—. Yo… Oh, joder —dijo al ver cómo estaba.

Intentó coger con mucho cuidado el nórdico, con la punta de los dedos para subirlo y cubrirse con él, pero lo bajé apartándolo de su alcance, siendo más rápido.

—¿Qué haces? —Me miró avergonzada.

—Así está bien. Te vas a hacer más daño en las manos —dije sin más, provocando que agrandara los ojos.

—¿Puedes…? ¿Puedes subirlo?

Tuvo que aclarase la voz, pero lo que no pudo borrar fue el color rojo intenso que cubrió sus mejillas.

—Puedo, pero como he dicho, así está bien —insistí sin la más mínima intención de hacer lo que quería—. ¿Te sientes incómoda?

—Si te parece… —Hizo una mueca—. No es muy normal que el instructor al que conozco de pocos días me vea así. —Bufó nerviosa.

—Bueno, yo diría que me he ganado un poco de tu confianza, ¿no? Aparte de instructor, ¿no soy nada más? —Apoyé las dos manos en la cama, a los lados de su cintura— ¿David te ha visto así? ¿El médico que te ha atendido también?

—Ellos son diferentes y la verdad, no he sido muy consciente de nada hasta ahora. —Tragó saliva, al hablar entrecortada.

—¿Qué me diferencia de ellos? —Levanté una ceja.

—La forma en la que me miras. —Apretó los labios.

—¿Cómo te miro? No acababas de decir que con ellos no has estado muy consciente. —Ladeé un poco la cabeza—. ¿Con deseo? ¿Con ganas de mandar a la mierda toda la ropa y lanzarla lejos? ¿Excitado? Dime, ¿cómo te miro?

Soltó varios jadeos, pero la mueca que hizo al intentar moverse la dejó callada de golpe.

—Evie, no pasa nada. Te estoy mirando a la cara. No vuelvas a moverte así —negué con la mandíbula apretada.

—Ahora, antes no sé dónde has mirado —soltó un suspiro.

—No voy a engañarte, te he hecho un buen repaso, aunque me hubiese gustado hacerlo más exhaustivo. —Contuvo la respiración mirándome fijamente a los ojos.

—¿Qué es esto?

—Tú y yo. —Me encogí ligeramente de hombros.

—¿No me digas? —Puso los ojos en blanco y mis labios volvieron a curvarse.

—Para que te quedes tranquila, he visto muchas veces en una cama a una mujer de la forma en la que vas vestida.

—Si esto se puede considerar ir vestida… —Carraspeó—. Muchas veces.

—Ajá, eso he dicho. Estoy cansado de ver a Salma.

—Esa es nueva. —Desvió los ojos de los míos.

—Para ti sí, para mí no.

—No me hacía falta aclaración de tu amiguita Salma. —Apreté los labios, conteniendo la diversión por el tono que utilizó.

No le aclaré que Salma era como mi hermana pequeña, no quise. Me encantó ver su reacción porque no le gustó nada, en absoluto. Saber que había visto a la tal «Salma» como estaba ella en este momento, le afectó. Y añado que, con mucha menos ropa, lo que me importaba una mierda porque mis ojos jamás podían verla como veía a Evie. Simplemente era mi hermana de corazón, que no de sangre, y ello me hacía adorarla y protegerla ante todo y todos.

En la vida se me ocurriría ver a Salma como una mujer, con cuerpo de mujer, por muy madura que estuviese. Creo que ha quedado claro mi punto de vista.

—Me gusta ser claro. —Tosí un poco.

Me miró de reojo e intentó coger el nórdico otra vez, con gesto de dolor. Mala suerte para ella porque, lógicamente, dado su estado, fui otra vez más rápido y lo deslicé hacia abajo, completamente. Dejé su cuerpo totalmente expuesto ante mí, lo lancé hasta que sus pies quedaron libres, lo que provocó que soltara un jadeo.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Kilian? —susurró nerviosa.

—Quiero ver las heridas. —Busqué sus ojos, dándole una explicación entre la verdad y la mentira. Me encantaba tenerla así, lo deseaba—. Todavía no lo sé por ti, pero me han dicho lo que te has hecho. —Apreté la mandíbula.

—No es nada, las heridas se curarán… —Tragó saliva.

—Sé que curarán, pero ahora mismo las tienes en carne viva, ¿me equivoco? —Levanté una ceja y negó despacio, sonrojada.

El color natural de su piel todavía no había regresado a su cara, se lo estaba poniendo un poco difícil para que sucediera.

—¿Tienes que curarte?

—Antes de irse el médico dejó lo necesario para curarme y les dijo a mis amigos que sería bueno que me duchara a última hora del día, para desinfectármelas —susurró.

—Pues es lo que vas a hacer ahora. —Me levanté despacio.

—Más tarde, cuando vengan… ¿Dónde están David y Maya?

Intenté no reír, acababa de darse cuenta de que faltaban.

—Nos han dejado solos hace rato. —Buscó mi mirada, después de recorrer con la vista la habitación y el baño que tenía la puerta abierta.

—Solos…

—Ajá. Voy a quitarte los vendajes para ver las heridas y después, te irás a la ducha.

—Esto no es normal —murmuró nerviosa.

Su voz sonó desconcertada, pero también con un deje de enfado. Volví a ignorar lo que representaba y el significado de sus palabras. ¿Quién determina lo que es normal? Yo no iba a ser el primero en hacerlo, así que…

Me moví sin separarme de la cama y me puse a la altura de sus piernas. Las observé por primera vez sin ningún obstáculo. Bueno, las vendas limitaban la visión de una de ellas, pero no eran un impedimento. Me incliné hacia delante, mirando detenidamente la pierna en la que no tenía mucho daño. En la rodilla destacaban varios arañazos sin importancia.

Me centré en la otra, para quitar el esparadrapo que sujetaba la gasa que le cubría la espinilla.

—Puedo hacerlo yo, esto no tiene sentido —se quejó separando la espalda del cabecero.

No llegó muy lejos, la retuve con una mano, echándola hacia atrás.

—Si no quieres que te duche yo mismo, quédate quieta.

—¡Qué dices! ¿En serio? ¿Crees que te lo permitiría o que podrías? —Soltó una carcajada y mis labios se curvaron de medio lado.

—¿En serio? ¿Crees que podrías impedírmelo o que no sería capaz de hacerlo? —Imité su forma de preguntar, incorporándome.

—Joder, ¿qué te pasa? —se quejó sofocada.

—¿A mí? Absolutamente nada, eres tú la que está en una cama magullada. —Me crucé de brazos—. ¿Me vas a dejar trabajar tranquilo o voy a tener que evitar que pongas resistencia cada vez que te toque? —Señalé los vendajes.

—Te tomas muy en serio tus responsabilidades —siseó con la mirada fija en el nórdico que estaba enrollado al final de la cama—. Tú no estabas presente, hoy no, hoy…

—Me ha sido imposible llevaros, por eso se ha encargado Nicolás. —Le dejé claro. Buscó mis ojos.

—Pensaba que… —susurró.

—¿Qué no quería verte? ¿Qué te evitaba por lo que sucedió anoche en el parque y por cómo me fui? —asintió despacio, con los labios fruncidos— Evie, me despedí diciéndote: mañana nos vemos —negué por lo que se había montado en la cabeza—. Creo que te has dado cuenta de que soy claro y si digo algo, lo que sea, es literal. —Soltó el aire lentamente, sin apartar los ojos de los míos.

»He estado todo el día en el pueblo, desde muy temprano. Tenía que hacer unas gestiones del campin y no he podido ausentarme de ellas, por mucho que me hubiese gustado. No vuelvas a cuestionarme porque si no quiero verte, serás la primera en saberlo. Aunque ya te digo que eso es casi imposible que suceda, quizás cuando en vez de lluvia o nieve, caigan ranas del cielo.

Capítulo 13



Evie

«Eso es casi imposible que suceda, quizás cuando en vez de lluvia o nieve, caigan ranas del cielo», repetí en mi cabeza sus últimas palabras, anonadada y como flotando en una nube.

Joder, hablaba tan serio, tan penetrante, su mirada desprendía tanta intensidad… Me dejó callada de golpe, no supe qué decir.

Al abrir los ojos creí que estaba soñando, tal cual. Ver a Kilian sentado en una silla, cerca de mí… Pues me costó hacerme a la idea porque había dado por hecho que no quería verme, para qué voy a decir otra cosa. Y con cada palabra que había dicho desde que fui consciente de su presencia, y con cada movimiento que hacía…

Mierda, que estaba casi desnuda delante de él porque la camiseta que me cubría, poco le faltaba para ser transparente. La tela blanca era muy fina y se ajustaba y amoldaba perfectamente a mi figura, y la braga… Era lo único que no daba visibilidad, pero sí daba mucho margen a la imaginación, por lo pequeña que era.

Notaba calor en todo el cuerpo, me había observado de una forma… Tan detenidamente… Hasta sudores tenía. Él pensaba que no lo había visto, pero cuando me acomodó sentada en la cama y cerré los ojos dolorida, los fui abriendo disimuladamente, viendo cómo recorría con la vista mi cuerpo.

Notaba la mente nublada, quería pensar que era por el dolor que empezaba a hacerse intenso, pero la realidad es que era por Kilian y su forma de actuar conmigo. No salía del asombro, pero es que él siempre me sorprendía cuando menos me lo esperaba.

Miré hacia la mesita de noche, al bote de pastillas. Ya debía tocarme la siguiente porque dirigí la vista hacia la ventana y estaba oscuro en el exterior.

La verdad es que recordaba muy poco de cómo había terminado en la cama del hotel. Cuando toqué con los pies el final del recorrido del rápel, sentí un gran alivio, pero todos mis sentidos

decayeron y perdí el conocimiento al instante, entre los brazos de mi amigo. Terminé tan agotada, notando tanto dolor en todas las partes del cuerpo…

Los pocos ratos que había estado despierta en la habitación, David y Maya me habían explicado lo que no recordaba. No se habían separado de mí, preocupados. Él cargó conmigo hasta el todoterreno, en cuanto me quedé inconsciente, y después hizo lo mismo una vez llegamos al campin, para traerme hasta el hotel. Me acomodaron en los asientos traseros con ellos, para que estuviese más cómoda, aunque no fui consciente de nada.

Los dos, David y Maya, me habían desvestido cuando estuve tumbada en la cama. Fue Maya la que me colocó solo la camiseta, porque sabía por Nicolás que el médico estaba en camino y necesitaría ver las partes afectadas en las que tenía los daños.

Cuando abrí los ojos la primera vez, el médico estaba terminando de vendarme la última mano. Me explicó por encima cómo procedió, pero sinceramente no me acordaba de mucho, tenía un breve recuerdo de ese momento. El caso es que me vi con las dos manos cubiertas de vendas, como también la rodilla derecha y la espinilla. En uno de los momentos después que entreabrí los ojos, entre los efectos del calmante, David me dijo que el médico me había limpiado y desinfectado las heridas y que me había dado puntos en algunas de ellas.

Después de escuchar a mi amigo como ralentizado y muy lejano, caí en otro sueño profundo, sin poder mantener los ojos abiertos ni el tiempo mínimo para decirle algo al respecto. Pero el efecto del calmante se había pasado, y con su falta habían regresado todos los dolores intensos.

—¿Ya te toca? —Miré a Kilian, continuaba parado al lado de mis piernas. Se refirió a la pastilla al darse cuenta de lo que había mirado.

—Creo que sí, ahora me duele bastante. —Tragué saliva. Me humedecí los labios con la lengua, los tenía resecos—. Si no estoy equivocada sería la una del mediodía cuando me tomé el primer calmante. No hace las ocho horas, pero Maya me ha dicho que el médico les comentó que hoy podía tomármelos cada cuatro o cinco horas, por la intensidad del dolor —asintió serio—. ¿Puedes…?

—¿Qué?

—¿Traerme un poco de agua?

—¿Te gusta la del grifo o bajo a por una botella? —me preguntó observando que la de la mesita de noche estaba vacía.

—Aquí está buena la del grifo.

—Privilegios de la zona. —Me hizo un guiño.

Me dio la espalda y lo seguí con la vista. Fue al baño y regresó con uno de los vasos que no

habíamos tocado ninguno de mis amigos ni yo, lleno.

—Gracias. —Lo sujeté con las manos.

Se sentó otra vez junto a mí y agarró la caja de pastillas. Sacó una pastilla y la cogió con los dedos.

No sabía cómo interpretar todo lo que hacía Kilian, pero… Acercó despacio los dedos a mis labios y los abrí despacio, mientras nos mirábamos en silencio. Con la pastilla en la lengua me acarició por unos segundos el labio inferior, antes de privarme de su contacto. Fue muy sutil y breve. Desconcertada y nerviosa me llevé el vaso a los labios y bebí un sorbo de agua, tragándola.

Solté un suspiro al cerrar los ojos y me rocé los labios con la punta de la lengua, recorriéndolos con ella. El agua fresca me supo como el mejor de los placeres.

—Bebe un poco más. —Abrí los párpados de golpe.

Su voz destacó, sonó ronca y profunda. Me encontré con sus ojos, pero él no miraba a los míos. Tenía la atención puesta en mi boca. Contuve el aire porque lo que quería no es que bebiera, sino verme hacer el mismo movimiento con la lengua. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

No llegaba a comprender cómo era posible que palabra que dijese, o actitud que tomara, me afectaban de la forma en la que lo hacían. Nunca me había sucedido con ningún otro hombre. Todo era tan desconcertante... Pero, aun así, hice lo que me pidió, me refiero a lo segundo cuando tragué.

Pasé la lengua despacio por mis labios, acariciando todo el contorno y entonces sí, cuando terminé, levantó la mirada hacia la mía. La forma en la que sus ojos me traspasaron me dejó… Eso fue lo que sentí, como si quisiera colarse dentro de mí. Tragué saliva por ese pensamiento que produjo ciertas reacciones en varias partes de mi cuerpo, al imaginar lo que no debía del suyo, entrando en mi interior.

Me quitó el vaso de las manos y lo puso en la mesita de noche, después se levantó para ir hacia mis piernas. No dije nada, como por ejemplo hacer un nuevo intento para evitar que lo hiciera. Lo dejé actuar para que se quedara tranquilo. Para mí también iba a ser la primera vez que me viera las heridas.

Separó el esparadrapo con cuidado de la venda de la espinilla y me levantó la pierna con cuidado, para desliarla. Con la misma delicadeza me acarició el gemelo cuando la herida fue visible. Se quedó observándola, a la vez que de vez en cuando me miraba de reojo. El médico me había dado siete puntos, la línea del corte era irregular, nada de recta. Lógicamente al hacérmela vete a saber con qué de lo que choqué en la bajada precipitada, no iba ser limpia.

—No es nada, ¿no? —dijo y fruncí los labios, pero sus caricias continuas en mi piel me

relajaron.

Fue una sensación rara porque al mismo tiempo me sentía atacada de los nervios por su contacto.

—Poquita cosa. —Carraspeé, negando lo evidente.

Sacudió la cabeza mientras dejaba reposando la pierna en la cama. Deslizó las manos hasta la rodilla e hizo lo mismo con la venda que la cubría, con el mismo cuidado y tacto.

—La tienes destrozada. —Giró rápido la cabeza hacia mí.

Arrugué la nariz al verla. Pues sí, había hecho una buena descripción de cómo había quedado.

—Solo es piel —susurré.

—Claro y debajo hay huesos y tendones —respiró varias veces profundo.

Evité mirarlo como hacía él, resistí la tentación de encontrarme con sus ojos porque sabía lo que iba a percibir en ellos. En la rodilla también tenía puntos, en total conté diez divididos en varias líneas rosadas, entre la parte delantera y la lateral.

«Menudas vacaciones me esperan de aquí en adelante», me dije desanimada. La rabia bulló dentro de mí otra vez, por lo tonta que había sido y para colmo, me martiricé porque fue sin sentido. Desde el inicio, desde que me monté en el todoterreno de Nicolás, el nuevo instructor, estuve despistada y cabizbaja. ¿El motivo? La ausencia de Kilian y el motivo que había creado mi cabeza.

«Imbécil», me grité sin exteriorizarlo, enfadada y molesta. Me había puesto en peligro yo misma y era algo que no me perdonaba. ¿Cómo hacerlo? Nada tendría que haberme influido de esa forma, absolutamente nada. Pero lo había hecho, inexplicablemente no pude controlar mis emociones.

La presencia de Kilian en la habitación había conseguido aplacar esos sentimientos, o más bien los había dejado apartados por lo nerviosa que me ponía, pero ahora… Ahora solo quería darme tortas con las manos bien abiertas, por lo que me había provocado yo misma.

Solté un bufido y un suspiro, los entremezclé, agobiada por mi comportamiento de esta mañana.

—A veces —levanté la mirada hacia Kilian, al escuchar su voz. Mi mente se quedó en blanco, se puso en pausa de nuevo, aplacando mi malestar un poco—, no podemos controlar cómo nos sentimos y, por consiguiente, no nos damos cuenta de hasta qué punto nos influye y las repercusiones que puede ocasionar.

Volvió a acomodar mi pierna en la cama y dio varios pasos, hasta que se sentó donde había estado antes, en el borde, pegado a mi cuerpo.

—No te martirices, lo que ha pasado no puede arreglarse. En lo único que tienes que pensar es en lo «bien» que has salido y en la recuperación a partir de ahora. Poco más.

—Tengo mucha rabia acumulada —le confesé—. Cometí un fallo inconcebible que podría haberme costado demasiado caro. —Fruncí los labios.

—Así es, pero en ese momento no fuiste consciente, Evie. Guarda la rabia que sientes, sé cómo es la sensación y el malestar que provoca. Guárdala para que lo que ha sucedido hoy, no vuelva a ocurrir jamás. Estoy seguro, convencido, de que lo que te ha llevado a la caída libre en un recorrido de muchos metros, no permitirás que se repita. Cometerás otros fallos, al igual que cualquiera, pero el despiste que has tenido hoy, no —dijo convencido.

—Me tomo muy en serio todos los deportes que practico, no es que sean montar en bicicleta —solté un suspiro—. Son de dificultad y peligrosos, donde la adrenalina toma el control, pero jamás he titubeado ni me he desconcentrado como hoy. —Sacudí la cabeza.

—¿Qué lo ha provocado?

Necesité unos segundos para encontrar una respuesta, la que iba a decir no le convencería, pero… ¿Cómo decirle que el motivo había sido él, su ausencia y el pensar que rehusaba de mí como hacía con Andrea? Sustituí la rabia por la vergüenza, no tenían sentido los sentimientos que me habían llevado a cometer un error tan grave.

Por Dios, que Kilian y yo no éramos nada. Ni siquiera una pareja estable, porque si tienes problemas con ella, puedes desestabilizarte y despistar la mente en los tipos de deporte en los que arriesgas la vida.

No pude decirle la verdad, me habría mirado como si estuviese loca porque entre nosotros no habido ni un beso. En fin…

—No lo sé. —Terminé diciendo.

Me observó en silencio durante largos segundos.

—¿Estás segura?

—Sí —susurré.

—Y a mí que me da que me estás mintiendo otra vez…

—¿Otra vez? —Lo miré asombrada.

—¿No recuerdas la conversación que tuvimos anoche? —Levantó una ceja.

—Perfectamente. —Desvié la atención hacia la ventana.

—Pues acabas de reaccionar como cuando te expliqué lo esporádico que fue lo que tuve con Andrea y lo inexistente que había entre nosotros. La que, por cierto, ya que ha salido en la conversación, no he vuelto a ver. Por si te interesa y esas cosas… Aunque según tú, no te importa.

Capítulo 14



Abrí los labios para responderle, pero los cerré. Lo hice varias veces, sin llegar a aclararme para decir algo coherente que se creyera. Sus labios se curvaron hacia un lado y bajó la vista a mis manos. Me levantó la que quedaba más apartada de él e hizo el mismo proceso quitándome la venda. La palma quedó al descubierto. En esta no tenía puntos, pero sí muchas rajas que no se veían muy bien, que digamos.

Hizo presión en mi muñeca, con la mandíbula apretada. No dijo nada, sobraban las palabras. Me la colocó sobre la barriga con cuidado y fue a la otra. En esta última el médico sí que me había puesto varios puntos de papel. Estaba mucho más lastimada que la otra, y eso era mucho decir.

—¿Notas el efecto del calmante?

—Sí, el dolor no es tan intenso —asintió.

—Ve a la ducha. —Se levantó de la cama, para sentarse en la silla.

—¿No te vas?

—No —respondió rápido, cruzándose de brazos.

—Voy a ducharme sola. —Le dejé claro, solo faltaba que… Me recorrió un escalofrío.

—Una pena. —Agrandé los ojos, con los suyos fijos en los míos.

Me moví arrastrándome con mucho cuidado, tampoco es que pudiera hacerlo de otra forma. Al final, me ayudó a quedarme sentada en el borde de la cama y a ponerme de pie. Me fui contra su pecho cuando un pinchazo me atravesó la pierna más lastimada. Al no poder utilizar las manos di con la cabeza en su pecho, sobre la sudadera.

—Lo siento —murmuré soportando todo el peso de mi cuerpo con la otra pierna.

Me había agarrado de los brazos para mantenerme firme, pero no separó de él.

—No vuelvas a disculparte por eso —dijo en tono muy bajo. Contuve el aire.

—¿Qué haces? —pregunté nerviosa.

Me cogió en brazos. La piel de debajo de sus manos, donde hacía contacto, me hormigueó. Me sujetó por debajo de las nalgas, muy cerca de ellas.

—Haces preguntas muy extrañas —comentó con un tono de voz divertido—. ¿Tengo que explicarte lo que hago? —Empezó a caminar hacia el baño.

—Kilian, puedo sola. —Sonó como una queja con lamento.

—Ya.

—Lo digo en serio. —Bufé—. Tardaré más, pero…

—Deja de hablar —me pidió sin perder la diversión.

Me bajó despacio en el baño y al poner los pies en el suelo de nuevo, un escalofrío que no pude controlar me agitó.

—¿Quieres que busque a Maya? —La preocupación en su cara fue visible.

—Sí. —Tragué saliva—. Es que no puedo utilizarlas. —Levanté las manos.

—No sé dónde estarán. Cuando han salido iban a tomar algo caliente, pero ya hace bastante —habló pensativo.

—No me apetece bañarme —negué sin fuerzas, cambiando de idea.

No fue por él, sino porque empecé a encontrarme peor.

—Vamos a hacer una cosa, ya que estamos aquí voy a limpiarte yo —agrandé los ojos y negué con más energía, provocando que sus labios se tensaran en forma de sonrisa.

—Solo las heridas, Evie. No tienes que quitarte la poca ropa que llevas, así es incluso más interesante. —Levantó una ceja.

—Joder —me quejé con las mejillas ardiendo. Soltó una carcajada.

Me maravillé al escuchar el sonido y al verlo, era el primer día desde que lo conocía que se

reía ante mí. Su seriedad siempre lo acompañaba, pero hoy, hoy había sonreído varias veces y ahora reído con ganas. Era una pena no poder disfrutar de este Kilian más a menudo.

—Siéntate —me pidió cuando me acercó al borde de la bañera.

Lo hice con cuidado y con su ayuda, sin doblar las piernas por el dolor que sentía en las rodillas. Me giró despacio, hasta que me quedé girada hacia dentro. Con mucha delicadeza, como cada vez que me había tocado, me lavó las heridas ayudándose con las manos, para que la presión del agua no me hiciera más daño.

No se dejó ninguna parte por limpiar y cuando terminó, me secó y volvió a cogerme en brazos, para llevarme a la cama. Tumbada en ella, se dedicó a curarme y a cubrirme las heridas con gasas y vendas.

—Ya está —dijo poniendo el último esparadrapo.

—Gracias, Kilian. No sé por qué lo has hecho, pero…

—No lo sabes —repitió en tono bajo—. Espero que en algún momento te des cuenta, el calmante no te deja pensar con claridad. —Me cubrió con el nórdico.

—Tengo sueño —murmuré con los ojos entrecerrados, precisamente por la pastilla que me había tomado.

—Descansa, Evie. Mañana vendré a verte.

Dejé salir el aire despacio, con los ojos cerrados al recibir su beso en la frente. Después de ese momento en el que me hubiese encantado estar más consciente para retenerlo en mi recuerdo con claridad, solo pude quedarme con la sensación, una muy buena, buenísima.

Dejé de ser consciente de todo, la oscuridad me recibió y me abrazó, sumiéndome en un sueño profundo, un sueño en el que Kilian estuvo muy presente.

No escuché cuándo se fue, si lo hizo rápido o se quedó un rato más, a mi lado. Me pareció notar cómo la cama se movía, pero solo fue una sensación que podía estar provocada por la semiinconsciencia.

✣ ✣ ✣

Con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia arriba, disfruté de la sensación del sol dándome directamente en la cara. Estaba sentada en un banco que había cerca de la entrada del hotel, no me había movido mucho.

Parecía que llevaba una armadura pesada que me impedía flexionar las piernas, con cada pequeño paso que había dado fui arrastrando las suelas de las deportivas por el suelo.

Era la primera vez que salía de la cama, más allá de ir al baño por necesidad. Habían pasado dos días desde lo que me sucedió, continuaba igual, pero un poco más animada. Debido a ello me había apetecido salir de la habitación.

Eran las once de la mañana, David y Maya estaban practicando una de las actividades, más concretamente hoy les tocaba *rafting*. Ayer fueron a tirolinas gigantes. Me hubiese encantado acompañarlos, aunque fuera para distraerme, pero era impensable en mi estado. Solo habría sido una molestia para ellos porque habrían estado muy pendientes de mí, para hacerme compañía todo el tiempo que pudieran.

Todavía notaba el dolor en las piernas por el esfuerzo que había hecho. Ya ves tú, solo había bajado en ascensor y recorrido unos metros, pero quitando ese malestar, me sentía genial respirando aire fresco y con el sol calentándome.

Kilian no había faltado ni un día en venir a verme, pero no habíamos estado solos. Él les comentó a mis amigos que no tenían necesidad de irse de la habitación cuando llegaba. Por una parte, me gustó que no los excluyera, y el escucharlo hablar con ellos, acomodados entre la cama y las dos sillas que había. Por otro, sentí más de un pellizco en mi interior, al privarme de poder estar con él a solas.

En fin, más tonterías que se me pasaban por la cabeza porque hasta había llegado a pensar que con lo que les dijo a mis amigos, había una intención escondida para no tener encuentros tan privados como el día que me pasó lo que me mantenía en el hotel. Quizás fue demasiado incluso para él, me refiero a cómo actuó. A saber…

El tiempo pasó, los minutos corrieron y sonreí al cabo de bastante, sin haberme movido del banco.

—Ay, que se va a poner morena y todo. —Giré la cabeza hacia la izquierda para buscar a Maya. Era la que había hablado.

Venía andando por el camino asfaltado con David y Kilian. Hoy habían estado con él, ayer, en las tirolinas, no coincidieron.

—¿Vienes de hacer *rafting* o de bañarte en el río? —le pregunté divertida, después de devolverle el beso.

Se sentó a mi lado, riendo. Tenía la ropa mojada y el pelo húmedo.

—Menuda pregunta, las dos cosas —respondió por ella David, divertido.

—Hola —los saludé a los dos, cuando se pararon enfrente.

—Hola, preciosa. —Recibí con gusto el beso en la cabeza de mi amigo.

—Hola, Evie. —Fue el turno de Kilian, metiendo las manos en los bolsillos.

—Te has caído al agua —afirmé hacia Maya.

Conociéndola y después de lo que había dicho David… Intenté iniciar esa conversación para evitar pensar en el motivo por el que Kilian se mantenía distante.

—Ya te digo. —Rio con ganas y sonreí.

—Ve a cambiarte de ropa y a secarte el pelo, te vas a resfriar —le pedí.

—Bah, no es nada. —Se cubrió la cabeza con la capucha.

—Aparte del remojón, ¿cómo ha ido? —Me interesé.

—Ha sido emocionante. —Aplaudió mi amiga.

—Ya lo veo. —Reí.

—Eres la más lista, te has librado de una buena. —Se dirigió a mí David, frunciendo los labios.

Lo imité sabiendo por dónde iba, lo que Maya no supo pillar.

—Anda, ¿por qué? —Quiso saber inocentemente.

—Porque te pones muy pesada con tanta emoción, sin contar los nervios —se lo aclaró sacudiendo la cabeza—. Ni debajo del agua te has callado. —Soltó una carcajada.

Miré de reojo a Kilian, mientras él miraba a mi amigo. Sonrió de medio lado, dando como buena su versión. No lo dudaba ni por un segundo que había sido así.

—Uy, lo que ha dicho. —Se llevó las manos a la cara.

Reímos todos, incluida ella, aunque después empezó a quejarse.

—Anda, vamos a cambiarnos.

—¿No os habéis puesto un traje de neopreno? —Pasé la mirada de uno a otro.

—Supuestamente, sí —me hizo un guiño David—, pero aquí nuestra amiga, no tengo ni idea de cómo se lo ha colocado porque le ha entrado agua por todos los lados.

—Joder, ¿yo qué culpa tengo de que eso sea asfixiante? Dar gracias a que, al menos, he conseguido subirlo. —Bufó.

—Ahora venimos y vamos a comer —dijo riendo David, mientras agarraba del brazo a Maya.

Actuó así para no decirle delante de Kilian que quería dejarnos solos. Fue lo que sucedió cuando se dirigieron al hotel. Busqué con la mirada a Kilian. No se había movido. Sus ojos sí que lo hicieron al igual que los míos, encontrándonos.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien, mejor —sonreí un poco. Asintió.

Se acercó al banco y se sentó a mi lado. Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en las piernas, con la vista perdida hacia delante.

—¿Pasa algo? —No pude contener la duda que tenía.

—¿A qué te refieres? —Giró la cabeza hacia mí.

—No sé, estás raro desde el día siguiente en el que me pasó esto. —Me señalé el cuerpo—. Estás más frío, marcas las distancias —hablé con sinceridad—. No es que pretenda que… yo qué sé, pero después de cómo estuviste cuando te encontré en la habitación al abrir los ojos…

—Lo siento, tengo la cabeza en otras cosas. —Retiró la mirada de mí—. No es por ti, Evie.

—Esa frase nunca suena bien. —Me tragué un suspiro.

—No sé cómo suena, pero en mi caso es la realidad —comentó tranquilo—. Esta tarde me voy del campin, hoy ha sido el último día de trabajo. Bueno, al menos por un tiempo.

—¿Te vas? —dije sorprendida— Pensaba que eso te lo diríamos nosotros, no al revés.

—Pues ya ves —sonrió, pero fue una sonrisa forzada.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estás comprobando.

Me callé la opinión al respecto. Alargué el silencio porque no comprendía su cambio de

actitud. Ya había intentado que se abriera, por mi parte no iba a insistir porque no tenía tanta confianza con él como para hacerlo. Sentí pena, la tristeza me invadió al saber que quizás este sería el último momento en el que estaría con él. Quizás no, lo era.

En cuestión de segundos se me acumularon muchas emociones que me dejaron pensativa. Sabía que la despedida estaba próxima, solo faltaban dos días para que mis amigos y yo nos fuéramos, pero anticiparla por él me chocó.

Después de unos minutos se levantó despacio. Seguí sus movimientos con los ojos. La seriedad del principio, de cuando lo conocí, volvía a enmarcar sus facciones. Tragué saliva casi imperceptiblemente, para eliminar el nudo que se me había formado en la garganta.

Estaba a punto de despedirse y no iba a suceder como había imaginado cada vez que había pensado en este momento.

—Cuídate, Evie. —Se giró hacia mí—. Espero que te recuperes pronto.

—Gracias —susurré—. Lo haré.

Se inclinó sobre mí y contuve la respiración cuando apoyó las manos a mis lados, en el respaldo del banco. Nuestras caras quedaron muy cerca la una de la otra, nuestros ojos fijos en los del otro.

—Me ha encantado conocerte —susurró. Sus labios me acariciaron la mejilla y cerré los ojos oliendo su aroma—. Quién sabe, quizás volvamos a vernos si decidís venir aquí otra vez —continuó, provocando que el vello se me erizara.

—Quién sabe —repetí muy flojito.

Durante unos minutos que se me hicieron cortos no se movió. Sus labios continuaron sobre la piel de mi mejilla, su respiración me calentó. No pude disfrutar mucho más de la sensación, se apartó para incorporarse después de darme un beso largo en la zona, el mismo que le devolví, pero sin demorarme tanto.

Nos sonreímos y me dio la espalda. No pude apartar la vista, mientras andaba por el camino, alejándose de mí.

—¿Ya está? ¿Todo ha quedado en nada? —pregunté al aire, sintiendo presión en el pecho.

Capítulo 15



Un día después…

Kilian

—Cuidado que muerde —dijo divertido Glen, dirigiéndose a Salma.

—No lo sabes bien, no tientes a la suerte que puedes ser el primero contra el que me lance —le advertí.

—Joder, con qué carácter y ánimos has llegado —se lamentó en tono de broma.

—Solo has perdido la costumbre —le dijo Salma, con una risita.

—Será eso —negó Glen—, pero tengo la sensación de que hay algo más que no sabemos. —Se quedó pensativo, observándome.

—¿Me vas a ayudar con las cajas o lo único que vas a hacer es hablar? —le pregunté cogiendo una.

—Puedo hacer las dos cosas. —Rio levantando otra.

Salimos de la vivienda para ir al coche que estaba en el parquin, para colocarlas en el maletero. Salma se quedó metiendo en las vacías las pocas cosas que quedaban amontonadas en la mesa del salón.

Había llegado el día de la mudanza, Glen al final consiguió el piso del que me habló. Todavía no lo había visto, pero no dudaba de que me gustaría porque si no, él no se habría aventurado a hacer la gestión.

Durante media hora dimos muchos viajes a los coches, el de mi amigo también lo dejamos bien cargado. No iba a llevármelo todo, pero sí lo más primordial para que no me faltara de nada

en el nuevo lugar en el que iba a vivir.

Cuando terminamos, nos montamos en los coches y seguí al de Glen.

—¿Nervioso? —me preguntó Salma.

Eligió venir conmigo.

—¿Yo? ¿Por qué tendría que estarlo? —La miré de reojo.

—Glen no está muy desencaminado, te pasa algo. Lo que no sé si es por la mudanza o es que es verdad que no nos has contado algo.

—El cambio me tiene muy tranquilo. —Miré por el espejo retrovisor para incorporarme al carril de al lado.

—Entonces es lo segundo.

—Salma, llegué anoche, dadme una tregua —hablé serio—. Los dos sabéis que siempre que regreso del campin, después de una buena temporada, me cuesta adaptarme.

—Sé que te fastidia dejarlo atrás por un tiempo, pero hay algo diferente en tu actitud, comparándola con otras veces.

—Estoy bien —respondí escueto.

—¿Has hablado con tu padre?

—No. Todavía no sabe que he estoy aquí, ni mucho menos el motivo.

—Tendrías que hablar con él.

—Tendría… Quizás. —Puso los ojos en blanco.

—¿Cuántas mujeres han caído rendidas a tus encantos esta temporada? —preguntó cantarina — Llevas meses en el campin.

—Deja ese tema.

—Uy. —Se inclinó hacia delante para no ver solo el perfil de mi cara.

—He dicho que lo dejes. —Segunda advertencia.

—¿Es posible que…? —Me miró agrandando los ojos.

—No sé a lo que te estás refiriendo. —La miré de reojo por unos segundos—. Y… —la corté antes de que me lo aclarara. Se quedó con los labios abiertos sin llegar a pronunciar las palabras — no me interesa saberlo.

—Con que esas tenemos… —Apoyó la espalda en el asiento.

—Correcto —dije serio.

Aminoré la velocidad igual que hizo Glen unos metros por delante. Lo seguí más de cerca, hasta que me pidió que parara en doble fila, mientras él estacionaba.

—Vamos primero con tu coche al parquin —dijo al entrar en los asientos traseros—. Cuando lo descarguemos hacemos el cambio con el mío.

—De acuerdo.

Di la vuelta a la manzana como me indicó, y accedí al parquin de un edificio. Observé por unos segundos la fachada, me gustó lo que vi. Quité la llave del contacto en la plaza de aparcamiento y nos bajamos.

—¿Le quieres echar un vistazo antes de liarnos a subir las cajas? —me preguntó Glen.

—Sí.

Ambos me miraron intrigados, pero me mantuve callado. Sentía rabia, estaba cabreado, pero no tenía ganas ni era el momento de hablar con ellos. Empecé a caminar hacia la puerta que indiciaba la salida y enseguida escuché sus pasos detrás de mí.

En la zona principal del edificio entramos en el ascensor y subimos a la cuarta planta.

—Haz los honores —dijo Glen, haciendo sonar el juego de llaves en alto.

Las cogí al vuelo, mientras caminábamos hacia la puerta. Introduje la llave y la giré.

—Oh, ¡me gusta! —comentó Salma.

Me paré en el centro del salón, observándolo detenidamente por primera vez. Me giré hacia ellos.

—Tiene gracia tu reacción. —Escondí las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Por qué? —Se hizo la extrañada.

—Porque apuesto lo que queráis que no es la primera vez que estás aquí. —Los miré a los dos —. ¿Cuántas veces habéis venido para dejarlo como está?

Impoluto, con olor a limpio, brillante… Eso se veía con un primer vistazo.

—Te ha pillado. —Soltó una carcajada Glen.

—Aguafiestas —se quejó ella, bufando—. Solo quería ponerle un poco de emoción, la que te falta a ti. —Me señaló.

—Mi emoción rebosa por los poros de mi piel, ¿no me veis? —Levanté una ceja, pasando la mirada de uno a otro.

Glen continuó riendo, Salma arrugó la nariz. Por la cuenta que les traía ninguno de los dos hizo algún comentario sobre el mío. Mi humor destacaba, para mal.

Empecé a recorrer el piso. Caminé por el salón y llegué a una corredera, la que abrí. Daba a un balcón de buenas medidas. Me apoyé en la barandilla, observando la zona en alto. Bajé la mirada. Mi piso, en la cuarta planta, era idéntico al de la tercera, al menos desde fuera, refiriéndome a los balcones. En la segunda, lo que para mí era un balcón, para quien viviera en el piso de más abajo era una buena terraza.

—¿No hay primero? —pregunté dirigiéndome a Glen.

Era raro que la terraza correspondiera a la segunda planta.

—Sí, pero lo utilizan de despacho de abogados y está reconstruido, por eso solo se ve la terraza del segundo nivel, el primero está distribuido de otra forma —asentí.

—Se percibe tranquilo —comenté distraído.

—Lo que te gusta. —Me apretó un hombro y giré la cabeza hacia él, en silencio.

Continué con el recorrido en el interior: la cocina, el aseo y las habitaciones a las que se accedía por el pasillo… En total había cuatro habitaciones, dos de ellas muy grandes y equipadas completamente para utilizarlas, las restantes estaban casi vacías, solo con armarios largos empotrados en una de las paredes. Revisé la que más me llamó la atención, una de las que tenía una gran cama y estaba preparada para hacerla mía.

La elegí porque daba a un parque bastante grande, las vistas desde el pequeño balcón que tenía eran buenas.

—¿Te gusta? —Quiso saber Salma.

—Sí —le confirmé echando el último vistazo, por el momento.

—Tiene baño privado —comentó Glen, abriendo una de las dos puertas que había dentro de la estancia, sin contar por la que habíamos entrado—. Y esta —se dirigió a la otra—, es un vestidor.

—Grande, del tamaño de una habitación normal —añadió Salma.

—Esta será la mía. —Lo exterioricé.

—Lo dábamos por hecho —me sonrieron los dos.

—Vamos a subir las cajas —les pedí.

—Tenemos trabajo por delante. —Se frotó las manos Salma.

Negué con un inicio de sonrisa, gesto que no les pasó desapercibido porque desde la noche anterior que nos vimos a mi regreso, era una novedad.

✣ ✣ ✣

Silencio, eso es lo que me rodeaba. No se escuchaba ni un ruido en la calle. En el rato que llevaba en el balcón del salón había comprobado que no era muy transitada la zona, lo que me iba de lujo.

Después de pasar tanto tiempo en medio de la naturaleza, lo que menos me apetecía era agobiarme con el jaleo y el ajetreo. Me llevé el botellín de cerveza a los labios y di un buen trago, pensativo.

Eran ya las seis y media de la tarde y mi estado de ánimo no había variado. Por la mañana, finalmente, Glen y Salma me ayudaron a subir todas las cajas y a colocar las cosas. Después de mediodía, logramos dejar el piso completamente despejado. Decidimos pedir algo de comer y a las cuatro y media nos sentábamos a comer. Se marcharon poco después de que termináramos, lo que agradecí egoístamente porque necesitaba estar solo.

Cuando me sentía de esta forma no era muy buena compañía, aunque a ellos les daba igual, aguantaban estoicamente como hacía yo cuando a alguno de los dos le sucedía. Pero a mí no me daba igual cuando se trataba de mí, no quería pagar mi cabreo con ninguno de los dos. Me refiero a estar serio, callado y distante, no que fuese a desquitarme con ellos de otra manera.

Bebí otro trago de cerveza. Hacía menos de media hora que había regresado cargado de bolsas del supermercado, se encontraba a unos metros de distancia de mi portal. Por lo que comprobé tenía todas las cosas necesarias muy a mano, no tenía que coger el coche, a no ser que quisiera algo diferente.

Me gustaba la zona, me gustaba el piso, y, sobre todo, me encantaba la paz que se respiraba.

Un nuevo cambio, eso es lo que era. Mis recuerdos tomaron el control y se dirigieron hacia una persona en concreto: Evie.

Balanceé el botellín en el aire, tenía los brazos apoyados en la barandilla.

Me privé de lo que deseaba de ella, por ella. Un poco lioso, ¿no? Habría sido tan fácil besarla y acabar enredado con Evie en una cama, consumidos por la pasión. Bueno teniendo en cuenta su estado dolorido es mucho decir, pero ya me entendéis.

Y no me estoy refiriendo a que yo me lo tuviera creído para hacerla caer en lo que yo deseaba, ni tampoco en que ella fuese fácil. No voy por ahí, ni por asomo porque era todo lo contrario.

La atracción entre los dos había sido evidente cada vez que estábamos juntos, y en esta ocasión hablo por mí. Me era imposible mantenerme apartado de ella por mucho tiempo cuando la tenía al alcance. Al principio, me obligué a reaccionar contraponiendo a lo que deseaba, pero al final terminé sucumbiendo. Si hubiésemos tenido más tiempo…

Tampoco. No habría sido justo para ella porque nuestra despedida se habría dado dentro de poco, si yo no la hubiese adelantado. A esto hacía alusión con lo de que me había privado por Evie. Y tenía gracia, porque jamás me había importado todo lo que estoy diciendo y dando a entender. Nunca me he preocupado de jodidas despedidas definitivas precipitadas, ni de si los polvos eran esporádicos o se alargaban durante el tiempo que durase la estancia de la otra persona en el campin. Ni siquiera me pasaba en mi vida fuera del entorno, al que me encantaba regresar. Simplemente cuando una mujer me llamaba la atención, cuando me atraía, provocaba que surgiera y actuaba sin pensar, buscando el placer.

Con Evie la cosa fue diferente, y darme cuenta de eso, reconocerlo y ser consciente de ello, realmente movió algo dentro de mí. Como bien me dijo ella en el banco donde la encontré sentada, cerca del hotel del campin, mi forma de actuar y mi comportamiento hacia ella variaron mucho los siguientes días desde que le sucedió lo del rápel.

Marqué las distancias forzosamente porque me sentía jodido por mi regreso precipitado, lo supe la noche de la tarde en la que fui a verla a su habitación, el mismo día que sufrió el accidente.

Desde que me decidí a acercarme a Evie con más picardía, para ponerla nerviosa, me lo tomé como un juego divertido. Un juego que por mi parte terminó rápido porque cada vez que podía acceder a ella, necesitaba el contacto directo, el que fuera. Los acercamientos que inicié me

llevaron a la necesidad de querer ir más allá, de descubrirla no solo por capricho.

Había faltado tan poco para besarla en los labios, para cubrir su boca con la mía… No como el puñetero beso en la mejilla que le di antes de alejarme para siempre. Aún recordaba el tacto de su piel en mis dedos, cuando la agarré de varias zonas y se las acaricié, todavía continuaba grabada en mis retinas su imagen tumbada en la cama.

La puñetera camiseta blanca, tan fina que no era un obstáculo para la vista, me tenía al borde de la locura. El contorno de sus pechos, tan apetecibles, con los pezones marcándose a través de la tela, parte de su barriga plana al aire, y la minúscula braga que apenas cubría lo esencial, todo eso provocó que mi miembro se tensara. Sus piernas, perfectamente torneadas, eran la guinda del pastel. Era imposible sacarme esas imágenes de la mente; cada detalle lo tenía grabado a fuego en mi memoria.

Aún me preguntaba cómo tuve la fuerza de voluntad para no hacer lo que deseaba, aunque la respuesta la tenía clara: el estado en el que se encontraba. El verla mal y el pensar en lo que podría haber pasado, si no hubiese conseguido controlar la situación, me superó.

Supe muy pronto que Evie era algo más que una diversión, que si traspasaba la fina línea que separaba la fantasía de la realidad, estaba perdido. Jamás había sentido algo parecido, algo que me ataba con fuerza y me hacía desear algo que no era posible, por lo breve que sería. Hasta antes de ella no había conocido algo igual.

El sexo en muchas variantes, por supuesto; el ligar una noche con lo que venía después, también; encuentros de fines de semanas sueltos con el único propósito de disfrutar, sí; pero lo que Evie me había hecho vivir, ni por asomo.

Apuré lo que me quedaba de cerveza. El líquido bajó por mi garganta, refrescándomela. Era lo que necesitaba, la notaba reseca.

Daba igual, ya estaba hecho. Evie no era una aventura de un día ni de dos, y yo había actuado en consecuencia, para no crear un problema más grande del que ya tenía en encima. Hablo por mí y del motivo por el que cambié hacia ella. Lo hice en cierta forma para protegerla, porque sabía, a pesar del poco tiempo que nos habíamos conocido, si es que se puede decir de esa manera, que ella era una chica que se dejaba llevar por los sentimientos.

Pero todo lo anterior no quitaba que no recordara perfectamente sus expresiones de los últimos días, debido al cambio que di. Era algo que me martirizaba porque sus ojos me transmitieron tanto… Todavía tenía un regusto amargo y excitante a la vez, del último acercamiento que provoqué al despedirme en el banco.

Me acordaba perfectamente de su aroma, de la suavidad de la piel de su mejilla contra mis labios, de los escalofríos que me recorrieron hasta que me separé. Y después con cada paso que di… Después frío, o más bien hielo. Fue una sensación que me atravesó.

Y era increíble, por qué ¿cuánto tiempo habíamos pasado juntos? A ratos y pocos días, ese era el resumen que me abrumaba. En tiempo récord consiguió que mi perspectiva cambiara, y yo con ella.

Apreté la mandíbula y me incorporé poniéndome recto. Eché un vistazo a la calle, antes de entrar en el salón. Necesitaba una ducha para intentar quitarme las tonterías de encima y eso iba a hacer, ir de cabeza al baño de mi habitación.

Tenía que ponerle freno a todas las sensaciones y sentimientos porque ya no tenían sentido.

Lancé el botellín vacío al cubo de la basura, en la cocina, y me quité el jersey cabreado, yendo hacia el pasillo.

Capítulo 16



Dos semanas más tarde…

Evie

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a David, sonriendo.

Había notado una presencia en el hueco de la puerta y levanté la cabeza, para ver si estaba en lo cierto o no. Con los brazos cruzados y el hombro apoyado hacia un lado, en el marco, me observaba divertido.

—Has tardado mucho en darte cuenta, estás perdiendo facultades —comentó.

Se separó y caminó hacia mí. Acababa de entrar en mi despacho. Me levanté de la silla y rodeé la mesa, para abrazarlo y darle un beso en la mejilla.

—Estaba concentrada, es lo que tiene estar trabajando —dije divertida—. Se me ha acumulado.

—Faltan menos de diez minutos para que termines por hoy. —Se sentó en el filo de la mesa.

—Sí, ni un minuto más. Ya lo tengo todo preparado para salir pitando. —Rio.

—¿Cómo tienes las manos?

Bajé la mirada hacia ellas, colocando las palmas hacia arriba. Las marcas rosadas tardarían en irse, hasta que las sustituyeran otras más neutras. Hacía poco más de una semana que le dije adiós a todos los vendajes, para que las heridas secaran lo más pronto posible; y un poco más desde que me quitaron los puntos de la pierna. Los que me pusieron de papel en una de mis palmas se cayeron al quinto días, más o menos.

De ahí que el trabajo se me hubiese acumulado, al no poder utilizarlas hasta que me dieron el

alta. Igualmente, después de eso, la pregunta de mi amigo se debía a que todavía tenía muy sensibles las palmas de las manos. Me molestaban de vez en cuando, lo de las piernas, en cambio, era diferente, ya ni me acordaba, a no ser que me viera las cicatrices que dibujaban varias zonas de mi piel.

—Cada vez tengo menos sensaciones, van desapareciendo. —Lo miré a los ojos.

—Me alegro. —Me hizo un guiño—. En cuanto te recuperes del todo anota en la agenda que un fin de semana lo vamos a dedicar por completo a hacer una escapada para disfrutar de la escalada. Fue con lo que te quedaste más ganas los últimos días de estar en el campin.

—Sí —sonreí—. Lo cogeré con ganas.

—Dos minutos —dijo mirando el reloj de pulsera.

—Eres mala influencia. —Reí rodeando la mesa, para recoger.

—Y lo que te gusta, ¿qué? —Levantó las dos cejas, de forma divertida.

—Ahí has dado en el clavo.

Apagué el ordenador, ordené la mesa, fui hacia el armario que estaba a mi espalda y me coloqué el abrigo, colgándome el bolso.

—Ya estoy —dije, sacando el móvil y guardándomelo en un bolsillo.

—¿Quieres irte a casa y nos tomamos algo allí, o prefieres que nos entretengamos por aquí? —me preguntó mientras recorríamos la zona principal.

—¿Qué te parece si le hacemos una visita a Marcelo, tomamos algo para hacer tiempo y te invito a cenar?

—No tienes ganas de liarte en casa, ¿eh?

—Pues no —respondí rápido y reímos.

—Por mí, perfecto. —Me rodeó los hombros con un brazo, cuando nos paramos frente a las puertas cerradas del ascensor. Pulsé el botón.

Con lo de la visita a Marcelo me había referido a que íbamos a su restaurante italiano. Era el dueño y teníamos mucha confianza con él, ya que lo conocíamos desde hacía muchos años.

—Así nos ponemos al día, desde que regresamos he estado muy liado. No he parado y los

últimos días en el campin no estabas muy habladora que digamos. —Lo miré de reojo.

—No sé si se me están quitando las ganas. —Carraspeé, provocando que soltara una carcajada.

—¿Nerviosa por la ronda de preguntas?

—¿Preparado para no recibir las respuestas? —Lo piqué.

—Preciosa, tengo mis métodos para hacerte hablar. Ahí lo dejo porque no hace falta que añada nada más —sonrió de medio lado.

El ascensor llegó y entramos. Mientras bajábamos, David me comentaba cómo le había ido el día. Al salir del edificio, optamos por ir juntos en un solo coche al restaurante. No teníamos que pensarlo mucho, ya que era bastante complicado aparcar en la zona en la que estaba.

Cada uno se subió a su coche y me siguió hasta mi casa, donde dejé el mío aparcado en mi plaza de garaje. Quince minutos después, a las seis y veinte, salía por el portal.

—Se me ha abierto el apetito —dije al ocupar el asiento del copiloto.

—¿Eso significa que me va a costar caro? —habló divertido, incorporándose a la carretera.

—Te he dicho que te invito yo.

—Claro que sí. —Frunció los labios.

—No empieces, estás avisado.

—Por supuesto.

—Eres muy cansino. —Puse los ojos en blanco.

—Toda la razón, pero no siempre, solo cuando quiero salirme con la mía. —Me hizo un guiño rápido—. ¿Cómo te ha ido a ti hoy?

—Absorbida por el trabajo, me he movido poco de la silla.

—Tómatelo con calma, a ver si vas a querer hacerlo todo de golpe. —Sacudió la cabeza.

—Tranquilo que no me agobio, a lo que llegue durante las horas de trabajo, he llegado, y hasta el día siguiente —asintió.

—¿Has sabido algo de Iván? —Lo miré de reojo.

—Nada, no me acordaba ni de él. —Dirigí la vista hacia la ventanilla.

—Me alegro, cada vez que recuerdo el mensaje que te envió…

Suerte de que no le enseñé los dos siguientes que recibí, se habría cabreado muchísimo y lo habría buscado nada más llegar. Preferí callarme y borrarlos, también lo había bloqueado para que no me alterara de nuevo.

En lo que le acababa de decir había parte de verdad y otra parte pequeñita, muy minúscula, de mentira. Me explico, la parte de verdad es que desde que llegamos no había coincidido con él en ningún sitio, pero en lo de que no me acordaba ni de él, no había sido sincera. A ver, que no es que lo tuviese en la cabeza constantemente, pero sí que me venía al pensamiento cada vez que salía a la calle.

Miraba a mi alrededor inconscientemente, como si fuese a aparecer en cualquier momento. Lo hacía porque estaba esperando que sucediera, sabía que en cualquier instante se daría y quería estar preparada al máximo, para encararlo.

No sé cómo David interpretó mi silencio, me quedé pensativa. No hizo ningún comentario más, se dedicó a conducir, acortando la distancia que nos separaba del restaurante.

—¿A qué hora sale Maya hoy del trabajo? —me preguntó mientras buscaba aparcamiento.

—A las nueve y media, aunque siempre se retrasa —respondí y asintió.

—Sobre esa hora ya estaremos de vuelta.

—Sí, más o menos.

—Para la próxima.

Pegué un pequeño grito señalando hacia delante, provocando que mi amigo soltara una carcajada. Las luces de un coche se encendieron, iba a salir de donde estaba estacionado. David se paró a una distancia prudente, con el intermitente puesto, y por fin conseguimos bajarnos del coche después de dar un montón de vueltas por la zona.

Caminamos por la acera, habíamos tenido suerte, estábamos muy cerca. Al entrar en el restaurante le preguntamos a un camarero por Marcelo. Mientras nos acompañaba a una mesa nos dijo que ahora lo avisaba para que saliera. Debía de estar liado en la cocina o en su despacho, en cualquier parte porque no paraba quieto.

—¿Dos copas de vino? —nos preguntó el camarero a nuestro lado.

—Perfecto —respondimos a la vez, mientras nos acomodábamos en las sillas, después de quitarnos los abrigos.

No tardó en traérnoslas, con unas olivas y una pequeña tapa de la especialidad de esta semana. Siempre variaban.

—¿Has empezado hoy el gimnasio?

—Es lo que te dije que haría, pero no me ha apetecido. —Me froté las palmas de las manos sobre el pantalón, notando lo sensibles que continuaban estando.

—Ya volverás a la rutina, a ver si por ir antes de tiempo empeoras o te haces daño.

—Estoy bien, solo es que cuando me ha sonado el despertador lo he apagado y he continuado durmiendo —sonreí, él rio—. Y esta tarde no entraba en mis planes, así que…

—Mucho mejor este, ¿no?

—¿Lo dudas? —Como respuesta me hizo un guiño.

Marcelo apareció sonriente a los pocos minutos. Lo saludamos y se sentó un rato con nosotros. Así era él, cercano y amable, y más con las personas a las que conocía, como nosotros. Estuvimos hablando hasta que requirieron su presencia en la cocina, antes de dejarnos solos nos recomendó varios platos que había añadido a la carta recientemente. Se lo agradecimos, justo cuando nos traían a cada uno la tercera copa de vino.

—Al final, nos vamos en taxi, lo estoy viendo venir —comentó divertido David.

Bebió un sorbo, observando mi cara. Debía tener coloretes naturales, los que me había provocado la bebida. Notaba el calor. La primera copa me la bebí muy rápido, pero es que el vino espumoso estaba tan fresco, dulce y entraba tan bien… La segunda no me había durado mucho más.

—Mañana es viernes, no hay problema —dije cantarina y reímos.

—Esta déjala un poco apartada. —La separó de mí.

—Estoy bien —me quejé en broma.

—Lo sé, por ahora, pero quiero tener toda tu atención para hablar sobre Kilian.

La mano se me quedó a medio camino entre el cuenco de las olivas y mis labios. Busqué su mirada, metiéndome despacio en la boca la que había cogido. La saboreé y la mastiqué en silencio, sin apartar los ojos de los suyos.

—No tengo nada que hablar de él —dije recompuesta, dejando el hueso en mi plato.

—Evie, en el campin no te pregunté para no ponerte peor de lo que estabas. Y ni se te ocurra decirme que no te afectó porque en la mayoría de los días que han pasado tu ánimo no es bueno. Sé perfectamente lo mal que te sentiste por su cambio de actitud, se lo noté yo que no tenía nada que ver conmigo… A pesar de ello se comportó correcto y cordial, se preocupó por venir a verte a la habitación, claro que sí.

»No puedo decir nada malo de él, pero la distancia que tomó contigo fue más que evidente. Tanto Maya como yo, hemos respetado tus tiempos. No nos hablaste de ello durante aquellos días, todavía no lo has hecho, y como te conozco, sé que te estarás comiendo la cabeza por él: Kilian. Puedes decir su nombre en alto, no se va a abrir el suelo bajo tus pies por pronunciarlo.

—Es pasado y no tiene sentido traerlo de vuelta. —Fijé la mirada en el plato vacío.

—Eso díselo a otra persona, a mí no.

Cogí una bocanada de aire y la solté despacio, antes de enfrentarme a su mirada de nuevo.

—Como bien has dicho, me conoces, por lo que sabes sin necesidad de decírtelo cómo me quedé y lo que me afectó. Pero es que no tiene sentido, David, nada de lo que siento lo tiene. Entre… Kilian y yo no hubo nada, aparte de tensión. Y es lo mejor, porque ¿cuánto tiempo nos quedaba para estar en el campin? Me habría ido peor de lo que me fui si hubiese sucedido algo más entre nosotros.

»Él lo sabía, o al menos creo que es así. Yo también, aunque me di cuenta al llegar aquí porque sí, no entendí su actitud aquellos días. Pero pensándolo en frío, después del tiempo que ha pasado, creo que optó por la mejor decisión. Me gustaba mucho, me atraía, me hacía sentir… No hace falta que diga lo evidente, y habría caído si me hubiese besado.

—¿No hubo nada? ¿Ni un beso corto y rápido? —negué con una mueca.

Se echó para atrás, apoyó la espalda en la silla mirándome serio.

—No creo que él saliera de allí mejor que tú —comentó al cabo de un rato, rompiendo el silencio entre los dos.

El murmullo de las voces de las personas que nos rodeaban nos acompañaba.

—¿A qué te refieres? —Fruncí ligeramente el ceño—. Fue su decisión, lo que quería, y actuó en consecuencia. He llegado a la conclusión de que fui una distracción para él, que solo quiso seducirme para divertirse, para pasárselo bien; aunque la verdad es que él hizo bien poco para conseguirlo porque le sale de forma natural. Cambió después de mi accidente y al no quedar muy bien, se apartó porque ya no le servía para el propósito que se había marcado. —Sacudí la cabeza.

Capítulo 17



En cierta forma, las últimas palabras que había dicho no se correspondían con lo pensaba realmente, solo quería aferrarme a ello para hacerlo más llevadero. La rabia hablaba por mí, aunque tampoco era rabia en sí. Simplemente era… tristeza y resignación por lo que me había hecho sentir en poco tiempo.

No puedo negar lo bien que se comportó conmigo, realmente no merecía que hablara así de él, pero la desilusión que me rompió por dentro todavía no había desaparecido. Esta compartiendo mis sentimientos y desahogándome con mi amigo, que es como mi otra mitad, mi familia; si no lo hacía con él, no sucedería con nadie más, porque jamás diría algo negativo de Kilian. Si alguien se atreviese a hablar mal de él en mi presencia, no dudaría en defenderlo, esa era la verdad.

—Por eso quería sacar el tema, tienes un lío tan grande en la cabeza que has llegado a una conclusión errónea, una que te pesa. Me gustaría saber a cuento de qué piensas eso, que te utilizó —comentó. Mi ceño se frunció más.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —le pregunté jugando con la copa, balanceándola. Se mantuvo callado — Pues entonces no entiendo por qué estamos hablando de él. —Volví a evitar decir su nombre—. No quiero recordarlo, necesito olvidarlo.

—Lo que no vas a conseguir estando como estás. —Apoyó los brazos en la mesa.

—Así no me ayudas.

—Discrepo. Lo estoy haciendo porque si no aceptas las cosas ahora, conmigo, lo harás cuando te quedes sola y pienses en esta conversación. Evie, no voy a hablar de amor porque suena como muy precipitado, aunque el tiempo en estos casos deja de tener valor. Está claro que tienes sentimientos fuertes hacia él. Por loco que te parezca, por increíble que te resulte, el resultado poco varía a mencionar esa palabra o no.

»No puedes negarte a estar triste porque lo que deseabas no sucedió, porque se separó de ti antes de lo que pensabas. No es una ruptura en sí, pero en el fondo para ti lo fue, porque tu corazón salió lastimado. Esa es la verdad y tienes que aceptarla, en cuanto lo hagas dejarás de

resistirte a la evidencia y te vendrás abajo.

»Y será bueno, es lo que necesitas para pasar página porque si no, Kilian va a ser una espina de la que no vas a conseguir librarte. No me creo lo que has dicho, tú no eres así, no piensas y actúas de esa forma. En tu interior sabes que Kilian fue bueno, te lo transmitió incluso cuando se apartó de ti. Que quieras desahogarte de esa manera, de acuerdo, pero los dos sabemos que si te hago repetir lo mismo ahora no conseguirías pronunciar ni una sola palabra negativa de las que has dicho sobre él.

»Soy yo, conmigo puedes patalear, llorar, gritar, enfadarte, maldecir… Lo que necesites y más, porque siempre seré consciente de tu necesidad escondida, al igual que tú me has ayudado tantas veces que sería imposible enumerarlas. Yo también he actuado como lo estás haciendo tú, y lo sabes, aunque en mi caso tuve muchos más motivos para hacerlo.

»Está bien, si necesitas ponerlo como el malo delante de mí no seré yo el que te lo impida, pero piensa, párate a pensar, en que todas las palabras que has dicho o las que puedes llegar a decir delante de mí se volverán en tu contra porque no es lo que sientes realmente.

Apreté los labios porque hacía un rato que me temblaban, al igual que las manos. Me sentía demasiado sensible y débil, mi cuerpo vibraba conteniendo las ganas que me habían entrado de llorar. No tenía nada que decirle a David, había hecho una descripción exacta y perfecta de todo.

—Llora —me pidió en tono muy bajo, buscando mi mano por encima de la mesa. Lo hice sin darme cuenta, en silencio. Las lágrimas contenidas encontraron su camino para liberarse de mis ojos—. Eso es. —Me acarició las cicatrices de la palma de la mano.

»No importa si te resulta excesivo por lo surrealista que parece, por el poco tiempo que pasaste con él y lo poco o mucho que hubo entre vosotros. No te cuestiones, solo date la oportunidad de que tus emociones y sentimientos fluyan. No quiero verte mal, necesito que reacciones.

—No le odio ni estoy enfadada con él —susurré con la voz entrecortada—. No quería hacerle daño con mis palabras, aunque no esté aquí y no las haya escuchado.

—Lo sé de sobra —me sonrió con cariño—. Recuerda que estás hablando conmigo. —Me apretó con cuidado la mano.

—No te aguanto cuando te pones así, nunca fallas. —Hice un puchero y soltó una carcajada.

—Te quedan muchos años por delante para aguantarme. —Me hizo un guiño y arrugué la nariz. Más rio—. Después de todo lo que te he dicho voy a continuar.

—¿No has acabado? —Puse los ojos en blanco.

—No. —Apretó los labios, conteniendo la diversión.

—Nada, no te cortes. Suéltalo todo. —Bufé.

—Sabes que contigo nunca voy a cortarme, las verdades siempre van a ir por delante porque te quiero y priman —me emocioné más—. No te utilizó.

—He dicho eso porque…

—Sé por qué lo has dicho, tus palabras han salido a borbones por cómo te sientes. Han tomado una forma que no se corresponden con la realidad —solté un suspiro—. No te utilizó —me repitió—. Sé muy bien diferenciar las actitudes y los comportamientos, y Kilian, sentía lo mismo que tú por él.

—¿Por qué actúo tan frío después de mi accidente? Si hubieses estado en la habitación cuando me desperté… Fue tan dulce y a la vez tan picante. —Sacudí la cabeza—. Y todo se evaporó a las pocas horas, al día siguiente no parecía ser el mismo.

—Solo Kilian tiene la respuesta a esa pregunta. Yo te he dicho lo que vi, lo que interpreté y me transmitió, y sé que no estoy equivocado. ¿Cuál es el motivo por el que se forzó a tomar distancia contigo? Ni idea, pero hay uno, y tú no eres la responsable de él. Te lo aseguro, no hiciste nada mal, todo lo contrario. Lo que quiera que le pasara es algo suyo. Y ten muy claro que se esforzó por cambiar su trato hacia ti, no le fue fácil.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé, es mi percepción. —Se encogió de hombros.

—Podría haberlo ayudado si tenía un problema —susurré.

—Eso no está en tus manos o a tu alcance, a no ser que él te lo permita. Y estamos hablando sin saber, quizás no lo tiene.

—Ya.

Cogí la copa y bebí un buen sorbo de vino. Se me había quedado la garganta seca. Me retiré disimuladamente las lágrimas de la cara.

—¿Mejor? —Ladeó un poco la cabeza.

—Sí —le sonreí con cariño.

—Esta noche vas a descansar bien. —Me hizo un guiño.

—¿Por qué he llorado?

—En parte, pero el punto más fuerte es que has hablado del tema.

—¿Cómo se puede echar tanto de menos a alguien sin haber tenido mucho contacto con él?

—No es el tiempo, lo importante es la calidad de ese tiempo y lo que suceda en el transcurso de él.

—Me cuesta reconocerme, no me entiendo ni yo. Nunca me había pasado algo tan repentino, se me escapó de entre los dedos antes de que…

—Nunca te habías enfrentado a algo que surge de la nada y se vuelve tan intenso en tiempo récord. —Hizo una pausa larga en la que ninguno de los dos hablamos—. ¿Pedimos la cena? —asentí.

Llamó la atención del camarero que atendía la zona en la que estábamos. Pedimos dos platos para compartir, ambos de las recomendaciones que nos había dado Marcelo. Aparte de la ensalada de la casa que nos encantaba. Acompañamos la comida con agua, la tercera copa de vino fue la última por esa noche.

Poco a poco, fui relajándome, en cierta manera me quité un peso de encima con la conversación que inició mi amigo. También empecé a sentirme más agotada de lo normal, pero era algo que me sucedía cada vez que lloraba. Era como si después de hacerlo algún interruptor de energía dentro de mí se desconectara.

En cuanto terminamos, David pidió la cuenta y se negó a que pagara yo. Hice un par de intentos, pero lo dejé por imposible. Nos despedimos de Marcelo hasta la próxima y salimos del restaurante, directos a mi casa.

Durante el trayecto, en silencio y soñolienta, solo pensaba en el momento que tuviera puesto el pijama para acurrucarme en la cama.

Cuando paró frente a mi puerta nos despedimos.

—Descansa, mañana hablamos —me dijo dándome un beso en la frente.

—Sí —sonreí—. Igualmente.

Lo abracé y me bajé. Caminé ligera hacia la entrada, el aire frío me provocó varios escalofríos. Levanté la mano hacia él como última despedida, y dejé que la puerta se cerrara sola.

Subí la escalera y entré en casa, yendo directa a la habitación. Me desprendí de toda la ropa y solté un suspiro de satisfacción cuando tuve el pijama puesto. Después de una parada rápida en el baño, me metí debajo del nórdico, acurrucándome con él.

No tenía que preocuparme por poner la alarma en el despertador de la mesita de noche, la tenía programada de lunes a viernes para que sonara a la misma hora. Cerré los ojos en la

oscuridad y me apreté el nórdico al cuerpo. Y entonces volví a llorar, dejé que mis emociones fluyeran sin restricciones, porque dudaba de poderme desprender de esos sentimientos tan fácilmente, mientras las lágrimas empapaban mi rostro.

Me parecía tan increíble lo que me pasaba, lo que sentía, cómo estaba… Me había cuestionado un montón de veces cómo había llegado a esto, pero al final, las cosas ocurren sin más y cuando llegan arrasando, son totalmente impredecibles.

El último recuerdo antes de dormirme fue el suspiro largo que solté.

✣ ✣ ✣

—¿Qué…? —Miré hacia arriba, extrañada.

Estaba tomándome el primer café del día en mi rincón favorito, mientras la mañana empezaba a despertar. Eran las siete y media. Había dormido profundamente y, aun así, al sonarme la alarma me había costado levantarme. Todavía no había conseguido despertarme del todo, pero me activé rápido cuando empezó a caer agua de arriba.

Me levanté de un salto de la silla y me aparté. Solté la taza en la mesa y corrí a retirar el tendedero. La ropa estaba casi seca, le faltaba muy poco, pero acababa de mojarse con vete a saber qué líquido, el que continuaba cayendo en cascada.

Por unos instantes me sorprendí porque pensaba que había empezado a llover, pero no, no había ni una nube en el cielo. Me separé del tendedero y miré hacia arriba, con las manos en las caderas, mientras murmuraba cabreada.

El vecino de arriba había regado y a puntito estuve de entrar en el salón y empezar a dar golpes con el palo de la escoba en el techo. No era la primera vez que sucedía.

Entendía que si tenía plantas tenía que regar, pero joder, la última vez que hablé con él, referente a lo que acababa de suceder, Carlos, que así se llamaba mi vecino y con el que por cierto tenía bastante confianza, me dijo que lo sentía y que, después de saberlo regaría siempre a la misma hora, para sincronizarnos los dos.

Pues por lo visto hoy se le había olvidado y gran parte de la ropa que tenía pensado doblar y colocar en el armario cuando llegara por la tarde del trabajo, tendría que volver a pasar por la lavadora porque me negaba a guardarla así.

Bufando, así llegué hasta la taza de café. Me bebí lo que me quedaba de un trago y entré en el salón, para irme a trabajar.

Empezaba estupendamente el día y más cuando, mientras abría la puerta principal, vi algo volando en la terraza. Cayó balanceándose como si fuera una pluma, hasta que aterrizó cerca del tendedero.

—Pues ahí se va a quedar hasta que vuelva —dije cabreada por lo que se le había caído a Carlos.

Capítulo 18



—¿Qué te parece? —me pregunto Magda, una de mis compañeras de trabajo.

—Me gusta —le sonreí—. ¿Lo vas a presentar ya?

—Creo que sí, es que, si me lo llevo de vuelta a mi mesa, volveré a encontrar algún fallo. —Hizo una mueca graciosa.

—No tiene ninguno. —Reí por su indecisión.

—Tú siempre ves bien mis trabajos, tu opinión no cuenta. —Puso los ojos en blanco.

—¿Entonces para qué me pides la opinión? —negué divertida.

—Vamos a olvidarnos de esto. —Cerró la carpeta y la colocó en la mesa—. ¿Nos tomamos un café? Son las diez y no puedo con mi cuerpo. Anoche tuve la noche muy movidita y casi no he dormido.

—Mmm… Eso suena a ¿Mario? —Levanté las dos cejas, varias veces.

—A Mario y a su pedazo de… —Se señaló por debajo de la cintura. Soltamos una carcajada.

—No me hacía falta hacerme a la idea de tanto. Con razón no puedes con tu cuerpo. —Apreté los labios.

—Un poco de morbo en viernes siempre es bien recibido —sonrió pícara.

—Lo que tú has recibido bien es otra cosa. —Me levanté de la silla, riendo—. Vamos a por esos cafés, yo también lo necesito.

—Bien, es quedarse corta —habló emocionada—. Chica, ese hombre tiene un poder sobre mí… —soltó un suspiro—. Todavía no he conseguido quitarme de la cabeza cómo empujaba sin

descanso, llenándome una y otra vez en varias posiciones, y como…

—Valeee… —La frené—. Paso de escucharlo, no necesito una descripción gráfica del potencial que tiene Mario —dije cogiendo monedas sueltas del monedero, después de ponerme el abrigo.

—Si es que todavía me puede la emoción. —Rio—. ¿Y sabes qué es lo mejor?

Llegué a su lado y salimos de mi despacho.

—Si no me lo dices… Aunque puedo imaginar por dónde vas.

—Que cuando se ha ido esta madrugada de mi piso me ha dicho que esta tarde quiere volver a verme, quiere repetir. Me ha pedido que no haga planes, que me quiere solo para él —gimió de forma exagerada.

—Eso suena muy interesante. Lleváis varios fines de semana igual. —Me agarré de su brazo.

—Ya te digo, va a hacer un mes —soltó un suspiro largo.

—Te estás enamorando de él.

—Creo que sí. —Hizo un puchero y reí.

—¿Crees? —negué— Ya lo estás, y es normal. Tiene mucho interés en ti, te pone como prioridad, te cuida, te empotra… ¿Qué más puedes pedir? —Reímos.

—Joder, y cómo empotra. Si lo tuviera al alcance ahora mismo… —Bufó.

—Vamos a dejar el temita porque faltan muchas horas del viernes para que llegue la hora de salir —sonreí de forma exagerada.

—Yo no puedo, cuento los minutos. Va a venir a recogerme, he venido en transporte público. —Se le iluminaron los ojos.

—Me alegro mucho, Magda.

—Lo sé. Gracias, Evie. —Me dio un beso rápido en la mejilla.

Fuimos a su despacho para que se pusiera el abrigo y recorrimos la sala en la que se concentraban la gran mayoría de las mesas de trabajo de nuestros compañeros. Nos desviamos del ascensor y bajamos por la escalera, yendo directas para salir del edificio.

Había cafetería dentro, pero en los años que llevábamos trabajando juntas casi no la habíamos pisado. Nos gustaba ir a una que estaba calle abajo, a pocos metros de distancia. Era nuestra forma de desconectar del trabajo, de salir del mismo ambiente para no ver a las personas de siempre, y porque los cafés con leche que nos tomábamos no tenían ni punto de comparación.

Andamos por la acera agarradas de los brazos, con los cuerpos pegados porque hacía más viento que cuando llegué.

—Oh, mira qué mono. —Me enseñó la pantalla del móvil.

Sonreí al ver la foto de un amanecer, se la acababa de enviar Mario.

—Pues sí y la imagen es preciosa. A mí me encantaba verlo en directo con David, y el anochecer. Siempre que íbamos a escalar aprovechábamos todos los momentos, salíamos muy temprano.

—Hace tiempo que no vas, ¿verdad?

—Sí. —Me encogí de hombros—. Y por ahora no me lo planteo. —Levanté la mano contraria a la que colgaba de su brazo.

—Vaya mierda, tuvo que dolerte un montón. —Hizo una mueca.

—Bastante. —Reí.

—Bórralo de la cabeza.

—No quiero olvidarlo. —Me miró extrañada—. El miedo que pasé, el dolor que sentí, lo que pensé mientras me precipitaba hacia abajo, con el cuerpo cayendo sin control… No, quiero mantener el recuerdo vivo. Es una enseñanza y algo que no puedo olvidar si quiero continuar practicando deportes de riesgo. Es un seguro para no cometer los mismos errores.

—Cada vez que me hablas de eso me descompongo. —Hizo una mueca.

—No es para menos, y es otro punto importante para tenerlo aquí. —Me toqué la cabeza—. En cuanto recupere la sensibilidad de las manos del todo, iré a practicar.

—No sé cómo te quedan ganas, yo me habría cagado de por vida —puso los ojos en blanco.

—Me encanta y no quiero renunciar a ello. Como tampoco dejar pasar mucho tiempo porque la verdad es que desde lo que me sucedió, se me quedó un nudo dentro. No sé si tendré miedo y necesito enfrentarlo, para eliminarlo. —Me encogí de hombros—. Escríbele a Mario, lo estás deseando —sonreí de medio lado.

Soltó un pequeño grito y reí con ganas. Me solté de ella para dejarle libre el brazo. Llegamos a la cafetería y ocupé una mesa en la terraza cerrada. Pedí los dos cafés con leche mientras Magda hablaba de pie con Mario, a unos pasos alejada de mí. Ella le había escrito y él no había dudado en llamarla.

Era tan bonita la fase que estaba viviendo, se notaba que los dos estaban de la misma forma y me alegraba un montón por ella.

—Gracias —le dije a la camarera que dejó las tazas en la mesa.

Saqué las monedas del bolsillo y le pagué los dos.

✣ ✣ ✣

Estaba entrando por la puerta del bloque de donde vivía, cuando escuché el sonido de una llamada dentro del bolso.

—Hola, Carlitos —dije al descolgar.

Era mi vecino de arriba, me estaba devolviendo la llamada que le había hecho al salir del trabajo.

—Ja, ja, ja… Ese saludo ha sonado raro, por no decir que mal. Cuando utilizas el «Carlitos» me pongo a temblar —sonreí—. Hola, Evie. No he escuchado la llamada. Tenía el móvil en silencio, estaba en una reunión.

—Es que me has girado el día de buena mañana. No te preocupes.

—¿Y eso? —Pareció sorprendido.

—Estaba tomándome el café antes de irme a trabajar, temprano, y de golpe empezó a caer agua de tu balcón. Creo que era agua.

—Joder, lo siento. Ha sido mi madre, se me olvidó decirle a qué hora tiene que regar las plantas —se lamentó.

—Oh, ¿no estás? ¿Has salido de viaje?

—Sí, me fui hace tres días.

—Ya decía yo… Me ha extrañado.

—Ahora hablaré con ella, salí tan a la carrera que ni me acordé de las dichosas plantas. En cuanto vuelva me deshago de todas, total, se me están muriendo. —Reí.

—Creo que cayó algo más que agua, pero no sé el qué porque lo vi de lejos cuando salía por la puerta.

—Ya me dices lo que es para llevarme otra sorpresa.

—Tranquilo —dije abriendo la puerta de mi piso—. Voy a verlo, acabo de entrar.

—De acuerdo.

Solté el bolso en el sofá y caminé hacia la corredera. Retuve una carcajada al ver de lo que se trataba. Salí y me agaché para recoger un bóxer del suelo.

—Tienes una ropa interior muy sexi, Carlos. Si estuvieras aquí pensaría que me has lanzado una indirecta.

—No jodas. —Reímos—. Mi madre no es muy amante de las pinzas cuando tiende, no soporta las marcas que dejan.

—O sea, que hasta que vuelvas puedo encontrarme cualquier cosa, ¿no? Hoy hace bastante viento.

—Pues entonces hazte a la idea. —Volvimos a reír.

—No te preocupes, sabiendo que no estás te lo iré guardando todo —dije divertida.

—Gracias, Evie, y perdona de nuevo.

—No es nada, solo que esta mañana estuve a punto de darme una ducha improvisada e inesperada, y casi me acuerdo de toda tu familia. —Soltó una carcajada—. Ahora lavaré otra vez la ropa del tendedero y se acabó. ¿Cuándo regresas?

—En un par de días.

—Perfecto, que vaya muy bien.

—Gracias, preciosa. Cualquier cosa me dices.

—No voy a molestarte por estas tonterías, si te he llamado antes es porque pensaba que estabas aquí.

—Tú nunca me molestas —sonreí—. Y me alegro de no estar, habría salido calentito antes de que me diera tiempo a decir algo. —Rio.

—Ya te digo que sí. —Me uní a él en las risas.

Hablamos unos minutos más y nos despedimos hasta su regreso. Me guardé el teléfono en un bolsillo del abrigo y me dediqué a recoger toda la ropa del tendedero, e incluí el bóxer de Carlos, para lavarlo todo de nuevo.

Con el montón de ropa entre los brazos, me giré al ver volando algo de refilón.

—Joder, menuda racha llevo —dije viendo…

Leche, era otro bóxer. Al final me hacía con toda la ropa interior de Carlos. Riendo coloqué la pila de ropa en la mesa y fui a cogerlo. Con él entre las manos levanté la cabeza para mirar hacia su balcón. No se escuchaba nada como por la mañana, pero por unos instantes me quedé distraída observando hacia arriba.

Sacudí la cabeza desviando la atención, pero antes de hacerlo del todo, volví a mover los ojos, dirigiéndolos al balcón por encima del de Carlos. Me pareció ver a alguien, como una sombra moverse. Estaba oscureciendo y no lo distinguí bien como para saber si estaba en lo cierto. Lo que me llamó la atención fue que no sabía que el piso al que correspondía ese balcón estaba ocupado, hasta lo que conocía el dueño hacía muchos meses que no aparecía.

Me encogí de hombros, fui hacia el montón de ropa, y añadí un bóxer más para lavar. Con todo entre los brazos, de nuevo, entré en el salón, yendo directa hacia la cocina. Al pequeño lavadero se accedía desde ella. Lo metí todo dentro de la lavadora, lo último fue el bóxer que acababa de aterrizar en mi propiedad. Lo levanté delante de mis ojos y lo observé divertida.

—Tiene buen gusto —dije y reí, antes de meterlo junto a lo demás.

Programé la lavadora para que empezara a funcionar más tarde porque se me ocurrió una cosa. Recogí el bolso del sofá y me dirigí hacia la habitación. No lo había planeado ni siquiera lo había considerado hasta ese momento, pero de repente me dio un impulso y decidí cambiarme de ropa. Me puse la de deporte y metí en la pequeña mochila que siempre utilizaba las pocas cosas que me llevaba al gimnasio.

Había llegado el día de empezar con la rutina que tenía antes de irme de vacaciones, me apeteció y no me lo pensé. Necesitaba volver a sentirme activa.

Desde la conversación con David del día anterior, me sentía mejor. No sé cómo explicarlo, era como si me hubiese quitado de encima una carga que pesaba mucho sobre mis hombros. Injustificada o no, era como me había sentido.

Mi amigo tenía razón y como me conocía tan bien… En fin, que me sentía más animada, por eso quería a empezar a recuperar mi vida del todo. Sentirme así no quitaba que me hubiese desecho del recuerdo de Kilian. No, para nada, eso no sucedería hasta que pasara más tiempo.

Saliendo por la puerta principal me pregunté dónde estaría, si se encontraría bien porque la última vez que lo vi me quedé con una sensación extraña… Pero enseguida aparté todos los pensamientos relacionados con él, para no retroceder en mi avance.

—¿Qué haces aquí? —Apreté la mandíbula.

Me quedé con la mano sujetando la puerta del bloque, entre sorprendida y cabreada. Iván estaba apoyado en la barandilla que separaba el edificio de la acera, con los pies y los brazos cruzados.

¿Cómo tenía la desfachatez de estar ahí plantado, tan cerca? Me calenté al instante. No entendía cómo no podía comprender las cosas y la situación, más claro no había podido ser.

—Hola, preciosa —dijo como si nada.

Ignoró mi expresión, que muy buena no era hacia él, sobra decirlo. Sus labios se levantaron de un lado hacia arriba, mientras se incorporaba despacio. Me puse en tensión y me preparé.

Sí, me preparé, para darle bien fuerte y para dar media vuelta para regresar a mi piso porque se me acababan de quitar las ganas de ir al gimnasio, de golpe.

Una mierda de inicio de semana, eso es lo que estaba teniendo porque el carácter se me había girado y agriado, y estaba segura de que se me pondría peor.

—Por fin te veo. No sé dónde has estado, pero te he echado de menos. —Levanté una ceja, mientras él daba varios pasos hacia mí.

Capítulo 19

Kilian

Con la mirada perdida hacia delante, me llevé el botellín de cerveza a los labios. No observaba ningún punto fijo desde la altura privilegiada que me daba el balcón, mi vista estaba centrada en los edificios iluminados que estaban bastante alejados, pero sin llegar a verlos realmente.

Llevaba un rato aquí parado, me agobiaba estar mucho tiempo encerrado. La sensación cambiaría, pero todavía era muy pronto, después de estar meses disfrutando al aire libre y de los beneficios que me aportaba.

Fruncí ligeramente el ceño cuando me pareció escuchar una voz que reconocí. Sacudí la cabeza para sacarla de mis pensamientos, creyendo que la había recordado al estar pensando. Traerla a mis recuerdos me llevó directamente a Evie, a la propietaria de la voz. Las marcas de mi expresión se profundizaron cuando continué escuchándola y me pregunté si me estaba volviendo loco. Ya era el colmo de los colmos, no solo estaba dentro de mí, sino también fuera.

Pero no, yo estaba muy cuerdo, demasiado. Las risas que escuché a continuación, incluso carcajadas, me pusieron en tensión. Bajé la cabeza hacia abajo, muy lentamente, como a cámara lenta hacia la zona de la que provenían. Entrecerré los ojos al ver a una persona en la terraza del piso de la segunda planta, a una mujer.

Pasé de tener los párpados medio cerrados a abrirlos al máximo. No podía creerme lo que estaba viendo, impensable que pudiese ser real. Pero ahí estaba, incluso con la distancia que nos separaba la pude ver con claridad.

—¿Qué mierda…? —susurré medio ido— Joder, joder…

Aparté los codos de la barandilla de golpe y me puse recto. Con una mano agarré fuerte el pasamanos y con la otra el botellín, de la misma forma. Incrédulo, seguí escuchando la conversación que mantenía con alguien por teléfono, mientras se movía por la terraza. No podía distinguir bien lo que decía por los metros que nos separaban, algunas palabras se me escapaban,

pero no cabía duda, era ella.

Más me sorprendí cuando la vi con… Giré la cabeza hacia mi tendedero, incrédulo porque faltaba uno de los bóxeres que tendí la tarde anterior.

—Me cago… —dije aturdido.

Dirigí la mirada de nuevo hacia abajo. Durante los minutos que estuvo a mi vista no conseguí reaccionar, más que para hacer pequeños movimientos. Hasta que me pareció escuchar cómo se despedía, antes de guardarse el teléfono en el abrigo.

Tragué saliva antes de beberme de golpe lo que quedaba de cerveza, sin salir del asombro, de la coincidencia o de qué mierda sabía a estas alturas. No podía pensar con claridad, mientras continuaba con los ojos puestos en su imagen. En este momento estaba recogiendo la ropa de su tendedero y me quedé como abstraído.

Y no pude reaccionar a tiempo. Una ráfaga de viento sopló fuerte y vi pasar por mi lado otra prenda mía de ropa interior. Maldecí, pero dado el estado en el que me encontraba no me moví lo suficientemente rápido para cazarla al vuelo y evitar lo que sabía que iba a suceder. Sin salir del asombro, seguí con la vista el camino que tomó el bóxer, el que lógicamente cayó porque el viento se paró un poco.

Ahora Evie no solo tenía un bóxer mío, sino dos. Mandaba cojones que… Me parecía tan fuerte e impensable, no podía creérmelo. La tenía ahí, a solo unos metros de distancia, en la situación más desconcertante que había vivido hasta el momento.

Parpadeé varias veces, rápido y esta vez sí, pude reaccionar a tiempo para moverme. Me eché hacia atrás cuando levantó la cabeza, para mirar hacia los balcones, después de recoger del suelo la ropa interior que acababa de aterrizar en su terraza.

No supe si me vio, al menos bien estaba seguro de que no. Pero yo continué observándola al ir hacia la esquina. Protegido para que no me viese, no pude apartar la atención de ella. Estaba… Tragué saliva y apreté de nuevo la mandíbula. ¿Cómo era posible? ¿Cómo narices habíamos acabado en el mismo puñetero edificio? Joder, si hasta hace unos segundos no sabía dónde vivía.

Cuando desapareció de la terraza entré al salón, arrastrando el tendedero a mi paso, para alejarlo lo máximo posible de la barandilla. Dentro del piso, solté el botellín vacío en la mesa baja del sofá y empecé a dar vueltas cerca de la puerta principal. Me pasé las manos por el pelo al sentirme enjaulado, mientras me preguntaba, nervioso, cuál era la mejor forma de proceder.

—¿Llamo a su puerta? ¡Qué cojones! Y le digo hola. —Bufé porque si a mí me había chocado lo que había pasado…

«No puedo acercarme a ella de nuevo, no puedo…», me dije y me repetí. Había cerrado esa

pequeñísima etapa porque necesitaba centrarme en mí, pero… Joder, podíamos coincidir en cualquier momento al vivir en el mismo edificio. Glen, sin saberlo al localizarme este piso, me había hecho el mayor favor de su vida, o quizás iba a ser mi perdición.

Cogí varias bocanadas de aire y mandé mis pensamientos y dudas a la mierda. Reaccioné por impulso cuando me lancé a la puerta y saqué la llave. Sin darme cuenta de cómo había sucedido, bajaba las escaleras a paso ligero, yendo hacia la segunda planta. No me dio tiempo a cuestionarme ni a preguntarme qué narices estaba haciendo, me dejé llevar por lo que quería y deseaba.

A mitad del último tramo, antes de llegar, me frené de golpe al escuchar una puerta cerrarse. Me asomé por el hueco de la escalera y apreté la mandíbula al ver a Evie con una pequeña mochila colgada al hombro. Volví a moverme cuando ella empezó a bajar. Aceleré los pasos hasta que conseguí quedarme muy cerca, mientras bajaba los últimos escalones para dirigirse al portal.

Corrí los metros que me separaban cuando la puerta se cerró detrás de ella, pero patiné al pararme. La imagen que apareció delante de mí, desde la calle, me hizo analizarla a conciencia. Ver cómo Evie se quedaba quieta y su cuerpo se ponía en tensión, fue el detonante para que me centrara única y exclusivamente en la cara y en la apariencia del tío que estaba cerca de ella. Lo miraba fijamente y no tardó en dirigirse a él.

Apoyado en la barandilla que hacía de separación entre el edificio y la acera, él la observaba con una sonrisa que me mosqueó.

Ninguno de los dos me veía, no sabían que estaba al otro lado. El cristal de la puerta del portal no dejaba ver desde el exterior hacia dentro, en cambio a la inversa se veía perfectamente.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Hola, preciosa —habló despreocupado.

Después de una pausa larga en la que sonreía, se apartó despacio de la barandilla y continuó.

—Por fin te veo. No sé dónde has estado, pero te he echado de menos. Tuve que irme por trabajo, por eso no he venido antes.

Fruncí el ceño viendo cómo daba varios pasos hacia ella. No tuve problema en saber lo que estaba sucediendo. No podía verle la cara a Evie, solo la espalda, pero la postura que tomó su cuerpo indicaba…

—¿Qué parte de que no quiero verte más no entiendes, Iván? He sido muy clara, muchas veces —habló Evie, su rabia se reflejó en cada palabra.

—Solo estás molesta por algo. Lo único que tengo que hacer es averiguar por qué, para arreglar las cosas entre nosotros —dijo el tío.

Entrecerré los ojos, con la mandíbula apretada. La situación no me gustaba ni lo más mínimo, pero aguanté para hacerme presente. Primero porque mi presencia sí que iba a dejarla noqueada a ella, como me había sucedido a mí; segundo, porque necesitaba seguir viendo hasta dónde era capaz de llegar ese impresentable, para actuar en consecuencia.

—No tienes remedio. Ni se te ocurra acercarte más. —La voz de Evie sonó fuerte y rotunda.

—Preciosa, tenemos que hablar. Me hizo gracia que no contestaras a mis mensajes, pero no puedes bloquear mi número de teléfono sin más… ¿Pensabas que no iba a estar pendiente para saber si habías regresado? No sé por qué evitas verme.

—Eres gilipollas, Iván. Definitivamente lo tuyo no tiene arreglo —siseó ella—. Yo hablo con quién me da la gana y precisamente contigo no es el caso. Ya puedes dar media vuelta y largarte porque si no lo haces, te aseguro que te vas a arrepentir.

—Mmm… No sabes lo que me excita cuando me hablas así. Me has puesto cachondo.

Escucharlo me revolvió el estómago y provocó que la rabia me recorriera. La carcajada que soltó al terminar de hablar se me atravesó y me alteró más, pero aun así continué controlándome. Bajé la mirada hacia las manos de Evie, había cerrado un puño con fuerza. Lo mantuvo de esa forma, conteniéndose o esperando a tener que utilizarlo, no me quedó claro. Opté por la segunda opción cuando afianzo la postura de su cuerpo.

Me acerqué más a la puerta y rodeé el pomo con la mano, preparado para abrirla de golpe. El golpe visual se lo iba a llevar Evie en cuanto me viese salir del edificio en el que «supuestamente» de nosotros dos, solo vivía ella.

El tal Iván alargó los brazos para poner las manos en los suyos, haciendo caso omiso a sus palabras, mientras movía los labios. No escuché lo que dijo, utilizó un tono muy bajo. Presioné el pomo con fuerza y lo giré un poco, pero no llegué a hacerlo del todo para empujar hacia mí. Me quedé sorprendido cuando Evie lo esquivó sin problema, se movió con una agilidad y una gracia que me dejó anonadado.

Él ni lo vio venir. Se coló por debajo de uno de sus brazos y se puso a su espalda. Un lado de la cara del tío chocó con el cristal de la puerta, a pocos centímetros de mis ojos. Le había dado una patada en la espalda y al no estar preparado, porque no se esperaba su reacción, se estampó.

Se recompuso rápido de la sorpresa. Maldiciendo, se giró y se lanzó en su dirección. Ese fue el momento que elegí para salir, no tenía ni idea de hasta dónde llegaban los conocimientos de Evie en una pelea ni de qué formas sabía defenderse.

Lo agarré del abrigo por detrás, levantándolo y lo tiré hacia el lado. Soltó una exclamación y después un quejido, al caer en mala postura en el suelo. Pero el sonido que había hecho él por el asombro, no se pudo comparar al que soltó Evie, cuando me quedé enfrente de ella.

Sus pestañas se movieron rápido, sus labios se habían quedado abiertos, la fuerza que hasta hacía poco había hecho al apretar los nudillos, aflojó. Se quedó laxa delante de mí, no consiguió reaccionar.

—Como se te ocurra intentar acercarte —le advertí a él sin apartar la mirada de Evie—, te aseguro que te vas a ir muchísimo peor de lo que estás ahora. Empezando por tu cara. —Lo miré de reojo.

Había hecho el intento de levantarse, para aprovechar nuestro despiste. Eso fue lo que él interpretó, pero yo no lo había perdido de vista en ningún momento. No iba a ocurrir hasta que no desapareciera.

—¿Tengo que llamar a la policía? —le pregunté a Evie.

—No. —Le costó pronunciar la negación, pero al final la susurró.

Seguí el movimiento de sus labios para interpretar su respuesta, fue casi imperceptible. Asentí despacio.

—Lárgate. —Mi voz sonó ronca y profunda—. Si vuelves a acercarte lo más mínimo a Evie, la próxima vez no te invitaré a irte. Me encargaré de que te quedes, espero que sepas interpretar lo que significa y que lo recuerdes. A mí no se me va a olvidar tu cara, avisado estás —hablé con la cabeza girada hacia él, con la mandíbula apretada y fulminándolo con la mirada.

Ya se había levantado, por unos segundos me preparé para enfrentarlo al ver que dudaba. No tuve que hacer nada, tomó la mejor decisión. Se alejó los primeros pasos de espaldas y después se giró andando rápido, en tensión y cabreado. Como si me importara… Mantuve la vista en él hasta que desapareció al final de la calle.

La poca gente que pasaba por la acera se había quedado observando lo que sucedía, pero al cabo de unos segundos continuaron su camino.

—¿Kilian? —susurró de nuevo Evie y busqué sus ojos, parecía que ya iba volviendo en sí.

No le dije nada, la agarré de la mano, a la vez que sacaba la llave del bolsillo, y abrí la puerta. Desconcertada y todavía en *shock*, se dejó guiar por mí hasta el interior.

El silencio fue una fuerte barrera que se interpuso entre nosotros, pero no iba a durar mucho tiempo.

Capítulo 20



Evie

Había perdido el control de mi cuerpo por completo, no sé ni cómo pude mover las piernas y arrastrar los pies para entrar en el edificio.

«¿Qué está pasando? ¡No puede ser! ¿Qué hace Kilian aquí?», me repetí, aparte de muchas preguntas más que pasaron volando por mi cabeza en segundos. Verlo de golpe frente a mí, me había dejado sin respiración, aturdida y temblorosa, como si me hubiese dado con algo fuerte y contundente.

No comprendía la situación, todavía no la había procesado. El choque visual inesperado había sido muy grande y con lo nerviosa que estaba por Iván…

Joder, aborrecía a este tipo. Las últimas palabras que me había dicho me dieron tanto asco… Habría vaciado lo poco que tenía en el estómago en sus pies, pero solo tuve tiempo para reaccionar. El evitar que me cogiera por los brazos y el darle la patada en la espalda, con fuerza, había sido una satisfacción. Habría continuado, pero la intervención de… de… de Kilian, me lo había impedido.

No entendí qué sucedió cuando el cuerpo de Iván se elevó y se desplazó hacia un lateral. Sí que vi la puerta del edificio abrirse, pero ni por asomo me paré a pensar que quien salía actuaría de esa forma. Y mucho menos que fuese Kilian el que me lo quitó de encima. Iván no me tocó cuando se abalanzó sobre mí, con la cara enfurecida, no le dio tiempo ni a rozarme por la intervención de Kilian.

Repasando todo lo que había pasado, bajé la mirada a nuestras manos unidas. No me había soltado, iba un paso por delante de mí, rodeando mi mano para que lo siguiera. Se dirigió a la escalera y subí los escalones por inercia, ambos en completo silencio.

Intentando procesar lo que estaba pasando llegamos a la segunda planta. Asombrada vi cómo caminaba hasta la puerta de mi piso. ¿Cómo…?

—¿Qué…? ¿Qué es esto? ¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Cómo tienes la llave de la puerta del edificio? —Conseguí hablar.

—Abre —me pidió con voz suave, mirándome de reojo.

Parpadeé más rápido de lo normal, antes de sacar la llave. Deslicé la mochila hacia delante y me soltó la mano, para que pudiera hacerlo. La saqué del bolsillo interno donde siempre la guardaba y la metí en la cerradura, observando el temblor de mi mano. Por suerte, él no lo vio porque se quedó a mi espalda, aunque debía haberlo sentido.

Empujé la puerta y él terminó de abrirla con la mano. En medio del salón me giré despacio, quedándome frente a él. Solté el aire de golpe, había apoyado la espalda en la madera y me miraba con una intensidad… Tenía la esencia de Kilian delante de mí de nuevo y todavía no comprendía cómo había sucedido.

Se impulsó y caminó despacio. Levanté la cabeza por la diferencia de altura, cuando llegó junto a mí. Agarró el asa de mi mochila y la deslizó, para después colocarla en la mesa del salón.

—Kilian… —susurré.

—Soy yo, estás viendo perfectamente. —Contuve el aire cuando me agarró de los lados de la cremallera del chaquetón, por encima del pecho. No me la había subido hasta arriba—. ¿Cómo estás? —me preguntó serio, mientras me perdía en sus ojos— ¿Quién era ese imbécil?

—Bien —murmuré—, pero… ¿Qué haces aquí Kilian? ¿Cómo sabías dónde vivo, el piso y todo? —Con cada pregunta y duda fui alzando la voz, hasta que me salió normal.

—Sé cómo estás, yo me he quedado igual al verte.

—¿Cuándo y cómo? Has salido de aquí, de este edificio. No lo entiendo.

—La respuesta es un poco sorprendente, créeme, yo todavía no me he hecho a ella. No he tenido mucho tiempo para procesarla. Cuando te lo diga te vas a quedar más sorprendida.

—¿Más? —Agrandé los ojos. Asintió—. ¿Qué haces? —Conseguí separar la mirada de la suya y la bajé, viendo cómo sus manos bajaban la cremallera de mi chaquetón, siguiendo el recorrido hasta que la desenganchó, dejándola abierta.

—No lo sé.

Su voz ronca y su contestación me hicieron levantar la cabeza de golpe.

—¿Has pensado en mí desde que nos separamos, Evie? ¿Me has echado de menos? Aunque sea un poco…

—Sí —murmuré al cabo de un rato.

—¿Esa afirmación es general o solo…?

—Responde a las dos preguntas —lo interrumpí y fruncí los labios, nerviosa.

Volvió a agarrarme del chaquetón y tiró de las dos partes de la cremallera, acercándome a su cuerpo. Contuve la respiración cuando nuestros cuerpos se tocaron. No sabía qué pensar, pero en este instante tampoco estaba para hacerlo.

Tenía a Kilian pegado a mí, con las manos aferradas a mi chaquetón, impidiendo que me separara. Su respiración fue alterándose y me calentó con ella, cuando bajó la cabeza hacia mí. Su mandíbula se tensó y las aletas de su nariz se abrieron y yo, yo solo pude admirar al hombre que tenía a escasos centímetros y a su boca perfecta, la que dejó cerca de la mía.

—Si quieres que me aparte, ahora es el momento de que lo digas —susurró tirando de nuevo del chaquetón—. Dime, Evie. ¿Me alejo o hago por fin lo que llevo deseando hacer desde que te conocí? —Jadeé.

No le respondí, no podía. Me olvidé de cómo se hablaba para demostrarle de otra forma lo mucho que deseaba que este momento no terminara. Levanté los brazos y pasé las manos por su nuca, atrayéndolo más a mí. No me dio tiempo a buscar sus labios, los suyos cayeron sobre mi boca.

Me quedé sin respiración por la fuerza e intensidad con la que me besó. Mi cuerpo se inclinó hacia atrás, con el suyo cubriendo mi pecho, mientras sus manos se metieron por dentro del chaquetón. Me agarró de los lados de la cintura y pegó mi cadera a la suya.

Gemí al notar por encima de su pantalón lo excitado que estaba, la malla que me cubría favoreció a que lo sintiera perfectamente. Apreté las manos en su nuca, acelerando el beso, desesperada porque estaba obteniendo lo que tanto había deseado. Las suya se deslizaron hacia atrás.

Me rodeó con los brazos, para agarrarme de las nalgas. Gemí en su boca cuando me las apretó, haciendo más presión sobre su erección. Nuestros labios se movían con ansias sobre los del otros, nuestras lenguas se buscaban… El beso fue excitante y caliente, tanto que los efectos se notaron al instante.

Sofocados y con las respiraciones alteradas, nos separamos para recuperar el aire. Su lengua recorrió el contorno de mis labios, mientras sus ojos miraban los míos con tanto fuego, con tanta intensidad…

—Ha merecido la pena la espera. —Me agarró de la cabeza por detrás—. Definitivamente ha merecido jodidamente la pena —soltó un pequeño gruñido antes de volverme a besar.

Me agarré de sus hombros con el cuerpo temblando, Kilian al notarlo me levantó de las nalgas. Mis pies dejaron de tocar el suelo, pero casi ni lo noté porque me parecía estar flotando.

Necesitaba tantas respuestas para todas las dudas que tenía, necesitaba mucho más de cómo estábamos en este momento… A la mierda las preguntas, desconecté de todo menos de sus labios abrasadores y de su lengua caliente. Perdí la noción del tiempo en un beso que parecía no tener fin.

Apoyó la frente contra la mía finalizándolo.

—¿Por qué has esperado? ¿Y si no nos hubiésemos visto más? ¿Qué provocó que cambiaras los últimos días en el campin, Kilian? Pensé… Me hiciste pensar que…

—Shhh… Para más tarde. —Me calló rozándome los labios con los suyos—. Primero necesito saber quién es el tío al que te has enfrentado y si tengo que preocuparme porque vuelva a acercarse a ti.

—No sé si volveré a verlo, pero no le ha gustado mucho que le pegara. —Hice una mueca, rodeándole los hombros con los brazos. Aún me mantenía cogida. Apretó la mandíbula.

Continué explicándole de qué lo conocía y cómo habíamos llegado a este punto. Le detallé todas las negativas que le había dado, incluso las veces que me lo había encontrado cerca de la panadería a la que solía ir, en el supermercado o en el gimnasio, como también las veces que lo había visto al salir del trabajo, mientras él hacía ver como que eran coincidencias.

—Es el que me escribió cuando paraste en la explanada, cuando pensabas que tenía mal cuerpo por el mareo, el primer día que nos vimos en el campin —le aclaré—. Ese día lo bloqueé, por eso dije las palabras que escuchaste mientras hablaba con David.

—Con todo lo que acabas de decir… Sabes que no se dará por vencido tan fácilmente, ¿no? Mi amenaza no va a servir de nada, ni lo que ha sucedido hace un rato. Ese tío está empeñado en conseguir lo que quiere, Evie.

—Estaré preparada, tu aparición no me ha dejado terminar con él.

Levantó una ceja, a la vez que sus labios se curvaron hacia un lado.

—Sé defenderme —me justifiqué.

—Algo he visto, sí. Lo que no sé es hasta dónde eres capaz de llegar.

—A lo que haga falta, te lo aseguro. No me va a frenar, ha traspasado los límites y ya no lo aguanto más. Se acabaron las advertencias. Tranquilo, sé hacer más cosas aparte de defenderme —añadí lo último porque su expresión cambió cubriéndose de preocupación—. No quiero hablar

más de él, de nosotros sí y del motivo por el que estoy en tus brazos.

—Antes de nada, quiero saber si te has recuperado del todo del accidente. He visto cómo te mueves y lo que has hecho, pero tampoco ha pasado tanto tiempo.

—Estoy bien —sonreí—. En las piernas solo me quedan las cicatrices rosadas y algunas marcas, las palmas de las manos las noto más sensibles de lo normal, pero es lo que más utilizo. Poco a poco.

—Me alegro. —Me dio un beso rápido en los labios.

—Puedes bajarme cuando quieras.

—Estoy bien así, y no quiero —dijo con las dos cejas levantadas.

—Te vas a cansar.

—Pues cuando suceda te tumbo y ya está. —Me mordí el labio inferior.

—¿Qué significa esto, Kilian?

—¿El qué exactamente?

—Que estés aquí, los besos, que me tengas abrazada y pegada a ti.

—¿Necesitas aclaración? —asentí y negó con la cabeza, con expresión divertida.

La necesitaba porque me parecía tan irreal que todavía no podía pensar con claridad. También quería escucharlo.

—Tienes algo que me pertenece. —Fruncí el ceño sin entender a qué se refería. Una sonrisa apareció en sus labios.

—¿Yo? —asintió despacio— ¿El qué? No me llevé nada del campin.

—Del campin te llevaste más de lo que crees, Evie —dijo serio.

Me perdí en su mirada de nuevo. A tan corta distancia pude ver todos los detalles de sus ojos, con los que me quedé embobada, observándolos.

—¿El qué? —Me atreví a preguntar.

—Algo que no te pertenecía, pero que hiciste tuyo.

Aflojó la fuerza con la que me mantenía pegada a él y toqué el suelo con los pies. No nos separamos, sus manos se movieron acariciándome la cintura, hasta que sus dedos rozaron mi barriga.

—Aclárame eso de que sabes hacer más cosas aparte de defenderte —me pidió.

—Puedo hacerte una demostración ahora mismo y dejarte noqueado. —Levantó una ceja.

—Sí, ¿eh? —Moví la cabeza confirmándoselo—. Me gustará ver cómo lo intentas —susurró sobre mi frente.

Cerré los ojos cuando posó los labios en ella.

—Cuando quieras —susurré y noté cómo sonreía.

—¿Tienes algo que hacer?

—No. Iba al gimnasio, pero se me han quitado las ganas.

Se separó lo suficiente para mirarme a la cara.

—Perfecto, tenemos tiempo para aclarar muchas cosas.

Todavía me sentía flotando, por su actitud y comportamiento. En el poco tiempo que habíamos compartido, en ningún momento me había parecido tan cercano como ahora. Solo tuve un pequeño anticipo la tarde que vino a verme a la habitación del hotel, el día del accidente. Me pregunté si se contuvo a propósito, como me dio a entender mi amigo David.

Pues sí, teníamos muchas cosas de las que hablar y necesitaba empezar cuanto antes para aclararme. Pero no quería separarme de él y perder el contacto. Como si me leyera el pensamiento me agarró de una mano y tiró de mí, para ir al sofá.

Capítulo 21



Kilian

Sentados en el sofá, le agarré las manos y le puse las palmas hacia arriba. Le acaricié con cuidado las marcas que tenía, pensativo. Durante unos minutos me mantuve en silencio, mientras recorría las líneas rosadas con la yema de los dedos.

Lo que había sucedido entre nosotros había conseguido aplacar mi cabreo y malestar, aunque aún quedaba un poco de ellos por el impresentable que se había largado casi corriendo. Estaba convencido de que volvería a plantarse delante de Evie y solo de imaginarlo me consumía la rabia porque podía ser en cualquier momento del día.

Una idea me vino a la cabeza y tuve claro lo que yo iba a hacer al respecto. Pero eso sería en otro momento, no quería enturbiar el que estábamos compartiendo. Levanté la mirada despacio para encontrarme que la de Evie pendiente de mí.

Me quedé con los labios entreabiertos, a punto de hablar. El sonido de una llamada se escuchó débil. Era su móvil, el mío lo había dejado en mi piso porque había salido tan deprisa que ni me había puesto ropa de abrigo. Teniendo en cuenta que pensaba que no iría más allá de la segunda planta…

Se levantó para ir hasta la mochila, de donde lo sacó.

—David —respondió.

Recosté la espalda en el sofá siguiendo con la vista todos sus movimientos. Empezó a andar por el salón, evidentemente nerviosa. Imaginé cómo se pondría su amigo cuando le contara lo que había sucedido. No era para menos y el momento no tardó en llegar.

—Ha pasado algo —le dijo Evie—. Bueno varias cosas, a cada cual más sorprendente.

Se paró cerca de mí, sus ojos buscaron los míos, encontrándolos fijos en ella. Continuó

hablando, ante la pregunta de David. Lo escuché perfectamente, aunque muy débil al no estar el altavoz puesto.

—Me he animado a empezar a ir al gimnasio al llegar del trabajo, pero no me he alejado del edificio. Me he encontrado con Iván en la puerta, ahí se podría haber pasado horas si no me hubiese dado por bajar —soltó un suspiro.

—Qué mierda… —Esa fue la reacción de su amigo, al que escuché con más claridad. Alzó la voz— ¿Dónde estás ahora? Voy a por ti.

—Tranquilo, estoy bien, en casa.

—¿Seguro? ¿Cómo te lo has quitado de encima? ¿Ha entrado en razón? ¿Has sido más clara que tiempo atrás?

—Sabes que más clara no he podido ser siempre, si es corto de mente e imbécil yo no tengo la culpa —dijo molesta.

—Joder, lo sé, pero es que… —gritó o gruñó, no me quedó claro— Cuéntame cómo ha ido.

—Voy a obviar todo lo que me ha dicho porque me da asco, el resultado es que ha ignorado mis palabras y ha intentado acercarse. Lo he esquivado y lo he estampado contra la puerta, de una patada por la espalda.

—Me encanta escuchar eso.

Sonó satisfecho. Normal, yo también lo estaba.

—Poco más he hecho, porque cuando se ha recompuesto se ha lanzado hacia mí, con la cara desencajada, pero no ha llegado a tocarme. Ha desaparecido de delante de mí.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Alguien me ha ayudado. Me lo ha quitado de encima antes siquiera de que me rozara —dijo bajando el tono de voz.

—¿Quién? ¿Lo conoces? ¿Algún vecino?

—Lo conozco… Y tú también. Kilian.

No hubo sorpresa ni absolutamente nada al otro lado de la línea por parte de David, se quedó en completo silencio durante unos largos segundos.

—¿David? —Tuvo que llamarlo Evie.

Hasta se separó el móvil de la oreja para comprobar en la pantalla que la llamada todavía continuaba activa.

—¿Kilian está ahí? ¿Contigo? —La sorpresa en su voz fue evidente.

—Sí y es normal cómo te has quedado. Yo aún no… —Carraspeó mirándome de reojo.

Mis labios se curvaron hacia un lado.

—Joder, ¿qué me he perdido? —le preguntó desconcertado.

—Lo mismo que yo. Hace poco que estamos en mi piso y estaba a punto de saberlo.

Me levanté despacio, moviéndome lento. Caminé hasta ella y le quité el teléfono de la mano. No dijo nada, simplemente me observó.

—¿David?

—Kilian… Hola.

—Hola. ¿Te importa si hablas más tarde con Evie? ¿O mañana? Puedes quedarte tranquilo del todo porque está perfectamente bien, más que eso.

Mis ojos descendieron por todo su cuerpo, como si lo acariciara con ellos. Cuando me encontré de nuevo con su cara, un rubor encantador cubría sus mejillas.

David soltó una carcajada, solo él sabía el motivo, aunque siendo sincero podía hacerme una idea de lo que había pensado porque esa era mi intención al hablar con él.

—De acuerdo, no hay problema. Dile a Evie que en otro momento la llamo.

—Gracias.

—Kilian.

—¿Sí?

—Cuídala, no quisiera tener que partirte la cara la próxima vez que te vea.

En esta ocasión la carcajada salió de mi garganta. Colgué y me agaché para dejar el móvil en la mesa baja de enfrente del sofá.

—Es un buen amigo —dije, a pesar de que lo había comprobado por mí mismo, durante el poco tiempo que estuve con ellos.

—El mejor —susurró y asentí.

Metí las manos por dentro de su chaquetón abierto y lo deslicé por sus hombros. La prenda de ropa cayó por sus brazos. La liberé de él, lanzándolo a una esquina del sofá.

—Mucho mejor así. —Puse una mano en su cuello y se lo acaricié.

—¿Quieres…? ¿Quieres beber algo? —negué.

—Quiero muchas otras cosas, ¿me las ofreces? —Ladeé un poco la cabeza.

—¿De comida? —susurró.

—Según se mire, sí. —Hice una mueca pícara.

El rubor de sus mejillas se intensificó al interpretar mi respuesta.

—¿Vamos a hablar?

—Sí, pero tenemos tiempo, ¿no?

—Hasta el lunes que tenga que ir a trabajar, el que quieras.

—Eso suena muy bien.

La acerqué a mí desde la nuca y me incliné. Se puso en tensión cuando le rocé con la nariz el lado del cuello que tenía libre, todavía no había apartado la mano del otro. Aspiré su aroma, tenía el recuerdo de él desde la primera vez que la tuve cerca y la olí.

Se agarró a mi jersey, enroscándolo con las manos cerradas.

—No quiero que por mi culpa te quedes sin hacer ejercicio —susurré sobre su hombro.

—Ah, ¿no? —habló en tono muy bajo.

—Para nada. —Le retiré la tela de la camiseta de deporte de esa zona.

Le acaricié con los labios la parte de piel visible, antes de besársela. Se movió inquieta, haciendo fuerza en mi jersey.

—¿En qué tipo de actividad estás pensando?

Mis labios se tensaron sobre su hombro, en una sonrisa.

—En una muy placentera, en la que una fina capa de sudor cubra tu piel. —Contuvo la respiración—. En una excitante, llena de adrenalina, sofocante y desesperada. —Mi voz sonó cada vez más ronca por el placer—. Una que te deje jadeante y con la respiración desacompasada al final. ¿Qué te parece la idea?

—Suena… muy bien. —Jadeó cuando mi lengua se deslizó por su hombro y subió hacia su cuello.

—Mucho mejor será practicarlo. —Me separé haciendo presión con la mano en su nuca.

Volvió a jadear al mirarme a los ojos. En ellos vio todo el deseo acumulado y todas las ansias que me provocaba. Vio un fuego abrasador con el que quería consumirla y yo con ella.

Junté nuestras bocas, me apropié de sus labios en un baile marcado y duro, moviendo los míos impacientes por saborearla como lo estaba haciendo. Su gemido quedó amortiguado, mientras, con las manos me pegaba a su cuerpo con la misma necesidad que desprendía yo.

Gruñí cuando mi miembro se tensó y dio una sacudida, oprimido por la ropa.

Definitivamente se me había ido la jodida cabeza, Evie había conseguido que se me fuera del todo.

Ya no podía parar, no, rectifico, no quería parar. Antes creía que podía obligarme a alejarme de ella, pero eso había sido antes de tener un contacto tan directo. Desde el mismo instante en el que había propiciado lo que estaba sucediendo y al ver que ella lo recibía de forma natural y con la misma necesidad que yo sentía… No, ya no había vuelta atrás, ni siquiera la posibilidad de planteármelo.

Separé los labios de los de ella cogiendo varias bocanadas de aire. Apreté la mandíbula cuando sus manos soltaron mi jersey y las deslizó hacia abajo. Sus dedos se quedaron encima del botón del pantalón. Por unos instantes me perdí en su mirada y expresión, era la viva imagen del placer. Tenía las pupilas dilatadas, un brillo diferente en los ojos, los labios entreabiertos más marcados de normal por la fricción de los míos. Se le habían hinchado.

Le solté la nuca y deslicé la mano hacia delante, hasta que mis dedos tocaron lo carnosos y perfectos que eran. Los imaginé sobre mi cuerpo y el pensamiento fue demasiado seductor. Tensé más la mandíbula, a la vez que le bajaba el labio inferior, cuando sus dedos desabrocharon el botón.

Le siguió la cremallera, la deslizó tensa hacia abajo, por encima de mi erección. De mi

garganta salió un sonido ronco lleno de deseo al sentir la punta de sus dedos en el elástico del bóxer. Me incendió recorriendo la zona con la punta de los dedos. Mi miembro se movió como respuesta.

La acerqué a mí, no quedó ni un mínimo espacio entre los dos. El movimiento provocó que sus dedos y su mano se aprisionaran en la zona que me interesaba, la que había estado palpando.

—¿Notas lo caliente que está? —gruñí al sentir cómo deslizaba la mano encajada entre los dos.

—Sí, y duro. —Se mordió el labio inferior.

Dirigí los ojos hacia ese gesto, el que me calentó más por lo que representaba.

—Es por ti, Evie —dije con voz profunda—. Me vuelves loco.

Jadeó cuando tiré de su cabeza hacia atrás.

—Sobra demasiado entre nosotros, ¿no te parece?

—Sí —susurró con los ojos cerrados.

—Continua con…

No pude seguir para pedirle lo que necesitaba. Primero, porque se adelantó a mí y me agarró la erección por encima del bóxer, haciendo presión sobre ella; segundo, porque me quedé sin respiración por el placer que me atravesó.

Gruñí tirando de su cabeza más hacia atrás, cayendo sobre su boca de nuevo. La besé cada vez más desesperado, sintiendo su piel directamente sobre la mía. Deslizó la mano y metió los dedos por dentro del bóxer. Empujé la cadera hacia ella, dejándola encajada dentro al privarla de la facilidad para moverla.

Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza, mientras la besaba con intensidad. Nuestros dientes se rozaron insistentemente, por la profundidad que le di al beso. Jadeantes y sofocados, cogimos aire cuando conseguí separarme de su boca, solo nuestros labios se alejaron porque me negué a que hubiese más distancia entre los dos.

Mantuve su cabeza hacia atrás, aferrando el agarre.

—¿Te gusta? —le pregunté tenso.

—Por ahora sí —respondió jadeante.

—¿Por ahora? —Cerré los ojos unos segundos.

Me acarició el glande húmedo por las gotas de excitación. Entreabrí los labios por el gustazo de sus dedos sobre él.

—Cuando lo vea —apreté la mandíbula por la presión que ejerció—, podré comprobarlo, de diferentes maneras.

Solté un gemido con un gruñido, entremezclándolos los dos. Saboreando la anticipación disfruté de su avance sobre mi erección. Apartó un poco el cuerpo para poder mover la mano mejor.

Cerré los ojos al sentir sus labios cubriéndome la barbilla y me estremecí al notar sus dientes arañándomela suavemente.

Estaba haciendo un trabajo de contención como nunca, controlando las ganas que me consumían, pero necesitaba que ella tomara el control para que se sintiera segura de lo que estaba sucediendo.

Dirigió la mano que no tenía ocupada por debajo de mi jersey y solté el aire despacio, mientras la movía acariciándome la piel.

Busqué sus labios de nuevo, a la vez que llevaba mi mano entre sus piernas. Gimió en mi boca y endurecí el beso, consumiéndola con él. El calor que sentí a través de la malla de deporte hizo palpitar una parte concreta de mi cuerpo, la que continuaba descubriendo ella.

La prenda de ropa no oponía apenas resistencia, tan elástica, tan fina… Se pegó a mí cuando pellizqué suavemente su punto de placer.

Capítulo 22

Evie

Kilian era… Era demasiado, joder.

Esa era la sensación que tenía mientras me derretía con sus besos, caricias, acercamiento y palabras. Mi cuerpo vibraba sofocado, mientras disfrutaba de tocarlo como pensé que nunca sucedería.

Había dejado de pensar en lo increíble que era la situación que estaba viviendo, en lo inesperado y sorprende que había sido encontrarme con él saliendo de mi edificio. Todavía no lo entendía, había muchas cosas que se me escapaban, pero sinceramente hacía rato que todo eso había dejado de tener importancia.

Solo quería sentirlo, notarlo, saborear la experiencia… No tenía ni idea de hacia dónde nos llevaría, lo único que quería era vivir el presente, disfrutar de todo lo que me hacía sentir.

Gemí cuando sus dedos rotaron sobre mi clítoris, por encima de la ropa. Reaccioné presionándole la erección, a la vez que deslizaba la mano arriba y abajo. Gruñó con la frente apoyada en la mía.

Como no le pusiéramos remedio pronto a tener tanta ropa de por medio entre nosotros, me iba a dar algo. Deslizó la mano y separé las piernas, necesitada. Su expresión de aprobación me calentó, al igual que su mano cubriéndome mi zona íntima por completo.

Necesitaba, deseaba… Perdí el hilo de mis pensamientos cuando tiró de mí por donde me tenía agarrada. La fricción y la fuerza de la palma de su mano me hizo jadear y buscar mi propio placer, balanceándome sobre ella.

—¿Desesperada? —Su voz sonó rasgada.

Abrí los ojos de golpe, los había cerrado por la sensación.

—¿A ti qué te parece? —Me mordí el labio inferior.

—¿Estás preparada, Evie? ¿Si meto la mano voy a encontrarme tu sexo mojado y dilatado?

Jadeé y asentí sin poder verbalizar la afirmación.

Lamenté que se apartara, me privó de su contacto cuando dio varios pasos hacia atrás. Mis manos salieron del interior de su bóxer y de su jersey, resbalaron hacia fuera por la distancia.

Se sujetó el jersey, hasta que se lo sacó por la cabeza. Me deleité observando su pecho desnudo, cada detalle de él. Kilian era impresionante vestido, pero sin ropa… Solté el aire lentamente cuando coló los dedos por el elástico del bóxer, mientras se quitaba las deportivas con los pies.

Sin dejar de mirarme bajó despacio la ropa interior, llevándose a la vez el pantalón. Su miembro saltó cuando estuvo libre, duro y erecto, brillante en la punta. Un escalofrío me recorrió cuando se incorporó, después de liberarse de todo, incluyendo los calcetines. Desnudo por completo frente a mí, disfruté de su cuerpo fibroso y musculoso, en la justa medida para ser perfecto.

Era una tentación andante, una tentación que como no tuviese cuidado iba a consumirme. Busqué sus ojos cuando conseguí desviar la atención. Transmitía tanto con una simple mirada, aunque de simple tenía bien poco. Si algo caracterizaba a Kilian era que con los ojos hablaba más que con las palabras, cuando se negaba a utilizarlas o a ser claro.

Se acercó de nuevo a mí y lo seguí con la vista cuando pasó por mi lado. Su mano se apoyó en mi cintura y la deslizó conforme caminaba a mi alrededor.

—Agáchate —susurró con voz ronca en mi oído, desde atrás, inclinado en mi espalda—. En un bolsillo del pantalón tengo lo que vamos a necesitar.

Me agarró de la cadera con ambas manos y lo hice. No pude agacharme del todo, como hubiese hecho en cualquier situación parecida. La fuerza de sus manos mantuvo mi cadera pegada a la suya, mientras uno de sus pies bloqueaba el mío, para que no doblara las rodillas.

Gemí cuando su erección se clavó en mi malla, en la zona perfecta. Se movió presionándola y buscó una mejor posición. Si no hubiese habido ninguna barrera ya estaría dentro de mí. La idea me excitó y desesperó a partes iguales, necesitaba que sucediera.

Una de sus manos me agarró de la coleta medio desecha y tiró ligeramente hacia atrás. Me mordí el labio inferior, las piernas me temblaban.

—Puedes tardar el tiempo que sea necesario, estoy de maravilla así. —Se empujó contra mí y cerré los ojos con fuerza.

Se refería a que en el primer bolsillo en el que metí la mano no había nada. Al estar vacío fui a probar en el otro delantero, pero al mover el pantalón noté peso y fui directamente a uno trasero.

—Solo… Solo está la cartera —gemí.

Me había rodeado con un brazo y sus dedos volvían a pellizcarme el clítoris, mientras su miembro se clavaba en mí por detrás.

—Está ahí —habló tenso, volviendo a tirar de mi coleta.

Hice el intento de incorporarme, pero con una mano en la espalda impidió que lo hiciera.

—¿Aguantas la posición bien? —me preguntó cuando tuve la cartera en una mano.

—Sí —respiré profundo.

—Perfecto.

Apartó despacio la mano de entre mis piernas y la deslizó hacia atrás. Cada caricia provocaba que me recorriera una electricidad deliciosa por todo el cuerpo. Me agarró de las nalgas con ambas manos.

—Ayúdate con la mesa baja, apóyate en ella —me pidió.

Lo hice, sintiendo a mi corazón bombear con fuerza, lo notaba por todos lados. Levanté la cabeza para girarla hacia atrás. No me encontré con su mirada, la tenía puesta en lo que iba a hacer a continuación. Me bajó la malla de un tirón fuerte, llevándose con ella la braga. Un sonido profundo salió de su garganta y contuve la respiración cuando se arrodilló.

Su cabeza quedó a la altura de mis nalgas. Me levantó los pies para deshacerse de las deportivas, a las que le siguieron la ropa y los calcetines. Sin nada que me cubriera la parte baja del cuerpo, me separó los pies. Eché la cadera hacia atrás en tensión, acompañando a sus dedos. Los deslizó por mi sexo, arrastrando la humedad que se había acumulado.

Gemí cuando presionó el clítoris, resbalando encima de él.

—Como pensaba —gruñó.

El pellizco que me dio me hizo dar un respingo. Apreté el agarre de las manos en la mesa baja. Después de unos segundos balanceándose sobre mi punto de placer excitado, recorrió de nuevo mi zona íntima. Volví a echarme hacia atrás cuando sentí la punta de un dedo rozarme la cavidad. Por el movimiento que hice se coló dentro.

Como respuesta dijo algo que no entendí, pero me dio la sensación de que fue para él mismo.

Intenté mirarlo, pero solo vi un poco de su cuerpo, la mayoría estaba tapado por el mío. Bajé la cabeza y entonces me di cuenta, tonta de mí, de que entre mis brazos tenía una visión perfecta: sus piernas arrodilladas, sus muslos tensos y su miembro palpitante.

Gemí con fuerza cuando dejó caer su peso sobre los gemelos y me levantó de la cadera, colando la cabeza entre mis piernas. El primer contacto de su lengua en mi cavidad me volvió loca y más necesitada de lo que estaba. Mi posición no me favorecía, pero a él sí.

Me concentré en no caerme por el temblor de mi agarre, mientras me abría las piernas todo lo que daban de sí. Y creí que mis brazos y piernas cederían cuando la punta de su lengua hizo un recorrido en línea recta, humedeciéndose con mis fluidos, hasta que la balanceó sobre el clítoris. Jadeé y gemí, con los párpados cerrados con fuerza, por todas las sensaciones electrizantes que me traspasaron.

No fui consciente de cuánto tiempo pasó, solo de mi desesperación y respiración desacompasada, unida a los sonidos provocados por su placer y el mío.

—Eres una delicia, Evie —dijo con la voz tomada por el deseo, sin separar sus labios.

No pude decir nada al respecto, ¿qué narices iba a decir? No estaba para nada más que para dejarme llevar porque cada vez notaba más próxima la explosión de sensaciones que se arremolinaban en mi interior. Su lengua juguetona se esmeró en conseguir que me tensara y me corriera con intensidad.

Perdí totalmente la fuerza en las piernas y caí de rodillas sobre la alfombra mullida, jadeante.

—Perfecta. —Me agarró de la cadera y me pegó a su cuerpo que continuaba en la misma postura, igual que yo ahora, de rodillas.

Su erección húmeda se clavó al final de mi espalda. Me giró la cabeza y buscó mis labios. Saboreé mi propio sabor mezclado con el suyo. El beso fue mucho más intenso y brusco que los anteriores, el que volvió a activarme en segundos. Gemí en su boca, notando sus manos subirme la camiseta deportiva.

Cuando nos separamos sonreí con una sonrisa tonta al recibir un beso en la punta de la nariz. Tiró de mi camiseta para sacármela por la cabeza y los brazos. Pensé que se desharía del sujetador igual de rápido, pero en vez de desabrochármelo pasó las manos hacia delante y bajó las copas, dejándolos al aire.

El sonido de su gruñido retumbó en mi oído y mi interior, al cubrirme los pechos con las manos.

—Eres tan apetecible —murmuró acariciándome con los labios el lóbulo de la oreja—. No puedo resistirme a ti.

—No lo hagas. —Jadeé. Tiró de mis pezones erectos.

—No tengo la intención de hacerlo, es impensable.

No lo vi, pero la forma en la que habló me dio a entender que tenía la mandíbula apretada. Por unos instantes me pregunté el motivo del porqué había huido de la atracción que sentíamos y de lo que estábamos haciendo.

Ese pensamiento se volatilizó cuando continuó tensándome los pezones, intercalándolo con amasarme los pechos. Con la espalda apoyada en su pecho y su miembro bien clavado, me deshice de nuevo entre sus manos.

—Dame la cartera —me pidió en tono muy bajo y ronco.

No la había soltado, todavía la tenía en la mano. La levanté y me la quitó. Para ello separó las manos de mis pechos y lo lamenté enormemente.

—¿Siempre vas preparado? —No pude evitar hacer la pregunta.

—¿Te extraña, te sorprende o te molesta? —Su voz se diferenció, señal de que le hacía gracia.

—¿Por qué tendría que ser alguna de las esas cosas? —Me negué a aceptar la realidad delante de él.

—Mentirosa. —Jadeé cuando tiró de mi barbilla hacia atrás—. ¿Aún no te ha quedado claro que cada vez que me mientes lo sé? —Me estremecí por su húmeda lengua recorriéndome el cuello.

—Te gusta demasiado decirme esa palabra —dije con la voz entrecortada.

—Error, me gusta que provoques que te la diga porque quiere decir que tu respuesta es totalmente opuesta a la que me has dado —susurró en mi oído—. Cuando no quieres aceptar algo ante mí, me mientes.

—Eso no es verdad. —Me eché hacia atrás, haciendo más fricción en su erección.

De su garganta salió un gruñido excitante y más lo fue cuando sus manos se agarraron a mis ingles, para mantenerme pegada a él. Noté el envoltorio del preservativo sobre mi piel, ya lo había sacado. Ni me había dado cuenta de que la cartera estaba por algún lado del suelo.

—Por cada mentira que me dices, más verdades sé. Tenlo claro.

Noté mucho calor en las mejillas y maldecí en tono muy bajo. Soltó una carcajada, pero se recompuso rápido. Se movió en la alfombra llevándome con él, sin girarme. Se quedó con la

espalda apoyada en la mesa baja y las piernas extendidas por fuera de las mías.

La caricia de sus dedos en mi espalda me erizó la piel. Giré la cabeza hacia atrás, levantó el envoltorio y lo movió. Lo rasgó con los dientes sin apartar los ojos de los míos. Mierda, cualquier cosa que hacía la convertía en excitante. Tragué saliva por lo que suponía ver el preservativo fuera.

—Sí, siempre llevo uno en la cartera —me respondió a la pregunta de si siempre iba preparado—. Pero no significa que lo tenga para utilizarlo, es más por costumbre. —Levanté una ceja. Sus labios se curvaron hacia arriba, hacia la mejilla derecha—. No tengo problema en admitirlo, es así desde joven. Normalmente me olvido de que lo tengo, pero en esta ocasión lo agradezco.

—Yo también lo agradezco. —Me mordí el labio inferior cuando se tensó al colocárselo.

—Sí, ¿eh? Ya no te parece tan mal.

—Una cosa no quita la otra. —Bufé y sonreí cuando miré hacia delante, cuando no me veía. La carcajada que soltó me sentó genial.

—Ven —me pidió con voz ronca.

Volví a girar la cabeza y me moví hacia atrás, de espalda. Pasé las piernas por fuera de las suyas para tener buen apoyo y me estremecí cuando nuestros sexos tuvieron contacto. Me acarició con la punta, humedeciéndola. Al alargar el momento demasiado, agarré su erección con firmeza y la posicioné donde lo necesitaba.

Dejé caer el cuerpo de golpe. Jadeamos cuando me llenó por completo. Me quedé sentada encima de él, disfrutando de la sensación, la tensión y el calor.

—Joder, Evie… —susurró apretándome la cadera hacia abajo, inmovilizándome, mientras la suya apretaba hacia arriba.

—Síií… —Jadeé meneándome.

—Muévete —me pidió en tensión, besándome la nuca.

Joder, estaba pasando. A pesar de todo, todavía me costaba gestionarlo. A la mierda la gestión y lo demás… Gemí cuando tiró con fuerza de mis pezones, fue todo lo que necesité para empezar a subir y bajar por cada uno de los centímetros de su miembro.

El salón se llenó de sonidos de placer: jadeos, gemidos, gruñidos… La intensidad con la que yo iba a su encuentro aumentó progresivamente, cada vez más desesperada. Arqueé la espalda cuando llevó sus dedos al clítoris. Lo frotó y acarició siguiendo mis movimientos, igualando la

fuerza con la que su erección se perdía en mi interior.

Fue todo demasiado, otro orgasmo intenso me recorrió poniéndome rígida. Me dejé llevar pronunciando su nombre entre gemidos.

No me dio tiempo a recuperarme, me levantó de la cadera, perdimos el contacto y me giró. Contuve la respiración cuando me guio hacia abajo, de cara a él. Volví a sentirme llena, hasta el fondo. Me agarró de la nuca y me acercó para besarme. Fue un beso desesperado, un beso demoledor.

Con las bocas y nuestros sexos unidos, pasó las manos por detrás de mi espalda y desenganchó el cierre del sujetador. Lo lancé a un lado y jadeé cuando me elevó la cadera para lamerme un pezón. La punta de su miembro se quedó al límite de salir, mientras su boca me succionaba el pecho.

Lo agarré con fuerza del pelo y tiré de él, pegándome a su boca. Gruñó apretándome las nalgas. De uno pasó al otro, excitándome y provocándome oleadas de placer. La última pasada de su lengua por la punta dura fue un adelanto. Hizo fuerza hacia abajo en mi cadera y entró de golpe en mi interior. Soltamos un jadeo.

Me moví desesperada sobre él, mientras sus manos me separaban las nalgas para que la fricción fuese máxima. Se entretuvo en jugar con mis pechos y mi clítoris, por lo que no tardé en deshacerme de nuevo entre sus brazos.

Su clímax llegó al cabo de unos minutos, con sus caderas impulsándose hacia arriba, a un ritmo frenético. Se corrió entre gemidos y gruñidos, amortiguando los sonidos en mi boca.

Pues sí, podía considerar que había hecho una buenísima actividad física, el mejor de los ejercicios. Como me anticipó, una fina capa de sudor cubría mi piel, al igual que la suya.

Capítulo 23



Kilian

Con movimientos perezosos acariciaba con los dedos la espalda de Evie. Se había quedado adormilada entre mis brazos, con la cabeza apoyada en mi pecho, cerca del hombro. Estaba sentada de lado, encima de mis piernas. Todavía no nos habíamos vestido y había pasado un buen rato desde que nos habíamos quedado saciados.

Continuábamos en el suelo de su salón, sobre la alfombra. Solo me había movido para cambiar el apoyo de la espalda de la mesa por el del sofá, para estar más cómodo. No tenía ganas de finalizar el momento. Había descubierto por primera vez, porque anteriormente no se había dado, que me encantaba estar de esta forma con ella, acurrucada contra mí.

Su respiración era pausa, estaba relajada.

—¿Se te han dormido las piernas? —me preguntó entre susurros.

—Estoy perfectamente. —Continué con las caricias sobre su piel.

—Yo también —soltó un suspiro y sonreí.

—Mmm… Creo que alguien no está de acuerdo —dije.

Me referí a su estómago, le sonó. No tenía ni idea de qué hora era, pero bastante tarde. La noche había llegado, haciendo un cálculo aproximado imaginé que serían entre las nueve y media y las diez.

—Este mediodía he comido poco y rápido —comentó.

—¿Por qué? —Le retiré el pelo de un hombro.

—Tengo bastante trabajo acumulado. Me incorporé hace poco, he estado nueve días de baja al

no poder utilizar las manos.

—Lo necesitabas y era necesario. —La agarré de la cadera.

—Lo sé. Tampoco es que me agobie en el trabajo, solo que intento aprovechar al máximo el tiempo. Hasta donde llegue.

—¿En qué trabajas?

Sabía que la ronda de preguntas que había contenido no tardaría en llegar, por lo que aproveché para empezarla, en cierta forma, interesándome por su día a día.

Al notar que el vello se le había erizado alargué un brazo para coger la manta que reposaba en el sofá. Nos tapé con ella.

—Soy analista en una multinacional tecnológica especializada en el comercio electrónico, computación en la nube, *streaming* digital e inteligencia artificial. Esto último viene a ser en el contexto de las ciencias de la computación, una disciplina y un conjunto de capacidades cognitivas e intelectuales expresadas por sistemas informáticos o combinaciones algorítmicas para realizar tareas recopilando información.

»Yo, junto a varios compañeros, analizo los datos y los transformo en información útil para la empresa. Identificamos las oportunidades de mejorar las operaciones, los procesos, la gestión y cualquier actividad con la finalidad de hacerla más fácil, rentable y con mejores garantías. De esa forma la empresa puede tomar decisiones basándose en datos reales y seguros.

—Suena interesante, pero me he perdido. —Rio y sonreí.

—Es más simple de lo que parece, pero supongo que es como todo. Yo al dedicarme a ello lo veo fácil. Kilian… —Mi nombre sonó como una advertencia porque es lo que fue.

Contuve las ganas de reír, pero no frené mi mano. Ahora la tenía sobre su muslo, acariciándoselo, mientras la deslizaba hacia arriba.

—No estoy haciendo nada —me justifiqué.

—Ya… Por ahora.

—¿Me vas a decir que no te gusta?

—No. Me encanta, pero estamos hablando.

—Soy multitareas, se me da bien combinar varias cosas a la vez. —Apreté los labios.

Paré el movimiento muy cerca de su ingle, muy, pero que muy cerca.

—¿Te gusta el trabajo? —Retomé la conversación.

—Sí, es entretenido.

—No lo dices muy convencida.

—No sé cómo ha sonado, pero de verdad me gusta —asentí.

—¿No será que te estás poniendo nerviosa? No dejas de mirar la manta a la altura de donde tengo la mano. —Soné divertido.

—Estoy a punto de darte un manotazo. —Rio y sonreí.

—Inténtalo, me quedará otra mano y de esa no podrás escaparte porque se moverá rápido hacia dónde estás deseando —susurré.

—Así no ayudas. —Bufó.

—Pues es lo que pretendo, ayudarte para aplacar tu deseo. —Bajé la vista hacia la suya.

Separó un poco la cabeza de mi pecho, para observarme.

—¿Me vas a explicar qué haces en esta ciudad?, ¿qué hacías en este edificio y cómo sabías que estaba yo en él?

—No lo sabía. Es la verdad. —Levanté una ceja por la mirada que me echó.

—¿Quieres que me crea que ha sido una coincidencia? —asentí.

—Una increíble y sorprendente, pero muy bien recibida. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —susurró mordiéndose el labio inferior.

Le separé las piernas, aunque no tuve que hacer mucho para conseguirlo. Ella misma se movió para dejarme el camino libre. Cerró los ojos unos instantes, cuando rocé su sexo con movimientos lentos. Continué hablando, como si nada.

—Créeme, yo he sido el primer asombrado con la situación. Estoy en esta ciudad porque vivo en ella, exceptuando las temporadas que estoy en el campin.

—¿En serio? —Jadeo, pero no por la impresión de la información, sino por mis dedos sobre

su clítoris.

—Sí —sonreí de medio lado—. Y sobre este edificio… Me trasladé a un piso hace semanas.

—¿Qué me dices? —Se separó más de mi pecho.

Se quedó sentada en mis piernas con la espalda recta, mirándome con los ojos abiertos al máximo.

—¿Por qué te crees que tengo la llave del portal? —Fruncí los labios, conteniéndome para no reír.

—Me estás diciendo que vives aquí, que somos…

—¿Vecinos? Por lo visto sí. —Jadeó por el pellizco que le di—. Ya te he anticipado que te ibas a sorprender como me ha sucedido a mí. —Sacudí la cabeza.

—Pero… —Tragó saliva.

Mis dedos se deslizaron hacia abajo, hasta que tanteé con movimientos perezosos la entrada de su sexo.

—Hasta antes de trasladarme, mi residencia era una casa a las afueras.

—¿La has vendido? —negué y arrugó la nariz— Y si tienes una casa porque ahora estás viviendo aquí.

—Me interesaba alejarme. —Vi la duda en su expresión y las preguntas contenidas.

Por el momento opté por no continuar ampliando esa información. Me la reservé.

—El caso es que… —Introduje un dedo en su interior, provocando que se estremeciera y se agarrara a mi antebrazo, por encima de la manta— Estoy aquí y tienes algo que me pertenece, como ya te he dicho.

—Todavía no sé qué es. —Conseguí despistarla.

Sonreí de medio lado, a la vez que elevaba la cadera para rozarme con su costado. Mi miembro hacía un rato que se había despertado, estaba duro y erecto. En mi defensa diré que estar los dos desnudos, tenerla encima de mí y lo que le estaba haciendo, no favorecía a que estuviese relajado. Y como tenía vida propia…

No se dio cuenta ni de mi movimiento, siguió mirándome extrañada y con curiosidad. Solté

una carcajada porque puso una expresión muy graciosa.

—Tienes dos bóxeres míos. —Moví ambas cejas, varias veces.

—¡No! —Jadeó.

—Sí —le confirmé mientras arrastraba sus fluidos deslizando el dedo de vuelta a su clítoris.

—¿Me…? ¿Me los has lanzado tú?

—¿Qué dices? —Reí.

—¿En qué piso vives? —Se movió inquieta sobre mí, haciendo más fuerza en mi antebrazo con las manos.

—Estoy en la cuarta planta, en el piso que tiene el balcón que da a tu terraza.

—Entonces… —gimió.

—Tenía ropa tendida y no me entretengo en ponerle pinzas. —Me encogí ligeramente de hombros, a la vez que aceleraba el roce en su punto de placer—. Los bóxeres son lo que menos pesaba porque estaban casi secos, y lo más fácil de que se mueva.

—No son de Carlos.

—¿Ese quién es? —Ladeé un poco la cabeza.

Interpreté que se refería a la persona con la que había hablado cuando la localicé en su terraza, más que nada por lo que escuché de ella referente al bóxer. Le puse nombre al que estaba al otro lado de la línea.

—El vecino que nos separa, el del tercero —asentí.

—No me había dado cuenta de que me faltaba uno, hasta que… Estaba apoyado en la barandilla cuando he escuchado tu voz. Al principio he pensado que estaba loco, que era un recuerdo, pero al no dejar de escucharla y hacerse más fuerte, solo he tenido que bajar la mirada hacia tu terraza.

»Cuando te he visto no podía creérmelo, me ha costado reaccionar. Tanto, que otro bóxer, al haberse movido y no estar bien colocado en el tendedero, se ha precipitado a volar por una ráfaga de viento. Desde la madrugada hace bastante.

—Qué fuerte.

—Pues sí.

—Los estoy lavando. La lavadora ya debe estar a punto de terminar. —Se mordió el labio inferior.

Le apresé el punto excitado y lo masajeé con varios dedos. Volvió a estremecerse con la boca entreabierta.

—He cambiado de opinión. —La agarré de la nuca con la otra mano, acercándole la cabeza a la mía.

—¿Sobre qué?

—Quiero que los tengas tú —susurré sobre sus labios—. En ocasiones como esta me servirán más aquí que en mi piso.

—En ocasiones como esta… —repitió.

Tensé los labios sobre los suyos, en una sonrisa.

—Eso he dicho.

La besé, o más bien me apropié de su boca por completo. Mis dedos no dejaron de excitarla y de ponerla a punto, mientras mis labios se movían sobre los suyos con fuerza y necesidad.

—Córrete para mí —murmuré con la voz tomada por el deseo.

—Síií… —gimió abriendo más las piernas, afianzando la posición de los pies.

Eché su espalda hacia atrás, manteniéndola sujeta con el brazo y aceleré con energía los roces y caricias en su sexo. Su expresión fue de deleite, mientras se retorcía encima de mí. Apreté la mandíbula notando las palpitaciones de mi miembro. Al cabo de unos segundos se dejó ir, su cuerpo se tensó y quedó desmadejado entre mis brazos.

La moví acercándola a mi pecho, colocándola en la posición que había estado al inicio. Apoyó la mejilla y me rodeó con los brazos. En silencio y con su respiración calentándome la piel, dejamos pasar el tiempo.

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —hablé en tono muy bajo, después de un rato.

—Mucho, es… Joder.

—Lo primero que he hecho al recomponerme de la impresión de verte, ha sido salir rápido del

piso para bajar hasta el tuyo. Necesitaba verte, tenerte delante de nuevo… Pero ha coincidido que salías y te he seguido bajando la escalera. Mi intención era pararte, pero bueno, después ha sucedido lo de ese imbécil y aquí estamos.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? Me refiero… No sé si tienes que regresar al campin.

—Por ahora no, para mí la temporada ha terminado. Llevo meses allí.

Cogí una bocanada de aire, para soltarlo después de golpe al sentir su mano acariciándome la barriga en sentido descendente. Se quedó inmóvil y sabía lo que vendría a continuación. Se demoró bastante.

—Evie, Evie… ¿Estás tentándome para que te deshagas de nuevo? —susurré sobre su cabeza.

Una risilla acompañó a las caricias de su mano. Había bajado demasiado, mi miembro se sacudía ante la anticipación, notando el calor de la proximidad.

—Solo quiero terminar de confirmarte lo mucho que me gusta, como me has preguntado —se refirió a mi dureza, cuando le había preguntado si le gustaba al estar agarrándomela por dentro de la ropa, al principio—. Por el momento el «por ahora sí» que te he dicho ha subido muchísimos puntos, pero me falta comprobar alguna de esas formas diferentes que he comentado, para saber si se lleva matrícula de honor —se separó—. Lo necesitas.

Solté un pequeño jadeo cuando me rozó el miembro con un movimiento que hizo parecer como si no fuese intencionado. En tensión y como hipnotizado, no pude apartar los ojos de la punta de su lengua. Se lamió los labios despacio, humedeciéndoselos varias veces, provocando que de mi garganta saliera un sonido ronco de placer.

—¿Lo deseas? —Apreté la mandíbula.

—Sí, mucho. —Se presionó con los dientes el carnoso labio inferior.

—Todo tuyo. —Retiré despacio la manta de nuestros cuerpos.

No podía perderme ningún detalle, no quería obstáculos entre los dos. Un escalofrío la recorrió, por el cambio de la temperatura o por la anticipación. Imaginé que, por ambas cosas, por lo que desprendía su mirada fija en la mía.

Tragué saliva cuando se movió. Se colocó de rodillas enfrente y me deleité observando sus pechos firmes y sus pezones duros. Exactamente como me tenía a mí. Mis músculos se marcaron cuando me rodeé la erección e hice presión en ella.

Bajó la vista. Colocó las manos en mis muslos para que abriera las piernas y lo hice encantado, dejándole espacio entre ellas. Se acercó arrastrando las rodillas y se inclinó hacia

delante. Aparté mi mano porque la sustituyó con la suya. Le sujeté el pelo, agarrándoselo con firmeza. Le quedaban pocos mechones de pelo en la coleta con la que habíamos empezado y formé con la mano una, para tener libre acceso visual.

—Mierda… —Jadeé con la primera pasada de su lengua en la punta, sobre mi esencia.

El placer me recorrió de la cabeza a los pies. Ese fue el inicio de ver su boca llena y sus mejillas tensas por mí. Dejé que se moviera como le apeteció, hasta que no pude controlar el deseo y marqué su ritmo con la mano con la que la agarraba del pelo.

Mi cadera se elevó yendo al encuentro de sus labios, mientras los sonidos del acto nos rodeaban e intensificaban las sensaciones. Sus jadeos y gemidos quedaban amortiguados por mi miembro, entrando y saliendo sin descanso. Noté la tensión y la vibración por todo mi cuerpo, fue una anticipación de lo que sucedería en cualquier momento.

Un orgasmo intenso me atravesó, justo en el instante en el que la aparté de golpe, para vaciarme sobre la barriga. Viendo cómo se relamía, degustándome, la agarré de la nuca.

Le puse fin al placer con un beso, o no, porque fue apasionado, intenso, con nuestras lenguas y labios entrelazándose con fuerza y necesidad, como si nunca tuviésemos bastante del otro.

Capítulo 24



Cuatro días más tarde…

Evie

—Ya puedes empezar a hablar. —Me señaló Maya.

La miré con diversión, frunciendo los labios.

—No creo que tengas problema en saber lo que ha sucedido el fin de semana en el que nos hemos quedado sin amiga —comentó David, para después soltar una carcajada.

Así fue, desde que el viernes me reencontré con Kilian habíamos pasado un fin de semana muy movidito, tanto en su piso como en el mío, solo salimos de ellos para ir hacia la escalera. El domingo por la noche tenía acumuladas decenas de llamadas de Maya y muchos mensajes de texto. No me preocupé en contestarle a nada porque David me envió un mensaje la noche del viernes. Me avisó de que la había puesto al corriente de que yo estaba con Kilian, de ahí su insistencia.

No dudaba de que había pasado un fin de semana histérica por la noticia sorprendente, pero al no separarme de Kilian no vi el momento de hablar con ella. Sabía que iba para largo.

Ahora, en este instante, sí. Eran las seis y media de la tarde y estábamos en la terraza de una cafetería. Habíamos quedado por insistencia de Maya, no había dejado de enviarme mensajes durante la jornada laboral, lo que me había hecho reír cada vez que los recibía. Si fuese por David habría esperado a otro momento.

A Maya le había venido genial tener el lunes de fiesta porque si no, no habría sido posible. Salía muy tarde de trabajar.

—Pues no, listo. No tengo problema en intuir lo que ha podido pasar entre ellos con la tensión sexual que desprendían en el campin, pero quiero saber todos los detalles. —Levantó las manos

en el aire, moviéndolas como si fuese lo más normal y obvio—. Casi me da algo cuando me dijiste que estaban juntos —le dijo lloriqueando.

Provocó que David riera con más ganas y yo lo acompañara en las risas.

—Tendría que haberme callado, si es que no aprendo —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Una leche. —Le sacó la lengua y después bufó—. Solo sé que Kilian ha estado con Evie, ¿cómo pretendéis que me calme si no sé nada más? —Puso morros. La miramos divertidos.

Es lo único que le había dicho él, no entró en detalles del momento en el que nos vimos ni cómo se dio, con la presencia de Iván de por medio.

—Me parece muy bien que os divierta tanto, pero joder, di algo ya. —Se dirigió a mí.

—El viernes por la tarde, cuando llegué a casa del trabajo, me animé a empezar a ir al gimnasio —asintió seria, pidiéndome con un gesto que continuara. Apreté los labios para no reírme de nuevo—. Me encontré a Iván en la calle, apoyado en la barandilla del edificio. —Jadeó.

—¿Qué me dices? —Buscó la mirada de David.

Él asintió serio con la mandíbula marcada, antes de llevarse la taza de café a los labios.

—Me cago… ¡Será impresentable! —dijo cabreada— ¿Qué te dijo? ¿Cómo actuó?

—Dijo muchas cosas que no voy a repetir. —Acaricié el borde de mi taza—. Me da asco solo recordarlo.

—Cariño. —Me agarró la mano por encima de la mesa—. Lo siento mucho. —Hizo una mueca de pesar.

No se perdonaba el que lo conociéramos por uno de sus compañeros de trabajo, el que era amigo de Iván.

—Cambia la cara y no vuelvas a pedirme perdón por algo de lo que no tienes culpa. —Le apreté la mano. Soltó un suspiro.

—A mala hora le propuse a Rodrigo de quedar con sus amigos —negó con gesto enfadado. Se refirió a su compañero de trabajo.

—Lo hiciste con la mejor intención, Maya —comentó David, recordándoselo porque así había sido—. Tu compañero es buen tío, tampoco tiene la culpa de tener como amigo al otro. Me pregunto si sabe realmente cómo es, todo lo que ha hecho ha sido cuando Evie estaba sola o

apartada del grupo, las pocas veces que quedamos —dijo pensativo.

—Ya, pero me jode por lo que tiene que pasar Evie con Iván, me siento responsable. —Bufó —. No creo que Rodrigo conozca esa faceta de su «amiguito». Mañana hablaré con él, he tenido ganas de hacerlo antes, pero me he contenido. Ya no, esto es demasiado —David asintió conforme.

—No sé si se ha terminado, al menos el viernes no salió muy bien parado. —Me encogí de hombros—. Igualmente sigo preparada.

—Cuéntamelo —me pidió nerviosa.

Lo hice, le detallé la mini pelea que tuve con Iván, con patada incluida en su espalda, hasta llegar al momento de la aparición de Kilian. Soltó un jadeo fuerte llevándose las manos al pecho.

—¡No!

—Sí —sonreí.

—¿Salió de tu edificio y te lo quitó de encima? —preguntó con los ojos abiertos al máximo. Ante mi asentimiento, confirmándoselo, empezó a abanicarse, a pesar de que calor no hacía precisamente en la terraza de la cafetería—. Ay que me da. ¿Me ha dado ya? ¿Se me han vuelto los ojos? ¿Me veis bien? ¿Tengo color? —habló de carrerilla.

David y yo soltamos una fuerte carcajada y así continuamos durante un buen rato, riendo.

—El caso es que Kilian espantó a Iván y se fue casi corriendo. Te puedes imaginar el choque visual que me llevé al tener al primero delante, a pocos centímetros. No podía creerme que estaba viendo a Kilian.

A partir de ahí le hice un resumen de las partes que podía contarles, a David también porque él sabía lo justo por la conversación breve que tuvimos por teléfono en la que también habló con Kilian, al poco de suceder.

—¡Qué fuerteee…! —Se llevó las manos a las mejillas—. Vamos que os terminasteis de calentar.

—No voy a entrar en detalles, así que ni lo intentes —le advertí antes de beber un sorbo de café.

Hice una mueca, se había quedado frío muy rápido.

—Coño, ¡qué sois vecinos! ¿Cómo puede ser? Es que me pinchan y no sangro.

—¿Lo comprobamos? —Le picó David.

—Acércate y te enteras. —Lo señaló. Terminamos los tres riendo.

—El viernes me lo aclaró todo, menos el motivo de su actitud los últimos días en el campin —hablé soltando un suspiro.

—¿No le preguntaste? Bah, ni respondas. Normal que se te fuera la cabeza con él.

—Al principio sí, varias veces, pero después… Estuvimos muy ocupados en otras cosas y, a pesar de que hemos hablado durante el fin de semana, él no ha sacado el tema y yo no he querido insistir. —Me encogí de hombros.

—Aún no lo he asimilado. —Hizo un puchero con el que nos hizo sonreír—. Es increíble. —Sacudió la cabeza.

—¿Cómo estás después de todo? —me preguntó David, apoyando los brazos en la mesa.

—¿Sinceramente? —asintieron los dos— Como en una nube, todavía no he conseguido bajarme desde que lo vi. —Reí, haciéndolos sonreír.

—Entonces, no tengo que preocuparme por partirle la cara a Kilian, ¿no? —comentó, a pesar de que en cuanto nos habíamos visto supo la respuesta.

Mi cara reflejaba cómo había ido nuestro reencuentro, lo bien que me había sentado y la felicidad que irradiaba.

—Para nada —sonreí de oreja a oreja.

—Es bueno saberlo —dijo serio. Se crujió los huesos de los nudillos, para después reír.

—¿Y de ahora y en adelante qué? —Se interesó Maya.

—No lo sé —dije pensativa, centrando la vista en el café—. No hemos hablado de eso tampoco. Me dijo que no tenía que regresar al campin en una temporada, así que… Pues continuaremos siendo vecinos, imagino. —Me encogí de hombros.

—Me encanta cuando los vecinos se vuelven polvos desesperados y ardientes. —Se frotó las manos, con una sonrisa pícara—. Joder, qué excitante. —Jadeó.

—Desde que se fue anoche de mi piso no lo he visto.

Bebí otro sorbo de café, después deslicé la taza apartándola. No me gustaba frío.

—Normal, no has regresado desde que te has ido temprano a trabajar —dijo David, con una ceja levantada.

Giré la cabeza hacia él, en silencio. Un silencio que se prolongó porque ninguno dijo nada.

—Tengo una sensación rara —les confesé.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber Maya, extrañada.

—Ni idea. —Hice una mueca—. Solo es una sensación de la que no he conseguido librarme durante todo el fin de semana.

—Deja de darle tantas vueltas a todo —me pidió mi amigo, lo miramos las dos—. Aprovecha y disfruta de lo que ha sucedido. Ninguno de nosotros podíamos imaginar cómo se ha dado todo, ni siquiera Kilian. Él fue el primer sorprendido. Solo tienes que dejarte llevar porque lo que tenga que suceder lo hará sin que puedas evitarlo. No estoy diciendo de que vaya a pasar algo por tu sensación, pero sabéis que las cosas no se pueden controlar hasta ese punto. —Pasó la mirada de una a otra. Asentimos.

Cómo no, tenía razón. David fue la voz de la razón nuevamente. Me aferré a sus palabras para minimizar lo que se había asentado en mí.

—He estado mucho mejor. —Levanté las manos, cambiando de tema.

—¿Ha mejorado la sensibilidad? —Se interesó él.

—Sí. —Le dediqué una gran sonrisa—. Todavía noto algunos hormigueos, pero cada vez son menos.

—Eso es muy bueno. —Me devolvió el gesto sonriente.

—Quiero ir a escalar —le propuse y frunció el ceño.

—Es demasiado pronto —negó despacio, apoyando la espalda en la silla.

—No quiero dejar pasar el tiempo, tengo la necesidad de aventurarme a hacerlo. No voy a negar la punzada de miedo que es constante cuando pienso en ello, por eso necesito frenarla cuanto antes, David. No quiero privarme de practicar deportes que me apasionan porque si lo dejo estar, irá a más el temor. Lo sabes.

—Podemos esperar un poco más.

—No hay necesidad, te lo aseguro.

Por unos instantes me observó serio, hasta que cogió una bocanada de aire.

—De acuerdo, pero empezamos por una pared fácil.

—Vale —dije feliz, haciéndolo sonreír.

—Este fin de semana no podré acompañaros para daros ánimos —dijo Maya, dirigimos la atención a ella—. Trabajo —nos aclaró arrugando la nariz.

Tenía algunos fines de semana al mes de fiesta, pero no seguía un cuadrante, lo sabía a los inicios de la semana.

—Para la próxima —le dije.

—Tened cuidado —se refirió a los dos, pero centrada solo en mí.

El susto que se llevó fue muy grande, mientras veía mi accidente en directo, sujetada a sus cuerdas con fuerza, llorando nerviosa.

—Si me pasa algo será otra cosa diferente, te lo aseguro. —Le hice un guiño.

—¿Con eso pretendes tranquilizarme? —Soltó un jadeo con los ojos abiertos al máximo.

—¿No lo he hecho? —Apreté los labios, divertida.

—Una mierda. —Bufó y entonces David y yo reímos, mientras ella se quejaba.

—Lo tendremos controlado como siempre, ¿a qué sí? —Giré la cabeza hacia mi amigo.

—Por supuesto. —Me hizo un guiño.

Me complació en lo que necesitaba, sabía que por él habría esperado mínimo un mes para aventurarnos a escalar alguna pared de roca. No es lo que quería y necesitaba, como le había explicado. Solo por eso motivo, sabiéndolo y entendiéndolo perfectamente, aceptó sin poner mucha oposición.

Era consciente de que una vez tomada la decisión iba a ir con o sin él, así que no iba a arriesgarse en dejarme sola.

Ellos se terminaron los cafés mientras yo los observaba. Maya nos invitó y nos fuimos de la cafetería, dando un paseo por la calle. Nos despedimos de Maya junto a su coche, y después le dije adiós a David al lado del suyo.

—Que termine bien el día y mañana empiece con fuerza. —Me hizo un guiño, antes de abrazarme—. ¿Quieres que te acompañe al coche?

—No, lo tengo en la esquina. —Señalé con la cabeza hacia el final de la calle.

—De acuerdo, vamos hablando. Si no descuelgas mis llamadas sabré en lo que estás ocupada. —Soltó una carcajada al darle un golpe en el brazo—. Escúchame. —Se puso serio.

—¿Qué? —Ladeé un poco la cabeza.

Pensé que iba a decirme algo de Kilian, pero no.

—No bajes la guardia con el gilipollas ese, ¿me oyes? —me advirtió sobre Iván— Tuvo que fastidiarle mucho lo que pasó y cómo se fue, a la fuerza.

—Ya, no te preocupes. Ya he dicho que sigo preparada. Con el ego que tiene y su forma de ser, apuesto a que no ha terminado.

—Ten cuidado, ¿vale? —me pidió y asentí.

Lo abracé de nuevo y le di un beso en la mejilla. Me correspondió a todo y nos despedimos definitivamente por ese día. Continué mi camino hasta el coche, con ganas de llegar a casa.

No tenía ni idea de si vería a Kilian. Cuando se fue de mi piso la noche anterior no hablamos sobre ello. Tenía muchas ganas, pero no creía que llamase a su puerta. Tontería o no, me daba cosa, por si estaba ocupado y yo me convertía en una molestia.

En fin… Solté un suspiro en el interior del coche y puse rumbo al parquin de mi edificio.

Capítulo 25



Kilian

Coloqué el abrigo en el respaldo de una silla del salón y entré en la cocina. Encendí la cafetera, saqué una taza y me preparé un café corto, para bebérmelo antes de salir de casa.

Empecé a tomármelo apoyado en la encimera. Miré la hora en el reloj de pulsera, faltaban pocos minutos para llegar a tiempo a lo que quería hacer. Apuré el café y fui al salón. Me puse el abrigo y me dirigí hacia la puerta.

En el rellano, mientras giraba la llave en la cerradura, miré hacia los lados, hacia las dos puertas de los vecinos de mi planta. Todavía no había coincidido con nadie, no sabía si los pisos estaban desocupados. Bajé por la escalera directo a la segunda planta, mientras me aseguraba de que llevaba el móvil y la cartera.

Quería ver a Evie antes de que se fuera a trabajar, lo que no tardaría en suceder. Era martes, ayer lunes no llegué a tiempo como para pasarme por su piso, era bastante tarde. Quedé con Glen y fuimos a cenar, lo que se alargó.

Después del fin de semana que habíamos pasado, desde el viernes por la tarde, me sentí raro al no coincidir con ella. Estaba bajando el último tramo de la escalera cuando escuché su cerradura. Aceleré el paso y aparecí al otro lado justo cuando la puerta se abrió.

—Kilian… —dijo al encontrarse conmigo de golpe.

—Hola. —Apoyé el hombro en el marco de la puerta—. Justo a tiempo.

—No esperaba verte, es muy pronto.

—Tampoco es tan temprano.

—Son las siete y media. —Ladeó un poco la cabeza.

—Pues eso, lo que he dicho. —Le hice un guiño—. Voy a aprovechar bien la mañana.

Me aparté para que cerrara.

—Te acompaño hasta el coche —le propuse cuando se quedó de cara a mí.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo.

La duda en su expresión fue evidente y al ver su indecisión porque se quedó sin saber cómo actuar, la agarré de un brazo y la acerqué a mí. Me hacía gracia que después de los días que habíamos pasado y lo que habíamos hecho en ellos, ahora se mostrara tímida e insegura. Aunque en ello tenía mucho peso el no haberme visto el día anterior. A saber, lo que había pasado por su cabeza.

—Buenos días —susurré inclinado sobre ella.

—Buenos días —me sonrió con un pequeño rubor en las mejillas.

—Quiero mi beso para hacerlo más bueno y perfecto. —La agarré de la nuca y moví los dedos en esa zona, acariciándosela.

No le di la oportunidad de hablar, lamí sus labios despacio, antes de besárselos como necesitaba desde ayer.

—Ahora sí son buenos días. —Le acaricié el inferior con un dedo, cuando nos separamos.

—Empieza muy bien. —La curva de sus labios fue más marcada en esta ocasión.

—Vamos. —La agarré de una mano y tiré de ella hacia la escalera—. ¿Cuánto tardas en llegar y a qué hora entras?

—En coche, con tráfico normal, unos quince minutos. Mi horario es de ocho a una, con una pausa de una hora para comer, y después de dos a seis, por la tarde. A mediodía, normalmente, almuerzo con una compañera por la zona, no me muevo de allí durante todo el día —me explicó y asentí.

—¿El horario no varía algún día de la semana?

—En principio no, aunque bastantes viernes me despido al mediodía hasta la semana siguiente. Es según cómo me vaya entre semana, porque a veces no salgo a la hora, o no paro al mediodía y las acumulo.

—¿No comes? —Giré la cabeza hacia ella.

—Esos días algo rápido sin moverme de la mesa de trabajo —me sonrió.

—Ayer salí y llegué tarde por la noche —dije abriendo la puerta que daba al parquin—. Quedé con un amigo, Glen —añadí.

—No fui a tu piso a comprobar si estabas, me dio reparo.

Paré los pies en medio de las plazas de estacionamiento y tiré de su mano, haciendo que se girara hacia mí.

—¿Por qué? —pregunté a sabiendas del motivo.

—Eh, no sé.

—Evie, la próxima vez… —Dio el paso que nos separaba, quedándome muy cerca— No tienes ni que pensarlo, ¿de acuerdo? Quiero que llames a mi puerta tantas veces como te apetezca. Yo lo voy a hacer en la tuya. —Levanté una ceja—. Ayer no habrías tenido respuesta, pero, aun así, no dejes de intentarlo. ¿Te ha quedado claro?

—Sí. Vale.

—Nunca me vas a molestar, ni vas a ser una interrupción. —Le eché el pelo de un hombro hacia atrás—. Y si se diera el último caso, te diría que estoy ocupado y que en cuanto pueda voy a verte. Así de simple. No lo compliques pensando demasiado en lo que no es —asintió.

Le rodeé la cintura con un brazo y busqué sus labios. Mi boca se movió sobre la suya lentamente, saboreándola. Fue demasiado breve, pero tenía que bastar hasta la tarde. No quería que fuese corriendo al trabajo.

—Lo he dicho muy en serio —insistí.

—Me ha quedado claro —sonrió y asentí.

Nos despedimos junto a su coche y yo me dirigí al mío. Montado en él vi como salía de su plaza y del garaje. Yo también me puse en movimiento y tomé la dirección a la que quería ir. Me separaban de ella unos veinte minutos, aproximadamente.

El tráfico era bastante fluido y llegué antes de tiempo. Estacioné a unos metros, me bajé del coche, me apoyé en él, en el lateral de la acera y saqué el móvil para enviarle un mensaje a la persona que esperaba ver.

Kilian: *Hola, preciosa. ¿Has llegado ya al trabajo? Estoy a unos metros junto a mi coche, en*

la misma acera del edificio. Te invito a desayunar antes de entrar. ¿Qué te parece?

Le di a enviar y observé la calle a ambos lados. Era una zona en la que se agrupaban muchas empresas, así que había bastante movimiento de personas. Algunos estaban llegando a trabajar, mientras que otros ya estaban saliendo para disfrutar de la primera pausa del día. El sonido de un mensaje me hizo bajar la vista.

Salma: *¡Ay! Me encanta que me sorprendas de esta manera, lo echaba de menos* —sonreí—. *En unos cinco minutos estoy ahí. Te busco.*

—¿Kilian? —Levanté la mirada de golpe.

—Hola, papá —lo saludé desde la distancia de los pocos metros que nos separaban, no me moví.

Estaba parado en medio de la acera, visiblemente sorprendido al verme. No lo esperaba, ya que no me había puesto en contacto con él desde que llegué a la ciudad, ni siquiera sabía cuándo regresaba. Para mí también fue una aparición inesperada porque daba por hecho que no llegaría tan temprano. Normalmente hasta las once no se presentaba en la empresa y maldije interiormente porque, sinceramente, no me apetecía verlo, en absoluto. Había estado convencido de que así sería, de que no coincidiríamos por lo que acabo de mencionar.

—¿Cuándo has vuelto? —me preguntó dando un paso hacia mí.

Tan recto, tan serio, tan cortante como siempre.

—Hace poco —fue mi respuesta tajante, correspondiendo a su actitud.

—¿Y esta vez cuánto tardarás en irte?

Sus labios se curvaron, pero no le deis a su sonrisa un buen significado. Fue irónica, lo que me tocó los cojones.

—El tiempo que me apetezca y crea conveniente. —Mi expresión fue neutra, no pudo descifrar nada.

—¿Vas a entrar o te vas a quedar todo el día aquí, perdiendo el tiempo? Se te da muy bien hacer eso.

Esta vez fui yo el que curvé los labios hacia un lado. Sabía lo que le jodía que lo hiciera de la forma en la que lo hice, por lo que me esmeré.

—Se me dan bien muchas cosas, aunque no sepas verlas ni reconocerlas, pero como no me importa ni lo más mínimo tu opinión, ni lo que pienses, no voy a molestarme en detallártelas. No

voy a entrar porque eso sería darte un gusto que voy a evitar a toda costa. Estoy esperando a Salma, está a punto de llegar. —Me crucé de brazos, observando su mandíbula tensa y su ceja moverse.

Era un tic que le aparecía cada vez que la situación lo superaba, cuando no podía contralarla como él quería y estaba cabreado. «Un punto para mí, digiérelo. Tienes todo el día para hacerlo», pensé.

—Hola. —Me giré hacia Salma.

Por lo sofocada que llegaba, seguro que tuvo que casi correr para llegar hasta nosotros al darse cuenta de con quién estaba.

—Hola, preciosa —le sonreí separándome del coche.

—Nos vemos a media mañana. —Se dirigió a ella mi padre, sin saludo ni mierda.

Pasó por su lado tan altivo como era, sin despedirse siquiera.

—¿Hoy se ha caído de la cama o es que ha variado su rutina? —le pregunté observando la espalda de mi padre, mientras la distancia entre nosotros cada vez era más grande.

—No tenía ni la más mínima idea de que hoy iba a llegar tan temprano, si lo hubiera sabido, te habría avisado en el mensaje —dijo haciendo una mueca.

—Tranquila. —Bajé la mirada hacia ella.

La abracé y le di un beso en la mejilla, me correspondió en ambas.

—Me da mucha rabia que se comporte contigo como lo hace, hacia todos los demás se muestra totalmente diferente. Es agradable, aunque autoritario. Me incluyo.

Salma trabajaba en la empresa de mi padre desde hacía años.

—Se le da muy bien aparentar. —Le pasé un brazo por los hombros—. Olvídate de él, yo ya lo he hecho —le sonreí.

—¿Cómo es que has venido? —Quiso saber devolviéndome el gesto.

—Ayer no pudiste unirte a Glen y a mí, quería verte. ¿Tuviste el día muy liado?

Empezamos a caminar por la acera. Siempre que venía a verla íbamos a la misma cafetería, pero en esta ocasión decidí ir otra que estaba un poco más alejada. No quería que se me

atragantara lo que tomara. Ella no dijo nada, sabía el motivo por el que pasamos de largo de la primera.

—Salí bastante tarde del trabajo. —Hizo una mueca.

—¿Te explota mi padre? —La miré de reojo.

—No. —Rio.

—¿Seguro? No me importa hacer algo al respecto.

—Lo sé, pero tú quietecito que solo falta que lo pongas más en tu contra —negó—. Solo es que tuve varias reuniones y quise terminar unas cosas. Tu padre ayer ni vino. —Se encogió de hombros.

—Vale —dije serio, pensativo.

Cruzamos la calle y entramos en la cafetería. Ocupamos una mesa, cerca de la cristalera y le pedimos dos desayunos completos al camarero que se acercó a atendernos. Cuando nos quedamos solos volví a hablar.

—Ayer le conté a Glen una cosa y no quería dejar pasar más el tiempo para hablarlo contigo.

—¿De qué se trata? ¿De lo que te ha tenido el carácter agriado desde que llegaste?

Apreté los labios, mientras con los dedos daba varios golpecitos en la mesa.

—Desde que te pregunté en el coche, yendo hacia tu nuevo piso para llevar las cajas, no he insistido.

—Estabas deseando, ¿eh? No pierdes la oportunidad para sacar el tema.

—Si te parece… —Rio—. Es que desde que volviste estás muy, muy raro, aunque hoy pareces diferente. No sé. —Entrecerró los ojos observándome con atención y solté una carcajada.

—Tiene una explicación que vas a saber en seguida, referente a todo.

Tuvo que esperar un poco más por la llegada del camarero. Nos sirvió los desayunos y aproveché para pagarle.

—Lo que me pasaba tiene nombre propio, mezclado con alguna que otra situación.

—No te pillo. —Me miró con curiosidad, mientras endulzaba su café con leche.

—Evie, ese es el nombre de la chica de la que voy a hablarte. —Agrandó los ojos.

—¿Era por una mujer? —Jadeó—. Tú nunca te pones como estabas por ninguna. Ohhh… ¿Sí? —Volví a reír con ganas, su expresión no era para menos.

—Te cuento la historia para que lo entiendas, pero no me interrumpas porque perderé el hilo y te quedarás con las ganas. —Le hice un guiño, después de la advertencia.

—Ya estás tardando, y tranquilo que yo te guiaré dónde te despistes. —Apoyó el pecho sobre la mesa y me contuve para no reír de nuevo.

Capítulo 26

Evie

La semana se había hecho muy larga, pero por fin eran las seis y veinte de la tarde del viernes y estaba entrando en mi piso. Tenía muchas ganas de darme una ducha y de ponerme cómoda, y más ganas aún de que llegara mañana.

Había quedado con David bien temprano, a las seis, para ir a escalar. Tenía sentimientos encontrados por ello: las ganas que me animaban y la reticencia que me tiraba para atrás. Lógicamente lo último no iba a ganar, estaba convencida de ir y lo iba a hacer, me costara lo que me costara.

Entré en la habitación quitándome el chaquetón y lo colgué en el perchero junto al bolso, antes de coger del armario un pantalón cómodo, elástico y ajustado, y una sudadera de pelito que me encantaba tener puesta en casa. Lo último que saqué fue la ropa interior y entré en el baño.

Mi emoción no se debía solo a lo que haría el día siguiente, sino por Kilian. En cuanto estuviese preparada subiría a verlo, tenía muchas ganas porque el día anterior no lo vi. Al salir por la tarde del trabajo fui directa al gimnasio y al terminar me paré a tomar algo con algunas de las chicas y los chicos con los que siempre coincidía. Por el tiempo que hacía que no nos veíamos nos entretuvimos bastante.

Ni siquiera había visto a Kilian esta mañana como había sucedido en las anteriores de la semana, cuando yo salía para el trabajo. Aunque nos despedíamos por las noches, siempre me lo encontraba al otro lado de la puerta para darme un beso que me alegraba el comienzo del día.

Después de darme una ducha, me sequé bien el cuerpo y el pelo, y me vestí disfrutando de esa agradable sensación. Salí del baño y me calcé las zapatillas deportivas. Sonriendo, abrí la puerta de mi piso y fui hacia las escaleras, las que subí directa a la cuarta planta. Por unos instantes las dudas me asaltaron, a pesar de que Kilian me había repetido varias veces que fuese a buscarlo cuando me apeteciera, si es que él no venía antes.

Lo habitual era que siempre bajaba él, yo poco me movía. Ese pensamiento me hizo pararme cuando me faltaban los últimos escalones para llegar.

—Quizás no está —me dije en tono bajo.

Subí un escalón más, después otro y volví a pararme. Con el tiempo que había tardado en estar lista, él ya habría llamado a mi puerta. Es lo que solía hacer, así que el pensar que no estaba en su piso tuvo más peso.

Quieta, me incliné hacia el hueco de la barandilla y me asomé un poco. El ascensor hizo el característico sonido de que había llegado a la planta. Las puertas se abrieron y de él salieron un hombre y una mujer. No los conocía, aunque la verdad es que no solía prestar atención a las visitas de los vecinos, y mucho menos a las que llegaban más allá de mi propio rellano, ya que no solía cruzarme con nadie.

Caminaron por el pasillo y bajé un escalón. No me veían desde donde estaban, pero lo hice porque se pararon frente a la puerta de Kilian.

—Estás disfrutando, ¿eh? —le dijo el hombre a la mujer.

—No te imaginas cuánto —le respondió ella, girando la cabeza hacia él.

La sonrisa que vi en sus labios pintados de rojo intenso me hizo fruncir el ceño. No me preguntéis el porqué, simplemente esa fue mi reacción. La observé con detenimiento, analizándola. Una sensación extraña se asentó en mí, tampoco supe el motivo, pero no me gustó nada.

Tragué saliva, las inseguridades me asaltaron. Estaba subida a unos tacones de infarto, los que moldeaban sus piernas, que eran visibles en su totalidad por el minivestido que llevaba. Le llegaba muy por debajo del trasero, pegándose a él de una forma que no dejaba margen a la imaginación. La tela de la espalda era abierta hasta más abajo de la mitad. No llevaba sujetador, al menos la tira de detrás brillaba por su ausencia. Aunque con lo ajustado que era y la poca tela que llevaba encima.... Ahora no veía la parte delantera porque tanto ella como él me daban la espalda, miraban hacia la puerta, pero la había visto al salir del ascensor y al caminar por el pasillo. No cabía duda de que el vestido era una tentación porque la misma apertura que tenía en la espalda caía entre sus pechos. Llevaba un abrigo colgando en un brazo.

—No me esperes pronto, te llamaré cuando termine —le dijo ella al hombre, sin borrar la sonrisa de la cara.

—Estaré por la zona —asintió él.

Iba a retroceder, a bajar las escaleras hacia mi piso, pero me quedé con la intención. Retuve el aire cuando la puerta se abrió. Vi parte de las piernas de Kilian y fruncí los labios, con miles de pensamientos rondando en la cabeza. Incluso quise creer que no eran de él, menuda tontería a la que intenté aferrarme.

—¿Qué hacéis aquí? —Pues sí, era la voz de Kilian.

Lo vi apoyado en el marco de la puerta, su expresión no denotaba nada. Ni seriedad ni alegría,

se mantuvo neutro mirándolos a los dos. Pude verlo de cuerpo entero porque ella se movió para darle el abrigo al otro hombre, el que se hizo cargo de él.

—¿No te alegra la visita? Estoy deseando que me enseñes tu pisito nuevo —esta vez al hablar le salió un tono más meloso, más… Maldecí.

Terminó de dirigirse a él con una mano en el pecho de Kilian, por encima de su jersey. Él no respondió, pero sus labios se curvaron hacia un lado. No hubo más palabras, él se apartó, ella entró y la puerta se cerró, dejando al otro hombre en el pasillo. No tardó en moverse y la risa que soltó yéndose me erizó el vello. Caminó de vuelta al ascensor y lo perdí de vista.

Agarré con una mano el pasamanos, haciendo fuerza en él.

—Lo mismo se va pronto y… —susurré.

«Aunque tampoco es que se tarde mucho en echar un polvo, ahora, si son varios…», me dije y mi malestar aumentó. Durante unos minutos me quedé como una tonta mirando la puerta cerrada, hasta que desvié la atención y bajé rápido la escalera. Cerré de un portazo la puerta de mi piso, con una mala leche impresionante.

Pero ¿qué esperaba? Kilian y yo no éramos nada. ¿Qué habíamos tenido? Pues quizás lo mismo que estaba haciendo ahora mismo con esa mujer, tener sexo. Con lo dispuesta que parecía ella no creía que el vestido le durase mucho tiempo sobre el cuerpo.

Por cada pensamiento, a cada cual más aplastante, fui encontrándome peor. Se me revolvió el estómago, un nudo me bloqueó la garganta… Me miré las manos en medio del salón, las tenía temblorosas. Cerré los dedos y apreté los puños, para después bajar la mirada hacia mi cuerpo. Comparando cómo yo iba a aparecer ante él y cómo lo había hecho esa mujer… Fruncí los labios cabreada muchísimo conmigo misma por todos los pensamientos negativos hacia mí.

«Una mierda, con vestido o sin él», me dije.

Fui hasta el sofá y me senté de golpe, dejándome a caer. Como una tonta de nuevo, observé la puerta, esperando a que el timbre sonara en algún momento. Era lo único que me iba a permitir hacer, después de esto, borrón y cuenta nueva. Perdí la cuenta de las veces que mi garganta se movió tragando saliva, al ver pasar los minutos sin que nada sucediera.

Levanté la cabeza hacia arriba, como si con los ojos pudiese traspasar el piso de Carlos y llegar hasta el de Kilian. Aunque ese pensamiento me hizo soltar varios insultos porque no quería saber qué mierda estaba pasando dentro de la vivienda. ¿Ya estarían sudando? ¿Desnudos? ¿Jadeando? ¿Besándose en zonas ardientes y palpitantes? ¿O habrían empezado por una copa de vino y una charla picante para calentar el ambiente?

Solté un grito sin soportarme a mí misma. Me levanté de un salto y fui hacia la corredera para salir a la terraza. Notaba que me faltaba el aire, por lo que el fresco me vendría genial para recuperarme del impacto que me había llevado.

Una vez fuera no pude evitar mirar hacia arriba, hacia el balcón de Kilian. Ya estaba oscuro y se veía perfectamente la tenue luz que salía del interior del salón. Volví a tragar saliva, notando cómo los ojos me picaban. Me negaba a llorar, pero me costó mantener a raya la humedad que se me formó en los ojos.

Por lo que le había escuchado decir a ella, era la primera vez que venía al piso de Kilian, pero… ¿Cuántas veces se habían encontrado lejos de aquí? Sería por horas que tenían los días… Dejé salir el aire despacio y se me cayó el alma a los pies cuando se hizo muy tarde y el timbre no sonó.

Cabizbaja por momentos, alterada por otros tantos, rabiosa y cabreada, entré en el salón cuando no pude soportar el frío al no llevar ropa adecuada para estar fuera. Entré en el salón y escuché el sonido de una llamada. Caminé ligera hacia la habitación.

Al entrar fui directa al perchero. Con las ganas que había tenido de ver a Kilian ni me había parado en sacar el teléfono del bolso. Mientras lo buscaba la llamada se cortó. Solté un suspiro al ver que había sido David.

No tenía una nueva desilusión que añadir a la lista rápida que había hecho esta tarde, como tampoco esperaba que por obra divina Kilian se hubiese acordado de mí y me hubiera llamado. No habíamos intercambiado los números de teléfono, así que esa posibilidad era impensable y en ningún momento se me pasó por la cabeza.

Salí al pasillo con el móvil en la mano y lo desbloqueé, para devolverle la llamada a mi amigo. No me apetecía nada hablar con nadie, pero era consciente de que hacerlo me vendría bien, y más con David.

—Eh, no habrás parado de hacer algo caliente y húmedo para estar conmigo, ¿no? —habló divertido, pero a mí se me volvió a revolver el estómago, por lo que significaban sus palabras.

—¿Qué querías? ¿Lo de mañana sigue en pie? ¿O ha pasado algo?

Silencio al otro lado de la línea, uno muy significativo viniendo de David. Ya sabía a lo que atenerme cuando retomara la conversación, aunque tardó unos segundos más.

—¿Qué te pasa? O más bien, ¿qué ha pasado para que tengas ese humor?

—Mi humor está perfectamente.

Fue una mentira como una catedral de grande, de esa forma la recibió. Saqué un refresco de la nevera, para ver si conseguía asentar el estómago. Salí al salón y me senté en una esquina del sofá.

—Estoy esperando a que me respondas de «verdad» a las preguntas que te he hecho. —Hice una mueca, abriendo la lata.

—Estaba perfectamente hasta… —me aparté el teléfono del oído para mirar la hora que era—

hasta hace casi dos horas. —Me refresqué la garganta con un sorbo de refresco.

—¿Se trata de Iván? No me jodas que ha vuelto a…

—No, no hay rastro de él y espero que continúe de la misma forma. —Lo tranquilicé por esa parte, que era la única que sabía que podía alterarme de la forma en la que estaba.

Faltaba muy poco para que supiera cual era la otra que me había puesto por las nubes y a la vez me había tirado al suelo de un golpe seco y doloroso.

Capítulo 27



—¿Entonces? —insistió— Si no se trata de ese tío…

—Ya intuyes por lo que es. —Volví a beber y me incliné hacia la mesa baja, para dejar la lata.

Subí las piernas al sofá y me las abracé, apoyando la barbilla en las rodillas.

—¿Qué ha pasado con Kilian? ¿Lo has visto al llegar del trabajo? Pensaba que no habías descolgado porque estabais juntos.

—Hoy no ha tenido la intención de estar conmigo en ningún momento, y si aparece se va a encontrar la puerta cerrada.

—Me estoy perdiendo muchas cosas, háblame claro —me pidió serio y solté un suspiro largo.

—He llegado del trabajo con muchas ganas de verlo, esta mañana te he dicho que no lo vi ayer. —Giré la cabeza hacia la cristalera, con la mejilla en las rodillas—. Me he duchado, me he vestido cómoda y he salido del piso para ir al suyo. Normalmente antes de hacerlo yo, él ya ha llamado a mi puerta. Hoy no. —Mi voz sonó tan desanimada como estaba yo—. No soporto estar aquí, es como si pudiera escuchar los jadeos y los gemidos.

—¿Qué dices? —Se sorprendió.

Extraño, sí, pero era la percepción que tenía. Ya fuese producto de mi imaginación o de mi mente traicionera, pero tenía los sonidos característicos del sexo aporreándome los oídos.

—Como te he dicho he subido a su piso —continué—, pero no he llegado a pasar de los últimos escalones, me he parado. El ascensor se ha abierto en su planta y un hombre, junto a una mujer despampanante han aparecido caminando por el pasillo. Se han parado frente a la puerta de Kilian, han llamado y al cabo de unos minutos él ha abierto. Solo se ha quedado ella, y según le ha dicho al hombre que la acompañaba, iba a tardar. Se han sonreído, David, Kilian también, solo hacia ella.

—Puede ser cualquier conocida y te estás montando una película que no veas.

—Lo sé, pero una con muy poca ropa sobre el cuerpo y mucha actitud, con una mano sobre el pecho de él y una sonrisa que aventuraba lo que iba a suceder en cuanto se quedaran a solas. Sé diferenciar los detalles, David, no es una película.

—Eso será si Kilian quiere, ¿no? De lo poco que lo conozco no es un hombre que sea fácil de convencer, ni que se deje llevar porque lo tienten.

—Ya, siempre que a él no le interese hacerlo. —Me vino a la mente Andrea, la chica del campin, y el único encuentro que aceptó Kilian—. No sabemos de qué la conoce, no sé una mierda, David. Ese es el problema, ¿qué he tenido yo con Kilian? Pues quizás menos de lo que estará sucediendo a puerta cerrada. —Fruncí los labios.

—No te pongas en lo peor.

—Si tú hubieses visto lo mismo que yo, no me dirías eso. —Cerré los ojos—. No me encuentro bien, no tardaré en irme a la cama. Quiero estar despejada y al cien por cien para mañana.

—No vamos a ir.

—¿Por qué? —Me puse recta de golpe, sentada.

—Tiene gracia que me lo preguntes, lo que me da a entender cómo estás realmente… Igualmente te lo voy a decir muy claro porque nos va mucho en ello. Lo que te sucedió en el campin sabemos por lo que fue. El motivo del despiste que tuviste fue precisamente por Kilian y ni por asomo teníais la conexión que tenéis desde que os habéis reencontrado.

»En este instante es mucho peor, y no voy a arriesgarme porque lo de mañana, es jodidamente mucho más peligroso que hacer rápel. Necesitas todos tus sentidos en alerta, Evie. Joder, no me hagas decir lo que ya sabes. —Bufó cabreado y preocupado, a partes iguales.

—Estaré bien. Te lo prometo, no va a volver a pasar lo del pasado.

—Claro…

—Lo digo en serio. Si quieres anular lo de la escalada pues vale, pero ten muy seguro que yo voy a ir igualmente, contigo o sin ti.

Soltó varias palabrotas y después se quedó en silencio.

—No sabes lo que te haría cuando te pones tan cabezona.

—¿Algo malo?

—Muyyy malo —una sonrisa pequeña apareció en mis labios.

—Pero después me abrazarías y me demostrarías lo buen amigo que eres.

—No me hagas la pelota que ahora mismo estoy que echo fuego.

—Ya somos dos. —Más silencio.

—No, tú no solo estás enfadada, lo tuyo es peor porque entran en juego muchos sentimientos. —Fijé la mirada en la pantalla apagada del televisor.

—Quiero ir mañana, ahora más que antes. Lo necesito para sentir la adrenalina y quedarme exhausta —hablé en tono muy bajo, provocando que soltara un suspiro.

—Está bien —aceptó al fin, después de un tiempo pensándolo—. Continuamos como hemos hablado esta mañana. Te recojo a las seis y desayunamos por el camino.

—Vale. Gracias —sonreí.

—Como hagas que me arrepienta te enteras, ¿me oyes?

—Alto y claro. —Amplié la curva de mis labios.

—No pienses más en lo que ha pasado y has visto, bloquea la mente para que puedas descansar.

—No es fácil, pero lo voy a intentar. Sí que voy a descansar, me siento agotada.

—Pues cena algo rápido, y a la cama.

—A sus órdenes.

—Ja, ¿órdenes? Como si alguna vez me hicieses caso —se quejó, pero ya no fue en tono serio.

—Más de lo que te crees.

—Evie…

—¿Sí?

—Es lo último que voy a decirte, por ahora.

—Dime.

—Si Kilian ha aceptado lo que piensas, si ha estado entretenido y ha sucedido lo que imaginas y das por hecho, por lo que has visto e interpretado, ten claro que le pueden mucho por saco. En ese caso no te merece y no sabe lo que pierde —sonreí, pero fue un gesto triste—. Si es que ya se lo adelanté, al final le rompo la cara.

Solté una risilla, la que le tranquilizó. Nos despedimos hasta muy temprano al día siguiente y

me levanté del sofá. No tenía ganas de nada, pero entré en la cocina para prepararme rápido un sándwich.

No me apetecía ni organizar todo para el día siguiente, ya me levantaría antes para dejarlo listo.

Y pensar que había tenido la intención de pedirle a Kilian que viniera con nosotros mañana, sabiendo que era un experto y que se lo pasaría tan bien como nosotros… No pude evitar soltar una risa irónica, a tonta no me ganaba nadie.

En fin, que agradecía el no estar en la ignorancia y haberlo visto recibiendo a esa mujer.

✣ ✣ ✣

Apagué el despertador con varios manotazos, hasta que di con el botón en la oscuridad. Soltando un suspiro me incorporé, quedándome sentada en la cama. Encendí la luz de la lámpara de la mesita de noche y me froté la cara.

Sorprendentemente había dormido durante toda la noche en un sueño profundo. Terminé tan agotada de mente que en cuanto coloqué la cabeza en la almohada los ojos se me cerraron. Era lo que necesitaba, descansar y lo había hecho muchas horas porque me metí en la cama pronto.

Me arrastré por ella, me puse las zapatillas y fui al baño. Después de cepillarme el pelo y de recogérmelo en un moño alto, desenfadado, me lavé la cara para espabilarme. Lo siguiente que hice fue vestirme con ropa cómoda, la que tenía reservada para lo que iba a hacer. Terminé de colocarme el jersey por encima de la camiseta térmica, añadiendo una braga para el cuello y me calcé los botines de montaña con punteras especiales.

Por último, saqué la mochila del fondo del armario en la que guardaba todo lo necesario para la escalada y me senté en la cama. La vacié para comprobar que no faltaba nada y revisé el material y las condiciones en las que estaba. Todo perfecto porque hacía el mismo proceso cuando regresaba de escalar, era como una costumbre del antes y del después.

Cogí el anorak de mis aventuras del armario, abrigaba mucho, pero a la vez era muy ligero. Saqué el monedero del bolso para llevármelo y lo metí en uno de los bolsillos con cremallera, igual que hice con las gafas de sol, estas metiéndolas en la mochila. Con todo listo, salí de la habitación cargada y lo coloqué encima de la mesa del salón, junto al móvil.

Fui a la cocina, me preparé un café y me dirigí a la terraza para tomármelo. Caminé hasta la barandilla dando el primer sorbo. Todavía no había amanecido, faltaba poco. Eran las cinco y cuarenta y cinco de la madrugada, David llegaría puntual a las seis. Todo estaba en completo silencio, sin movimiento en la calle. Al ser sábado era normal, no había ajetreo por los primeros coches para ir temprano a trabajar. Aunque la zona era muy tranquila y lo del ajetreo era un decir, para referirme a que si fuese entre semana sí que habría algún movimiento.

Tenía muchas ganas de enfrentarme al día de hoy, y esperaba que el final fuese como siempre que practicaba la escalada. Claro que sí, mi experiencia iba a servir y una vez pasados los primeros momentos de inseguridad, lo disfrutaría como siempre.

Me terminé el café y me giré hacia la corredera. Mi vista traicionera se elevó, para mirar el balcón de Kilian. Estaba todo oscuro. Maldije en tono bajo y entré al salón. Después de fregar la taza, fui hasta la mesa y me coloqué el anorak. Estaba subiéndome la cremallera cuando la pantalla del móvil se iluminó. David me avisó de que ya estaba abajo esperándome.

Me colgué la mochila al hombro y apagué la luz. El silencio continuó cuando salí al rellano, y me acompañó bajando la escalera.

Al salir del edificio sonreí al ver el coche de mi amigo, con él apoyado en el lateral.

—Buenos días —lo saludé con un abrazo.

—Buenos días, aventurera. —Me devolvió la sonrisa quitándome la mochila.

La metió en el maletero y me monté a la vez que él.

—¿Preparada? —me preguntó al arrancar.

—Claro —dije animada.

—¿Seguro? ¿Cómo has dormido?

—Síií… Como un bebé, después de meterme en la cama no me acuerdo de nada —asintió.

—Estupendo.

Salió del estacionamiento y se incorporó a la carretera.

—Hay dos horas y cuarto de trayecto —me dijo lo que ya sabía—. A la mitad, aproximadamente, pararemos a desayunar. ¿Va bien?

—Perfecto. No tengo hambre, acabo de beberme un café.

—He hecho un termo. —Metió la mano entre los asientos, sin perder de vista la carretera. Lo dejó en mis piernas.

—¡Por estas cosas eres el mejor! ¡Te quiero! —Soltó una carcajada por la efusividad con la que hablé.

—¡Qué triste que me quieras solo por el café! —Se hizo el ofendido.

Le di un golpe en el brazo y reímos.

—¿No supiste nada de él? —me preguntó mirándome de reojo.

—No —fue mi escueta respuesta.

Asintió serio. Nos quedamos en silencio, él para no alterarme y ponerme mal cuerpo, yo porque recosté la cabeza en el respaldo y observé las luces de las farolas pasar rápido delante de mis ojos. Subió un poco el volumen de la música y al cabo de unos minutos me moví para quitarme el anorak. Me sobró con la calefacción.

Capítulo 28

—Se me había olvidado qué bien sienta esto —dije antes de darle un bocado al bocadillo.

Era una delicia. El pan estaba tierno, pero a la vez crujiente. Los dos habíamos decidido pedir el de lomo con queso, que con cada bocado sobresalía fundido por los lados. Lo acompañábamos con dos cafés con leche, hasta la bebida me supo diferente.

—Totalmente, tenemos que repetirlo más a menudo —dijo después de tragar.

David se había desviado hacia un pueblo que estaba a la mitad del recorrido, pero no se tardaba mucho en llegar al centro desde la carretera principal. Cada vez que nos aventurábamos, si podíamos elegir parar por la zona en la que estábamos, lo hacíamos.

—La verdad es que sí, podemos marcar un fin de semana al mes y queda prohibido anularlo, a no ser que sea por fuerza mayor —comenté.

—Acepto —dijo haciéndome un guiño.

—¿Quieres que conduzca yo lo que queda para llegar?

—Claro, que has venido durmiendo la última media hora… —Carraspeó.

—Shhh… No me lo eches en cara. La culpa es de la calefacción. —Rio.

—Tú continúa de copiloto que yo al volante voy genial.

—Me ha chafado ver que está nublado —dije observando el exterior por la cristalera.

—Si se mantiene así, no hay problema.

—Esperemos que sí, o que en nuestro destino haga sol —comenté distraída.

—Sea como sea, solo por esto merece la pena, y por el viaje —dijo con el bocadillo levantado.

—Ya te digo —sonreí y comí otro bocado, igual que él—. Cuando lleguemos le escribiré a Maya, para avisarla. Ahora estará durmiendo —asintió.

Continuamos desayunando mientras elegíamos la zona a la que ir. Teníamos varias posibilidades, dentro de la dificultad media que me insistió David. Se le había metido en la cabeza que no quería que empezara por lo que estábamos acostumbrados, paredes de roca de máxima exigencia y peligrosidad.

No iba a decir nada al respecto, aunque podría haberle quitado la idea porque un susto no equivalía a perder años de experiencia. En fin, que me daba igual, solo quería empezar y lo iba a disfrutar de la misma forma, tuviese más dificultad o menos.

—¿Las manos bien? —Se interesó.

—Perfectamente. —Levanté las palmas hacia él—. Deja de preocuparte, si no me viera capacitada no te habría propuesto lo de hoy. —Levantó una ceja—. Lo digo en serio. —Reí cuando le lancé la servilleta y chocó con su cara.

Sacudió la cabeza y me miró con la promesa de que se lo iba a pagar. Lo que pagué fue el desayuno de ambos porque aproveché cuando fui al baño.

De vuelta en el coche, David tomó rumbo a nuestro destino, el que fue más animado para él porque no volví a cerrar los ojos.

A las nueve y media de la mañana circulaba por el camino de tierra que nos llevaba, acercándonos cada vez más, a una parte que conocíamos bastante bien.

—Me encanta —dije al bajar la ventanilla.

—Ya se respira, ¿eh?

No se refirió al cambio de aire, ni que era más puro, sino a que faltaba poco para que empezáramos a escalar.

—Sí. —Giré la cabeza hacia él, sonriendo.

Me hizo un guiño y siguió recorriendo la distancia, hasta que paró el motor. Dejó el coche a un lado del camino, el resto teníamos que hacerlo andando. Nos bajamos, nos pusimos los anoraks y cogimos las mochilas del maletero. David llevaba dos, con lo precavido que era, siempre le gustaba llevar repuestos y un kit de salvamento. Y yo, como confiaba en que estaba en todo, en eso me relajaba.

Cerró con el mando el coche cuando empezamos a caminar, con una conversación animada. El ambiente propiciaba a ello, por lo que, entre risas y comentarios divertidos, avanzamos a buen ritmo durante unos veinte minutos hasta llegar a los pies de una gran pared de roca que se extendía sobre nuestras cabezas.

—¿Esta? —le pregunté.

—Yo tenía pensado la próxima —dijo mirando la altura.

—David, por Dios, que soy yo.

A la que se refería no era ni la mitad.

—Como quieras —aceptó con un suspiro.

Sonreí de oreja a oreja y soltamos las mochilas en la tierra. Procedimos a meter las piernas por las perneras y a ajustarnos el arnés a la cintura. Después, vino todo el material necesario: mosquetones, cuerda y la bolsa de magnesio colgada en un lateral.

Nos colocamos los cascos, nos quitamos los anoraks para meterlos en las mochilas y nos cambiamos el calzado. Nos pusimos los pies de gato para asegurar la sujeción a la roca.

Durante unos minutos observamos el mejor camino a seguir, teniendo en cuenta las irregularidades y salientes de la roca. Cuando lo tuvimos claro, en lo que coincidimos, procedimos a empezar.

—Voy primero para marcar la seguridad —me dijo mientras comprobaba por última vez los nudos de mi cuerda, con la suya ya lo había hecho.

—Sí, señor. No me va a servir de nada oponerme.

—Menos mal que empiezas a ser razonable. —Rio—. Céntrate solo en mi material de agarre. —Sacó varias piezas y asentí—. Ni se te ocurra asegurarte en cualquier otro, puede estar deteriorado.

—Como si no lo supiera y no los conociera. —Puse los ojos en blanco, los tenía marcados de una forma que se diferenciaban perfectamente.

—Evie, hoy más que nunca, necesito que trabajes como si fuese la primera vez. ¿De acuerdo? —me habló serio.

—Vale —respondí de la misma forma. Asintió conforme.

—Vamos a ello. —Me hizo un guiño.

Comprobé por última vez el mecanismo de cierre de mi mosquetón enganchado al anillo central del arnés, y fijé la vista en David. Ya se había alzado en la pared de roca, todavía podía tocarle los pies con mis manos, pero no tardaría en estar fuera de mi alcance.

A unos dos metros de altura se paró para colocar el primer agarre en una fisura. Me acerqué a la pared de roca y posicioné un pie y una mano, preparada para cuando me avisara. Lo observé trabajar, hasta que habló.

—Ya —dijo.

—Voy —hablé lo suficientemente alto para que me escuchara.

Los primeros metros fueron llevaderos, no sentí miedo ni nada parecido. Continué la ascensión a una distancia de dos metros por debajo de mi amigo. Me surgió un pequeño problemilla cuando me separaba bastante distancia del suelo.

Bajé la mirada, aferrada a la pared. Lo que me sucedió era precisamente a lo que quería enfrentarme. Por muy experta que seas y muy especializada, cuando vives un incidente peligroso el cuerpo no lo olvida, y la mente mucho menos. Respiré varias veces profundo, centré la vista en la roca y me preparé mentalmente para continuar.

Por lo visto tardé más de lo que pensé…

—¿Va bien? ¿Te pasa algo? —me preguntó David.

Estaba asomado desde un saliente bastante grande, arrodillado en él, sin perderme de vista.

—Sí. No pasa nada, solo estoy descansando. Tendría que haber empezado mucho antes en serio en el gimnasio —me lamenté.

—Venga quejica, tendrás muchas agujetas, pero… ¿No tenías tantas ganas?

—No me toques la moral porque cuando llegue hasta a ti, yo te voy a tocar otra cosa.

Su carcajada resonó a nuestro alrededor.

—Ven junto a mí para que pueda impedirlo.

Fue su intento de animarme a que me moviera, optó por el humor para no ponerme nerviosa. Lo conocía tan bien… Debía estar nervioso, hasta que no me viese en acción.

Solté el aire de golpe y me impulsé en el agarre de un pie, encajando la mano en una pequeña fisura. Conseguí elevarme y así continué asegurando la posición de los pies y las manos, concentrada al máximo. Superado el momento inestable que había tenido, después de unos minutos, aparté todos los pensamientos para disfrutar de lo que estaba haciendo.

—Yo de ti me pondría a correr por la roca, ya mismo llego.

Soltó otra carcajada, esta vez mucho más natural y relajada.

—Continuamos —me avisó de que se ponía en movimiento.

No le respondí, ni falta que hizo porque no esperaba que lo hiciera. A mitad de la pared hicimos una parada de descanso. Notaba los músculos engarrotados por el trabajo, pero era una sensación que me liberaba. Difícil explicarlo con palabras, solo quien lo vive y le apasiona lo que

hace, tiene las mismas sensaciones que yo sentía colgada de una pared, con el viento deshaciéndome el moño desenfadado que me había hecho.

Me impulsé de nuevo, después de anclar uno de los mosquetones al agarre de seguridad. Casi cuatro horas nos llevó llegar a la cima, lo peor que llevé fue quedarme colgada de varios salientes e impulsarme, agarrándome a todo lo que tenía al alcance. Pero lo conseguí, y las emociones que me recorrieron cuando faltaban pocos metros para llegar, me envolvieron en un estado de éxtasis.

—Hecho. —Miré hacia arriba, con una mano apoyada en el final de la pared de roca.

—Sí. —Le dediqué una sonrisa inmensa.

Agarré su mano y tiró de mí. Nos abrazamos y me puse a saltar sin soltarlo, provocando que riera y no pudiese parar.

Había una explanada de dimensiones considerables y no lo dudamos, nos lanzamos al suelo. Tumbados en una pequeña capa de hierba, nos quedamos bocarriba, observando el azul intenso del cielo. Por suerte las nubes las dejamos atrás a la media hora de salir del bar donde desayunamos.

Durante una hora, solo nos movimos para quedarnos sentados. Bebimos, comimos unas barritas energéticas y conversamos, pero también nos mantuvimos en silencio durante gran parte del tiempo. Disfrutamos de la paz y la tranquilidad que se respiraba desde las alturas, en una zona a la que pocas personas accedían.

Las imágenes del paisaje que quedaban enfrente de nosotros eran espectaculares.

—¿Preparada para descender?

—Sí —confirmé.

—Ve tú primero, yo iré recuperando el material en la bajada.

—Como quieras. —Me encogí de hombros.

Las veces anteriores a hoy siempre nos turnábamos. No dijo nada porque no iba a cambiar de idea, así que nos levantamos y estiré los músculos otra vez. Lo hice al poco de tumbarme en la hierba, para relajarlos.

En caliente y preparada, deslicé con cuidado el cuerpo por el borde de la pared de roca, después de haber asegurado el mosquetón. Podríamos hacer el descenso mucho más rápido, lanzarnos a bajar haciendo rápel, pero si lo hacíamos el material de David se quedaría incrustado en las fisuras y no los podríamos recuperar a no ser que volviésemos a empezar.

Poco a poco, con precaución y en alerta constante, fuimos bajando los metros que nos separaban del suelo.

—¡Cuidado! —Lo escuché gritar.

Me aparté a tiempo cuando un pequeño desprendimiento cayó a pocos centímetros de mí. David trabajaba con mucho cuidado y midiendo al detalle todo, pero era habitual que por los anclajes sucediera.

—¿Evie?

—Estoy bien, ¿de acuerdo?

—Vale.

Cuando toqué con los pies en el suelo firme me sentí emocionada y más que satisfecha, orgullosa de mí misma por el logro que había realizado. «Ya está, superada la primera prueba no tengo de qué preocuparme», me dije con ganas de gritar y de llorar, de alegría. No lo hice para no despistar a mi amigo, al que le faltaban unos metros para llegar junto a mí.

Al ir quitando la seguridad, se demoraba más en sus movimientos y tiempos.

Estaba tan concentrada observando cómo descendía, que no me di cuenta… Todo pasó al mismo tiempo; escuché una voz y noté que mi espalda tocaba otro cuerpo. Un jadeo escapó de mis labios mientras contenía la respiración, por el sobresalto que me llevé.

—Lo has hecho muy bien. —Cerré los ojos con fuerza cuando un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza.

Me habló al oído, inclinado hacia mí. A pesar del impulso de girarme rápido y apartarlo de un empujón, hice todo lo contrario. Me moví muy despacio, como a cámara lenta, viendo a Kilian a pocos centímetros de mí.

Parpadeé varias veces porque por un instante pensé que después del esfuerzo físico y el mental, la vista me estaba jugando una mala pasada. Pero no, estaba aquí, con sus ojos fijos en los míos, una sonrisa de medio lado, una expresión de satisfacción y las manos en los bolsillos.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí? —Fruncí el ceño dando un paso hacia atrás.

Levantó una ceja como respuesta y después entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Por qué mierda estás aquí? —insistí elevando el tono de voz.

Un silbido me hizo mirar hacia la izquierda. Ni me había dado cuenta de que no estábamos solos. Un hombre estaba parado a unos metros de distancia, apoyado con la espalda en un árbol. Él era el que había silbado.

—Quería darte una sorpresa. —Giré rápido la cabeza hacia Kilian, su voz sonó dura y distante —. Pero por tu reacción, ya veo que ha sido una mala idea.

—¿Cómo has sabido…?

—David. —Agrandé los ojos.

¿En qué momento mi amigo había hablado con él sobre este día de escalada? ¿Cómo sabía Kilian el sitio exacto al que vendríamos? Esas y muchas preguntas más pasaron veloces por mi mente, mientras no podía apartar la vista de él y de su semblante serio.

Me recordó a las primeras veces que lo vi, marcando la distancia con su seriedad y postura.

Capítulo 29



Kilian

Me sentía tonto, por no decirlo de otra manera más fuerte y contundente. No entendía su reacción y la forma de hablarme, y ya no digamos la tensión de su cuerpo. Apreté la mandíbula a la vez que la observaba con detenimiento.

David saltó el último metro y se giró hacia nosotros. No supe descifrar su expresión, pero no me dio buena sensación. Se acercó despacio.

—Lo siento, Evie. —Se dirigió a su amiga.

¿Lo siento? ¿Qué mierda significaba eso? Estaba más perdido que en medio del océano a la deriva. ¿Qué cojones estaba pasando?

—¿Cómo se te ha podido olvidar? —Le echó en cara ella.

Vi de reojo que Glen caminaba hacia nosotros, con expresión extrañada. Me miró directamente, pero no se encontró con mis ojos porque no los aparté de los dos amigos, o más bien de Evie. La forma en la que se dirigía a David, porque todavía no había parado de hablar, me puso más en alerta.

—¿Qué narices está pasando? —pregunté al final, sin poderme contener.

—No pintas nada aquí, no me hables. —Me señaló.

Levanté las dos cejas, para después endurecer las facciones.

—¿No pinto nada aquí? —dije dando varios pasos hacia ella.

—Tampoco te acerques. —Esta vez su voz sonó más débil.

—Kilian. —Bajé la mirada a la mano de David, me había agarrado un brazo para frenarme.

Después de unos segundos la levanté despacio, encontrándome con sus ojos fijos en mis

reacciones.

—Déjalo estar —me pidió.

—No sé qué cojones está pasando y soy el afectado. No te metas —hablé con rotundidad.

—Tenéis que hablar, pero no es el momento. Está alterada y exaltada por la escalada, y tu presencia lo ha empeorado —negó serio, haciendo presión en mi brazo.

Fruncí el ceño.

—Puedes soltarme —siseé.

—¿Seguro? —Levanté una ceja.

Asintió y lo hizo, despacio.

—También hemos venido a escalar, pero no hemos querido interrumpiros para que estuvieseis concentrados en vosotros —habló por primera vez Glen, en un intento de aplacar los ánimos.

No sabía a lo que se enfrentaba, pero yo tampoco, así que…

—Si estamos aquí es porque tu amigo le dijo durante la semana a Kilian que ibais a venir —continuó—. Le dio todos los datos, hasta las coordenadas, sabiendo hacia dónde os dirigiríais. Nosotros hemos terminado hace un buen rato, llevamos más de una hora observándoos descender. Kilian no ha querido moverse por si os surgía algún problema. No sé lo que ha sucedido, pero creo que no se merece…

—Con todos mis respetos, como has dicho, no sabes nada —lo interrumpió Evie, mientras se quitaba el arnés de malas formas, nerviosa y enfadada—. O quizás sí, lo mismo lo sabes perfectamente. —Entrecerró los ojos.

Glen sacudió la cabeza. Fue una negativa, pero ella no se lo tomó como tal, más bien como si diera por incomprensible la situación.

Ella se agachó para abrir la mochila y sacó un anorak, el que se puso rápido. Todos nos mantuvimos en silencio mientras la veíamos recoger los metros de cuerda y guardando todo su material. El arnés fue lo último.

Sin más, se colgó la mochila en los hombros y pasó por nuestro lado, con la barbilla elevada y mirando a un punto fijo delante de ella. Ni siquiera se despidió.

—Por cierto —habló en alto mi amigo—. Mi nombre es Glen y soy uno de los mejores amigos de Kilian.

—Como si le importara —susurré desconcertado al máximo.

—Tiene un motivo para estar así. —Dirigí la atención en David.

Él también había recogido en tiempo récord, la mochila le colgaba de un hombro.

—Habla con ella, Kilian —me pidió tenso—, pero deja pasar unas horas. La sorpresa la ha superado.

—No sé a qué mierda viene todo esto —me repetí, pero es que…

—Te vio ayer.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Que fue a verte, pero… Estabas ocupado. —Me fulminó con la mirada—. Me estoy conteniendo porque no sé cuál es tu versión, pero a Evie no le hace nadie daño y sale con la cara intacta.

—¿Me estás amenazando?

Después de la pregunta, con Glen asombrado al máximo, me dio por reír. Fíjate tú, no pude parar durante unos largos segundos porque la situación no podía ser más surrealista. Hasta que me callé de golpe.

—Vino a verme —susurré al atar los cabos sueltos en los que no me había parado a comprender.

David asintió y a mí me entró de todo por el cuerpo. Apreté los puños dentro de los bolsillos al saber el motivo.

—Tú verás, espero que seas sincero. No soy de dar segundas oportunidades, la próxima vez si Evie no me ha dicho que has sido correcto con ella, no actuaré tan bien como ahora. Me da igual el resultado, si continuáis como estabais o no, pero haz las cosas bien porque no se merece menos.

Con esas palabras pasó entre Glen y yo, y tomó el mismo camino que Evie. Me quedé como un tonto observando cómo se alejaba.

—¿Qué cojones pasa?

—Ahora no —respondí cortante.

Empecé a caminar hacia una dirección diferente a la que habían tomado ellos. Mi coche estaba hacia el lado opuesto.

Me había hecho tanta ilusión verla descender la pared de roca, había estado embobado observando todos sus ágiles movimientos, mientras su cuerpo bailaba en la pared de roca como si fuesen una sola. Leerlo en sentido figurado, ya habéis comprendido a lo que me refiero con esto

último.

A pesar del tiempo que llevaba sin practicar la escalada y de lo que le sucedió con Nicolás haciendo rápel, había conseguido superar la prueba mucho más que con éxito. Una prueba que era complicada al ser la primera desde lo que le sucedió, porque era consciente de los temores iniciales que debió tener.

Maldije interiormente y en voz alta, con mi amigo al lado, mientras igualaba mis pasos rápidos. Glen tenía que estar haciéndose muchas preguntas, pero optó por el silencio, acumulándolas, por lo que la había dicho de que «ahora no».

Llegué al coche cabreado, al igual que cerré la puerta. Mi amigo fue muy sigiloso.

—Déjame conducir a mí —me pidió serio.

—No. —Arranqué y empecé a circular por el camino de tierra.

—Pues nos paramos en el primer pueblo que hay al salir de aquí. Está a pocos kilómetros desde el final de este camino, necesitas calmarte.

—Estoy bien, Glen. ¿Vale? —Apreté el volante con fuerza.

—Sí, ya lo veo. Perfectamente. —Carraspeó.

—Es por lo de ayer, por lo que te encontraste al llegar a mi piso. —Le hice una pequeña aclaración.

—¿Qué tiene que ver eso con el comportamiento de Evie? Joder, qué mal comienzo he tenido con ella. —Sacudió la cabeza.

—Rectificará y te pedirá perdón la próxima vez que te vea.

Lo dije convencido porque ella no era de la forma de ser que había mostrado, ni por asomo.

Solo estaba… Cabreada, enfadada, decepcionada, desilusionada y con muchos pensamientos rondándole la cabeza en los que entraban en juego mi cuerpo con el de cierta mujer…

—No se lo tengo en cuenta, estaba muy alterada, pero necesito enterarme bien del asunto. ¿A qué te has referido con lo de que es por lo que me encontré ayer en tu piso cuando fui?

—Suma uno más uno, Glen. —Sacudí la cabeza—. David ha dicho que Evie me vio, y solo abrí una vez la puerta por la tarde, en un horario en el que ella haría por venir a verme.

—Joder… No me digas que…

—Vio a Rebeca, y por consiguiente a mí dejándola entrar a mi piso. Y teniendo en cuenta que se me hizo tarde y no fui a ver a Evie… —Volví a maldecir.

El interior del coche se quedó en completo silencio, hasta pasados bastantes minutos.

—Menudo marrón, ¿qué vas a hacer?

—Lo que sea —dije mirándolo de reojo.

Una sonrisa pícara se formó en sus labios. Sacudí la cabeza y me concentré en recorrer la distancia que nos separaba de la ciudad en la que vivíamos, más rápido de lo normal.

✣ ✣ ✣

—¿Hablamos por la mañana? —asentí.

Acababa de estacionar en doble fila, frente a la entrada de la casa de Glen. Eran las ocho y cuarto de la tarde, nos habíamos retrasado al paramos a comer a un poco más de la mitad del recorrido. Ya era bastante tarde cuando lo hicimos, y no tuvimos ninguna prisa cuando el dueño del restaurante al que entramos nos dijo que no nos preocupáramos.

—¿Estás más tranquilo? —me preguntó con una mano en la manilla de la puerta.

—Algo. —Quise sonar tranquilizador, pero no lo conseguí mucho.

—Ya verás como todo sale bien.

—Tal vez.

Sacudió la cabeza. Nos despedimos hasta el día siguiente y se bajó para ir al maletero a por sus cosas. Cuando se alejó caminando por la acera tomé la dirección de mi calle, pensativo. El algo de tranquilidad era mentira, había conseguido no exteriorizar cómo me sentía, pero por dentro… No había pasado ni un segundo en el que no hubiese pensado en Evie y en lo que seguramente vio, pero, sobre todo, en cómo se quedaría al presenciarlo. Era consciente de cómo se podía interpretar visto desde fuera, y en realidad no distaba mucho de…

Ni me di cuenta de cómo llegué frente al acceso del parquin. Entré, estacioné en mi plaza y me bajé. Subí por la escalera y mis pies se frenaron solos frente a la puerta del piso de Evie. Me acerqué para ver si escuchaba algún ruido que me indicara que estaba dentro, pero no oí nada, solo obtuve silencio.

Solté un largo suspiro y continué subiendo. En el interior de mi piso solté la mochila al lado de la mesa del salón y me pasé las manos por el pelo. Dejé la mirada fija en el sofá, recreando en mi cabeza la visita de Rebeca. Cabreado y alterado, opté por ir a la habitación para darme una buena ducha.

La necesitaba por todo lo que había sudado, pero, sobre todo, por cómo me sentía. No me sirvió de nada, salí igual que entré. ¿Qué esperaba? Los problemas continuaban estando, hasta

que les pusiera remedio.

Eso precisamente me propuse a hacer, no iba a dejar pasar más el tiempo. Evie ya había tenido horas suficientes para calmarse, al menos eso esperaba, para que pudiera escucharme con total claridad. Otra cosa sería que me creyera, lógicamente. Eso si estaba, porque cabía la posibilidad de que continuara con David y todavía no hubiera llegado.

Sacudí la cabeza mientras la puerta del piso se cerraba a mi espalda. Bajé las plantas que nos separaban, pero en el último tramo de escalera me paré, al escuchar su voz hablando con alguien. Me agaché para ver de quién se trataba, era una voz de hombre.

—Lo siento, Carlos. —Recordé que era el nombre del vecino que separaba nuestros pisos—. No me he acordado de decirte que no eran tuyos.

—¿En serio? —Rio él—. Joder, yo te riego la terraza y otros te la adornan con ropa interior.

—Eso parece —comentó seria.

No le hizo especial alegría recordar al dueño de los bóxeres que todavía continuaba teniendo, o sea, a mí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —le sonrió, pero no fue una gran sonrisa, se vio forzada.

—¿Seguro? ¿Ha pasado algo desde que no estoy? Llegué anoche bastante tarde, al final me lie más de la cuenta y me he retrasado en regresar.

—El bloque sigue en pie, así que no. —Se cruzó de brazos, apoyando uno en el marco de la puerta—. ¿Quieres entrar?

—Te lo agradezco, pero he quedado con amigos y primero tengo que darme una ducha.

—Pásalo bien y dales recuerdos.

—De tu parte. Seguro que en cuanto lo diga me empiezan a preguntar en qué horario pueden venir para coincidir contigo. —Soltó una carcajada, yo fruncí el ceño.

—Idiota —negó Evie, con expresión divertida.

—Sincero, que no es ni por asomo lo mismo. Nos vamos viendo, preciosa.

—Vale. —Le devolvió el beso en la mejilla.

—Oye… —Se giró hacia ella cuando se iba.

—¿Qué?

—¿Cómo llevas las manos? La última vez que hablamos en persona me dijiste que las tenía un poco tocadas todavía.

—Hoy no es el mejor día, pero bastante bien —respondió mirándose las palmas.

Terminé de bajar despacio la escalera. Los ojos de Evie volaron hacia mí. Se puso tensa, al mismo tiempo que se separaba del marco de la puerta. Carlos dirigió la mirada hacia donde ella miró y me encontró parado cerca de él.

—Hola —dijo por educación.

—Hola. Soy Kilian, el nuevo vecino de la cuarta planta. —Le ofrecí una mano.

—Ah, un placer. Yo Carlos, del tercero —asentí mientras él aceptaba mi gesto. Me la estrechó.

—Igualmente.

—Reunión de vecinos, maravilloso —soltó Evie.

Habló en tono muy bajo, pero no lo suficiente como para que Carlos y yo no nos enteráramos. Me guardé las manos en los bolsillos, cuando nuestros ojos se quedaron fijos en los del otro.

—Eh… —Escuché de fondo a Carlos—. Yo me iba ya, sí, eso voy a hacer. —Carraspeó—. Adiós, chicos.

Tan rápido como se despidió, desapareció. Di un paso hacia Evie, ella lo dio hacia atrás, agarrando la puerta con una mano.

—Tenemos que hablar. —Utilicé un tono conciliador, pero terminé maldiciendo cuando se movió rápido lanzando la puerta para que se cerrara de un portazo.

Capítulo 30



Evie

—¿Eres siempre tan agresiva cuando te enfadas?

Solté un grito de protesta, al escucharlo, mientras miraba la punta de su pie sobresaliendo entre el marco y la puerta. Había evitado que se cerrara. La empujó y dio varios pasos dentro, cerrando tras de sí.

—No te he invitado a entrar. —Fruncí los labios.

—¿En serio? Pues creo haber escuchado: «Hola, Kilian. Pasa, eres bienvenido. ¿Quieres tomar algo?»

—No se te da bien ser gracioso. —Entrecerré los ojos—. No me apetece verte, ni mucho hablar contigo. —Le dejé claro porque continuó ignorándome.

—Lo lamento, pero es lo que vas a hacer, las dos cosas.

Se paró en medio del salón, a muy pocos pasos de mí. Me di varias tortas mentales por pensar en lo guapísimo que estaba. Tenía el pelo húmedo y… Bueno, tampoco necesitaba mucho más para destacar, para mi desgracia. Desvié la vista y me moví. Fui hacia la cocina, pensando en que, si lo ignoraba yo, se terminaría cansando y se iría.

Un gran error porque me siguió en silencio. Continué a lo mío. Nerviosa y sintiendo su mirada puesta en mí, saqué de la nevera un recipiente con caldo y una barra de queso de cabra. Cogí una olla pequeña para colocarla encima de la vitrocerámica y una barra de pan, de la que corté tres rebanadas. Seguí entreteniéndome en cortar el queso de cabra en rodajas y las coloqué sobre el pan, dejándolo preparado en la bandeja del horno, para que el pan saliera crujiente y el queso se fundiera un poco sobre él.

No encendí nada, primero necesitaba que Kilian se fuera para estar tranquila, de una vez por todas. Me giré hacia él para encararlo, pero contuve la respiración al encontrarme con su pecho a centímetros de mí. No lo había escuchado moverse.

—Tenemos que hablar —repitió lo mismo que antes de que intentara cerrarle puerta en la cara.

—Ya te he dicho que no quiero. —Subí la cabeza despacio y me arrepentí al instante.

Tan cerca de sus ojos y la intensidad que transmitían, de su boca que era un pecado, de su olor de recién duchado, con su característico aroma, del calor que desprendía su cuerpo. Bajé la mirada sin poder mirarlo por mucho tiempo más.

—Lamento cómo me he comportado esta mañana. Si es eso lo que has venido a buscar ya lo tienes. No volverá a suceder.

Dejé salir el aire cuando se pegó a mí. Se inclinó bajando hasta apoyar las manos en la encimera, a los lados de mi cuerpo. Me quedé encerrada. A pesar de que me sería muy fácil librarme de él y de pillarlo por sorpresa, no hice absolutamente nada.

En realidad, aunque me negara a aceptarlo, necesitaba que hablara.

—Mírame —me pidió con voz rasgada.

—Estoy muy bien así.

—Quiero que veas la verdad de mis palabras en mis ojos, Evie. Mírame —insistió.

Bufé entre agobiada y cabreada, pero terminé haciendo lo que me pedía. Levanté la cabeza, al mismo tiempo que la barbilla, dejándole clara mi postura. Una pequeña curva elevó su mejilla derecha, la que se amplió cuando entrecerré los ojos.

—Sé que fuiste a buscarme ayer por la tarde y que no llegaste a llamar a mi puerta porque te encontraste con que tenía visita. —Agrandé los ojos.

—¿Lo has sabido todo el tiempo? Oh, no hace falta que respondas. Me va a escuchar David —negué.

—Solo ha actuado como un buen amigo, incluso amenazándome con partirme la cara si no te trataba como te mereces: con sinceridad y respeto —esta vez sonreí.

—Ya te dije que es el mejor —asintió serio.

—Es lo que quiero, Evie. En ningún momento he pretendido no tratarte con sinceridad ni respeto. Nunca saldría de mí hacer tal cosa, ni mucho menos hacia ti.

La saliva se me quedó atascada en la garganta, al sentir el roce su mano retirándome el pelo de un lado hacia atrás. No conforme con eso, colocó la mano sobre mi cuello y me cubrió el lateral, dejándola ahí quieta.

—Te late tan fuerte el pulso… —susurró y por unos instantes vi que no estaba conmigo, en mi

piso y en mi cocina.

Se había ido vete a saber dónde. Se quedó con la mirada fija en mi cuello, concentrado en mis pulsaciones.

—¿Qué haces? Si los vampiros existieran y fueses uno, me estaría preocupando muchísimo ahora mismo —hablé en tono muy bajo.

Mis palabras lo devolvieron a mí. Buscó mis ojos, con los suyos abiertos más de la cuenta. Soltó una carcajada.

Pues mira qué bien, a mí no me hacía ni puñetera gracia. Bufé.

—Solo estaba comprobando cómo de fuerte te late el corazón al tenerme cerca. —Levanté las dos cejas.

—Ahora me dirás que eres un experto, ¿o qué?

—Soy un experto en muchas cosas, ya las irás descubriendo.

—No creo que descubra nada —susurré girando la cabeza hacia un lado.

Hice una mueca cuando puso varios dedos en mi barbilla y devolvió mi cabeza a su posición inicial, de cara a él.

—Ayer no pasó nada en mi piso. Rebeca, que así se llama la mujer que me viste recibir, estuvo bastante rato y terminó yéndose.

—No me interesa —murmuré.

—Mentirosa —susurró acercando su cara a la mía.

—Y dale con la dichosa palabra. —Bufé.

—Te lo dije una vez, con cada mentira que me dices, más cosas sé de lo que piensas, te preocupa o te inquieta.

—Es que no me interesa lo que hicieras con esa mujer cuando os quedasteis solos. —Levanté los brazos a los lados de su cuerpo, exasperada—. Por mí, por mí…

—¿Qué? —Quiso saber sin separarse.

—Que no tenía ni tengo ningún derecho a ponerme como me he puesto. —Mi voz fue debilitándose conforme hablaba.

Me di cuenta de que realmente no lo tenía. Kilian no me había prometido nada, yo había aceptado nuestros encuentros, los que durante la semana se convirtieron en habituales. Nunca

habíamos hablado de ningún tema que nos relacionara como… Como pareja ni nada por estilo.

Pero para mí el dolor era el mismo porque… Bloqueé mis pensamientos para no aceptar lo que estuve a punto de decirme a mí misma.

—Lo siento —repetí con ganas de quedarme sola.

—No has entendido nada, Evie. ¿Tan mal lo he hecho? —Levanté la cabeza de golpe.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que no has entendido nada desde que nos hemos reencontrado. No le has dado la importancia que tuvo que nada más saber que estábamos en el mismo edificio, no pude evitar salir casi corriendo de mi piso para verte. Tampoco has tenido en cuenta la rabia, la impotencia y el asco que me entró cuando te encontré frente al imbécil que te esperaba en la calle.

»Ni siquiera le has dado el valor que le pertenece esta semana, cada vez que he bajado temprano solo para verte y para recibir mi beso de buenos días, incluyendo las tardes que hemos pasado juntos y el comienzo de las noches. Tengo las cosas muy claras y nadie me impone nada, Evie.

»Ten por seguro que todo lo que he hecho, hasta la más mínima cosa, ha sido porque quería, lo necesitaba y porque estaba deseando de que llegara el momento de estar contigo.

Intenté contener la emoción que brincaba en mi interior, por lo que había dicho.

—Ayer subí a verte. —Tragué saliva repitiendo lo que ya me había dicho él, pero necesité exteriorizarlo. Asintió.

—David me ha dicho muy poco antes de irse de la zona de escalada, pero lo justo y necesario para saber qué estaba sucediendo. ¿Te has enfadado mucho con él? ¿Le has dado el viaje de vuelta? —Levanté las dos cejas.

—No. Como siempre me lo ha explicado y lo he entendido —volvió a asentir.

—Me alegro. Él solo quería protegerte y que llegara este momento, sabiendo que se aclararía todo. El día que me comentó que hoy ibais a hacer escalada, me encantó que me lo propusiera e incluyera porque tenía muchas ganas de verte en acción. Me dio todos los datos porque sabía de antemano dónde terminaríais. Lo único que me dijo que podía cambiar era la pared de roca, pero si no estabais en una, solo tenía que continuar avanzando y os encontraría.

»Así ha sido, os he visto ascender, pero he aprovechado para pasar un buen rato con Glen en otra parte. No quería que te despistaras porque sabía, era consciente, de que al principio te costaría, por muy preparada que estés y mucha experiencia que tengas. Caer al vacío y sentir la inseguridad de lo incierto y el miedo recorrerte no es algo fácil de digerir. Lo que sí he visto durante una hora ha sido parte de vuestro descenso y me he acercado a ti por la espalda con las mejores intenciones, emocionado cuando has llegado abajo. Pero claro, no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar.

—Ya te he pedido perdón. —Bajé la mirada hacia su pecho, sintiéndome mal por mi actitud

—. No tenía idea de que David había estado en contacto contigo esta semana. Ayer, de hecho, pensaba mencionarte lo de la escalada, por si te animabas a unirte a nosotros.

Me sorprendió notar la calidez de sus labios en mi frente. No dije nada, me mantuve callada y nerviosa. No tuve ni idea de si notó el temblor que me recorrió.

—Has dicho que no pasó nada ayer con esa mujer…

—Eso he dicho y es la verdad.

—Pues ella iba muy dispuesta a conseguirlo. —Bufé.

Se apartó lo necesario para bajar la cabeza hacia mí y mirarme a los ojos. Me fastidió ver una sonrisa en sus labios porque me quedé aún más al descubierto.

—Ese es su problema, no el mío. —Lo miré de reojo—. Te estoy diciendo la verdad.

—No hace falta que entre nosotros no corra el aire. —Solté un pequeño jadeo.

Me apretó contra la encimera, sin variar la posición.

—Me encanta que entre nosotros no corra el aire, sobre todo cuando estamos desnudos. —Tragué saliva—. Porque eso significa que nuestras pieles se tocan, se rozan, se calientan, se mojan con el calor y los fluidos del otro y…

—Me ha quedado claro. —Apoyé las manos en su pecho.

—¿Lo notas ahora tú? —Fijé los ojos en su mano, me agarró la mía a la altura de su corazón — ¿Sientes cómo bombea? —asentí despacio, todo lo opuesto a lo que percibí de él.

—Si lo que dices es verdad… ¿Por qué no viniste a verme? —pregunté entre susurros.

—Porque Rebeca se fue muy tarde. La intenté echar de buenas maneras, inventándome excusas creíbles, pero no hubo manera. Tuve que enviarle un mensaje a mi amigo Glen, el que has conocido hoy, para que viniese a mi rescate. —Levanté rápido la cabeza. Me encontré con la sinceridad en sus ojos—. Cuando él llegó a mi piso con la cena, porque improvisó, Rebeca se tomó a malas su interrupción y se marchó.

—¿Quién es esa mujer? ¿Por qué aguantaste sin echarla tú mismo? ¿Qué importancia tiene para ti? —Ladeé un poco la cabeza.

—No me importa ni lo más mínimo. Es una mujer que me desea. —Fruncí los labios y él me los separó, para acariciarme el inferior con los dedos—. Quiere que caiga a sus pies, pero ni, aunque fuese la última mujer en la faz de la tierra me tentaría.

»Primero, porque independientemente de quien sea no me atrae y no va conmigo que intenten engatusarme; y segundo, porque tiene una unión demasiado especial con mi padre y solo por eso me da bastante asco y reparo.

»Apuesto a que su inesperada visita de ayer fue provocada por él, el que también quiere pillarme de cualquier forma para atarme. Y si voy más allá, no dudo de que entre ellos hay algo.

—¿No te llevas bien con tu padre? —Agrandé los ojos—. ¿Crees que lo de ayer lo provocó él? Joder, ¿tienen relaciones?

—Lo primero… Es una forma de decirlo. Y sobre las otras dos cosas, no lo creo, lo sé. —Hice una mueca—. Solo mira por su beneficio en todos los ámbitos de su vida, y si yo estuviese con Rebeca sería muy bueno para él. Ni siquiera sé cómo ha averiguado dónde vivo, por mí no ha sido y por mis amigos tampoco.

—¿Por qué? —Tragué saliva pensando en que si alguna vez ese hombre se convertía en mi suegro me iba a llevar fatal con él, o más bien no iba a llevarme de ninguna forma.

—Porque no soporta que yo sea feliz por mis propios medios para cumplir mis deseos. —Apretó la mandíbula.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló, nos mantuvimos en silencio, con las miradas fijas en el otro. Solté un suspiro al sentir los dedos de una de sus manos acariciarme despacio la cadera.

—¿Te ha quedado claro todo? —asentí— ¿No te queda ninguna duda? —negué, pensando que por ahora— ¿No me odias?

—Nunca te he odiado, aunque sí que he querido estamparte cualquier cosa en la cabeza.

Soltó una carcajada que hizo vibrar todo su cuerpo, vibración que traspasó hacia el mío.

—Mejor que te lo tomes así porque me ha faltado muy poquito. —Junté varios dedos.

—Me encanta —susurró inclinándose más.

Por unos instantes, cerré los ojos al notar el roce de sus labios en los míos.

—¿El qué? ¿Qué quiera pegarte? —Noté sus labios tensarse en una sonrisa.

—Que te vuelvas tan agresiva y saques las uñas porque te importo, porque con tu actitud dejas claro lo que sientes por mí, aunque no me lo hayas dicho, ni tengas intención de admitirlo tan pronto.

Abrí los ojos de golpe. Ni siquiera me dio tiempo a soltar un jadeo, su boca cayó sobre la mía y me cubrió los labios con fuerza e intensidad, consumiéndome con un beso que sabía que solo era el principio.

Lo agarré de la nuca y lo acerqué a mí todo lo que pude, devolviéndoselo con la misma desesperación y necesidad.

Capítulo 31



Inicio de semana…

Estiré los brazos y la espalda en mi silla del trabajo. Notaba los músculos engarrotados y doloridos, sobre todo, lo último. El esfuerzo del sábado al escalar todavía me hacía poner muecas cada vez que me movía, sentarme era un suplicio. Normal, con la poca actividad de gimnasio que había tenido desde que me dieron el alta, por no decir que había sido casi nula porque un día no contaba…

El ejercicio físico con Kilian no podía incluirlo, aunque era una forma de ejercitarse muy bien recibida y excitante. Nos habíamos separado esta mañana, cuando salí para el trabajo. Desde el sábado por la noche, cuando vino a verme para aclarar las cosas, no se había ido de mi piso. Bueno rectifico, solo tardó unos minutos en subir al suyo para coger ropa de repuesto y algo más a lo que le dimos muy buen uso.

Cómo me alegraba que hubiese insistido en hablar conmigo, me quitó todas las dudas, los miedos y la rabia. Consiguió aplacar mi malestar con sus explicaciones y lo remató un sexo ardiente y excitante en la misma cocina. Ese fue el comienzo y todavía me reía cada vez que recordaba sus palabras: *«Es que no sé si te ha quedado claro todo, esta es la mejor manera que encuentro para que entiendas que quiero estar contigo y que el resto me importa una mierda. Y eres demasiada tentación como para mantener las manos quietas y otra parte de mi cuerpo se pone muy contento por tu cercanía».*

Cada vez que se había acercado a mí con claras intenciones, las que habían sido muchas, me había repetido lo mismo. Vamos que me lo había dejado claro de muchas formas y en muchas posiciones. Todos los espacios y lugares que os vengan a la cabeza, pues en esos mismos habíamos sucumbido a la pasión y al deseo.

Miré de reojo la mochila del gimnasio. La había traído con la intención de ir a entrenar al salir del trabajo, aunque en ese momento no estaba segura de por qué. Me dolía todo el cuerpo, pero era consciente de que hacer ejercicio podría ayudarme a aliviar las agujetas y el malestar más rápido. Arrugué la nariz porque no tenía muy claro si decidiría ir; por el momento, ganaba el no.

Aún faltaba media hora para que terminara mi jornada laboral, así que lo más seguro es que

sorprendiera a Kilian llegando antes. Nos habíamos despedido por última vez al salir de mi piso, para él ir hacia el suyo. Sabía que mi intención era ir, pero… Pues todo apuntaba a que no. En fin…

El lunes había sido productivo, estaba contenta. Por fin me había puesto al día y podía minimizar el estrés. Recosté la espalda en la silla, haciendo una mueca, pero sonreí al recordar que Kilian me había dicho que en un par de semanas iríamos a escalar de nuevo, los dos juntos y nuestros amigos, David y Glen.

Al último me daría vergüenza verlo, no tuve lo que se dice un buen comienzo con él. Cada vez que pensaba en cómo le había hablado sin conocerlo y la actitud que tuve… Kilian me había dicho que ni me preocupara, pero no podía evitarlo. Invertía la situación y si a David le hubiese caído mal Kilian, o hubiese tenido algún encontronazo con él…

Referente a mi amigo lo llamé el domingo. Le hice un resumen breve de la visita de Kilian y que estaba con él. Se alegró y cómo no, volvió a tener razón. Con la que no había hablado era con Maya, no sabía absolutamente nada de lo malo ni lo bueno. Pensando en ella, sonreí al bajar la mirada a la pantalla de mi móvil. Me estaba llamando.

—Te he invocado —dije nada más descolgar.

—¿Qué dices? ¿Ahora te ha dado por las cosas oscuras? —Reí.

—¿Qué cosas oscuras? —Sacudí la cabeza.

—Yo qué sé. Eres tú la que me has invocado, lo que por cierto te ha salido genial. Aquí estoy. —Reímos.

—Me queda poco para salir.

—Lo sé, por eso te llamo. Como tu amorcito te funde las neuronas y otras partes perversas, no recuerdas que hoy no trabajo. Bastante lo he hecho el fin de semana. —Bufó.

—Es verdad. —Se me había olvidado por completo, aunque con todo lo que había pasado…

—¿Vamos a tomar algo?

—Eres el plan perfecto para no ir al gimnasio —dije divertida.

—Joder, qué honor. —Rio.

—Me he traído la mochila, pero estoy destrozada del sábado —solté un suspiro.

—Si es que no me extraña, tenéis unas costumbres más raras… Con lo bien que se está con los pies tocando el suelo. —Apreté los labios—. Me tienes que contar cómo os fue. No he querido interrumpir tu fin de semana, pero hablé con David el sábado por la tarde y me dijo que muy bien, aunque lo noté muy serio al hablar.

—Es que pasaron ciertas cosas que no sabes. —Jadeó—. No te asustes, fue en tierra firme todo.

—Ah… ¿Y qué mierda ha pasado? —sonreí.

—Ya no tiene importancia, pero ahora te lo cuento cuando nos veamos. ¿Voy a por ti?

—No —respondió cantarina.

Se quedó callada y me separé el teléfono de la oreja, para ver si se había cortado la llamada. Levanté la cabeza, al escuchar varios golpes en la puerta del despacho abierta.

—No has perdido el tiempo. —Reí al verla cortar la llamada, con una sonrisa pícara.

—Si te parece… Últimamente estás muy solicitada y como no te pille en estos momentos. —Puso los ojos en blanco, pero de forma divertida.

Me levanté para darle dos besos con la mesa de barrera entre las dos.

—No te preocupes por mí, espero a que sea la hora. Es que en la calle hace mucho frío y he venido en transporte público.

—Vale. No tengo mucho por hacer ya. Lo dejo todo organizado y nos vamos.

—Perfecto —asintió varias veces.

Fue en lo que me entretuve. Clasifiqué el trabajo con el que quería ponerme a primera hora del día siguiente, archivé lo que ya había terminado, revisé unos datos en el ordenador y le eché un vistazo al correo interno de la empresa. No tenía nada importante, por lo que lo apagué y me levanté para ponerme el chaquetón.

—¿Ya? —me preguntó Maya.

—Sí, soy toda tuya —le sonreí poniéndome el bolso en el hombro.

—Qué bien suena eso. —Me devolvió el gesto, mientras yo agarraba la mochila del gimnasio.

Caminé hasta la mesa y la rodeé. Al llegar a su lado colgué un brazo del suyo y salimos del despacho. Dejamos el edificio atrás y nos montamos en mi coche. Decidimos ir al centro a tomar algo, en la zona de mi empresa ya no había mucho movimiento y el centro quedaba mucho más cerca de donde vivíamos.

Tardamos diez minutos en llegar y por suerte pude estacionar rápido.

—Ya podrían arreglar las luces —comentó.

Ya estaba bastante oscuro y había poca iluminación. La luz de una farola parpadeaba y varias

estaban fundidas.

—Con lo que cuesta encontrar aparcamiento a esta hora, como para pasar de largo —me referí al sitio donde había aparcado.

—Ya te digo, hoy no nos ha costado. —Esta vez ella se agarró de mi brazo.

Estábamos cerca de la esquina de la calle, por lo que no tardamos en mezclarnos con la gente en una de las zonas más concurridas. A los pocos minutos nos sentamos en la terraza cubierta de un bar y le pedimos dos cervezas al camarero que se acercó a atendernos, junto a dos pequeñas tapas. Yo estaba hambrienta, solo había mal comido un sándwich al mediodía.

—¿Qué pasó el sábado? Cuando David se pone tan serio es por algún motivo importante —me preguntó cuanto tuvimos en la mesa todo lo que habíamos pedido.

—Fue por mí, por algo que me pasó.

—Me has dicho que no sucedió escalando… ¿Es verdad?

—Sí —le sonreí y soltó un largo suspiro.

—Vale. Por cierto, ¿qué tal las manos?

—Un poquito resentidas, pero lo normal. ¿Vas a dejar de preocuparte por la escalada?

—Es que es muy difícil sobrellevar a unos amigos tan aventureros. —Puso los ojos en blanco y reí.

—Lo que me pasó tiene que ver con Kilian. —Capté toda su atención.

—Cuéntame eso —me pidió con los ojos abiertos al máximo.

Le hice un resumen un pelín extendido, para que comprendiera la situación, mi actitud y comportamiento y lo que vino después. Aunque el final, por la expresión que puso le encantó y quedó más que satisfecha.

—Ay, ¡qué emoción! —Juntó las manos.

—¿Dónde la ves?

—Leche, que ha sido vuestra primera pelea y enfado de enamorados. —Jadeó.

Solté una carcajada, pero había dado en la diana, al menos por mi parte.

—¡Qué hombre! Si es que me derrito con su forma de ser —sonrió de forma exagerada—. Pero una cosa te digo, su padre es un cabr…

—Ya —la interrumpí—. La que estuvo a punto de derretirlo soy yo, pero de una forma muy diferente a la que se te pasa por la cabeza —negué divertida.

—Lo que tú digas, pero a mí no me engañas. —Me señaló.

—Lo importante es que terminó mejor que bien —dije pensativa.

—Yo no habría tenido dudas. —Levanté las dos cejas—. Valeee… No habría tenido dudas, después de arrastrar por las escaleras a esa mujer. —Reí.

Una vez aclarado lo de Kilian y de hablar un poco más sobre el tema, le expliqué lo bien que nos fue a David y a mí escalando. Mientras conversábamos nos tomamos las cervezas y dejamos vacíos lo platos de las tapas. Me sentó genial echarme algo al estómago, para poder aguantar hasta la hora de la cena.

Regresamos al coche animadas, a pesar de que Maya vivía cerca, le dije que la llevaba para que no fuese sola. Giramos la calle donde había aparcado y conforme fuimos avanzando por la acera, mi ceño empezó a fruncirse. Vi a alguien apoyado en el maletero de mi coche, pero al principio no lo reconocí por la poca luz que había, hasta que habló, claro.

—Os lo pasáis muy bien, ¿no? —La voz de Iván me erizó el vello.

Maya soltó un pequeño jadeo al saber de quién se trataba y por la situación tan rara, parecía que nos estaba esperando y por el comentario que hizo, no lo dudé. Nos había visto en el bar y diría que mucho antes porque para estar junto a mi coche…

—Es una pena que lo hagan solas. —Nos giramos hacia la persona que habló, apareció por nuestra espalda.

—¿Qué es esto? —pregunté con rabia.

Maya me apretó el brazo con tanta fuerza que me hizo daño, pero no le dije nada. Me urgía más estar pendiente de los dos que nos acorralaron. No temí por mí, mi miedo fue por Maya. Yo sabía defenderme y estaba acostumbrada a los golpes, no eran pocos los que me había llevado años atrás entrenando. Pero mi amiga…

—Un encuentro casual —dijo Iván, para después soltar una carcajada—. Hoy va a ser un poco diferente, como ves, no estoy solo. —Apretó la mandíbula—. Me he llevado una decepción contigo, Evie —negó varias veces, como si en realidad estuviese decepcionado. Ver para creer.

—Me importa una mierda todo. —Entrecerré los ojos hacia él, pero no perdí de vista al otro.

—Auch… Tenías razón, es de las agresivas —dijo el de atrás y no le escupí porque no podía despistarme.

—Dejad que Maya se vaya —hablé hacia los dos, pero dirigiéndome a Iván.

—¿Qué? —Jadeó mi amiga—. No, no… Esto es un error. Iván no estás pensando con claridad. —Intentó mediar con él, craso error porque no había forma de que entendiera lo que no le interesaba.

La sonrisa que apareció en sus labios me dio la confirmación.

—Querida Maya, quiero que sepas que no tengo nada en contra ti, todo lo contrario. Por ti conozco a Evie.

—A mala hora —siseó ella.

—¿Qué has dicho? —Se inclinó hacia delante con una expresión asquerosa.

—Que no le gustas para su amiguita —comentó el que lo acompañaba.

Agarré con fuerza del brazo a Maya y la puse detrás de mí, cuando vi dar varios pasos al tipo que no conocía.

—¿Estáis seguros que queréis intentarlo siquiera? —Los miré a los dos.

—Creo que merece la pena, ¿no te parece Manuel?

—Por supuesto amigo.

Empujé con fuerza a Maya, con la espalda. Se tropezó, pero consiguió estabilizarse con un macetero grande del portal al que entró. En alerta, dirigí la mirada al avance de los dos, pero mi alerta brilló, parpadeó y se puso de un color intenso cuando Iván dejó visible algo que sacó de su espalda.

Tragué saliva y me cagué en él. Puede que estuviese en desventaja, puede que recibiera más de lo que podría llegar a dar, pero oh, como me recompusiera ni el propio Iván era consciente de lo que había removido en mí y lo que ello implicaba. Lo pagaría, quizás hoy no, pero lo pagaría a lo grande. Me iba a encargar personalmente de él, en un cara a cara, en uno contra uno, nada de hacer trampas.

La primera patada la esquivé, el primer puñetazo lo bloqueé y ataqué, pero un golpe fuerte y seco a traición en la espalda me cortó la respiración. Escuché el grito de Maya, solo eso, junto a mi respiración irregular mientras intentaba recomponerme.

Capítulo 32



Kilian

—Tengo ganas de que llegue Evie para conocerla —comentó ilusionada Salma.

—Pues ya puedes echar mano a la paciencia porque tardará un poco más —dije—. Iba al gimnasio después del trabajo, aunque ya debe de estar a punto de salir. —Miré la hora en el reloj de pulsera.

—Id pensando en lo que queréis cenar, porque con lo que tardáis en decidiros… —Glen salió de mi cocina con dos cervezas.

Habló en plural, pero los tres éramos conscientes de a quién se refería con sus palabras. Cogí el botellín y se lo agradecí.

—¿Lo dices por mí? —Se asombró Salma.

—No, por el que está detrás de la corredera del balcón esperando a que le demos paso.

Soltamos una carcajada porque ella se giró y miró en esa dirección, a pesar de que sabía que era mentira.

—Idiota. —Arrugó la nariz.

—¿Solo yo? —Se señaló el pecho, haciéndose el ofendido.

—Eres el que ha hablado, así que, te ha tocado. —Bebió un sorbo de refresco, con una sonrisa pícara.

—Todo un honor. —Rio él.

Empezaron a picarse saltando de un tema a otro, hasta que terminaron debatiendo, por así decirlo, que quién de los dos era más importante para mí. Por mi parte me divertí en silencio, observándolos. Encontraban en cualquier tema un motivo para saltar sobre el otro. Eran como los hermanos que siempre se peleaban, pero que nadie más que ellos los tocarán. Se adoraban y no

sería yo el que les quitara un segundo de diversión.

Al cabo de un buen rato terminaron riendo. No supe con qué comentario porque desconecté de ellos. Volví a mirar la hora, Evie debía estar a nada de llamar a la puerta. En cuanto lo pensé sonreí al escuchar el timbre. Salma dio un pequeño grito, y riendo, caminé para abrir.

Pero no era Evie, para mi sorpresa era David y su cara…

—David, ¿pasa algo?

—Kilian. —Apretó la mandíbula—. Evie y Maya están en el hospital. —Entrecerré los ojos.

—¿Cómo que en el hospital? ¿Le ha pasado algo a alguna de los dos? —Apreté el agarre de la mano en la puerta.

Escuché cómo mis amigos se acercaban, en silencio. Me aparté para dejar pasar a David y cuando se quedó en medio del salón volvió a hablar.

—Sí, a ambas, pero Evie ha salido mucho peor parada.

Salma jadeó.

—¿Qué mierda ha pasado? ¿Un accidente de coche? Evie iba al gimnasio —hablé con urgencia.

—Al final no ha ido, porque Maya se ha presentado en su trabajo y han ido a tomar algo. Hola. —Se dirigió a mis amigos—. Soy David, amigo de Evie.

—Hola —dijeron a la vez Glen y Salma, para después presentarse cada uno.

—David… —llamé su atención, desesperándome.

—Ha sido Iván, pero no iba solo ni desarmado.

Por unos instantes lo vi todo nublado por la rabia, destruyó mi estabilidad y me costó horrores controlarla.

—Hijo de… —Me pasé una mano por el pelo.

—¿Quién es ese? —Quiso saber Glen, con tono serio y cortante, como era su expresión.

—Un impresentable, por decirlo suavemente —empezó a responderle, mirando hacia Salma —. No la dejaba en paz y hace poco… —Apretó los puños—. Tendría que haberlas acompañado —se lamentó.

—¿Qué les ha hecho? ¿En qué momento? —pregunté con voz ronca.

—Ha sido cuando iban hacia el coche, cuando han salido del bar para coger el coche. Lo que sé me lo ha explicado Maya, pero estaba muy alterada y hablaba acelerada, me ha costado entenderla. Me ha llamado desde el hospital, en un momento en el que no la estaban atendiendo.

»No sabe nada de Evie desde que las separaron en las ambulancias, pero en ese momento estaba inconsciente. Si te digo la verdad no tengo ni puñetera idea de lo que les ha hecho ese… —Apretó la mandíbula—. Yo iba para casa cuando he recibido su llamada, estaba histérica. Me he desviado de ir al hospital para venir hasta aquí. No tengo tu número de teléfono y quería avisarte.

—Gracias —dije de espaldas a él, caminando rápido hacia el pasillo.

Entré en la habitación consumido por la ira. Me puse el anorak de malas maneras, cogí la cartera y el móvil, y salí al encuentro de todos.

—Nosotros también vamos. —Dio un paso hacia delante Glen, mientras Salma lo confirmaba con un gesto silencioso—. ¿En qué hospital están?

David le dijo el nombre y mi amigo asintió. Mientras yo abría la puerta, ellos cogieron sus cosas y se abrigaron. Bajamos la escalera en completo silencio, al pasar por la puerta de Evie maldije en voz alta, pero ninguno dijo nada al respecto.

—Deja el coche aquí —me pidió Salma, con gesto preocupado.

—No voy a irme del hospital y pasarán horas —hablé medio ido, metido en mis pensamientos.

—Yo tampoco. —Levanté la cabeza hacia David—. Si tus amigos se tienen que ir, ya te traeré yo de vuelta —asentí agradecido.

Salimos a la calle y nos dirigimos a los coches. Yo opté por acompañar a David, para que no estuviese solo. Glen y Salma fueron hacia el coche de él. Quedamos en buscarnos en el hospital.

—¿De verdad que no sabes cómo están? O no has querido decírmelo —hablé con la mirada fija hacia delante.

—No tengo ni idea.

Vi de reojo cómo apretaba el volante y me centré en no perder los nervios.

—¿Sabes dónde localizar a ese desgraciado? —Giré la cabeza hacia él. Asintió en tensión— Perfecto.

—¿Me vas a privar de empezar por partirle la cara? Te aseguro que se va a arrepentir de todo lo que le ha hecho a Evie. —Dio varios golpes en el volante.

—No te voy a excluir, lo vamos a hacer juntos —le aclaré y la mirada que me echó fue de agradecimiento.

—Tendría que haberme metido por medio antes. Joder, no tendría que haberle hecho caso a Evie. Ha querido mantenerme al margen siempre.

—Tranquilo, hasta ahora —siseé—. ¿A qué nivel llega Evie para saber defenderse? Cuando nos reencontramos comprobé la agilidad con la que se movió para esquivarlo y la patada perfecta que le dio en la espalda, pero no sé…

—Elevado, muy elevado. —Tragó saliva—. Sabe defensa personal y está especializada en varias artes marciales.

Me atraganté porque si eso era verdad y había terminado en el hospital, vete a saber cómo, la situación había sido más grave de lo que había querido pensar.

—Se metió en ese mundo gracias a su padre. En el pasado él fue campeón en varias especialidades. Lo he llamado, ya debe estar en el hospital junto a su mujer —asentí—. Qué manera de conocer a los suegros, ¿eh? —Me miró de reojo.

—¿Hay algo en especial que tenga que saber de ellos? Lo digo porque a mi padre es mejor no conocerlo nunca.

—No, solo que son buenos padres y buenas personas, quieren y adoran a su hija. Maya y yo vamos incluidos en el lote.

—Como debe ser —susurré dirigiendo la mirada hacia la ventanilla.

—Por lo poco que has dicho sobre tu padre… Lo siento.

—Gracias, pero no hace falta. Mejor lejos que cerca, te lo aseguro.

Nos quedamos en silencio, la distancia hasta el hospital se me hizo interminable. Cuando David estacionó en el aparcamiento habilitado nos dirigimos rápido hacia la entrada principal. Fui directo al mostrador y pregunté por Evie y Maya. La chica que nos atendió nos pidió un momento, mientras comprobaba en el ordenador sus registros.

—Todavía están atendiéndolas. Pueden esperar en la sala principal, llamarán a los familiares por los altavoces —nos informó.

—Gracias —dijimos a la vez David y yo.

Solté el aire de golpe, después de coger una buena bocanada de aire. Nos apartamos del mostrador y caminamos hacia la sala que nos había indicado. Glen y Salma todavía no habían llegado, no los vi por ningún lado. Los que sí estaban, como me había adelantado David, eran los padres de Evie.

—Son ellos. —Los señaló disimuladamente y seguí la dirección de su dedo.

Una pareja estaba agarrada de las manos, ella con expresión triste y preocupada, a él se le

marcaban todas las facciones. Era evidente sin conocerlo que estaba cabreado, pero a la vez se percibía en él sufrimiento, dada la situación.

David empezó a andar y yo lo seguí, fuimos directos hacia ellos. El padre de Evie fue el primero en ver a David. Se levantó después de susurrarle a su mujer.

—Mateo. —Se dirigió a él David.

—Hijo. —Le correspondió al abrazo, dejó claro desde el principio la unión que tenían.

—Hola, David. —Apareció su mujer a su lado.

Él procedió de la misma forma, la abrazó cariñosamente.

—¿Os han dicho algo? —les preguntó a ambos.

—No, la espera es desesperante —contestó Mateo.

—He hablado hace un rato con la madre de Maya, vienen de camino.

—Han tenido que adelantar la vuelta del viaje —negó David, pensativo—. Lo mismo no hacía falta. —Vi la esperanza en su mirada.

—Ojalá sea así —le agarró una mano ella—, pero es inimaginable para unos padres no acudir hacia sus hijos cuando les sucede algo.

Automáticamente pensé en el mío, y no me reí por respeto y porque todavía no había hablado. Lo que no tardó en suceder.

—Él es Kilian. —Me presentó David.

—Es un placer conocerlos. —Extendí una mano hacia el padre de Evie—. Lamento que sea en esta situación.

—Gracias, igualmente. —Me estrechó la mano con fuerza—. David ya ha dicho mi nombre, y ella es mi mujer, Luisa. Imagino que viniendo con él ya sabías que nos encontrarías aquí, somos los padres de Evie.

—Sí, lo sabía —le confirmé—. Encantado. —Dirigí la mirada hacia ella.

—Igualmente —me sonrió, pero el gesto no fue muy pronunciado—. ¿Conoces a nuestra hija?

David tosió varias veces y lo miré de reojo. La observación sobre él del padre fue muy esclarecedora, antes de fijar los ojos en mí.

—La conoce bastante bien —dijo David, anticipándose a mí—. ¿Sois pareja? ¿Os puedo considerar así? —Se giró para mirarme de frente, para que no vieran la diversión en su

expresión.

Levanté una ceja, metiendo las manos en los bolsillos.

—Ohhh… —Se sorprendió la madre, su marido ni se inmutó, esperando escuchar mi contestación.

—Eso somos, pareja. —Dejé claro.

Sacudí la cabeza hacia el amigo de Evie, al mismo tiempo que él apretaba los labios, conteniéndose para no reír.

—Sé que no me conocen, pero… —empecé a decir.

—Eso carece de importancia. —Tres pares de ojos se centraron en Mateo, por la rotundidad con la que habló—. Si es verdad y mi hija te ha elegido, no hay más que decir al respecto. Confiamos plenamente en ella y en sus elecciones. Bienvenido a la familia. —Esta vez fue su mano la que se extendió hacia mí y la acepté de la misma forma que había hecho él anteriormente.

—Gracias —asentí, antes de recibir un abrazo cariñoso de Luisa.

—¿Sabéis lo que les ha pasado? —nos preguntó Mateo, tenso.

—Cuando lo he llamado solo le he dicho que habían ingresado a Maya y a Evie por un altercado —me explicó David.

Antes de que pudiese explicarles a los padres de Evie lo poco que sabía por Maya, me giré hacia la entrada de la sala, al escuchar mi nombre. Glen y Salma acababan de llegar, caminaban hacia nosotros.

—Son mis amigos —comenté antes de que llegaran y de hacer las presentaciones directamente.

Una vez hechas, conociendo todos a los que teníamos delante, decidimos salir del hospital para que David tuviese la conversación con los padres de Evie.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó Mateo pensativo, después de tener la información de la que disponía David.

—Poco más puedo deciros, hasta que no nos lo cuenten ellas no sabremos los detalles —le comentó él.

Asintió serio, puedo jurar que en mi vida había visto una expresión y mirada tan significativa de alguien. Estaba por ver si el padre de Evie no se encargaba personalmente del desgraciado de Iván, privándonos a David y a mí del placer de… La última parte me la reservo porque como diga ahora mismo lo que le haría, sería bastante desagradable.

Glen y Salma se mantuvieron en segundo plano, hasta que se unieron a la conversación que inició Luisa.

Capítulo 33



Evie

Los párpados se me abrieron despacio y tuve que moverlos varias veces seguidas y rápido, para aclararme la visión. No lo conseguí todo lo que buscaba, continué viendo borroso el blanco hacia el que tenía enfocada la vista.

Me costó volver a la realidad y saber dónde me encontraba, me sentía aturdida. Fui haciendo un recorrido por todo el espacio que me rodeaba, lentamente, descubriendo que estaba en una habitación de paredes y techo de ese color, y que olía a… Arrugué la nariz, no me gustaba el olor característico de los hospitales.

Bajé la mirada hacia mi cuerpo. Estaba tumbada en una cama, me habían puesto un gotero. Seguí los cables con la mirada, hasta llegar a los dos pequeños tanques que había colgados junto a mí. Solté un suspiro y hasta ese pequeño acto me molestó. Hice una mueca, intentando recordar cómo es que había terminado de esta forma.

Lo último que recordaba era estar peleando con el gilipollas de Iván y su amigo, Manuel, el que era igual que el primero. De mi garganta salió un quejido cuando intenté moverme para incorporarme. El primer intento me tumbó en la cama de golpe, al cuarto conseguí quedarme sentada en la cama, con las piernas colgando hacia un lado.

Me dolía todo. El dolor era bastante insoportable, lo que provocó que la vista se me nublara más y viese peor que al abrir los ojos. Me llevé la mano a la barriga y me la palpé despacio, con una mueca en la cara, mientras me acariciaba con cuidado por encima de la bata que me habían puesto.

Notaba perfectamente cada parte palpitante donde había recibido golpes: la cabeza, la espalda, la cara, el pecho, la barriga… Podía continuar un poco más hacia abajo, pero descarté las piernas porque una punzada de dolor en la cabeza me hizo agarrármela.

—¿Qué hace? —Escuché la voz de una mujer, pero no pude mirarla— No puede incorporarse.

Sentí sus manos en mis brazos y solté un largo suspiro cuando me tumbó de vuelta a la cama. Pero entonces recordé algo que me dieron ganas de vomitar… Maya.

—¿Dónde está mi amiga? Se llama Maya, estaba conmigo —pregunté nerviosa y acelerada.

—Haga caso, por favor —me pidió sujetándome de los hombros, intenté levantarme—. Tranquila, la atendieron cuando las trajeron a las dos. Está esperándola junto a sus familiares en la sala de espera, muchísimo mejor que usted.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo un alivio impresionante.

—Vale —susurré—. Gracias.

—Voy a avisar a la doctora, estábamos esperando a que abriera los ojos. —Fijé los míos en ella.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Tragué saliva, pero tenía la garganta muy seca.

—Casi dos días. Llegó inconsciente —asentí con los labios fruncidos, mientras la rabia me recorría—. Enseguida vuelvo con la doctora.

Me dejó sola y volví a presionarme con cuidado la cabeza. Me iba a estallar.

Al cabo de unos minutos la misma mujer se acercó a mí, junto a otra.

—Hola, Evie. Me alegro de verte —me sonrió apoyando la cadera en la cama—. Soy Amaya, la doctora que te ha atendido desde que llegaste.

—Hola —susurré—. Gracias.

—¿Cómo te encuentras? Dime lo que sientes.

—Me duele todo —soltó un suspiro.

—Normal, en el estado en el que llegaste no es para menos —negó.

—¿Tan mal estaba? No me acuerdo.

—Te trajo una ambulancia, inconsciente como te ha dicho María. —Se refirió a la enfermera que estaba a su lado—. Por como notarás el cuerpo, sabes en las zonas en las que recibiste los golpes, los peores fueron en la cabeza. Ya no hay peligro, te hemos mantenido sedada, hasta que las pequeñas manchas que salían en las pruebas han desaparecido.

»Solo queda una minúscula. Esta mañana temprano te han hecho la última, por ahora. Antes de darte el alta programaré las definitivas —asentí despacio—. Estarás dolorida durante unos días, pero te recuperarás perfectamente.

—Gracias —sonreí un poco.

Me llevé la mano a la comisura de los labios al notar tirantez y una punzada de dolor.

—Te di dos puntos, tenías un corte profundo —hice una mueca—. Por tu amiga sabemos lo que sucedió, se ensañaron contigo y por lo visto lo de la boca te lo hicieron cuando uno de los asaltantes intentó besarte. —Agrandé los ojos. No me acordaba de nada—. Tú lo evitaste, pero un poco tarde. Te mordió.

—¿Qué ese desgraciado me mordió? —casi grité, sin salir del asombro. La doctora asintió mirándome seria.

—Tengo que preguntártelo… ¿Vas a denunciar?

Giré la cabeza hacia un lado, desviando la vista de ella.

—¿Evie? Solo sé que tu amiga le dijo al doctor que la atendió que conocíais a quien empezó la agresión.

—Sí —susurré.

—¿Sí a qué?

—Sí a todo, pero referente a lo de si voy a denunciar… Será en unos días.

«La venganza es un plato que sienta mejor en frío», pensé. Claro que iba a denunciar al desgraciado de Iván y a su cómplice Manuel. Solo de pensar en ellos… Me estremecí de la impotencia y de la rabia. Pero cuando lo hiciera, ya habría actuado por mi cuenta hacia ellos. Solo necesitaba un poco de tiempo para recuperarme y que no me doliera todo el cuerpo como si hubiese caído una tonelada de algo muy pesado sobre mí.

—Me alegra escuchar eso —asintió conforme—. La policía ha hablado con tus padres, han interpuesto una primera denuncia por tu estado, aunque todavía no han dejado claro los datos exactos.

«Menudo es mi padre», fue lo que también pensé. Y que Iván y el otro no tuvieran la desgracia de cruzárselo porque… Cogí una bocanada de aire despacio, no quería pensar en eso, ni en que mi padre se metiera en algo tan turbio que podía terminar en su contra, por las repercusiones que tuviese ante las autoridades.

—Gracias por la información —murmuré cerrando los párpados.

—Voy a avisar a las personas que llevan esperando a que abras los ojos desde que llegaste. —Los entreabrí—. Hasta ahora no he permitido que nadie entre a verte, necesitábamos estabilizarte primero, aunque he hablado con ellos varias veces. Irán pasando, pero en grupos pequeños.

—Vale —susurré.

—¿Tienes mucho dolor?

—Un poco. —Arrugué la nariz.

—Ahora se encarga María, ya verás que dejarás de sentirlo rápido, aunque también te dejará aturdida. Pasaré dentro de una hora para ver cómo vas.

Volví a asentir, no me quedaban fuerzas para hablar. Entre el malestar que tenía, el dolor punzante, y el asco y la ira… Me lo tragué todo, esperando el momento en el que, al menos, el dolor desapareciera como me había dicho.

Antes de que salieran de la habitación las dos, me forcé a hablar.

—Doctora —la llamé en tono muy bajo, pero me escuchó.

—¿Sí?

—¿Qué le hicieron a mi amiga? —Tragué saliva por el trauma que debía tener Maya.

Con lo que me sucedió haciendo rápel y esto…

—Ella salió a las horas de ingresar, solo tenía algunas magulladuras leves. Intentó defenderte. —Apreté los labios, para contener la emoción.

—Gracias. —Cerré los ojos cuando se fueron.

Escuché que alguien entraba y al notar que manipulaban la vía supe que era la enfermera poniéndome el calmante. Durante un buen rato no pude levantar los párpados, me pesaban demasiado y no tenía energía ni para hacer el intento de abrirlos.

No fui consciente de cuándo sucedió, pero muy pronto. Me sumí en la oscuridad, a la vez que mis músculos se relajaban al no sentir los pinchazos fuertes.

Cuando volví a la consciencia me encontré con mis padres, uno a cada lado de la cama. Las lágrimas que tenía mi madre en la cara me dolieron más que las heridas, el semblante serio y preocupado de mi padre me golpeó con fuerza.

—Lo siento. —Me dirigí a él, tragando saliva.

—¿Se puede saber por qué? —me preguntó hablando en tono muy bajo, mientras arrastraba un taburete.

Se sentó en él, agarrándome la mano que reposaba a su lado, como hacía mi madre con la otra.

—No me ha servido de nada todo lo que sé, lo que me ensañaste. —Apreté ligeramente los labios.

—Eso no es verdad y lo sabes. —Me presionó la mano, con la mandíbula apretada—. Si no tuvieses la habilidad y los conocimientos que tienes, quizás no estaríamos hablando ahora mismo. —Tragué saliva con dificultad—. Los enfrentaste sin miedo y no tienes ni una punzada del cuchillo con el que te intentó atacar uno, varias veces. Estabas en inferioridad, jugaron sucio.

—Me acarició la mejilla.

Hasta ese momento en el que me retiró la humedad no fui consciente de que estaba llorando.

—Me siento mal, es que…

—¿Qué? ¿Llamo a una enfermera? ¿Se ha pasado el efecto de los calmantes? ¿Qué te duele? —se preocupó mi madre.

—No, todavía no noto nada. Es solo que…

—Tuviste miedo por Maya y perdiste en más de un momento la concentración, perdiste el hilo de la pelea. —Terminó por mí mi padre.

Asentí despacio, tan despacio que mi cabeza apenas se movió.

—Cariño. —Me acarició la mano mi madre—. Es normal, estabas asustada por ella y quisiste protegerla. Estuviste más pendiente de Maya que de parar los golpes que recibías de esos dos… Esos dos… Esto no se va a quedar así. —La miré con cariño por lo enfadada que sonó su voz.

—Claro que no. —Presioné su mano.

—¿Estás planeando una venganza? —Mis ojos buscaron los de mis padres.

—Desde que estoy consciente. —Solté el aire despacio.

—Lo sé —sonrió de medio lado—. Pero, he de decirte que lo mismo llegas tarde.

—¿Tú…? —Lo observé preocupada.

—Todavía no, aunque no soy el único que quiere hacerlo. David y Kilian tienen la rabia por las nubes. Lo mismo nosotros nos quedamos con las ganas.

—¿Kilian está aquí? ¿Lo conocéis? —Me mordí el labio inferior y enseguida me arrepentí. Me hice mucho daño.

—Sí, desde el primer momento, al igual que a sus amigos. Él no se ha movido de la sala de espera. Sus amigos, David y Maya, se fueron esta madrugada con el tiempo justo para ducharse e irse a sus trabajos, pero están otra vez aquí, esperando impacientes para verte —me emocioné.

Tenía muchísimas ganas de ver a mis amigos, de sentir el cariño de ambos, sus abrazos reconfortantes… Pero, sobre todo necesitaba ver a Maya con mis propios ojos, para saber que lo que me había dicho la doctora era cierto.

—Kilian es…

«¿Quién es Kilian? Buena pregunta», me dije. Me quedé callada sin saber cómo referirme a

él.

—Es encantador. —Giré la cabeza hacia mi madre—. Y muy, muy guapo. Has sabido elegir estupendamente el novio —habló sonriente.

—Novio… —susurré sorprendida.

Noté que las mejillas me ardían. Mi madre rio, mi padre…

—Nos ha dado tiempo a conocernos —dijo—. Sabemos por él que vuestra relación es reciente, pero no por ello menos intensa. —El calor se apoderó de todo mi cuerpo.

Era una suerte de que solo en la cara se diferenciara porque si no, sería una bombilla de color rojo intenso tumbada en una cama de hospital. Mi padre sonrió de medio lado, sabiendo perfectamente la reacción que tuve.

—No me ha dado tiempo a contároslo —me justifiqué cuando ni yo sabía que éramos novios.

—Eso da igual. —Me acarició la mano—. Nos ha dicho cómo os conocisteis y bueno, todo lo demás.

—¿Todo? —Agrandé los ojos.

—Ay, Mateo, que los golpes le han afectado más de lo que pensábamos —intervino mi madre, con tono de humor.

—Ese todo en el que has pensado, no —continuó mi padre y carraspeó—. Y espero que nunca se dé ante mí. —Levantó una ceja y creo que hasta los ojos se me pusieron como un tomate de la vergüenza.

—Estamos felices por ti, cariño —dijo mi madre, acariciándome el pelo con mucho cuidado —. Hemos visto perfectamente lo que te quiere.

Capítulo 34



Kilian

Fijé los ojos en Mateo, el padre de Evie. Entró en la sala sujetando un vaso. Había salido a por un café para su mujer.

—Está caliente. —Escuché que le decía.

Devolví la atención a la puerta batiente por la que hacía un rato habían desaparecido David y Maya.

—Ya mismo la ves. —Me apretó un hombro Glen y asentí despacio.

Estaba sentado a mi lado, Salma se encontraba al otro. En cuanto los amigos de Evie salieran era mi turno para ir junto a ella. Me habían ofrecido entrar primero, pero preferí que fueran los siguientes después de los padres. Maya todavía estaba muy nerviosa por lo sucedido y necesitaba tranquilizarse viéndola.

Me eché hacia delante y apoyé los brazos en las piernas, con la mirada en el suelo. Por suerte, todo estaba bien dentro de lo malo, podíamos estar tranquilos. A Maya le dieron el alta bien entrada la noche, cuando sus padres ya estaban aquí. Se habían ido hacía un rato a la casa de ambos para darse una ducha, pero tardarían en volver. Eran tan agradables como la hija.

Los dos matrimonios se habían apoyado entre sí, haciendo visible la amistad que los unía.

Cuando vimos a Maya salir por su propio pie, nos levantamos de inmediato para rodearla. Tras la alegría del momento, los abrazos y los besos no se hicieron esperar, y luego nos apartamos todo lo que pudimos de las personas que había en la sala. Algunos de nosotros optamos por sentarnos a su lado, mientras que otros permanecieron de pie frente a ella, ansiosos por escuchar su relato sobre lo que había pasado, después de compartirle lo poco que conocíamos acerca de Evie.

En aquel momento…

—Aún no me creo lo que ha pasado —dijo afligida—. Salimos del bar de tomar algo y cuando

accedimos a la calle donde Evie dejó aparcado el coche, nos llevamos la sorpresa de que Iván estaba apoyado en el maletero. —Sacudió la cabeza, mientras los labios le temblaban—. Nos costó verlo, lógicamente tampoco es que esperásemos encontrarnos con él, pero por desgracia la iluminación de la calle no jugó a nuestro favor para poder anticiparlo.

»Las luces de varias farolas estaban fundidas, otra no dejaba de parpadear haciendo un efecto que no puedo olvidar… Las últimas imágenes que tengo de Evie son con esa puñetera luz intermitente. —Se frotó la cara—. Otro apareció a nuestras espaldas, sorprendiéndonos. Iban a por ella, Iván la atacó con saña, pero el muy desgraciado no tuvo el valor de hacerlo solo y sin ningún arma de por medio.

»Al principio Evie pudo mantenerlos a raya a los dos, pero cuando intentaba quitarse a uno de encima el otro la golpeaba por detrás como con una especie de bate. A pesar de ello, no dejó de golpearlos y de bloquear los ataques de ambos, pero yo no ayudé. —Frunció los labios—. Quise hacerlo varias veces, pero con cada uno de mis intentos empeoraba la situación. No podía mantenerme sin hacer nada, pero solo era un estorbo. —Se retiró la humedad de la cara.

»Sé que si ella hubiese estado sola todo habría sido muy diferente, pero Evie se empeñó en mantener la barrera hacia mí, en protegerme para que me dejaran en paz. No puedo dejar de visualizar la puñetera navaja de hoja grande que tenía uno, yendo hacia su cuerpo constantemente, y el bate del otro en el aire impactando contra ella a traición, una y otra vez… Por suerte, la navaja ni la rozó, lo evitó a toda costa.

—¿Cómo llegaron las ambulancias? ¿Llamaste a la policía? —le preguntó en tono bajo el padre de Evie.

—No caí ni en eso, Mateo. Tenía tanto miedo, me encontraba tan indispuesta y estaba tan concentrada en no perder de vista a Evie… —Tragó saliva—. Lo que sí hice fue gritar, mucho. —Se le notaba en la voz—. De esa forma atraje a la gente y varias personas se acercaron para ver qué estaba sucediendo.

»Iván y Manuel se escabulleron del agarre de varios hombres que los separaron del cuerpo de Evie, desaparecieron corriendo. Evie se quedó tumbada en la acera, con los ojos cerrados. —Se frotó las manos, muy nerviosa—. No los abrió durante todo el tiempo que estuve arrodillada a su lado, después llegaron las ambulancias. Uno de los hombres que vinieron a nuestro rescate llamó para pedir ayuda. Y ya no sé nada más de ella.

—¿Qué te hicieron a ti, cariño? —le preguntó su madre, acariciándole la espalda.

—Nada, recibí algún golpe porque intenté meterme en medio. Yo no era el objetivo, mamá. Aparte de los empujones y de algún moratón, no tengo nada más —soltó un suspiro tembloroso —. Evie me lanzó dentro de un portal para apartarme. —Lloró desconsolada abrazada a su madre.

En el presente, esperando en la sala del hospital…

Me pasé las manos por el pelo, nervioso. Necesitaba verla ya. Los padres de Evie en cuanto llegaron a la sala de espera, nos contaron que habían hablado con ella y me habían dicho que dentro de lo malo estaba bien, que se iba a recuperar sin problema. No me lo creería del todo hasta que la viera con mis ojos y pudiese comprobarlo por mí mismo.

Agobiado, con mucha rabia contenida y nervioso, así estaba mientras el tiempo pasaba. La noche se hizo interminable, con los ánimos de todos por los suelos. La aparición de Maya fue positiva, pero al cabo del rato volvimos a sentirnos de la misma forma. La inquietud era desesperante.

—Ya, Kilian —me avisó en tono bajo Salma.

Levanté la cabeza, viendo a David y a Maya caminar hacia donde estábamos sentados. Me levanté despacio, observando con detenimiento sus expresiones.

—Te está esperando —me dijo David, apretándome un hombro. Asentí.

—¿Queréis…? —Empecé a decir dirigiéndome a mis amigos.

—No, es tu momento —me sonrió con cariño Salma—. Tienes que entrar solo, a mí no me conoce todavía.

—Está bien así, ya la veremos cuando esté más recuperada —comentó Glen—. Dale recuerdos de nuestra parte y dile que esperamos verla salir pronto.

Les sonreí agradecido y sin decir nada, caminé hacia la puerta batiente. Por los padres de Evie sabía hacia dónde tenía que dirigirme. Seguí las indicaciones que me dio Mateo y llegué a la puerta. Estaba entornada. Cogí una bocanada de aire y lo solté despacio, antes de colarme por el hueco que había.

Fui tan silencioso que Evie no se dio cuenta de que estaba con ella. Apoyé el hombro en un saliente de la pared y la observé en silencio. Tenía los ojos entreabiertos con la cabeza girada hacia el lado contrario, con la vista fija en la ventana. Una fina sábana cubría su cuerpo hasta el pecho. Apreté la mandíbula al ver los puntos que destacaban en su boca. Por cada moratón que vi, por cada herida… Tuve que controlarme porque necesitaba mostrarme ante ella lo más tranquilo posible.

—Kilian… —susurró cuando miró en mi dirección.

—Hola, preciosa —le sonreí impulsándome.

Caminé hasta uno de los lados de la cama y le agarré con cuidado la mano en la que tenía la vía puesta.

—¿Cómo estás? —susurré.

Me incliné hacia ella, colocando la mano libre en la almohada, no le solté la suya con la otra.

—Mucho mejor. —Levanté una ceja—. El calmante ayuda mucho —asentí.

Me acerqué más y besé su frente, sin atreverme a hacerlo en los labios. Durante unos largos segundos no aparté el contacto con su piel, hasta que suspiró.

—Eres muy valiente y una campeona, te vas a recuperar pronto. Ya lo verás —intenté animarla.

—Mañana ya estoy activa y casi corriendo —dijo, y sonreí de medio lado.

—Tampoco te pases, te has venido demasiado arriba.

Intentó sonreír, pero una mueca de dolor cubrió su cara.

—Mis amigos Glen y Salma están aquí. No van a entrar para no molestarte, pero me han pedido que te dé recuerdos y me han dicho que esperan verte pronto. Salma está deseando conocerte.

—Dales las gracias —murmuró—. Yo también quiero conocerla, y que Glen se lleve otra impresión de mí.

Le había hablado de ella, sabía lo que Salma significaba para mí. Sonreí con expresión divertida recordando el único encuentro que había tenido con mi amigo. Bueno, no fue precisamente al pie de la pared de roca que escalaron Evie y David, pero se daría cuenta enseguida de que no fue nada para Glen y que la impresión que se llevó de ella no es ni por asomo la que imaginaba Evie.

—¿Cómo lo viviste? —Necesité saber al cabo de un tiempo breve en silencio.

Agarré un taburete que estaba cerca, sin soltar su mano, y me senté en él, bien pegado a la cama.

—Horrorizada por Maya y rabiosa por mí. —Cogió una bocanada de aire—. Ella está bien.

—Claro que sí, no hubieses permitido que fuese de otra forma. —Le retiré un mechón de pelo.

—No pude hacer todo lo que me hubiese gustado —dijo con una mueca.

—No digas eso, hiciste demasiado dada la situación. Tus padres me han dicho que no te hirieron con el arma blanca —negó moviendo la cabeza muy despacio—. Pues es todo un logro. —Presioné su mano.

—Pero terminé tirada en el suelo, inconsciente. —Tragó saliva.

—Escúchame, tienes que perdonarte, Evie. ¿Me oyes? Hiciste todo lo que pudiste, resististe al máximo. Cualquier otra persona no habría durado ni una cuarta parte que tú.

—Lo sé. —Frunció una parte de los labios.

—Lo hiciste muy bien, y protegiste a Maya.

—Está muy afectada, mucho más que yo —soltó un suspiro.

—Es normal, tiene un trauma por lo que ha vivido. Se le pasará, conforme pase el tiempo y te vea bien, apartará el recuerdo amargo.

—Doy gracias a que solo quisieran hacerme daño a mí. —Tensé la mandíbula—. Estoy bien.

—Lo sé, y mejor vas a estar. —Me incliné para darle un beso suave en la mejilla.

—¿No hay beso de bienvenida? —Se refirió a los labios.

Sonreí de medio lado, viendo el rubor cubriendo sus mejillas.

—Me encantaría, pero no quiero… —Coloqué varios dedos por debajo de la herida de su boca.

—Si no fuerzo la posición de los labios no me duele —susurró.

—¿Cómo te lo hicieron? —pregunté en tono muy bajo.

Busqué sus ojos, el suspiro profundo que soltó fue un indicativo de que no me iba a gustar la respuesta, ni lo más mínimo.

—Lo sé por la doctora, ella lo sabe por Maya. Yo no me acuerdo, debió ser cuando ya no podía pensar ni ver con lucidez. —Cerró los ojos unos instantes—. Fue Iván. —Tragó saliva—. Por lo visto intentó besarme y al impedírselo me mordió.

Un escalofrío me recorrió de los pies de la cabeza, mientras me consumía de nuevo por la rabia y la ira. Apreté la mandíbula.

—Entonces, sí.

—¿Qué? —me preguntó sin entenderme.

—Que voy a besarte como necesitamos los dos. —Me incorporé despacio—. No voy a permitir que, aunque no lo recuerdes, tengas el pensamiento de ese hijo de… ese en tu boca.

Sus ojos se llenaron de emoción, le brillaron y se le aguaron.

Dejé caer el cuerpo sobre ella, sin llegar a rozarla porque no tenía ni puñetera idea en qué zonas tenía daños. Apoyé el brazo en la almohada.

—Ha sido insoportable la espera, Evie. Te juro que…

Dejé la frase incompleta cuando le rocé los labios con los míos. Evité tocarle el lado amoratado y herido con puntos. Nuestros ojos no dejaron de mirarse, mientras mi boca se movía muy despacio.

—Este es el primero de muchos —le advertí apoyando la frente en la suya.

—Me encanta. —Tensó un poco los labios, en una especie de sonrisa.

—Me alegro porque no voy a parar.

Volví a ocupar el taburete cuando conseguí separarme de ella y escuché con atención su versión de los hechos. Oírlo de Maya era una cosa, pero con palabras de Evie… Me mantuve sereno y tranquilo exteriormente, mientras dejaba que se desahogara porque lo necesitaba.

Me tranquilicé un poco al ser consciente de que no le había afectado emocionalmente, al menos no tanto como era mi temor antes de estar con ella.

Al cabo de más de media hora me despedí, con un último beso en los labios, varias caricias en la cara y en el pelo, mientras mi mano sujetaba la suya. No perdimos el contacto en ningún momento.

—Descansa todo lo que puedes, en cuanto nos dejen entrar de nuevo, aquí estaré.

—Sí —susurró visiblemente cansada.

Aproveché la llegada de una enfermera que llevaba en las manos una botella de medicación y salí de la habitación.

Con muchos pensamientos en la cabeza caminé de vuelta a la sala de espera. Pero, sobre todo, con ideas, muchísimas ideas que iba a llevar a cabo, más pronto que tarde. Todo dirigido a mi objetivo.

Capítulo 35



Tres días después…

Me llevé la taza de café a los labios, sin poder ponerle freno a la mente. Hacía poco tiempo que había llegado a mi piso, y menos desde que salí de la ducha. Después de pasar la noche con Evie la había dejado durmiendo, ya la avisé cuando nos metimos en la cama de que cuando abriera los ojos no estaría a su lado.

El día anterior salió del hospital, sobre las doce del mediodía le dieron el alta. Desde que llegamos a su piso yo no había salido para nada, hasta esta mañana.

Lo primero que quiso hacer fue darse una ducha para sentirse cómoda, lógicamente, para quitarse las sensaciones del hospital. La ayudé en todo momento, incluso cuando entró al baño. Al verla sin ropa, con todos esos moretones y heridas expuestas, no puedo negar que me impactó… Sobra decir cómo me sentí, lo que no mostré hacia ella.

Intentó ducharse sola, pero no la dejé. Se mostró nerviosa e inquita antes de dejarme ver el resultado de los golpes que recibió. Y lo entendí perfectamente, pero puse todo de mi parte para que supiera que conmigo no había cabida para la timidez y el aislamiento. Con caricias suaves mientras la desvestía y palabras susurradas, conseguí calmarla añadiendo besos en cada parte que tenía lastimada.

Le lavé el pelo con mucho cuidado y tacto, mientras estaba sentada en la bañera. Después continué con su cuerpo, mimando cada zona con las manos, para enjabonarla lo más delicadamente posible. Por mi parte, no identificó un sentido diferente de querer cuidarla, en ninguno de mis toques detectó algo distinto a lo que estaba haciendo, simplemente ducharla. Ni siquiera cuando deslizaba mis manos y mis dedos por sus zonas íntimas.

Para secarla procedí igual, acariciando su piel con mucho cuidado con la toalla. No permití que se valiese por ella misma, más que nunca necesité cuidarla y es lo que hice porque para mí era importante. Su mirada en ningún momento se apartó de la mía, pero yo estuve muy entretenido en venerar su cuerpo. Permitió que lo hiciese, encantada y agradecida al estar muy dolorida y cansada.

Sus ojeras marcadas oscurecían el tono claro de sus ojos, y de su cara no se borraron las

muecas. Cada vez que se movía, soltaba largos suspiros, evidenciando las molestias que sentía. A pesar de que intenté ser lo más cuidadoso y delicado posible al tocarla, tenía la piel tan sensible que hasta el propio aire la molestaba.

Apreté la mandíbula al recrear en la memoria ese momento, pero me tranquilicé a mí mismo recordando el resto del tiempo en el que la había tenido entre mis brazos. No quería separarme de ella, pero era necesario. Bebí otro sorbo de café pensando en el mensaje que recibí hacía media hora. Tamborileé los dedos en la pequeña mesa del balcón. Pasaban pocos minutos de las ocho.

Bajé la mirada a la pantalla del móvil, se iluminó con el nombre de Salma.

—Hola, madrugadora —dije al descolgar—. ¿A qué se debe el honor de tu llamada matutina?

—Hola, Kilian. Ahora te lo digo, pero primero… ¿Cómo está Evie? ¿Cómo ha pasado la noche?

—Por ahora igual, es cuestión de tiempo. Ha descansado, nos metimos en la cama sobre las nueve y ha dormido toda la noche, sin interrupciones. El calmante que se tomó ayudó a ello.

—Me alegro —soltó un suspiro.

—¿Qué es lo que quieres decirme? No sueles llamarme a esta hora.

—Solo quería avisarte. He llegado al trabajo más pronto de lo normal y al primero que he visto ha sido a tu padre.

—¿Otra vez se ha caído de la cama? Estoy impresionado —hablé con mucha ironía.

—Así es, pero sin saludo ni nada, lo primero que ha hecho es preguntarme por ti. —Levanté una ceja.

—Es toda una sorpresa que se acuerde de que tiene un hijo —continué irónico.

—Solo quería decírtelo porque…

—¿Qué?

—No sé, me ha extrañado. Nunca te menciona en el trabajo.

—Sí que es una novedad, pero ya sabes por dónde me la paso. —Rio—. Habrá ideado cualquier otra estratagema hacia mí.

—Por eso quería avistarte.

—Gracias, cariño.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Por la mañana tengo que hacer unas cosas pendientes, después estar con Evie.

—Dile que cuando pasen unos días iré a verla, cuando esté más recuperada. Me encantó conocerla por fin cuando le dieron el alta, pero no fue un buen momento.

—Tranquila, vamos hablando.

—Vale —dijo cantarina y sonreí.

Intercambiamos varios comentarios más y nos despedimos hasta otro momento. Ni siquiera pensé en el tema de mi padre, me daba exactamente igual. Me levanté de la silla y entré en el salón. Lo recorrí para ir a la cocina, donde dejé la taza vacía y fui a la habitación, para ponerme el anorak. Después de coger la cartera y guardarla, al igual que hice con el móvil, fui directo a la puerta principal.

Mientras bajaba las escaleras comprobé la hora. Al pasar por delante del piso de Evie no me paré, continué mi camino para salir del edificio.

Fuera, en la calle, me apoyé en la fachada a esperar. Me entretuve observando a la gente ir y venir, hasta que el coche de David apareció en mi campo de visión. Caminé hasta él, con una media sonrisa.

—Buenos días —lo saludé cuando ocupé el asiento del copiloto.

—Buenísimos días —me rectificó, y amplié la curva de mis labios.

—Efectivamente —confirmé—. ¿Tienes todos los datos?

—Sí, Maya me los dio anoche —asentí.

—¿Le ha costado mucho conseguirlos? —le pregunté en el momento en que se incorporaba a la carretera.

—Que va, en cuanto habló con su compañero de trabajo y le explicó lo que ha sucedido, el chico se quedó pasmado, no podía creérselo. Así me lo ha explicado ella. Él no quiere tener nada que ver, por lo que interpretó Maya, se la ha sentenciado a su «amiguito».

—Una persona con dos dedos de frente —dije en tono bajo. Empecé a calentarme.

—Tenemos tiempo, hasta dentro de una hora y media no suele salir de su casa.

—Perfecto, no creo que llegue a pisar la calle. —Apreté la mandíbula.

Asintió serio y durante unos minutos nos mantuvimos en silencio, cada uno metido en sus pensamientos.

—¿Cómo ha pasado la noche Evie?

—Bien, no se ha enterado de nada. Se durmió en cuanto se tumbó en la cama y no se ha despertado. Cuando me he ido continuaba descansando.

—Menos mal —soltó un suspiro.

—David…

—¿Sí?

—En lo físico es evidente a la vista, pero Evie hace ver como que no está afectada a nivel psicológico. ¿Es verdad? Tú la conoces casi de toda la vida, yo no sé si quiere aparentar algo que no es cierto. No tengo ni idea de si por no preocupar a los demás, es capaz de dar otra impresión totalmente opuesta a cómo se siente. Eso no sería bueno.

—Tienes razón en que es muy capaz de hacer eso para no preocuparnos —asintió despacio—. Pero quédate tranquilo, es más fuerte de lo puede parecer a simple vista. No está tocada psicológicamente, lo que está es rabiosa, aunque no lo haya expresado. Créeme, cuando se entere de que le hemos quitado la posibilidad de arreglar su problema, no le va a sentar muy bien que digamos. —Carraspeó.

—Quiere hacerlo ella. —Di por hecho.

—Sí, y créeme de nuevo que está muy cualificada para cazar a su presa, para su conveniencia. Me refiero en dar con ella para encontrárselo en un cara a cara, solos.

—No sé si eso suena muy bien, más que nada para cuando nos enfademos.

Soltó una carcajada y yo sonreí.

—Tranquilo, con los que quiere no llega a tanto. —Me miró de reojo—. Este caso es totalmente diferente.

—Debe tener una sensación de impotencia… —susurré.

—La tiene, y de ira, esto último sí que puede consumirla —confirmó—. Evie se vale perfectamente por ella misma, son poquísimas las veces que se ha dejado ayudar. Siempre hay excepciones como el otro día, pero es que lo que sucedió fue…

—Ya —lo interrumpí en tensión.

—Mi naturaleza es ser muy protector, y con ella supero todos los límites. A veces, no he podido evitar intervenir en algunas situaciones que ha vivido a lo largo de los años, a pesar de su súplica para que no me metiera por medio. Pero no porque lo necesitara en realidad.

»No la vas a ver destrozada por lo que le ha pasado, ni siquiera vas a diferenciar algo de miedo y reticencia… Simplemente no va a mostrar nada de eso porque sabe controlar muy bien sus emociones y enfocarlas en el objetivo que se marque. Siempre y cuando no hablemos de sentimientos íntimos que pueden llegar a superarla. —Me miró de reojo.

»El miedo de Evie es que le pueda pasar algo a los que quiere, por ella no se lo piensa. Es una cabeza loca en ese sentido, ni siquiera analiza las repercusiones que puede acarrear a lo que se enfrente. Por un lado, la admiro y por el otro, me horroriza. Solo de pensar que yo no estoy a su lado para protegerla…

»Pero, la realidad es que no necesita a nadie que la cuide, te lo aseguro. Si permite que los de su alrededor lo hagamos es porque quiere y porque a todos, por muy fuertes que seamos, nos gusta sentir de los otros ese vínculo de unión.

—Pues me alegro de que todavía esté dolorida y ello le impida moverse con fluidez. —Sacudí la cabeza.

—Lo ha heredado de su padre, es una característica nata en los dos. Anoche, después de hablar con Maya, lo llamé.

—¿Se lo has contado? —Giré la cabeza hacia él.

—Sí —respondió escueto, pero después de unos minutos continuó—. Fue lo mejor, porque tenía pensado intervenir.

—Pues sí, está claro a quién se parece Evie —sonreí de medio lado.

—Son tal para cual. —Rio.

Al cabo de veinte minutos, David sacó la llave del contacto.

—Es ahí. —Señaló con la cabeza hacia un edificio que estaba a pocos metros de distancia.

—Paciencia —comenté.

—No queda otra.

El tiempo pasó, y cuando el desgraciado, supuestamente, estaba a punto de salir del edificio, nos bajamos del coche para acercarnos. No le íbamos a dar la oportunidad de pisar por mucho tiempo la calle.

Para nuestra desesperación, no apareció, estuvimos casi dos horas para nada.

—Después de lo que ha hecho habrá huido de aquí un tiempo —dijo pensativo David.

—Llama a Maya y pregúntale si su compañero de trabajo conoce alguna otra casa donde pueda quedarse, ya sea la de sus padres o la de algún amigo —le pedí.

No tenía intención de dejarlo estar, de hoy no pasaba. David la llamó y le explicó lo que nos habíamos encontrado: nada. Colgó rápido, porque Maya le dijo que iba a hablar con su compañero y que enseguida lo llamaba con la información que le diese.

Fuimos de vuelta al coche a esperar de nuevo, con la impaciencia apoderándose de nosotros y

el motor encendido, preparados para irnos. La voz de Maya se escuchó por los altavoces.

—Dime —le dijo David.

—Tengo la dirección de la casa de sus padres y de varios amigos.

—Estupendo, pásamelas por mensaje.

—Vale, tened cuidado, por favor. —Sonó preocupada.

—Tranquila, estaremos bien.

Después de soltar un suspiro y de saludarla yo, David cortó la llamada y esperó a recibir los mensajes. Maya fue rápida y agradecí inmensamente la colaboración de su compañero.

Nos dirigimos a la primera dirección, que era la más apartada y pensamos que sería la que él habría elegido. Debía estar confiado, a pesar de la denuncia que interpusieron los padres de Evie, ya que en ningún momento dieron los datos de las personas que participaron activamente en la pelea. Al no llamar a su puerta la policía, se sentiría eufórico al pensar que Evie no se había atrevido a delatarlo.

Craso error por su parte, porque yo estaba deseando que obtuviera el resultado de lo que había hecho, a lo grande. Y no iba a parar hasta conseguirlo, fuese hoy, o cualquier otro día, el momento llegaría.

Capítulo 36



Evie

Dejé caer el libro a un lado de mi cuerpo. Si hubiese estado bien, lo habría dejado caer sobre mi pecho, soltando un grito a la vez que pataleaba encima de la cama, llena de emoción. Los protagonistas de la historia que estaba leyendo por fin habían bajado las barreras, las habían derribado a lo grande. Vamos, que acababa de leer una escena ardiente y excitante, muyyy pasional y, al mismo tiempo, conmovedora.

Me reí yo sola, habrá quienes lo entiendan y otros que no, pero me sentía eufórica porque cada página que pasaba la vivía con intensidad.

En cambio, me mantuve quieta sobre la cama, ya que no estaba para moverme mucho, ni excederme. Solté un suspiro soñador y cogí el libro, para continuar. Necesitaba saber cuál era el resultado del deseo resuelto.

Durante bastante tiempo, no pude apartar la vista de la lectura, volví a quedar totalmente atrapada en la trama. Hasta que tuve la necesidad de ir al baño. Coloqué con cuidado el libro bocabajo, abierto, y me preparé mentalmente para moverme.

Después de coger una bocanada de aire, me puse de lado y me arrastré con cuidado hacia el borde. Una vez conseguido, me incorporé muy despacio, con una mueca de dolor. Al quedarme sentada solté un bufido. Miré el despertador, eran las dos del mediodía. No pensaba que fuese tan tarde, el tiempo había volado.

No tenía ganas de comer ni de ponerme a cocinar algo rápido, aunque fuese rápido para tomarme la medicación. Quería esperar a Kilian, que todavía no había regresado. Cuando nos acostamos, me adelantó que no estaría cuando me despertara, y efectivamente, así había sido. Al abrir los ojos, pasadas las diez, vi que su lado de la cama, el que siempre utilizaba, estaba vacío.

Había dormido muchas horas, señal de que mi cuerpo lo necesitaba para recuperarse. Volví a coger otra bocanada de aire y me impulsé con todo el cuidado que pude, agarrándome a la mesita de noche para levantarme. Lo conseguí, pero no sin dolor. Maldije por las punzadas que me recorrieron, necesitaba tomarme las pastillas cuanto antes, con comida o sin ella.

En cuanto saliera del baño, sería lo siguiente que haría. Caminé hasta él y cuando salí, fui hacia la cocina. Con pasos cortos y lentos, llegué directa a las cajas de medicación que Kilian había dejado junto a la cafetera. Me pregunté si tardaría mucho, ya que no tenía ni idea de dónde estaba ni de por qué se había ido tan temprano, no me comentó nada al respecto. Bueno, tampoco sabía a qué hora se había marchado ni si había madrugado.

Me comí una pieza pequeña de fruta para acompañar a las pastillas, eran bastante fuertes para el estómago. Las tragué con un buen sorbo de agua y me dirigí de vuelta a la habitación para regresar a la cama. Era donde mejor estaba, o en el sofá, pero como el libro me esperaba… Al levantarme por la mañana desayuné muy bien y podía aguantar mucho más.

Cuando estuve tumbada de nuevo, que me costó lo mío y lo de todos los que vivían en el bloque, solté un largo suspiro. Por unos instantes, cerré los ojos, esperando que los picos de dolor bajaran de intensidad. En cuanto sucedió, me acomodé con cuidado y continué leyendo.

El sueño me atrapó entre página y página, no fui consciente después de cuánto tiempo.

✣ ✣ ✣

Noté que mi brazo se movía, como si se deslizara solo sobre mi cuerpo. Tuve la sensación de que estaba soñando. Entreabrí los labios soltando un suspiro, notando mucha pesadez.

La superficie en la que estaba se movió y fui consciente de que continuaba en la cama. Moví los párpados despacio, encontrándome con el cuerpo de Kilian sentado a mi lado.

—Hola —susurré con voz rasposa y seca.

Carraspeé para aclararme la garganta, pero no me sirvió de nada.

—Hola, preciosa —me sonrió.

Alargó un brazo hacia la mesita de noche y cogió la botella pequeña de agua que reposaba sobre ella. Me incorporé despacio, deslizándome despacio por la sábana, hasta que me quedé sentada con la espalda apoyada en el cabecero.

—Gracias —dije.

La abrí y bebí varios sorbos, sintiendo alivio al instante.

—¿Cómo te encuentras?

—He dormido mucho.

—Eso bueno. —Me acarició el brazo—. Y has estado muy entretenida —comentó mirando el libro que estaba sobre la almohada en la que dormía él.

—Sí, me ha cundido. —Soné satisfecha—. ¿Qué hora es?

—Casi las siete. —Agrandé los ojos.

—Rectifico, he dormido muchísimo. —La curva en sus labios volvió a aparecer.

—Lo necesitabas.

—Sí —solté un suspiro.

Intenté acomodarme, pero, como el día anterior se encargó de cuidarme, y me puso en una mejor posición. Subió la almohada entre mi espalda y el cabecero y me preguntó si estaba bien así.

—Perfecto —le sonreí—. Te he esperado para comer.

—Lo siento, se me ha complicado lo que tenía que hacer —dijo mientras se sentaba en el mismo sitio. Lo observé con atención—. Espero que hayas comido —negué despacio, provocando que levantara una ceja—. ¿Nada?

—Una fruta para tomarme las pastillas. No tenía hambre —me justifiqué al ver su expresión de desaprobación—. He desayunado tarde y bastante fuerte.

—De acuerdo, dentro de un rato preparo una cena consistente.

Sentí el cosquilleo que dejaron las caricias de sus dedos sobre la piel de mi pierna, por debajo del nórdico. Coló la mano dentro, sin dejar de mirarme. Llevaba puesta una camisa larga de franela que me llegaba hasta la mitad de los muslos. Me gustaba dormir con ella, me era muy cómoda.

Un pequeño escalofrío me recorrió cuando deslizó la palma de la mano hacia arriba, muy lentamente, mientras movía los dedos muy sutilmente.

—¿Qué…? ¿Qué has hecho hoy?

—Dentro de un rato te lo cuento, ahora… —Hizo una pausa dejando la punta de sus dedos rozándome la ingle—. Me interesa ver otra cosa.

—¿Ver? —asintió despacio.

Me quedé completamente quieta, casi ni respiré cuando separó el elástico de la braga y metió los dedos.

—¿Qué quieres ver? —Solté un pequeño jadeo al sentirlo sobre mi zona íntima.

—A ti. —Fruncí el ceño.

—¿Necesitas gafas? —Soltó una carcajada.

—Te veo perfectamente, no hace falta que te preocupes por mi visión —negó con gesto divertido—. Me refería a que quiero verte desnuda —gemí cuando jugó con mi punto de placer.

—No estoy muy en forma como para… —Cerré los ojos por el placer que me recorrió.

Arrastró la humedad que me había provocado, deslizando los dedos resbaladizos hacia mi clítoris de nuevo. Abrí las piernas por instinto, para darle mejor acceso.

—Sí, creo que lo quieres. Abre más las piernas.

—Síii… —Jadeé, no tenía que pedírmelo una vez más.

—Así, perfecta. —Su voz sonó ronca y grave—. Me encanta cómo reacciona tu cuerpo. Tranquila, no vas a hacer nada, solo disfrutar —gemí ante la punzada de deseo—. Quiero verte desnuda para comprobar cómo están los hematomas.

Mi cadera se movió buscando la presión de sus dedos, necesitada.

—Contrólate, no te hagas daño.

—No puedo. —Solté el aire de golpe.

—Entonces se acabó.

—No. —Retuve su mano entre mis piernas, agarrándolo del brazo por encima del nórdico.

—Si quieres que continúe, no puedes moverte, o volveré a parar.

—Vale —solté un suspiro.

Sentí de nuevo la agitación, unos calambres deliciosos de anticipación me recorrieron. Kilian jugó a acelerar y a frenar los movimientos de sus dedos, poniéndome cada vez más deseosa de llegar al final del placer. Deslicé la cadera un poco hacia abajo, cuando uno de sus dedos entró despacio en mi interior.

—Hace rato que no puedo pensar en otra cosa que no sea esto. —Jadeé ante sus palabras, mientras sentía cómo se adentraba, llenándome.

Su pulgar no abandonó mi punto excitado. Me agarré con fuerza al nórdico. Todo mi cuerpo me pedía que me moviese, pero me controlé porque necesitaba que terminara. Lo conocía lo suficiente como para saber que lo que había dicho era cierto, que con un solo movimiento mío apartaría la mano y daría por finalizado lo que había empezado. Me negaba a ello.

Su mano no dejó de moverse cuando añadió un segundo dedo. Fue aumentando la velocidad. Me sentía tan sensible, tan excitada… Hasta el roce de la braga me estorbaba.

Saboreando el éxtasis, me privó de él de golpe. Gemí y me lamenté cuando sacó la mano por fuera del nórdico.

—Has hecho trampas —me quejé frustrada.

—Me gusta ser un tramposo en según qué ocasiones —sonrió de medio lado—, como a ti ser una mentirosa. —Levantó las dos cejas, varias veces.

—A mí me sale de forma natural, tú sabes perfectamente lo que haces. —Bufé y soltó una carcajada.

Se levantó de la cama y por unos instantes pensé que se alejaría, pero no, se inclinó sobre mí. Apoyó una mano en el cabecero y me acarició los labios con cuidado, sin llegar a la zona donde tenía los puntos. Eran los mismos que hasta hacía poco habían estado entre mis piernas. Me humedeció con ellos.

—Te pones encantadora cuando te enfadas, me tientas sin darte cuenta —susurró antes de sustituir sus dedos por sus labios.

Me apresó el inferior entre los suyos, sin hacerme daño. Gruñó al saborearme, pero se controló. Era tan excitante y delicado cuando lo necesitaba. Me derretía, pero me encantaba su otra versión más agresiva, más potente en la que me dejaba sin respiración directamente.

Me lamió antes de separarse, mientras una punzada de deseo se centraba en mi zona íntima.

—Vamos a ver —dijo retirando el nórdico con cuidado.

Lo apartó hacia un lado, dejando mi cuerpo al descubierto. Sentí un escalofrío, a pesar de que la calefacción estaba puesta. Su mirada intensa, sus ojos recorriéndome, me hicieron dudar de si era por no tener el calor del nórdico o por lo que me transmitía.

Se subió en la cama y pasó una pierna por encima de mí. Se quedó con cada una a mis lados, pero no se apoyó en mis piernas. Levantó los brazos sin dejar de mirarme a los ojos, agarrando el primer botón cerrado de la camisa.

Había algo diferente en él del día anterior. Cuando me desvistió al poco de llegar a mi piso del hospital, como también cuando me lavó, en ninguno de sus movimientos detecté nada de lo que sentía en este instante. En ambos momentos era delicado, me trataba con cuidado para no hacerme más daño del tenía, pero ayer su mirada y sus movimientos se centraron en mimarme y atenderme. Ahora también, pero se veía tan diferente… El deseo se reflejaba en sus ojos, él era muy consciente de que yo no podía moverme con total libertad, ni con una mínima, pero estaba dispuesto a darme placer, uno muy distinto a la sensación de bienestar que tuve horas atrás por sus cuidados.

No sabía lo que había hecho durante el tiempo que habíamos estado separados, pero me dio la impresión de que él necesitaba más que yo lo que estaba sucediendo. Era como si me transmitiera su necesidad de estar íntimamente conmigo, como si fuese necesario para él para

calmar algo en su interior.

Me pregunté qué pensaba, qué sentía, qué lo había motivado a iniciar sus caricias… No es que Kilian se lo pensara, pero estando como estaba yo, me hizo analizarlo a conciencia. Algo no iba bien, parecía que sí, pero se me escapaba algo que no conseguía descifrar. Ni lo haría, Kilian era muy hermético y reservado cuando algo le preocupaba y costaba llegar al fondo de lo que fuera.

—¿Tienes frío? —Desabrochó el botón.

—No —susurré.

—Tienes el vello erizado. —Continuó con el siguiente botón.

—No es nada.

—Mentirosa. —Sus labios se curvaron hacia un lado. Puse los ojos en blanco.

—¿Si sabes el motivo para qué me preguntas?

—Porque me gusta cómo reaccionas, me encanta.

—¿Está todo bien? —La pregunta salió de mis labios antes de que pudiera retenerla.

—Sí —respondió escueto.

—¿Seguro? —insistí porque no me quedé conforme.

—¿Me estás distrayendo a propósito? —Levantó una ceja.

—No es mi intención, pero quiero saber si…

—Evie, estoy contigo. Todo está perfectamente ahora.

«Ahora», repetí la palabra en mi cabeza, intentado sacar el significado escondido.

La caricia de sus dedos en el inicio de mis pechos me despistó. Los deslizó por el centro, a la vez que continuaba soltando botón a botón. Cogí una bocanada de aire y cerré los ojos disfrutando de las líneas y círculos que fue dibujando sobre mi piel.

—Eres tan tentadora. —Los entreabrí.

Agarró los laterales abiertos de la tela y la apartó hacia los lados, dejando mis pechos expuestos.

—Mucho —añadió, con la vista fija en ellos.

Me mordí el labio superior por dentro, no tenía daño en él. Las yemas de sus dedos se

movieron en círculos por mis pezones erectos, consiguiendo que se pusieran más duros. Solté el aire despacio para controlar el deseo.

Se inclinó sobre mí, apoyando una mano en la cama.

—Eres como un libro abierto —susurró sobre mi mejilla.

Gemí cuando sentí la presión en el pezón, tiró de él.

—Deja de pensar —añadió.

«Pillada», me dije.

—No me gusta que me leas tan bien. —Me estremecí por el calor de su mano sobre mi seno.

—Todo lo contrario que yo, me encanta y lo disfruto como no te imaginas —susurró en mi oído—. ¿Cómo te encuentras?

—Temblorosa —murmuré.

—Me refería al dolor. —Se separó un poco para mirarme a la cara.

Sonrió al ver el rubor en mis mejillas.

—Todavía es soportable. —No dije una mentira, lo supo.

Asintió despacio y lamenté perder el calor de su cuerpo, volvió quedarse casi sentado sobre mis piernas, soportando su peso con las suyas. Continuó desabrochando botones, con la punta de varios dedos acariciándome la piel. Cuando la camisa estuvo abierta separó la tela, dejando caer cada lado hacia mis costados.

Tragué saliva, recorrió cada zona de mi piel expuesta de una manera…

Lo siguiente que hizo fue empezar un camino descendiente de besos desde la esquina de mi boca. Fueron caricias calculadas esquivando las zonas amoratadas, entre la adoración y el deseo. El roce de su boca y su lengua me excitaron más. Cerré los ojos disfrutando de cómo bajaba por mi cuerpo.

Cuando sus dientes apresaron la punta de uno de mis pezones me tensé y jadeé. Tiró de él, para a continuación calmarlo con la lengua. Después pasó al otro, consiguiendo tensarlos al máximo. Continuó deslizándose hacia abajo. Cada uno de los hematomas los rozó con sus labios, fue la única sensación que noté, no hubo dolor por el tacto con el que lo hizo.

Más abajo del ombligo llegó cerca de la zona más necesitada de mi cuerpo. Hice fuerza con las palmas de las manos en el colchón, cuando sus dientes agarraron el elástico y tiró de él. Me elevó la cadera con las manos, al mismo tiempo que deslizaba la braga hacia mis piernas. La retiró con los dientes, sin soltarla en ningún momento.

Sentí un escalofrío recorrerme cuando sus labios rozaron mi pubis. Su cabeza continuó moviéndose, y en un momento, dejó caer mi ropa interior y se incorporó para retroceder de rodillas. Con sus manos, terminó de deslizar la prenda por mis piernas, hasta que finalmente me la sacó por los pies.

Me quedé desnuda por completo. Di un respingo cuando posó una mano en una ingle y la otra mucho más abajo del ombligo.

—Dime que no te vas a mover. Si veo algún signo de dolor en tu expresión…

—Voy a estar quieta —lo interrumpí.

—Solo quiero que sientas placer, no molestias.

Asentí, no pude hacer otra cosa. Dio como bueno mi gesto y me separó las piernas despacio. No pude apartar los ojos de él, se encontraba en la situación contraria a la mía al estar vestido, pero no quitaba que estuviese imponente.

Bajé la mirada por su jersey, hasta que llegué al bulto que apretaba el pantalón por debajo de la cremallera. Ver lo excitado que estaba, lo duro que se veía, me excitó más.

Pensé en muchas cosas que me gustaría hacerle, pero todo pensamiento se evaporó cuando su boca cubrió mi sexo. Gemí con fuerza, conteniendo el impulso de elevar la espalda. Agarré la sábana con las manos, apretándola con fuerza, soportando los latigazos de placer que su lengua y su boca dejaban a su paso.

Me estremecí en cada parte que tocó, succionó y en la introdujo su lengua. Cada una de mis terminaciones nerviosas estalló en un orgasmo intenso al cabo de un tiempo, mientras Kilian se movía sin descanso, negándose a abandonar mi sexo.

Capítulo 37



Kilian

Bebiendo una cerveza, mientras esperaba apoyado en la encimera para darle la vuelta a la tortilla de patata que estaba haciendo para cenar. A Evie se le había antojado, y a mí me había faltado tiempo para darle el capricho en cuanto lo dijo.

La había dejado durmiendo. Después del placer y de tomarse los calmantes, se le cerraron los ojos con la mejilla apoyada sobre mi pecho y mis brazos rodeando su cuerpo.

Me llevé el botellín a los labios, con la mirada fija en la pared de enfrente. El piso estaba en completo silencio. Me giré para darle la vuelta a la tortilla y faltando solo la última parte, fui hacia la nevera para sacar la ensalada de queso de cabra que había preparado.

La dejé en la encimera para que perdiera el frío y fui hacia el salón. Lo recorrí hasta que llegué a la corredera y salí a la terraza. Sonreí al recordar dónde terminaron mis bóxeres. Todavía, cada vez que lo pensaba, no dejaba de sorpréndeme cómo el destino era capaz de jugar con las personas.

Tenía gracia que cuando me fui del campin pensé que no volvería a ver a Evie nunca más. Era impensable imaginar lo que nos esperaba al cabo de unas semanas, sin saber que, desde antes, habíamos estado compartiendo edificio.

Apoyé los brazos en la barandilla. Eran las nueve y media de la noche, el frío calaba, pero me dio igual por unos minutos. Fijé la mirada en la calle iluminada por las farolas, apenas había movimiento de vehículos y de personas.

Bebí otro sorbo de cerveza, dejando vagar la vista sin un punto fijo. Los minutos fueron pasando, hasta que percibí un movimiento a la espalda. Me giré, encontrándome a Evie en la corredera abierta.

—¿Por qué no me has avisado para que te ayudara a levantarte? —Caminé hacia ella.

—Puedo sola, aunque tarde más —me sonrió rodeándose la cintura.

—Entra, hace frío. Me encanta lo que llevas puesto, pero es insignificante ante las bajas temperaturas.

Continuaba con la camisa que utilizaba para dormir, tenía varias del mismo estilo. La hice retroceder varios pasos y cerré la corredera a mi espalda.

—No me costaba ir en tu ayuda, me gusta tocarte —sonreí de medio lado, retirándole el pelo de los hombros.

—No me he dado cuenta de eso —dijo con humor.

—Mmm… Creo que tendré que esmerarme más. —La abracé con cuidado—. ¿Bien?

—Sí —confirmó—. Huele que alimenta.

—En pocos minutos estará lista la tortilla.

—Al final me he dormido y no te he ayudado —dijo, mientras le acariciaba los puntos del labio con delicadeza.

—Aunque hubieras estado despierta no lo habrías hecho. —Levanté una ceja—. Saliste ayer del hospital —le recordé por la mueca que puso.

—Puedo hacer cosas poquito a poco.

—No lo dudo, pero tendrás tiempo para ello. —Rocé su frente con los labios—. Siéntate en el sofá —le pedí.

—¿Ni poner la mesa?

Carraspeé, lo que hizo que ella pusiera los ojos en blanco. Agarrándola de las manos, se dejó caer en el sofá; así era más fácil para no ver las molestias que aparecían en su expresión al hacer esfuerzos.

Caminé hacia la cocina, comprobé la tortilla y empecé a poner la mesa. Faltaban unos minutos para que estuviese preparada para sacarla. Después de colocar la ensalada en el centro y la jarra de agua, apagué el fuego.

—Ya está —dije saliendo al salón, con las dos cejas levantadas.

Así estaba ella, se había incorporado del sofá y me miraba sonriente. Sacudí la cabeza.

En silencio, nos sentamos en la silla, uno frente del otro. Empezamos a cenar en calma, una calma disfrazada, al menos por mí.

—Quiero contarte lo que he hecho durante el día —dije con la vista hacia abajo, fija en el tenedor.

—Claro.

No me hizo falta mirarla para saber que volvía a sonreír.

—¿Kilian? —Levanté la cabeza.

Mi silencio prolongado llamó su atención, la que no se apartaba de mí.

—Puede que te enfades, o te moleste. —Carraspeé, provocando que una de sus cejas se elevara.

—Prueba a ver…

—No sé si eso es muy razonable por mi parte —sonreí de medio lado—, aunque por cómo te encuentras podré librarme de lo peor.

—Tú no tienes que preocuparte nunca por… —dijo con el ceño fruncido— Nunca te haría daño, no de la forma en la que lo has insinuado. Puede que grite, que te lance cosas, pero eres lo suficientemente hábil para esquivarlo todo.

Apreté los labios, conteniéndome para no soltar una carcajada.

—Suena esperanzador. —Le guiñe un ojo.

—Es la verdad.

—Lo sé, Evie. —Quise dejarle claro, para que las marcas tensas de su cara se suavizaran.

Sucedió al instante, se relajó antes de soltar un suspiro.

—Si algo me enseñó mi padre, aparte de saber defenderme y a pelear… —Jugó con la servilleta, con la mirada fija en sus manos—. Es que la fuerza no puede utilizarse a la ligera, solo si hay una amenaza real e insostenible.

—No necesito explicación sobre eso. Te conozco, a pesar del poco tiempo que hace que estamos juntos, te conozco —repetí—. Sé que no dañarías ni a una mosca.

—Pues siento decepcionarte. —Arrugó la nariz.

—¿Y eso?

—En verano me vuelvo loca con los mosquitos. —Frunció el lateral sano de sus labios—. En cuanto veo uno no paro hasta que…

Solté una carcajada, me salió espontánea sin poderla contener.

—Es que me pican mucho —negó.

—Lo de la mosca era un decir, sabes perfectamente a lo que me refería.

—Ya… ¿Por qué estás tan serio? —Buscó mis ojos—. Incluso en la cama… No sé, he visto algo diferente reflejado en ti.

—¿Qué has visto? —Apoyé los codos en la mesa y apoyé la barbilla en las manos entrelazadas.

—Pesadez… Necesidad, pero una muy diferente a la que había conocido de ti hasta hoy. ¿Tristeza? Ha sido una percepción, no sé explicarlo mejor.

—Estás en lo cierto. —Tragó saliva.

—¿Algo no está bien entre nosotros?

—No vayas por ahí, entre «nosotros» todo es perfecto. Más que eso, y no quiero que lo olvides nunca, prométemelo.

El desconcierto cubrió sus ojos, pero terminó asintiendo.

—Dilo. Necesito oírlo, necesito saber que siempre vas a creer y a confiar en mí, a pesar de lo que pueda suceder.

—¿Qué puede pasar?

—Dilo, por favor —insistí.

—Te lo prometo —susurró—. Te creo y confío en ti.

Dejé salir el aire despacio y me eché hacia atrás, recostando la espalda en la silla. La intensidad con la que la miré provocó que se moviera en la silla.

—He hecho algo de lo que no estoy orgulloso, pero era muy necesario. No podía dejarlo pasar por mi salud mental, me corroía por dentro.

—No entiendo… ¿Qué has hecho? —habló en tono muy bajo.

—Cuidar de lo que quiero.

—¿Qué?

—Cuidarte, Evie, de la única forma que podía a estas alturas. —Apreté la mandíbula.

—Ya me cuidas, mucho y muy bien —susurró.

—Necesitaba más, ponerle fin a lo que te llevó al hospital. —Agrandó los ojos— Escúchame. —Me incliné sobre la mesa.

—¿Te has metido en algún lio por mí? —Jadeó—. Kilian.

—Para nada, creo que a Iván le han quedado las cosas muy claras después de vérselas con David y conmigo. —Abrió más los ojos, si es que eso era posible.

—¿Habéis ido…?

—A por él y hemos tenido un dos por uno, el otro estaba cerca. —Tragó saliva—. Siguen respirando, si es lo que te preocupa. —Levanté las dos cejas.

Soltó un suspiro al instante. Pues sí, era lo que le preocupaba, no que hubiésemos ido a por ellos. Estaba claro que su miedo era por la repercusión que nos pudiese acarrear a David y a mí, no porque viese innecesario lo que habíamos hecho.

Ya me lo adelantó David, la propia Evie estaba dispuesta a no dejarlo pasar, solo que nos habíamos adelantado a ella y a su padre, con el que por cierto hablamos cuando nos alejábamos del lugar. Debo decir que la satisfacción fue evidente en el tono de su voz, aparte del agradecimiento, aunque no lo expresó en la llamada que le hizo David desde el coche.

—¿Estás enfadada, molesta, o decepcionada?

—No.

—¿Seguro?

—No me has dicho mentirosa, así que sabes que mi negación es la verdad. —Mis labios se curvaron.

—*Touché*.

—¿Cómo ha sido?

—No sé si es conveniente que…

—No puede afectarme nada de lo que me cuentes sobre ese tema —asentí despacio.

La cena quedó abandonada mientras le explicaba lo que habíamos hecho David y yo, desde bien temprano. Con cada palabra que dije su sorpresa fue aumentando, a la vez que yo calmaba sus nervios respondiendo a las preguntas que me hizo. No me extendí mucho en los detalles, preferí pasar por alto bastantes cosas que no necesitaba saber. En general, supo cómo lo localizamos, cómo fue el comienzo y el resultado que tuvo.

—Como te he dicho, se terminó —dije.

—Pero ¿y si os denuncia? —Tragó saliva.

—¿Tú has pensado alguna vez en ese insignificante detalle para cuando fueras a por él?

—¿Cómo sabes…? David —se respondió a ella misma—. No me importa y no es algo que me hubiese frenado. —Bajó la mirada al plato.

—No va a hacerlo, Evie.

—¿Cómo estás tan seguro? —sonreí de medio lado.

—Me he encargado de todo. —Frunció el ceño.

—No entiendo…

—Quédate tranquila, además, tu padre va a interponer otra demanda, esta vez con nombres y apellidos, señalando directamente a los culpables.

—¿Y si…?

—Olvídate de ello. La tortilla se ha enfriado. —Hice un gesto para que cogiera el tenedor.

—Me gusta más a temperatura ambiente —susurró.

—Pues perfecto, entonces —sonreí.

—¿Ya está? ¿Es todo? —asentí despacio— Vale —soltó un suspiro.

Empezamos a comer en silencio, uno que se prolongó hasta casi terminar. Estuvo muy pensativa, como ida, pero dejé que su cabeza se aclarara.

—Kilian…

Paré el movimiento del brazo, dejándolo a medio camino de llevarme el vaso de agua a los labios.

—¿Sí?

—Gracias. —Levantó la mirada buscando la mía—. Por lo que has hecho y… por todo.

—No me des las gracias por cuidarte y protegerte —dije tenso.

—Pues te las doy. —Levanté una ceja, en el lateral de sus labios apareció una pequeña sonrisa pícara—. Gracias, Kilian, de nuevo.

—¿Te gusta tentar a la suerte? —Bebí despacio, sin apartar la vista de ella.

—Contigo sí, por lo visto soy una imprudente.

—¿Quieres saber una cosa? —Dejé el vaso en la mesa, despacio. Asintió—. Me encanta que lo seas porque cada acción tiene una reacción y, entre nosotros, siempre será muy placentera.

Me olvidé de recoger la mesa y me levanté de la silla, para caminar hasta ella. Cuando agarró mis manos y se puso frente a mí, frené el impulso de cogerla en brazos para que me rodeara la cintura con las piernas. Eso estaba descartado en este instante, hasta que se recuperara.

En cambio, tiré de ella. Salimos de la cocina y nos dirigimos al pasillo, con la anticipación rodeándonos y calentándonos, con los ojos fijos en los del otro, más brillantes de lo normal.

Me sentí tranquilo y sereno por su aceptación, así que me dediqué a cuidarla de una manera completamente distinta a como lo había hecho el día anterior, pero muy parecida a la de la tarde.

Capítulo 38



Casi dos semanas más tarde…

Evie

—Hola papá —dije al descolgar su llamada.

—Hola, cariño. ¿Qué tal ha ido el primer y último día de trabajo?

Se refirió a que era viernes. Podría haber alargado la baja un día más para empezar la semana siguiente, pero el agobio de estar tantos días en casa me superó. Necesitaba retomar la rutina.

—Bien, aunque se me ha hecho un poco pesado. —Me acomodé en la silla.

—Lo imaginó, últimamente te estás acostumbrando a tener muchas vacaciones.

Solté una carcajada al hacer alusión a mis dos bajas recientes, empezando por la que me dieron cuando regresé del campin.

—Espero que no lo cojas como una costumbre —añadió.

—Ni yo —sonreí moviendo el ratón del ordenador.

—Ya queda poco para que salgas.

—Sí, quince minutos —le confirmé mirando la hora en la pantalla.

—Me quería adelantar a Kilian. He hablado con él hace un rato para decirle que vengáis mañana a comer a casa. Tu madre no ha dejado de insistir en ello desde hace días, me he visto en la obligación. —Apreté los labios, divertida.

—¿Desde cuándo llamas a Kilian directamente? Pobrecito de ti, seguro que mamá te ha obligado mucho.

—Hablamos bastante a menudo. —Su respuesta me sorprendió, no tenía ni idea—. Es un buen

yerno. —Carraspeó—. Y sí, puedes apostar e imaginar a la obligación que me ha sometido tu madre. A veces lamento que se le hayan pegado tantas cosas de mí. —Reí con ganas.

Ya no tenía los puntos en la boca, me los quitaron en el centro médico una semana después de salir del hospital. Ni siquiera me molestaba, la herida había cicatrizado muy bien. No se veía mucho la marca, cosa de la que me alegraba inmensamente porque mirarme en el espejo y recordar el motivo por el que tenía la línea rosada me alteraba y me provocaba nauseas, aun a estas alturas.

Por suerte, Kilian se encargaba siempre de borrar esos recuerdos con sus besos, unos que no dejaba de darme, centrándose en esa zona que ya podía tocar sin hacerme daño. Era una cura para el malestar que a veces me asaltaba.

—¿Y de qué habláis? —Me interesé.

—Si quisiéramos que te enteraras de las conversaciones que tenemos haríamos una llamada grupal.

—¿Perdona? —Me asombré, pero terminé riendo de nuevo.

—Me encanta ese sonido —sonreí con cariño.

—Lo sé. Papá, ¿eres consciente de que puedo sonsacarle la información a Kilian? Ahora que lo sé…

—Puedes intentarlo, otra cosa es que lo consigas —dijo muy seguro de ello, sin margen a equivocarse.

Tenía razón, cuando Kilian se proponía algo era imposible averiguar de qué se trataba, a menos que estuviese dispuesto a compartirlo. Era muy hermético en ciertos instantes o temas, cuando parecía quedarse ido, pensando.

—No estás teniendo en cuenta mi capacidad de persuasión en algunos momentos. —Me tapé la boca, para evitar que ningún sonido saliera de ella.

—Retira eso ahora mismo —gruñó—. Joder, hija, que no necesito crearme imágenes de… de…

—Solo lo he dicho para que lo tengas presente. Tú, mejor que nadie, deberías saber lo que mamá es capaz de conseguir cuando…

—Valeee… Yaaa… —No pude contenerme más y reí por el apuro que sentía—. No sé en qué momento esta conversación se ha desviado hasta este punto. —Bufó.

—Has querido picarme y…

—Nunca salgo indemne —se lamentó.

—Pues eso —sonreí apoyando la cabeza en la silla—. ¿Qué te ha dicho Kilian sobre lo de mañana? ¿Sobre lo de ir a comer?

—Ha aceptado encantado. —Noté en el tono de su voz la satisfacción que le provocaba.

—Perfecto.

—También le he dicho que vengan sus amigos, me cayeron bien —sonreí—. Lo siguiente te lo dejo a ti, habla con David y Maya.

—Lo haré, pero ya te anticipo que dirán que sí.

—No lo he dudado. —Rio.

—Ya es la hora —dije mirando la pantalla del ordenador.

—No te entretengo más, sal puntual.

—Sí, nos vemos mañana.

—Os esperamos.

—Te quiero.

—Yo también. Te quiero, cariño.

Dejé el móvil en la mesa y empecé a recoger. Lo coloqué todo organizado y apagué el ordenador. Justo cuando me acababa de levantar de la silla Magda abrió la puerta de mi despacho.

—Tienes visita —me dijo en tono demasiado bajo, cerrando.

—¿Yo? ¿A esta hora? —Me extrañó.

Las únicas presencias que traspasaban la puerta de mi despacho eran compañeros y mi jefe, ya fuera para hablar de cualquier cosa puntual de trabajo o para avisarme para alguna reunión. Por cómo lo había dicho Magda, se trataba de alguien externo y que no conocía, por su expresión.

—Cuando me iba, he escuchado que un hombre preguntaba por ti. Lo ha atendido Mario y no falta mucho para que llegue porque le ha indicado donde…

Se quedó callada, sonaron varios golpes en la puerta.

—Está bien, sea quien sea no voy a tardar mucho.

—Eso, quítatelo de encima rápido —asintió y sonreí.

Se giró dándome la espalda y abrió rápido. Un hombre alto apareció al otro lado. Lo observé con atención, algo en él llamó mi atención, pero no llegué a descifrar qué era en el poco intervalo de tiempo que tuve cuando entró.

—Le informo de que ya se ha terminado la jornada laboral y es viernes —le habló mi compañera, sin cortarse.

El hombre la siguió con la mirada cuando pasó por su lado, hasta que movió la cabeza, enfocando la vista en mí.

—Eso ha sido muy descortés —dijo.

Tenía una voz grave. Me senté despacio, sin apartar los ojos de él.

—Solo le ha informado con la verdad —le rectifiqué—. Hola. ¿Quién es? ¿A qué debo su visita?

—No me va a ocupar mucho tiempo. —Metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—Me parece perfecto, pero no me ha respondido a ninguna de las preguntas. —Levanté una ceja.

—Ya voy entendiendo las cosas.

Sus labios se curvaron, pero la sonrisa que apareció en ellos no me gustó. Me puse en alerta sin saber si había motivo o no para reaccionar de esa forma. Todo en mí se activó, mientras intentaba encontrar el significado a sus palabras.

—Si puede compartir ese entendimiento…

—Tu nombre es Evie, ¿correcto?

—Ha preguntado por mí a un compañero y está donde lo ha enviado. Ha debido llamar en la puerta cerca de la placa identificativa con mi nombre, no creo que necesite más confirmaciones que esas —continué con mi actitud distante.

—Solo era para asegurarme —comentó pasando la mirada por el despacho.

—Si no me dice a qué ha venido o para qué quiere verme, le pido amablemente que salga porque como ya sabe, tengo que irme a casa. —Di varios golpecitos con los dedos en la mesa—. Intuyo que lo que sea no está relacionado con mi trabajo.

—Gran deducción. Por cada palabra que dices lo tengo más claro. —Fruncí ligeramente el ceño.

Aparté las sensaciones que me provocaban sus palabras y me centré exclusivamente en él. Un pensamiento se cruzó por mi cabeza y por unos instantes me sorprendió. No mostré nada hacia

fuera, me mantuve neutra hacia él, pero… ¿Podía ser? ¿La familiaridad que veía en él era porque…?

—Aléjate de mi hijo.

Pues sí, tenía al mismísimo padre de Kilian delante de mí. Todo un honor, nótese la ironía. Contuve la respiración. Su voz se endureció más y su mirada fue… Acababa de darme una orden y todo él irradiaba que yo iba a aceptarla sin más.

—¿Eres el padre de Kilian? ¿Mi suegro? —Lo último lo pregunté con mucha intención.

Una de sus cejas se movió en un tic nervioso, justo había provocado lo que buscaba en él. Sonreí, pero como no conocía todas mis sonrisas y expresiones, no supo diferenciar el significado de ese gesto en mi cara. Me levanté muy, pero que muy lentamente.

La separación mínima que había entre nosotros era la mesa y di gracias por ello. No por él, sino por mí y mi impulso de reacción.

—Soy el padre de Kilian. —Obvió lo demás.

—Qué agradable sorpresa, suegro. Es todo un honor que hayas decidido venir a conocerme en mi trabajo. —Acaricié la madera con los dedos—. Estoy segura de que a Kilian le hubiese gustado estar presente cuando llegara este momento.

—Mi hijo no sabe que me he molestado en venir hasta aquí, ni por asomo se lo imagina. Y tampoco lo va a saber por ti.

Levanté una ceja.

—Se cree el ladrón que todos son de su misma condición, eso dicen, ¿no? —Mi expresión varió, se volvió más fría y dura, como mi tono de voz—. Si eso es lo que tenías que decirme en esta amable visita inesperada, creo que te has equivocado al perder tu valioso tiempo. Visto lo visto, no me interesa tenerte delante, como tampoco escucharte. ¿Quieres que me aleje de tu hijo? Pídeselo a él, a ver cuál es su respuesta. Dudo de que varié mucho de la mía —sonreí con ironía.

—No me conoces, no te atrevas… —Dio un paso hacia delante.

—Lo mismo te digo. —Entrecerré los ojos—. Si te has propuesto intimidarme no lo vas a conseguir, no tienes ni una ligera idea de quién soy y para tu mala suerte, no soy una persona a la que le puedas dar miedo, ni mucho menos órdenes.

Le di la espalda agarrando el móvil de la mesa y caminé dirección contraria a él. Cogí el chaquetón, me lo coloqué despacio y me guardé el teléfono en un bolsillo. Lo siguiente fue coger el bolso y colgármelo al hombro, antes de quedarme cara a cara con él de nuevo, con un poco más de distancia.

Kilian no mencionaba nunca a su padre, bueno rectifico, lo nombró solo una vez en un breve comentario y por lo que interpreté, no de muy buenas maneras. Hacía tiempo que había dado por hecho que no se llevaba bien con él y acababa de comprender el por qué. Ese hombre no llevaba ni cinco minutos en mi espacio personal y ya me chirriaba todo de él.

Si se pensaba que podía manipularme para alejarme de Kilian… Que lo intentara, solo el aludido podía conseguirlo.

Volví a caminar, rodeé la mesa y pasé por su lado. Se quedó estático, como si tuviese los pies pegados al suelo. Solo se movió ligeramente la cabeza, siguiéndome con la mirada.

—Cierre al salir —dije desde el pasillo—, suegro. —Alargué la palabra, para rematarlo.

Escuché a la espalda un sonido de rabia, no me molesté en girarme para encararlo otra vez. Continué mi camino para salir de la oficina y del edificio.

—Impresentable —siseé en un tono muy bajo que solo escuché yo.

Me había entrado una rabia… Si no fuese quién es, habría actuado de otra forma más determinante, pero me había dejado llevar por la necesidad de contralarme por Kilian. Le gustara más o menos, era su padre y era una barrera que no quería derribar.

Montada en el coche, en el estacionamiento del trabajo, lo vi salir del edificio. Su cuerpo parecía tan rígido que dudé que pudiese flexionarlo para cualquier cosa. Teniendo libertad porque no me veía, seguí con la mirada sus pasos. Llegó a un increíble y flamante coche, el que daba a entender el poder adquisitivo que tenía y se montó para desaparecer.

Sacudí la cabeza molesta y enfadada, pero también muy triste. Tragué saliva, cogí una bocanada de aire, y metí la llave en el contacto.

Capítulo 39



Kilian

Me pasé las manos por el pelo húmedo. Acababa de salir de darme una ducha. Tenía la toalla enrollada en la cadera y apenas veía mi imagen en el espejo por el vaho que lo tapaba.

Me lo sequé un poco con el secador. No solía hacerlo, pero hoy el día era más frío que días atrás y no daba tiempo a que se me secara al aire. En cuanto me vistiera, íbamos a la casa de los padres de Evie, ella ya debía estar preparada o terminando.

Salí del baño, encontrándomela de frente. Estaba sentada en el borde de la cama, colocándose en una pierna las medias que iba a llevar puestas.

—La imagen es muy tentadora —sonreí mientras caminaba hacia ella.

Mi ropa reposaba a su lado, extendida en la cama.

—¿Sí?

—Lo sabes de sobra, mucho.

Me paré a su lado y le acaricié el cuello, para después elevarle la cabeza con los dedos.

—¿Cómo lo llevas? ¿Ya no te duele nada? —Le acaricié la cicatriz del labio despacio.

—Estoy perfectamente. —Movió la cabeza para darme un beso en los dedos.

—No sabes cómo me encanta escuchar eso. —Me incliné hacia ella.

Le rocé los labios con los míos, antes de besárselos como necesitaba. Cubrí su boca con la mía.

—Vístete —le pedí con los ojos cerrados.

Cuando los abrí, me obligué a separarme de ella y de sus ojos brillantes de deseo.

—Estaba haciéndolo.

—No, estabas poniéndote las medias con movimientos muy sugerentes, en braga y sujetador.

—No sé hacerlo de otra forma. —Rio.

Sacudí la cabeza, con gesto divertido y me centré en vestirme.

—Mmm… —Reaccionó al quitarme la toalla de la cintura.

—Deja de mirarlo fijamente porque entonces no llegaremos a tiempo y sería feo hacia tus padres. —Carraspeé.

—Te llevas muy bien con ellos, no creo que dijeran nada si…

—Como me toques no salimos en todo el día, avisada estás.

—Eso es muy tentador. —Se movió en la cama.

Mi miembro se oponía a mis palabras, duro y firme se alzaba dispuesto a entrar en acción.

—Evie… —La agarré del pelo, por detrás.

Tensé la mandíbula cuando colocó las manos en mis caderas.

—Arriba.

No se esperó que la levantara y apartara. Se quejó mientras rodeaba la cama hacia donde había dejado el vestido. Solté una carcajada, a pesar de cómo me sentía y que yo mismo me había negado el placer.

—Hoy estás más habladora que ayer. Desde que regresaste del trabajo no…

—Solo estaba cansada. Fue el primer día —me interrumpió.

Su voz sonó amortiguada porque el vestido le tapaba la cabeza. La sacó soplando, para retirarse un mechón de pelo que le caía hacia delante.

—Tenías muchas ganas de ir —continúe, mientras me acomodaba el bóxer.

—Correcto, pero eso no quita que no me agobiara después de tantos días sin hacer nada.

La observé por unos largos segundos, antes de ponerme el pantalón y el jersey.

—Estás preciosa.

Me sonrió mientras se acomoda el vestido. Se ajustaba a su cuerpo, era de punto, justo por

encima de las rodillas.

—Gracias, tú estás…

—¿Precioso? —Reí.

—Mmm… Atractivo, guapo, interesante. Sí, precioso —me sonrió.

Terminamos de arreglarnos entre ratos de silencio y comentarios divertidos, y salimos de su piso media hora después. Una vez montados en el coche le envié un mensaje a Glen, para avisarlo de que íbamos en camino. Me respondió que, de acuerdo, que estaba esperando a que Salma terminara y enseguida estarían.

La música nos envolvió durante la mitad del recorrido, hasta que Evie bajó un poco el volumen.

—Nunca me has hablado de tu madre. —La miré de reojo—. A tu padre lo mencionaste en una ocasión, pero a ella no.

—No me gusta incluirla en la misma conversación en la que aparezca mi padre —dije serio.

—Pero ¿está…?

—¿Viva? Sí —soltó un suspiro— Vive en Escocia desde hace bastantes años, con su hermana. Mi tía se enamoró de un escocés cuando tenía veinte años, él vino a España de vacaciones y con el tiempo, cuando la relación duró al tiempo y a la distancia, ella se trasladó a su país. Cameron, que así se llama mi tío, era seis años más mayor y tenía negocios allí. No podía desatenderlos porque le eran muy rentables. Cuando mi madre se divorció de mi padre, le pedí que se alejara todo lo posible de él y no dudó en irse con su hermana y su cuñado.

—Me alegro de que esté bien —comentó en tono bajo.

—Yo también.

—¿Por qué le pediste eso? ¿Tan poco te fiabas de tu padre?

—Simplemente, no me fio de nada en lo referente a él.

—Lo siento. —Giró la cabeza hacia mí.

—Gracias, pero no hace falta. —Le agarré la mano que tenía sobre la falda del vestido—. Mantenerlo alejado de nosotros es lo mejor que nos puede pasar.

—Me encanta Escocia. —La miré de reojo.

—¿Has estado alguna vez? —negó.

—Una vez estuve a punto de ir con David y Maya, pero la verdad no recuerdo por qué al final elegimos otro destino —comentó pensativa—. Todo lo que sé de Escocia es por información.

—Te gustará —sonreí de medio lado—. Cada dos o tres meses voy a verlos, exceptuando la temporada que estoy en el campin. Durante ese tiempo tardo más en ir.

—Todavía no la has visto desde que llegaste.

—He estado muy ocupado —sonreí de medio lado—. Le he hablado a mi madre de ti, está deseando conocerte. Se llama Sofía.

La expresión que cubrió su cara fue de alivio, lo que me hizo preguntarme si era porque mi madre sabía de su existencia o por lo de que quería conocerla.

—A mí también me gustará conocerla —sonrió.

Le devolví el gesto, mientras ella subía el volumen de la música dando la conversación por finalizada. Agradecí que no quisiera saber más sobre mi padre, nunca me apetecía hablar de él por motivos obvios, y menos en este momento, a poco de llegar a la casa de sus padres.

Después de diez minutos, estacioné cerca. Avisé a Glen porque hacía unos minutos que había llegado y nos esperaban para entrar juntos. Ellos vivían más cerca.

—Ahí están —dijo Evie.

Nos paramos en la acera, sonriéndoles cuando se bajaron del coche y nos saludaron con la mano. Después de los abrazos y besos, nos dirigimos hacia la entrada. Evie llamó al timbre y fue Luisa, su madre, quien nos abrió.

—Hola —nos saludó animada—. Bienvenidos. —Se apartó para que entráramos.

Más abrazos y besos, y nos acercamos a David y Maya que estaban sentados en el sofá. Los saludamos también y nos acomodamos con ellos, por petición de Luisa.

—¿Qué queréis tomar? —nos preguntó a los recién llegados, David y Maya estaban servidos.

—Para mí, agua está bien —dijo Salma.

—Qué recatada —soltó Glen, mirándola divertido.

—Para empezar —añadió ella, después de bufar.

—¿Nada más que agua? Hay refrescos, cerveza y vino.

—Ya me encargo yo, mamá. —Se puso a su lado Evie.

—Quédate con ellos, no me cuesta nada.

—Ni a mí. —Se encogió de hombros su hija—. ¿Cervezas o vino? —Quiso saber.

Al final, ganó la cerveza, Salma se apuntó también y Evie desapareció en la cocina.

—Mateo llegará enseguida, ha ido a la pastelería. Dejamos encargados para última hora unos pastelitos muy ricos que preparan —nos informó Luisa—. ¿Queréis que os enseñe la casa de mientras?

A mí me daba igual verla o no, pero con la ilusión con la que lo dijo, ni mis amigos ni yo pudimos resistirnos a aceptar. Evie nos miró con expresión divertida cuando seguíamos a su madre. Cargaba con una bandeja, con la que fue hacia sus amigos para dejarla en la mesa baja de la zona del sofá.

Luisa nos hizo un recorrido exhaustivo por toda la vivienda. Era una casa impresionante, con un jardín trasero inmenso en el que el color verde destacaba. Haciendo un cálculo aproximado superaba la superficie del interior. Una carpa cubría el lateral, destinada para cubrir una gran mesa, había hamacas repartidas, una gran barbacoa de piedra, una piscina apartada hacia el lado contrario… No le faltaba ningún detalle, con árboles que daban sombra en lugares estratégicos. Para mí, un amante de la naturaleza y del aire libre, este espacio era el más importante y destacable.

Fue explicándonos los recuerdos de algunas de las anécdotas en cada una de las zonas por las que pasamos. Cuando se quedó satisfecha, nos reunimos en el salón con los demás. Sonreí al ver a Evie sentada en el brazo del sillón del que me había levantado yo.

Al pasar por su lado me incliné para darle un beso rápido, el que aceptó encantada. Cuando me senté y puse la mano sobre una de sus piernas, fijé la mirada en su madre. Sonreía de oreja a oreja, observándonos. Le devolví el gesto, no tan pronunciado, pero sí igual de sincero.

Mateo llegó al cabo de unos minutos. Lo saludamos como habíamos hecho con su mujer y enseguida se integró al grupo. Toda la casa olía de vicio por la comida que había preparado Luisa.

Después de que nos termináramos el aperitivo que sacaron, ocupamos la mesa que estaba decorada hasta el más mínimo detalle. Era un placer disfrutar relajado de la compañía, los padres de Evie eran muy cercanos y abiertos, más Luisa, pero Mateo en su forma no se quedaba atrás. Él daba otra impresión mucho más sólida, como si se proclamara el protector de todos. Se hacía respetar solo con mirarlo, tenía una personalidad arrolladora, mientras que la de su mujer se contraponía con la de él, complementándose ambos a la perfección. Durante todo el tiempo que estuvimos junto a ellos, quedó en evidencia lo que se querían y se cuidaban mutuamente. Mateo estaba pendiente de todo en lo referente a Luisa, ella más de lo mismo.

Me encantaba ser testigo de lo que transmitían, algo que por desgracia no había vivido con anterioridad.

Pasamos un día increíble, rodeados del mejor ambiente y de las personas que queríamos. Lo que percibí en Evie el día anterior, cuando llegó al piso después del trabajo, desapareció por

completo. Reía, sonreía, hacía bromas… Todo con naturalidad.

Pensé que ayer solo fue un mal día para ella, yo estaba acostumbrado a tenerlos. Así que no le di mayor importancia por cómo la vi. Nuestras miradas se encontraban, los roces de nuestras manos encima de la mesa fueron constantes, rio cuando le atrapé un pie con el mío, para mantenernos unidos uno al lado del otro.

Todo fue perfecto, en una sintonía igual de perfecta.

Estuvimos en la casa de los padres de Evie hasta rozar la noche, no dejaron de sacar comida tentadora para alargar nuestra partida.

Durante las horas que pasaron, sentí satisfacción por lo bien que habían encajado los amigos de Evie con los míos. O quizás, más que eso. Me hizo gracia ser testigo de las conversaciones en tono bajo de Salma y David, en un intento de tener más privacidad rodeados de los demás. Glen y Maya, los que encajaban en carácter, no fueron menos que los anteriores, aunque las risas y las bromas destacaron más en ellos.

Como ya he dicho, perfecto. Me fui con una sensación tan agradable, que me acompañó en el camino de regreso y el resto de la noche. Es muy fácil atesorar momentos como los que había vivido en la casa de los padres de Evie, cuando nunca antes los había experimentado.

Evie y yo rematamos el día, dándole un final aún mejor que el que habíamos pasado. En cuanto cerré la puerta de su piso nuestra ropa voló por los aires y nos consumimos en el deseo y la pasión, sin darnos tiempo a llegar a la habitación.

Capítulo 40



Evie

—¿Tu padre te ha comentado cómo va el tema de la denuncia? —me preguntó Maya.

—No, ni lo hará —dije segura de ello—. Evitará mencionarlo delante de mí, a no ser que no le quede más remedio.

Bebí un sorbo de refresco.

—Lo detuvieron, pero ahora está fuera. Sus padres pagaron la fianza —intervino David.

—Rodrigo me ha contado cosas —dijo Maya, refiriéndose a su compañero de trabajo, examigo de Iván.

—¿Qué te ha dicho? —Me refresqué la garganta bebiendo un poco más.

—Que lo han echado del trabajo y que sus padres lo tienen encerrado en la casa de ellos. Por lo visto lo han atado en corto y lo tienen muy vigilado —explicó satisfecha—. Lo del trabajo no me extraña, Rodrigo me ha dicho que faltaba bastante.

—Poco es para lo que se merece —comentó David, serio.

—Tuvo su merecido —le recordé.

Él mejor que nadie lo sabía, fue participe junto a Kilian de ir a por él y de paso a por el tal Manuel, que lo ayudó cobardemente a enfrentarme de la peor manera.

Kilian no quiso darme los detalles de lo que les hicieron, pasó muy por encima de ello. Lo que me recalcó es que no tenía que preocuparme nunca más de que se acercara a mí. Era todo lo que necesité oír, el resto corría a cuenta de mi imaginación.

—Sí. —Sus labios se curvaron hacia un lado, satisfecho—. Y no me preguntes nada —me advirtió.

—Eres un egoísta, quieres guardarte la información para ti solo —dijo Maya, picándolo.

—Ahí lo llevas —dije cantarina.

David soltó una carcajada, fue para lo único que abrió la boca. Nos ignoró y yo sabía que iba a respetar el mismo silencio que Kilian. La verdad es que no necesitaba, ni me importaba, no saber todos los detalles de lo que hicieron, solo el resultado. Para mi tranquilidad ninguno de los dos, ni David ni Kilian, habían salido perjudicados. Iván y su amiguito no habían abierto la boca y algunas veces pensaba en lo que me dijo Kilian cuando me lo contó: «*Me he encargado de todo».*

Una pregunta sobre eso quemó en la punta de mi lengua hacia mi amigo, pero no hice ningún comentario al respecto.

Levanté la cabeza para que el sol me diera en la cara y cerré los ojos. Estábamos en la terraza de un bar, eran las doce del mediodía del domingo. Kilian había quedado con Glen para ayudarlo en unas cosas, por lo que me dijo antes de irse, podía retrasarse. En cualquier caso, si llegaba al piso y no estaba, lo llamaría para saber si lo esperaba para comer o no.

—Ayer fue genial —interrumpió mis pensamientos Maya.

—Sí —sonreí totalmente de acuerdo.

—A tus padres se les cae la baba por Kilian —comentó divertido David.

—Se te cae hasta a ti, ¡qué vas a decir! —dije y reímos los tres.

—Es un gran hombre —soltó un suspiro Maya—. Guapo, atractivo, protector, cariñoso, amable… Cada vez que recuerdo cuando le tiré a los pies la botella de agua en la gasolinera. —Se tapó la boca.

—No puedo saber si el resultado habría sido el mismo, pero he llegado a agradecerlo. —Levanté las dos cejas, varias veces.

—Menos mal que lo dices, porque quién lo diría. —Levantó las manos.

—En aquel momento le faltó poco para arrastrarte de los pelos —dijo David, para después reír.

—No podéis decir que no tenía motivos. —Puse los ojos en blanco.

—Obviamente —reconoció él.

—Tampoco fue para tanto, si se hubiera caído… —Soltó una risita—. Glen y Salma me caen muy bien.

—Sobre todo Glen, ¿no?

Miré de reojo a mi amigo, con los labios tensados para no reír.

—Eh, pues sí. Es igual de simpático que ella.

—Si solo fuese simpático… —comenté como si nada.

—¿Por qué no habláis claro? —Entrecerró los ojos.

—Eres lo suficientemente lista para saber a qué nos estamos refiriendo —le respondió David, con una ceja arqueada.

—¿Eso es un halago? ¿Gracias? —habló dudando.

Reímos por la expresión que puso.

—Menos mal que corregí la impresión que se llevó de mí la primera vez que lo vi —solté un suspiro.

—Es adorable, claro que te vio como eres en realidad. ¿Qué? —Pasó la mirada de uno a otro —. ¿He dicho alguna mentira acaso? —Arrugó la nariz.

—En absoluto, cariño —le respondí yo—. Glen es adorable y me pregunto el motivo por el que no le has lanzado algo a los pies o a las piernas directamente cuando lo tienes cerca, para que caiga encima de ti.

Soltó un jadeo echándose hacia atrás en la silla, pero no por impresión de que pensara lo que le había dicho, sino porque no se le había ocurrido. Lo sabía muy bien, como también que ya estaba planeando algo para la próxima vez que lo viera.

David y yo, con el mismo pensamiento rondándonos la cabeza, nos miramos y soltamos una carcajada. Ella siguió en su mundo, con una sonrisa en los labios.

—Hace unos días el padre de Kilian se presentó en mi despacho —solté de golpe.

—¿Cómo? —Reaccionó Maya, centrándose en mí.

—¿El padre? —Frunció el ceño David. Asentí—. ¿A cuento de qué? ¿Qué te dijo? ¿Lo sabe Kilian?

—Fue muy amable. —Apoyé los brazos en la mesa, después de beber un sorbo de refresco—. Me invitó a que me alejara de su hijo, sin hacer una presentación formal ni nada. —Me encogí de hombros.

—¿Qué hizo qué? —Jadeo Maya.

—No me lo puedo creer. —Apretó la mandíbula David.

—No tengo ni idea de cómo sabía quién era yo y donde trabajo, pero el viernes se presentó cuando ya había recogido para irme. Y no, no le he dicho nada a Kilian.

—¿Por qué?

—Antes de eso, Kilian solo lo había mencionado una vez y tuve la impresión de que no tenía muy buena relación con su padre. El sábado, en el trayecto hasta la casa de mis padres, saqué un poco el tema, pero enfocado a su madre, me quedó claro la unión inexistente que tiene con él. No quería alterarlo ni que se le pusiese mal cuerpo, preferí callármelo. Igualmente, no tiene importancia.

—¿Qué le dijiste cuando te soltó esa bomba? —me preguntó Maya, con expresión preocupada.

—Lo que se merecía, le di lo que recibí. Ni más ni menos —sonreí—. La invitación que he dicho en realidad fue una orden que le salió frustrada.

—Yo me hubiese cagado y después habría llorado. —Hizo una mueca.

—Nada de eso merece la pena por personas como ese hombre. Lo mejor es pagarle con lo que más le jode, la ignorancia es muy saludable. —Le hice un guiño.

—Dudo que Kilian le haya hablado de ti, no entiendo cómo sabía…

—Yo tampoco, pero me dio la impresión de que podía disponer de lo que quisiera en cualquier momento.

—Kilian me habló una vez de él, pero muy poco, lo único que remarcó es que es mejor tenerlo lejos —dijo David, pensativo.

—Ay, nena, a ver si después de lo que has salido te metes de lleno en algo más gordo. —Los ojos de Maya estaban cubiertos de preocupación.

—No me preocupa en absoluto —dejé claro—. Para mí ese hombre es un desconocido y creedme, va a seguir siéndolo, por muy padre de Kilian que sea. El único que me importa es el hijo, lo que piense y sienta, lo demás, se puede ir a la mierda, directamente.

David sonrió satisfecho, Maya continuó observándome preocupa, sabiendo muy bien cuales podían ser mis reacciones si me cruzaba otra vez con ese hombre.

—De todos modos —carraspeó él—, creo que deberías decírselo a Kilian.

—Solo provocaría que se enfrentara a él y es lo que no quiero —negué.

—Lo entiendo, pero si en algún momento se entera por su padre, llevándose la información a su favor, puede afectarte a ti.

—Si eso ocurre estaré preparada para darle mi versión a Kilian. Conoce a su padre perfectamente, él mismo rehúye de él. Entenderá mi motivo para haberme mantenido callada.

—Es verdad, solo conseguirías que fuese a por él —asintió Maya—. ¿Qué impresión te dio, sin tener en cuenta del veneno de sus palabras?

—No me gustó. —Vacié en mi garganta lo que quedaba de refresco, para humedecerme la garganta. Se me había quedado reseca.

—Ten cuidado —me pidió David, serio—. Si ha pasado por encima de su hijo, te ha invitado a dejarlo y lo peor, ha sabido dar contigo…

—Tranquilo —le sonreí—. No solo me dijo eso, me dejó claro que Kilian no sabía su intención, como también que yo no le diría nada.

—Pero ¿ese tío de qué va? —Dio una palmada en la mesa Maya—. Será impresentable, ¿qué se piensa? ¿Que puede controlar a las personas?

—Eso exactamente se cree. —Me encogí de hombros—. Con algunas lo conseguirá, pero conmigo…

—No entiendo ese comportamiento. —Sacudió la cabeza David, pensativo.

—Poco me importa, si he sacado el tema es para que lo sepáis. No he hablado de esto antes.

Cambié el tema de conversación porque me sentía incómoda. No fue nada agradable y recordarlo tampoco. También porque no quería ponerme mal cuerpo pensando en ese hombre.

Después de una hora, pagamos y nos fuimos de la terraza del bar. Nos despedimos junto a mi coche, que era el que estaba más cerca. Quedamos en llamarnos mientras nos abrazábamos y nos dábamos besos, y me monté en el coche, para dirigirme a mi piso.

No tardé mucho en llegar y al entrar, llamé a Kilian.

—¿Hola? —Probé por segunda vez.

No escuché nada por lo que di por hecho que todavía no había llegado. Me dirigí a la habitación para cambiarme ropa. Una vez cómoda, saqué el móvil del bolso y fui a la cocina.

Evie: *Hola, ¿vas a venir a comer o comes con Glen? Acabo de llegar al piso. Dale recuerdos.*

Esperé unos minutos y al no recibir respuesta, salí al salón para acomodarme en el sofá a leer. El libro reposaba sobre la mesa baja, donde lo dejé la noche anterior.

Me quedaban pocos capítulos para terminar. Lo abrí por la página por la que me quedé, coloqué el móvil a mi lado y me puse a leer.

Los minutos fueron pasando, me metí tanto en el final de la historia que la terminé con una gran sonrisa, pero a la vez con pena por despedirme de ella. Solté un suspiro pensando en cuál sería la siguiente. Lo dejé sobre el sofá y cogí el móvil. Kilian no me había contestado y hacía bastante que le escribí.

Decidí no esperar más porque estaría entretenido con su amigo. Me levanté para ir a la cocina a prepararme la comida. En cuanto tuviese el estómago lleno me echaría una siesta, ese fue mi pensamiento mientras la pasta se cocía. No me apeteció ponerme a hacer algo más elaborado por lo tarde que era.

Puse el plato en la mesa y me dirigí hacia la habitación con el libro, para sustituirlo por otro de los pendientes que tenía en la estantería. Después de elegirlo regresé a la cocina y me senté a comer, a la vez que pasaba las primeras páginas.

Capítulo 41



Sentada en el sofá, con las rodillas flexionadas y los brazos rodeándomelas, tapada con una manta, giré la cabeza hacia la terraza. Estaba amaneciendo, dentro de poco la oscuridad sería sustituida por la luz del sol.

Solté un suspiro y bajé hacia abajo, hacia el móvil que tenía al lado.

Por mucho que esperé la llegada de Kilian no sucedió. Las horas fueron pasando, el mediodía dio paso a la tarde, la tarde a la noche, la noche a la madrugada y aquí continuaba, sin moverme del sofá haciéndome muchas preguntas.

Al menos, al cabo de unas horas recibí un mensaje de respuesta de Kilian, pero no sé si fue mejor o peor leerlo. Le había dado muchas vueltas, tuve el impulso de escribirle diciéndole qué significaba, pero en cambio, me limité a enviarle un mensaje en el que le puse: «*Ok, aquí estaré»*.

Desbloqueé el teléfono y accedí a la aplicación, para releerlo de nuevo. Me lo sabía de memoria desde que lo leí por primera vez. No era ningún mérito porque no utilizó muchas palabras, más escueto no pudo ser.

Kilian: *No sé cuándo volveré.*

«¿Qué se supone que tengo que interpretar?» Al menos no me había dicho: *«No volveré»*. El cuándo era importante, al menos a esa deducción había llegado.

Bien entrada la noche, subí hasta su piso y llamé a la puerta, pero no hubo respuesta desde dentro. Esperé unos minutos como una tonta, por si estaba en la ducha o yo qué sé. El caso es que bajé las escaleras, desanimada y con la sensación de malestar por las nubes.

Una sensación que se había asentado en mi estómago. Me sentía inquieta, no podía quitarme de la cabeza el pensamiento de que algo no iba bien, de que había sucedido algo que desconocía y que no podría averiguar hasta que Kilian regresara. Si es que lo hacía… Al menos a su piso tenía que volver, o eso esperaba, porque como tenía otra casa…

Me tapé la cara con las manos y me la froté, agobiada y cansada. No había podido cerrar los

ojos, ni siquiera leer desde que recibí su mensaje. Las dudas me asaltaron, el temor me apretó fuerte. Necesitaba hablar con él, pero si algo me quedó claro de su mensaje es que por el momento no iba a darse.

¿Por qué? Gran pregunta a la que no podía darle respuesta. Entre todas las cosas que había imaginado, el tema de su padre estaba latente. ¿Habría hablado con él? Y si hubiese sucedido ¿qué le habría dicho ese hombre? ¿Le contaría cómo lo enfrenté? ¿Se inventaría cosas que no eran verdad?

No dudaba ni por un segundo que era muy capaz de hacerlo, tergiversándolo todo a su favor para conseguir la atención de su hijo. Pero Kilian no se dejaría manipular, en absoluto. Otra cosa que tenía clara es que por su personalidad no permitiría que nadie pasara por encima de él, ni mucho menos admitiría que le controlaran la vida.

¿Entonces? Entonces una mierda, estaba echa un lío y me dolía la cabeza de tanto pensar. Solté un suspiro y apoyé la cabeza en el respaldo. Estaba cansada de estar en el sofá, en todas las posibles posturas en las que había estado durante todas las horas que no me había movido de él.

Al principio, esperé a saber algo más de él, después de su mensaje escueto. Cuando quise llamar a alguno de sus amigos, a Glen o a Salma, ya era muy tarde y aparté la idea. Con David me pasó lo mismo, sabía que tenía mucho contacto con Kilian y quizás… No sabía nada y el no saberlo me consumía. Cada vez que sus palabras escritas venían a mi memoria me daba un escalofrío.

Sí, algo no iba bien y no iba a cambiar esa percepción. Cerré los ojos, solo necesitaba esperar un poco más y si continuaba sin tener otro mensaje de Kilian, me movería hacia dónde hiciese falta. No iba a continuar en la ignorancia, otra cosa sería que ni sus amigos ni el mío supieran lo que estaba sucediendo. Llegados a ese punto, si pasaba, ya no sabría qué hacer.

O sí, era capaz de dar con el padre de Kilian y ponerme frente a él. Al menos de esa forma podría saber si él tenía algo que ver en que Kilian no hubiese regresado y no supiera cuándo lo haría.

Me levanté del sofá con una mueca, con varias partes del cuerpo doloridas. Me estiré, doblé la manta, cogí el libro que apenas me dio tiempo a leer unas páginas y me dirigí a la habitación. Lo dejé en la mesita de noche antes de ir hacia el baño.

Necesitaba espabilarme, la última hora los párpados me habían pesado y, a pesar de que no había dormido nada, me notaba pesada. Me duché rápido, me vestí de igual manera, me preparé un café, cogí el móvil del sofá y fui a la terraza para tomármelo, abrigada con una chaqueta de lana.

Después de sentarme frente a la mesa y de darle el primer sorbo al café, entré en la aplicación de mensajes. Hice una mueca al ver que no tenía nada nuevo de Kilian. Pasé de largo su conversación y busqué el nombre de Glen porque nunca nos habíamos escrito. Por suerte, intercambiamos los números de teléfono, al igual que con Salma. Con ella sí que había intercambiado varios mensajes.

Evie: *Hola, Glen. Buenos días. Perdona que te moleste. ¿Sabes algo de Kilian? Estoy preocupada, ayer me envió un mensaje en el que me dijo que no sabía cuándo volvería. Es lo único que sé de él desde que nos despedimos ayer por la mañana. Se fue para estar contigo.*

Salí de la conversación y entré en la que tenía con Salma.

Evie: *Buenos días, Salma. ¿Sabes dónde está Kilian? Es que desde que se fue ayer por la mañana para ver a Glen no sé nada de él. Bueno sí, me envió un mensaje por la tarde, pero fue breve y me quedé intranquila porque me dijo que no sabía cuándo volvería. ¿Tú sabes algo del motivo? Perdona, estoy nerviosa.*

Dejé la aplicación abierta, coloqué el teléfono en la mesa y cogí la taza. Me calenté las manos con ella, sin apartar la vista de la pantalla. Los minutos fueron pasando sin recibir respuesta de ninguno de los dos, ni siquiera vieron mis mensajes. Pensé que sería porque era muy pronto, pasaban pocos minutos de las ocho de la mañana. Opté por llamar a la única persona que sabía que descolgaría mi llamada fuese la hora que fuese: David.

—¿Te has caído de la cama? —Fue lo primero que dijo al descolgar.

—No la he tocado en toda la noche. Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué significa eso? —Cambió el tono de voz.

—El significado que tiene. —Miré hacia la barandilla—. No he dormido, tampoco me he movido del sofá desde ayer, después de la siesta.

—¿Y eso? ¿Qué pasa?

—Ojalá lo supiera —solté un suspiro—. Kilian no ha vuelto, no lo veo desde que me despedí de él para ir a tomar algo con Maya y contigo.

—¿Y no te ha dicho nada?

—Sí. —Reí, me dio por ahí—. Nada alentador.

—¿El qué?

—«No sé cuándo volveré».

—¿Nada más?

—No, David.

—Bueno lo mismo está liado con cosas y…

—¿Y no tiene tiempo para decírmelo para que no me preocupe? No dudo de que sea eso, el tema es ¿con qué está liado hasta el punto de desaparecer y no decirme el motivo? Algo no está

bien, David. Tengo esa sensación y no consigo quitármela de la cabeza. —Acaricié el borde de la taza.

—Dame diez minutos y estoy ahí —sonreí con todo el cariño y amor que sentía por él.

—Es muy pronto y todavía estarás en la cama.

—¿Y eso se supone que tiene que ser un impedimento? —Sacudí la cabeza.

—Para mí no lo sería.

—Pues tú misma te has respondido. Me visto, y voy.

—Vale. Pensaba que sabrías algo de él. —Cogí una bocanada de aire.

—No, cariño. Sabes que si lo supiera no te ocultaría nada.

—Lo sé.

Nos despedimos hasta dentro de un rato y dejé apartado el teléfono. No tenía ningún mensaje de los amigos de Kilian.

Me bebí el café despacio, pensativa. Por cada idea que pasaba por mi cabeza mi agobio aumentaba, pero no podía evitarlo. Me presioné la frente y cuando la taza quedó vacía, me levanté para ir a la cocina. Necesitaba tomarme una pastilla para el dolor punzante que cada vez iba a más, me daba que el día iba a ser muy largo y tenía que estar bien, o al menos convertir el dolor en un malestar soportable.

¿Se puede sentir una conexión tan fuerte con alguien que eres capaz de saber que esa persona no está bien? Eso es lo que sentía, aparte de que era evidente de que algo había sucedido si no, Kilian habría llegado a mi piso, aunque fuese tarde.

¿Qué sería? ¿Qué le pasaba? ¿Era por su padre? No podía quitármelo de la mente y estaba dispuesta a averiguarlo.

David llegó pasados unos minutos, no se retrasó ni uno de los que me dijo.

—Hola —lo saludé con una sonrisa al abrir la puerta, una que no reflejó felicidad en mis ojos.

—Hola, cariño. —Me abrazó—. ¿Todo sigue igual? —Quiso saber cuándo cerré.

—Sí. Antes de llamarte les he escrito a Glen y a Salma. Supuestamente Kilian ayer quedó con Glen, aunque ya no lo sé. —Me encogí de hombros.

—No dudes de él y de lo que te dijo —me pidió frotándome los brazos.

—No lo hago, es solo que todo es muy raro. —Hice una mueca.

—Es normal que estés así, ya verás como tiene una explicación.

—La tendrá, otra cosa es que sea buena para mí —solté un suspiro.

—¿Piensas que tiene que ver con su padre? ¿Que si le ha dicho que te ha visto y le ha contado tu reacción, Kilian se lo ha podido tomar a mal? La primera pregunta es en lo que he pesado yo al instante, pero la otra no tiene sentido. Que lo sepas, por si también te la has hecho.

—No sé nada, pero pienso en muchas cosas. —Lo abracé.

Por unos minutos nos quedamos en silencio, abrazados en medio del salón.

—¿Por qué no me has llamado antes? De madrugada, de noche, por la tarde después de recibir su mensaje… No tenías por qué estar sola —habló casi en susurros.

—No quería molestarte y, la verdad, esperaba que en cualquier momento apareciese Kilian. Por eso lo fui retrasando.

—Voy a obviar lo de molestarme porque bastante tienes ahora mismo, pero queda pendiente una buena colleja —sonreí contra su anorak.

—¿Crees qué…?

—¿Qué? Dilo.

—¿Crees que volverá en algún momento?

—No lo creo, lo sé. —Apretó el agarre de los brazos—. Kilian no va a dejarte, tenlo claro. Puede que algo lo haya obligado a desaparecer, pero si no le importaras, lo que es impensable, pero si fuera el caso, no se habría molestado en escribirte el mensaje y el texto hubiese sido muy diferente, poniéndole fin a lo vuestro de forma clara.

Noté las lágrimas contenidas en los ojos, pero no me permití llorar. Me tragué las emociones y me separé de golpe de mi amigo cuando mi móvil sonó. Acababa de llegarme un mensaje y corrí hacia el teléfono para ver de quién se trataba.

Capítulo 42



Glen: *Hola, Evie. Buenos días. Primero de todo no eres ninguna molestia, puedes escribirme o llamarme cuando quieras. Sí, estuvimos juntos, pero al mediodía, después de hacer unas gestiones, se fue. ¿Podemos quedar?*

—¿Quién de los tres es?

—Glen —le respondí después de leer por segunda vez el mensaje.

—¿Qué te ha dicho?

Coloqué la pantalla delante de sus ojos, para que lo leyera.

—Pregúntale dónde nos vemos.

—Sí.

Evie: *Gracias. Por mí perfecto. Iré con David, está conmigo. ¿Dónde quieres que nos veamos? Ya estoy preparada para salir.*

Su respuesta no tardó en llegar.

Glen: *¿En quince minutos en el parque del centro de la ciudad? Solo hay una cafetería, la terraza da a la zona verde. Yo voy bastante, está muy bien y a estas horas no habrá apenas gente. Iré con Salma, me he quedado a dormir en su casa. Ya ha visto tu mensaje, os manda saludos, aprovechando que estoy hablando contigo.*

Evie: *Perfecto, Glen, allí estaremos. Devuélvele nuestros saludos a Salma.*

—No ha querido decírmelo por aquí —le dije a David.

—Tengo la misma sensación, no queda mucho para que sepamos de qué se trata —asentí con una mueca.

Fui hacia la habitación quitándome la chaqueta de lana. La tiré encima de la cama y me puse

el chaquetón. Con el bolso colgado fui al encuentro de mi amigo, me guardé el móvil en un bolsillo y salimos de mi piso.

Nerviosa, me mantuve en silencio durante todo el tiempo que tardamos en llegar al parque. David no hizo ningún comentario, sabiendo cómo estaba, simplemente me rodeó los hombros con un brazo cuando nos bajamos de su coche.

—No han llegado todavía —comentó mirando la terraza.

Solo había una mesa ocupada por una pareja.

—No faltará mucho —dije mirando la hora en el móvil.

Ocupamos una mesa, la que quedaba más apartada, una de la hilera que separaba la hierba del suelo de la terraza.

—Tranquilízate —me pidió.

—Difícil. —Me froté las manos en el pantalón.

—Ya verás como no es tanto como estás imaginando. —Sus intentos de ánimos no surtían efecto, pero, aun así, le sonreí para que dejara de preocuparse por mí.

Glen y Salma aparecieron a los pocos minutos. No diferencié nada malo en sus expresiones, pero claro, todavía era pronto para sacar una conclusión. Nos levantamos para recibirlos con abrazos y besos, y nos sentamos rodeando la mesa.

Antes de que pudiésemos empezar a hablar un camarero se acercó para tomarnos nota. Le pedimos cafés con leche para cada uno y Salma añadió unos cruasanes pequeños para acompañar. Yo tenía el estómago cerrado, bastante tendría con beberme el café.

—Están muy ricos, los de crema y chocolate son los mejores —dijo Salma, refiriéndose a los cruasanes—. Ya veréis cuando los probéis —nos sonrió.

—Seguro que nos gustan mucho —comentó David.

Tenía gracia porque no era amante del dulce ni de la bollería, si hubiésemos pedidos bocadillos o cualquier otra cosa salada, sería diferente. Lo miré divertida, él lo hizo de reojo hacia mí y en su expresión aparecieron claras las palabras que contuvo: «*Ni se te ocurra decir algo que la liamos».*

—Chicos —llamé la atención de todos—. ¿Sabéis algo de Kilian?

No pude esperar más para sacar el tema.

—Sí —respondió Salma.

Fijé los ojos en ella. Cambió el gesto y no me gustó nada lo que vi.

—No es para tanto o sí, según se mire. —Me centré en Glen—. Kilian se ha encontrado con un problema que tiene que resolver, por eso se ha ido. Sé que a una parte de él le hubiese encantado decírtelo, pero como lo conozco tan bien, lo conocemos —rectificó añadiendo a Salma—, sabemos que ha querido reservárselo para no preocuparte.

»El mensaje que te envió fue para tranquilizarte, Kilian no te va a dejar, Evie. Si quisiera eso te lo diría a la cara. Espero que lo tengas claro. Ahora solo puede estar centrado en su problema y en cuanto lo arregle…

—Volverá. —Terminó por él Salma.

—¿Dónde ha ido? ¿No está en la ciudad? —pregunté nerviosa. Negaron los dos al mismo tiempo— Pero… ¿Qué problema tiene? ¿Dónde está?

—En el campin donde os conoció —me aclaró salma.

—¿Ha vuelto al campin? Me dijo que la temporada por ahora había terminado para él. —Me sorprendí.

—Referente al trabajo que realiza sí, pero no puede obviar que es el dueño.

—¿Es el dueño del campin? —Ahora el asombrado fue David. Yo también, pero mi amigo se me adelantó.

—Sí —afirmó Glen, con una sonrisa.

—No he acertado en nada de lo que he pensado. —Me froté la frente—. ¿Y qué problema lo ha llevado hasta allí?

—Ha habido un accidente supuestamente bastante grave. —Carraspeó Glen—. Sergio, uno de sus trabajadores y compañero, lo llamó para contárselo, cuando Kilian estaba conmigo.

A Sergio lo conocíamos.

—Por lo visto no pasó ayer —intervino Salma—. Intentaron solucionar el problema sin decirle nada a Kilian, pensaban que lo conseguirían. No ha sido así, y ahora el campin tiene que afrontar una denuncia que lleva con ella muchos ceros. —Hizo una mueca.

—¿Qué ha pasado para que sea tan grave?

—Un hombre está en el hospital. Estaba haciendo una de las actividades y algo falló. La culpa recae toda sobre el campin porque fue provocado por el material que utilizó. Estaba en mal estado. —Fruncí el ceño.

—Me cuesta creer eso —dije—. Tanto David como yo, incluyendo a Maya, cuando estuvimos allí vimos a todos los instructores revisar el material varias veces. Incluso cuando las personas

que hacíamos la actividad estábamos preparados para iniciarla, hacían una última comprobación.

—Lo sabemos, por eso ninguno entendemos cómo mierda es posible —negó Glen—. El tema es que el hombre no está grave como pensamos inicialmente, pero ha denunciado al campin por la responsabilidad de su accidente. Y todo va a parar a Kilian.

—Aparte del campin tiene varios negocios más. —Giré rápido la cabeza hacia Salma—. Pero nos da miedo que con todo lo que tiene, no pueda afrontar la cantidad de dinero que pide ese hombre. —Tragó saliva—. Cabe la posibilidad de que Kilian lo pierda todo porque sabemos, no tenemos ninguna duda, de que se endeudará para salvar el campin. Es su vida, su pasión, independientemente de los demás negocios.

—No tenía ni idea de que era empresario —susurré—. En el campin di por hecho que era un trabajador más.

—Se muestra así hacia todo el mundo. Es con lo que disfruta, ya lo conocéis —comentó Glen

—¿Y ahora qué? Está allí solo. —Pasé la mirada de uno a otro.

—No ha querido que lo acompañemos. —Puso los ojos en blanco Glen.

—Y cuando Kilian se niega a algo, es imposible hacerlo cambiar de opinión —añadió Salma.

—Tiene pensado venir pronto, su abogado está trabajando desde aquí. Pero era superior a él no ir hacia el campin. Primero, para tranquilizar a sus trabajadores, a su familia porque así los considera. Llevan desde el principio trabajando para él. Y segundo, porque como ya he dicho, ese lugar lo es todo para él.

—Hay algo que no entiendo… Si el hombre que ha sufrido el accidente no está grave, digámoslo de esta forma, no fue para tanto, ¿por qué cojones ha puesto la denuncia?

—Para sacar dinero —respondió Salma.

—Grave no está. Hablé con Kilian de madrugada y me dijo que fue a verlo al hospital. Quería saber cómo estaba e intentar llegar a un acuerdo, pero ni con esas ha cedido ese hombre. Cuando Kilian entró en la habitación que le asignaron en el hospital estaba de pie, caminando.

—Que mala… —Me callé por la rabia que me recorrió.

Una idea fugaz pasó por mi cabeza. Fijé la mirada en Glen y Salma, pero me mantuve en silencio.

—Puedes decirlo, no dudo de que en el tiempo que llevas con él te has dado cuenta. —Me sorprendió Glen, interpretándome—. No te vas a equivocar, seguro.

—¿Al padre de Kilian le gusta que tenga el campin? —Las palabras salieron precipitadas de mi boca.

—No lo has conocido, sino no tendrías dudas —soltó un suspiro Salma.

—Simplemente no soporta que Kilian sea feliz, su único propósito es atarlo a él y a la empresa de la que es dueño. Su padre tiene como una especie de imperio.

—Y por lo mal que se lleva Kilian con su padre, y después de todo lo que hizo sufrir a su madre… Kilian rechaza todo lo que tiene que ver con ese hombre. Aparte de que nunca lo veremos sentado detrás de una mesa, en un despacho propio.

—¿No lo tiene en sus negocios? —Se interesó David.

—No, lo dirige todo desde casa, a excepción de las temporadas que está en el campin. Solo necesita tener un ordenador y confiar en las personas que tiene a su cargo.

—Sabéis que voy a ir, ¿no? —dije.

—Contábamos con ello —afirmó Glen, con una sonrisa pícara en los labios—. A ti no va a apartarte si lo sorprendes, a nosotros nos puede caer una buena. Aunque, a pesar de ello, teníamos pensado hablar contigo e ir mañana si es que no vuelve antes. No vamos a dejarlo solo, le estamos dando el tiempo que necesita.

Removí el café, pensativa. Escuché la voz de los tres de fondo, como si me llegaran amortiguadas. Parpadeé varias veces, rápido y levanté la cabeza.

—Salgo para allí esta tarde —les dije.

—Salimos —me rectificó David, recostando la espalda en la silla.

Me hizo un guiño y le sonreí agradecida. Los dos sabíamos que no necesitaba su compañía para llegar hasta Kilian, pero también que era muy bien recibida.

—Yo hasta mañana no podré, esta tarde tengo unos asuntos que atender y no puedo retrasarlos —comentó Glen—. Es otro de los motivos por el que todavía estamos en la ciudad.

—Tranquilo, mañana está bien —asentí—. Así nosotros vamos allanando el camino.

—Suerte con eso. —Rio Salma.

—Siempre puedo tumbarlo en el suelo y forzarlo a que entre en razón. —Curvé los labios.

—Eso no me lo pierdo. —Se frotó las manos David.

Glen y Salma rieron con él, yo me limité a continuar sonriendo, dándole vueltas a muchas cosas en la cabeza. En cierta forma me había tranquilizado saber el motivo, pero, por otro lado, la preocupación a lo que se enfrentaba Kilian me provocó unos nervios diferentes.

Quería ayudarlo, necesitaba hacerlo… Y ni él ni nadie iban a impedírmelo.

—¿Dónde puedo encontrar a su padre? —Mi pregunta pilló a todos por sorpresa, se quedaron callados.

—Evie, no te aconsejo…

—No es la respuesta que he pedido —corté a Salma, pero lo hice suavemente.

—No es prudente verte con él, no lo conoces y…

—Lo conozco, poco pero suficiente, para mi desgracia. —Les dejé claro.

Más sorpresa en sus caras. Supe perfectamente que pensaron en cómo era eso posible, sabiendo perfectamente que Kilian sería lo último que hiciera en su vida: presentármelo.

—Localizó a Evie y se presentó en su trabajo. Todavía nos preguntamos cómo es posible, pero fue así —les explicó David.

Salma soltó un jadeo por la impresión, Glen frunció el ceño.

—He llegado a pensar que su visita tenía algo que ver con que Kilian desapareciera. —Sacudí la cabeza—. El encuentro con él no fue precisamente agradable.

—Madre mía, como se entere Kilian. —Se llevó las manos a las mejillas Salma.

—Terminará de sentenciarlo, más de lo que lo hace ya —añadió Glen—. Cuéntanos cómo se dio.

Lo hice con mucho gusto, les comenté en qué momento y cómo apareció en mi despacho al final de mi jornada de un viernes. Como también no me dejé ningún detalle de la breve, pero contundente conversación que tuve con él. Conversación por decirlo de alguna manera…

—Qué fuerte —dijo enfadada Salma— ¡Cuándo dejará de joderle la vida! —Se dirigió a Glen.

—Nunca, siempre lo hará —dijo él, apretando la mandíbula.

—Me encanta cómo lo encaraste y todo lo que le dijiste —asintió Salma hacia mí, ahora emocionada.

—No fue nada. —Le quité importancia—. Me quedé con las ganas de más, mucho más. Os lo aseguro.

—Normal. —Sacudió la cabeza Glen—. Pero Salma tiene razón, pocas personas se atreven a tanto hacia él.

—Que dé gracias a que Evie se controló —comentó David—. Me hubiese gustado verlo calvo, ¿tiene mucho pelo?

Soltamos una carcajada todos.

—Lo tiene, pero creo que de él depende que continue teniéndolo —comentó divertido Glen, observándome atentamente.

Vi el orgullo en su mirada. Le devolví la sonrisa, era todo lo que podía hacer por el momento.

Ya sabía lo que le pasaba a Kilian, solo faltaba que lo ayudáramos entre todos, en todo lo que pudiéramos.

El dueño del campin… Me reí sin venir a cuento, captando la atención de los tres.

Capítulo 43



—¿Estás segura? —me preguntó David.

—Sí.

—Pues vamos —dijo abriendo la puerta del coche.

Recorrí con la mirada la fachada del edificio, tuve que inclinarme hacia el salpicadero para ver el final. Cogí una bocanada de aire y salí, poniéndome al lado de mi amigo.

—Maya se ha quedado con las ganas de acompañarnos —comentó mientras caminábamos hacia la entrada.

—Lo sé, pero no puede librarse del trabajo, ni hoy ni mañana.

Era sábado, y los fines de semana era cuando más trabajo tenía. Habíamos hablado con ella mientras veníamos hacia aquí. Después de una hora de estar con Glen y Salma en la terraza de la cafetería, le había pedido a David que me trajera hasta aquí. Glen nos dio la dirección y los datos que necesitábamos, estaba a punto de enfrentarme de nuevo con el padre de Kilian, porque dudaba que se mostrara de diferente manera que la primera vez.

Entramos en el edificio y pasamos de largo de la recepción, directos a los ascensores. Nos mezclamos con la gente que los esperaban. Por cada número de la planta que fuimos subiendo, más nervios se asentaron en mi estómago.

—Al despacho entro yo sola —le advertí cuando faltaba poco para que se abrieran las puertas.

—Lo daba por hecho, me quedaré cerca. Solo entraré si escucho tus gritos. —Apreté los labios, mirándolo de reojo.

El ascensor llegó a la cuarta planta y salimos de él, esquivando a las personas que continuaban hacia arriba. Recorrimos una gran sala, con varios ojos puestos en nosotros. No miramos hacia otro lado que no fuese lo que teníamos delante, puertas cerradas que imaginé que corresponderían a despachos y salas de reuniones. Vete a saber, tampoco me interesaba ni lo iba a descubrir. Era la primera y la última vez que estaba en este edificio.

Frente a la puerta del despacho, leyendo la placa identificativa, la golpeé varias veces con los nudillos.

—Aquí te espero —me dijo David, apoyando la espalda en la pared.

—Quédate con mi bolso. —Silbó y reí en tono bajo.

Cuando no me dieron paso, al cabo de unos minutos, entré igualmente. Se me había agotado la paciencia, así que…

Dos cabezas se levantaron de golpe en mi dirección. Una correspondía a la del padre de Kilian, la otra a la de una mujer que se había incorporado rápido, después de estar en una postura un poco dudosa.

—Buenos días. —Me mostré amable.

Si recibía lo mismo no variaría.

—¿Qué haces aquí? —Pues no iba a recibirlo, no.

—Me ha apetecido venir —dije observando el despacho, como hizo él con el mío—. Me he dicho, voy a hacerle una visita a mi suegro, como él tuvo el detalle de hacer hacia mí.

El tic que vi en aquel momento volvió a aparecer en su ceja.

—Ven dentro de un rato —le pidió cortante a la mujer de su lado.

Ella se mantuvo en silencio. Rodeó la mesa y al pasar cerca de mí me echó una mirada… Ya ves tú el problema, lo que fuera que estuvieran haciendo terminaría por conseguirlo más tarde. La puerta se cerró cuando salió.

—¿Has cambiado de opinión? —Se echó hacia atrás en la silla, con una sonrisa desagradable para mis ojos.

—Según tú, ¿sobre qué tengo que cambiarla? No me queda claro.

—¿Te vas a alejar de mi hijo?

—Ya lo has alejado tú por mí, ¿no? —solté.

No vi sorpresa en su expresión, lo que puso fue cara de satisfacción.

—He querido pensar que no era el caso, que por una vez en tu vida… —Empecé a caminar por el despacho—. Tratarías a Kilian como se merece y como le corresponde a un verdadero padre. Un gran error, está claro que no tienes corazón.

—Cómo te atreves… —Se levantó despacio de la silla.

—¿A decir grandes verdades? —Levanté una ceja—. Mis padres sí tienen valores y educación, me enseñaron muy bien.

—Si no vas a desaparecer de la vida de mi hijo, ¿a qué has venido?

—No te mereces dirigirte a él de esa forma. —Me crucé de brazos—. Para ti no es más que un peón al que piensas que puedes mover a tu antojo. ¿Qué pensará Kilian cuando se entere de que el problema que tiene en el campin lo has provocado tú? —Su ceja palpitó más, era tan fácil descifrarlo por eso—. Me lo acabas de confirmar. —Apreté la mandíbula y la posición de los brazos, para contenerme.

—Quién va a creer a una loca y desquiciada. —Solté una carcajada.

—Qué buena esa. —Continué riendo—. Pero déjame decirte varias cosas. —Caminé hacia la mesa y apoyé las manos en ella—: Te crees superior a los demás, te piensas que tienes el poder suficiente para callar bocas y hacer lo que te dé la real gana para tu beneficio… Pero no eres el único que tiene contactos, que puede acceder a personas que solucionan problemas antes de que se lo pidas siquiera, con una precisión inquietante.

»Has abierto la brecha definitiva entre Kilian y tú, cuando sepa, porque lo sabrá, que eres el responsable del gran problema que tiene encima, se enfrentará a ti definitivamente y cortará todo vínculo contigo, aunque ya sea inexistente. No tienes ni puñetera idea de lo que has provocado, seguramente ni te importe, pero me alegro porque te va a explotar en la cara.

»Cuando seas viejo, cuando necesites de alguien, estarás completamente solo, como lo estás ahora. Un padre quiere la felicidad de su hijo a toda costa, por encima de la suya. Eres despreciable. ¿Y sabes qué es lo más gracioso? Que, aunque yo no le dijera nada de esto a Kilian, aunque tuviese que endeudarse para toda la vida, jamás, nunca, vendría a pedirte ayuda, ni hoy en día ni en un futuro. Por muy hundido que esté no eres nadie para él, cortaste la unión que da la sangre por tu actitud y comportamiento a lo largo de su vida.

—En algún momento conseguiré lo que quiero —dijo en tensión, con voz fría y dura—. Me salió mal la jugada con la chica del campin, también con otra de mi total confianza… Pero, te aseguro —apoyó las manos en la mesa también, quedándose en la misma postura que yo— que Kilian vendrá a mí y ya no se alejará. De ti, sí.

Hice todo lo posible para que no viese mi primera impresión llena de sorpresa al escuchar lo de la chica del campin. ¿Se había referido a la tal Andrea? ¿Con la que Kilian tuvo un encuentro sexual? ¿La que lo persiguió hasta el baño para conseguirlo y después lo buscaba por cada esquina?

—Vaya… —Me propuse sonsacarle—. ¿Vas enviándole a Kilian a las chicas que te convienen? Creo que la del campin era… —Hice una pausa, aunque recordaba perfectamente su nombre—. Sí, Andrea, tuve el inmenso placer de conocerla. Y la otra Rebeca. Te tomas muchas molestias para no obtener ningún resultado, debe ser frustrante. A ver si te piensas que Kilian es tonto, eso déjalo mejor para ti.

—Si fuese un buen hijo me lo agradecería, ambas son dignas de ver, no como tú. Querían tener sexo con él, para atraparlo. —Entrecerró los ojos.

—Como si me importara tu opinión sobre mí —sonreí—. Una vez visto el gusto que tienes… Me refiero a tu trabajadora, porque me ha quedado claro lo que estaba a punto de suceder aquí. —Me incorporé despacio—. ¿Cuánto le has pagado al hombre que está en el hospital, para joderle la vida a Kilian?

—No voy a darte la razón en nada, recuerda, estás loca y desquiciada.

—Ni falta que hace, solo tengo que hurgar hasta llegar al fondo del asunto. —Levanté una ceja—. Como bien dices, recuerda, yo también tengo contactos y para tu información, pueden aplastarte en cuestión de segundos. Tan importante que te crees, no durarías nada para ellos.

—Sal de aquí —rugió de rabia.

—Ya me iba, aquí no se respiraba nada bien. Tendrías que pedir que revisen los conductos de la calefacción. —Miré hacia arriba, distraída—. A no, que es por ti —volví a sonreír—. Hasta nunca.

Le di la espalda y caminé despacio hacia la puerta. La cerré de golpe, el portazo debieron escucharlo en toda la planta.

—Veo que ha ido bien, sales muy satisfecha —comentó David, intentando no reír.

—Estupendamente. —Agarré el bolso que me devolvió—. Ya sé todo lo que necesitaba saber. Vámonos de aquí, me pica el cuerpo. —Bufé.

Al final no pudo contenerse y rio, yo no me quedé atrás, me contagió. De esa forma, riendo y llamando la atención del resto de personas que nos cruzamos, llegamos a la zona de los ascensores. No estaba en la planta y decidimos bajar por las escaleras, lo que me vino muy bien para templar los ánimos.

David me llevó a mi piso para que preparara la ropa y todo lo necesario para estar unos días fuera. Cuando me dejó frente al edificio fue hacia el suyo, para hacer lo mismo.

Con una rabia impresionante, llené de cualquier manera la mochila que saqué del fondo del armario. Y con mucha pena, no podía evitar pensar en lo que le iba a afectar a Kilian la información que iba a darle. Aunque no le gustara su padre y rechazara todo contacto con él, no dejaba de ser quien era, y debía de ser un palo muy grande descubrir hasta qué punto ese hombre era capaz de manipular su vida, a su antojo.

Me entraron ganas de llorar y lo hice sin darme cuenta, un buen rato. Me lavé la cara y durante unos minutos me senté en el borde de la bañera, sintiéndome impotente. Me costó digerir la tristeza tan grande que me provocaba todo.

Escuché el sonido de una llamada, pero se cortó rápido. Era el aviso de David, ya estaba esperándome. Cogí una bocanada de aire y salí del baño. Como no me había quitado el chaquetón en ningún momento, solo tuve que coger el bolso y la mochila, y dirigirme hacia la puerta.

—¿Cómo estás? —me preguntó preocupado en cuanto me senté en el asiento del copiloto. Los ojos rojos me delataban.

—Más o menos. —Me encogí de hombros.

Asintió sin insistir. Una vez que se incorporó a la carretera, las sensaciones que me pesaban fueron sustituidas por los nervios de encontrarme con Kilian.

Busqué el teléfono en el bolso y le escribí un mensaje a Glen, diciéndole que acabábamos de salir hacia el campin. Después me lo llevé a la oreja, escuchando los tonos sonar.

—Papá, necesito tu ayuda.

—¿Qué pasa, Evie? —Quiso saber serio.

—A mí nada, es por Kilian.

—Cuéntame lo que sucede.

—¿Tienes tiempo?

—Todo el que necesitéis.

Fruncí los labios conteniendo más lágrimas. Mi padre esperó en silencio, hasta que me recompuse para explicarle lo que había sucedido hoy y días atrás. El contacto de la mano de David me ayudó para sonar serena, necesitaba que mi padre lo entendiera todo muy bien. No obvié ninguna información.

Capítulo 44

Kilian

«*Es complicado, Kilian. No sé cómo va a salir*». Las palabras de mi abogado enturbiaban el paisaje que tenía delante de mí.

Por momentos me sentía superado, agobiado. Por otros, pensaba en que conseguiría salir de todo el asunto, como había hecho anteriormente, enfrentado diferentes situaciones.

Cogí una gran bocanada de aire, llenándome los pulmones de aire libre de contaminación. Me había aislado por completo, donde me encontraba, pocas personas podían acceder. Había ascendido escalando una pared de roca de las más grandes que había por la zona. Era lo que necesitaba, apartarme de todo para poder pensar con claridad.

El problema es que no tardaría en regresar al campin, tenía el tiempo justo para descender con la luz del día, después caería la noche. Llevaba horas en el mismo sitio, sentado al borde del precipicio, sin ganas de moverme.

Con la vista ida hacia delante, empecé a darle vueltas a la cabeza. Me temía que la solución que me daría mi abogado, Darío, no me iba a gustar nada. Me sentía jodido, pero si tenía que jugármela con las otras empresas de la que era dueño, pidiéndome préstamos, no dudaría en hacerlo. Siempre que fuese viable, lógicamente, tampoco se me iba a ir la cabeza hasta el punto de perderlo todo. ¿O sí? Ahora mismo estaba en un punto en el que iba de una suposición a otra.

El campin lo era todo para mí, pocas personas lo comprendían. No es algo que me importara. Fue donde invertí con mayor ilusión, hasta convertirlo que lo que era, un gran atractivo por el que pasaba mucha gente para disfrutar de vacaciones o escapadas, con unas instalaciones inmejorables y unos servicios más de lo mismo.

Cerré los ojos y me centré únicamente en la sensación del viento rozándome la cara. Por unos largos minutos continué así, hasta que me dispuse a bajar. Me levanté, pero antes de empezar, saqué el móvil del bolsillo.

Comprobé la hora que era, todavía tenía tiempo para ir tranquilo. Donde estaba no tenía cobertura, por lo cual no tenía llamadas ni mensajes, los que me habían agobiado desde el día

anterior. Me guardé el teléfono pensando en que Evie tenía que estar preocupada, decidí que al regresar al campin hablaría con ella.

Hasta este momento no me había sentido bien como para hacerlo. Lógicamente me habría hecho preguntas y era lo que no quería, responder. Pero no era justo para ella, por mucho que yo estuviese jodido y no quisiera que me hiciera compañía en mi estado de ánimo.

En fin, que a veces es muy necesario mandar el mundo a la mierda, al menos para mí. Preparé todo el material del que no me había desprendido. Todavía estaba enganchado por el arnés a la cuerda. Al hacerlo la rabia me recorrió de nuevo, no llegaba a comprender cómo mierda algunos de nuestros equipos habían fallado.

Era algo que todos los que trabajaban conmigo y para mí, en los deportes de riesgo, tenían como rutina. La revisión constante y la seguridad nunca se pasaban por alto.

«Pero las cosas suceden, sin más», me dije queriendo borrar el cabreo, para descender lo más relajado posible.

Estaba a punto de empezar, cuando escuché un sonido muy característico. Donde estaba no podía tratarse de otra cosa que…

Me asomé por el final de la pared de roca y vi a una persona escalando. No diferencié el casco de Sergio, era al único que le había dicho dónde estaría durante un largo tiempo. Entrecerré los ojos, miré hacia el cielo. El tiempo corría e iba en mi contra.

—No sé cómo se ha atrevido a ascender a esta hora —murmuré bajando la mirada de nuevo.

El cuerpo fue sumando metros de altura, hasta que me vi en la obligación de llamar su atención.

—Deje de subir, tiene que bajar. La noche está casi encima —le pedí alzando la voz, pero no tanto como para provocar algún pequeño desprendimiento por la vibración.

Quien fuese me ignoró, hasta que…

—¿Evie? —Agrandé los ojos y me quedé con la boca a medio cerrar, sin creerme lo que estaba viendo.

Cuando aseguró su posición y levantó la cabeza hacia mí, mostrándose… «¡Qué mierda!», me dije, sorprendido.

—¡Ya llego! —me avisó y continuó ascendiendo, concentrándose en hacerlo.

—Que ya llega, dice —repetí sacudiendo la cabeza.

En cuanto se agarró al borde con una mano, me agaché para cogerla de la muñeca, haciendo lo mismo con la otra. Tiré de ella, la subí y nos quedamos cara a cara.

—¿Qué haces?

—Es obvio, ¿no? —Rio.

—¿Qué haces aquí? ¿No eres tan experta? ¿No te has dado cuenta de la hora que es?

—Primera respuesta: buscarte. Segunda: por supuesto. Y tercera: perfectamente, pero igual que tú estás aquí arriba y tienes que descender, yo puedo hacer lo mismo —habló mientras aflojaba la cuerda.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Podría decir que soy muy lista cuando me lo propongo, pero la realidad es que en esta ocasión he tenido ayuda —dijo sonriente—. No es justo que tú disfrutes de todo esto, mientras yo te esperaba en mi piso.

—Yo… —Tragué saliva—. Lo siento, iba a llamarte en cuanto bajara. De verdad.

—Pues lo que ibas a decirme, ahora puedes hacerlo en persona. —Ladeó la cabeza hacia un lado—. ¿Cómo estás?

—Me he quedado medio ido. —Sacudí la cabeza.

—Es normal, si puedo encontrarte en un lugar como este, dónde no lo haré. —Rio.

La miré con incredulidad, pero sonriendo, lo que hacía muchas horas que no hacía.

—¿Bajamos y después hablamos? ¿O hablamos y ya no bajamos hasta mañana?

—No estamos bien preparados para soportar el frío que hará aquí en cuanto caiga la noche —negué.

—Pues te sigo. —Señaló el borde de la roca con una mano, invitándome a ir primero.

—Yo el último.

—Otro como David. —Puso los ojos en blanco.

—Voy a asegurar el descenso.

Me acerqué despacio y le rodeé la cintura con mis brazos. Era algo que había deseado hacer desde hacía horas, algo que realmente necesitaba para poder sentirla.

—No te quejes tanto —susurré sobre sus labios.

—Hola —dijo en tono bajo y cerré los ojos apoyando la frente en la suya, sintiendo sus manos por mi pelo.

—Hola —susurré abriendo los párpados, sin separarme—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también.

Buscó mi boca y no tardé en cubrirle la suya con la mía, apoderándome de sus labios con necesidad y deseo. Varios jadeos sonaron amortiguados. La subí por mi cuerpo, sujetándola de las nalgas, mientras mis labios y mi lengua buscaban los suyos sin descanso. Cuando nos separamos nos costaba respirar, nuestros pechos subían y bajan, descoordinados.

—Vámonos —le pedí sin soltarla.

—Si me devuelves a suelo firme… —sonreí de medio lado.

—Si pudiera te mantendría así. —Volví a besarla.

Se aferró con fuerza a mi cuello, con mi erección latente entre nuestros cuerpos. Cuando conseguí separarme de ella iniciamos el descenso. Por suerte Evie controlaba tan bien la situación, que llegamos abajo bastante antes de lo que calculé. Recogimos todo el material en silencio, mirándonos continuamente. Tenía preguntas que hacerle, aunque, obviamente, ella muchas más a mí. Al menos le había dejado claro que la había echado de menos y que la quería cerca. Y tenía gracia, porque yo era el que se había alejado.

Nos colgamos las mochilas con el anochecer encima y empezamos a caminar por el camino de tierra.

—¿Cómo has venido? —le pregunté cuando vi a lo lejos mi todoterreno, no había rastro de otro vehículo.

—Me ha traído David. —Giré la cabeza hacia ella.

—¿También ha venido? —Me sorprendió, pero a la vez como que lo daba por hecho.

—Sí —sonrió agarrándose de mi brazo—. Así que tienes que llevarme de vuelta y espero que contigo cuando lleguemos. —Apoyó la cabeza en mi brazo.

Sobre lo último que había dicho no había discusión. No iba a separarme de ella, ahora que la tenía conmigo. Le di un beso en la cabeza, mientras recorríamos los últimos metros hasta el todoterreno. Guardamos las mochilas en el maletero y nos montamos.

✣ ✣ ✣

—¿Bien? —le pregunté.

Entró en el salón, colocándose bien la parte de arriba del pijama. Acababa de salir de la ducha, yo había aprovechado para entrar el primero en el baño, mientras ella hablaba con Maya.

—Perfecta —dijo sonriéndome.

Se sentó en el sofá, junto a mí, quedándose de cara.

Nada más llegar al campin, nos encontramos con David. Cenamos los tres en el restaurante del hotel en el que, por segunda vez, David iba a quedarse. El abrazo que me dio y el apretón de hombro fue muy significativo. Durante la cena en ningún momento dirigieron la conversación al motivo por el que estaba aquí y por el que me había ido sin avisarlos.

Respetaron mi silencio y lo agradecí, porque antes necesitaba hablarlo con Evie. Había llegado el momento.

—Siento el mensaje tan breve que te envié, pero no me encontraba muy bien y si te hubiese llamado…

—No pasa nada —me interrumpió.

—Sí que pasa. —Sacudí la cabeza—. Lo lamento, me superó todo.

Se movió por el sofá y se sentó encima de mis piernas. De lado, me acarició el pelo.

—Lo entiendo y es comprensible —dijo en tono bajo—. Solo necesitaba saber que tú y yo estamos bien.

—Lo estamos. Te hice prometer que confiarías en mí.

—Y lo he hecho, aunque no voy a negar que por la cabeza me han pasado muchos pensamientos.

Me retiró varios mechones que colgaban hacia la frente y después me acarició una mejilla.

—Es lógico. —Solté el aire de golpe—. Si estás aquí es porque has hablado con Glen o con Salma —asintió.

—Con los dos —me aclaró y sonreí.

—Pues sí que estabas preocupada por mí. —La agarré de la cadera, para pegarla a mi cuerpo.

—Bastante, no entendía nada.

—¿Qué más te han dicho? Para ahorrármelo e ir a otros temas.

Metí la mano por dentro de la camiseta de su pijama y le acaricié la piel del costado.

—Creo que te vas a ahorrar bastante, entre lo que ellos me han contado y lo que yo sé… —Levanté una ceja—. Solo tendrás que aclararme algunos detalles.

—Pues tú dirás.

—Sé que el campin es tuyo, lo que por cierto podrías haberme dicho antes —sonreí—. Y también que tienes varias empresas más. No sé a qué actividad se dedican, pero eso es insignificante. Glen y Salma me explicaron el motivo por el que viniste corriendo, lo que ha sucedido aquí. —Apreté la mandíbula.

—He intentado arreglarlo, pero…

—No lo vas a conseguir por el camino fácil de la negociación —me interrumpió.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Vale, sobre Glen y Salma ya he terminado. Por cierto, ve haciéndote a la idea de que mañana llegan. —Elevé las dos cejas—. Tienes tiempo para recibirlos con honores. —Apreté los labios, imaginé lo que le habían dicho—. Ves, no es tan difícil. —Me dio varias palmaditas en el pecho y terminé riendo. Pero me duró poco la diversión, hasta que volvió a hablar—. Ahora entro en otros temas que no te van a gustar. —Carraspeó, mientras se movía sobre mis piernas.

—A partir de aquí, estoy perdido.

—Me gustaría que continuaras igual. No es nada agradable ser portadora de malas noticias, pero muy necesario. Yo no voy a mantenerte al margen de cosas que te tocan directamente. Nunca me lo perdonaría, ni te lo mereces.

—No te estoy entendiendo.

—He conocido a tu padre. —Me tensé al instante.

—¿Cómo que lo has conocido? ¿Cómo es posible? —Apoyé la mano en su cadera y la presioné un poco.

—El viernes, el día antes de la comida a la que nos invitaron mis padres, pasó algo que no te conté. —Entrecerré los ojos—. Se presentó en mi trabajo, en mi despacho.

Maldije en voz alta, con la necesidad de levantarme para empezar a moverme. A pesar de ello me mantuve quieto para no apartarme de ella, me conformé con soltar de todo por la boca. Evie esperó a que me calmara.

—No sé cómo sabía de mí, ni dónde encontrarme —continuó.

—Por mí te aseguro que no tenía ninguna información.

—Lo sé —me sonrió acariciándome la nuca—. Da igual como lo supiera, el hecho es que llegó con imposiciones.

—¿Qué mierda te dijo?

—Que me alejara de ti. —Bufé pasándome una mano por el pelo—. Tranquilo, no salió muy bien parado. Lo corté rápido, lo que lo alteró.

Sonreí satisfecho al imaginármela en la situación. Me hubiese encantado verla. No, rectifico; nunca debió enfrentarse a mi padre.

—¿Qué le respondiste? —Retomé las caricas en su cadera, por debajo de la goma del pantalón.

—Que te hiciera a ti la misma pregunta, a ver si le gustaba tu respuesta. No igual, pero más o menos. —Se encogió de hombros.

—Perfecto. —Le di un beso rápido en los labios.

—Pero es que eso no es todo. —Se mordió el labio inferior.

—¿Hay más?

—Lo he vuelto a ver, esta mañana.

—¿Te ha buscado otra vez? —siseé.

—No, he ido yo hasta su empresa, con la ayuda de Glen que me ha facilitado la dirección. —Agrandé los ojos—. Antes de que me digas que soy una imprudente, que sufro de locura transitoriaaa… Tengo una buena explicación, aparte, David me ha acompañado. Se ha quedado fuera de su despacho, mientras yo estaba dentro.

—¿Por qué lo has buscado?

—Porque intuía algo y quería saber si era cierto o no. Por suerte ha sido fácil descifrarlo, no miente muy bien porque se piensa que no lo necesita.

—¿A qué te refieres? —La observé con atención, parando las caricias.

—Lo siento, Kilian. —Fruncí el ceño—. Tu padre es el responsable del problema que tienes con el campin.

—¿Cómo? —Me faltó hasta la respiración.

—No lo ha admitido, pero por cómo ha reaccionado sé que ha pagado una buena cantidad de dinero al hombre que sufrió aquí «el accidente», solo para que te denunciara y privarte de la posibilidad de hacerte cargo y remontar. Lo ha organizado todo para que no te quede más remedio que pedirle ayuda, según él de esa forma te quedarías a su merced. —No sé cómo no se me saltaron los dientes con lo fuerte que los apretaba.

»Y hay más. ¿Te acuerdas de Andrea? —asentí despacio, con la sensación de que como me dijera…— Pues se acercó a ti por orden de él, por lo visto conocía de algo a tu padre, al igual que Rebeca, la que fue a tu piso. Esta última ya sabes que tiene relación con él.

—Hijo de… —Me froté la frente.

—Su intención es atraparte como sea, para llevarte a su terreno y anclarte a él.

—Evie, eso jamás va a suceder —susurré cabreado.

—No hace falta que me lo aclares, lo sé. —Me apartó la mano y la sujetó entre nuestros cuerpos—. ¿A qué no sabes cómo se ha referido a mí? —Bufé—. Loca y desquiciada. —Rio, pero a mí no me hizo gracia—. Te advierto que lo he amenazado. —Carraspeó.

—¿Tú? —Agrandé los ojos.

—Es que me lo ha puesto muy difícil para no hacerlo. —Hizo un puchero y esta vez el que me reí fui yo.

No supe si fue por los nervios, por la gracia que me hizo su gesto o sus palabras, pero reí con ganas, haciéndola sonreír.

—Todo estará bien —aseguró en tono bajo.

—Tomaré cartas en todo, pero lo del campin va a ser muy complicado. —Tragué saliva, maldiciendo una y mil veces al que no quería ni mencionar en pensamientos.

—Escúchame. No quiero que te niegues, ¿vale?

—Si lo dices así es mal comienzo.

—Lo digo en serio, quiero ayudarte. Lo necesito.

—No sé… —negué sin saber a qué se refería.

—Tengo dinero ahorrado. —Puso varios dedos sobre mis labios, evitando que hablara—. Bastante. Me gusta invertir, bueno en realidad el que invierte mi dinero es mi padre y se le da genial. Con los años he ido sumando ceros a mi cuenta bancaria y no encuentro mejor momento para gastarlo que ahora. El dinero que no puedas cubrir con tus empresas sin quedarte sin liquidez, te lo daré.

—No.

—Kilian…

—No, Evie. Es mi problema, no el tuyo. Como dices, te ha costado mucho tiempo…

—Me da igual, tú lo necesitas. Sé lo importante que es el campin para ti y no voy a permitir que te arruines para salvarlo. Partiendo de la base de la injusticia tan grande que es. Mi padre también está dispuesto a colaborar, le he explicado todo, incluyendo lo de tu padre. Entre tu dinero y el de nosotros dos podrás hacer frente a lo que sea.

»Aparte, mi padre va a buscar ayuda con varios contactos importantes que tiene, creo que podrán tumbar a tu padre y a sus planes. Estoy segura, por favor, déjanos ayudarte. Te quiero y no puedo permitir que estés mal por la necesidad abusiva de ese hombre, que lo único que quiere es hacerte daño.

—¿Qué has dicho? —La apreté más a mí.

—¿Eh? Muchas cosas. Que no has…

—Lo último que has dicho.

Un rubor precioso cubrió sus mejillas al darse cuenta a lo que me refería. Tan valiente, tan decidida, y a la vez tan vergonzosa en cuanto a sentimientos se refiere. ¿Cómo no iba a enamorarme de ella? Estuve perdido desde el principio de conocerla.

—Lo de, te… —asentí despacio— Te quiero.

Corté la conversación, ya no hubo más palabras. Todo estaba dicho y actuaría en consecuencia, pero en este instante en lo único que pensé fue en besarla con toda la pasión y el amor que sentía por ella. Se apretó a mí jadeando en mi boca, mientras la tumbaba hacia un lado, con mi cuerpo cubriendo el suyo.

Capítulo 45



Evie

Me desperecé en la cama y sonreí. Me dolían todos los músculos, entre la escalada y la noche que había pasado con Kilian, la que iniciamos en el sofá y continuamos en la cama de su habitación…

Me incorporé despacio, mirando el hueco vació de su lado. Alargué la mano para coger el móvil de la mesita de noche y lo encendí. Enseguida me llegó un mensaje.

Kilian: *He salido temprano a dar una vuelta por el campin, para echar un vistazo. Lo tengo por rutina. Ahora estoy con David, nos hemos encontrado, tomado un café y lo he traído para que vea una zona que sabía que le iba a gustar. En un rato regresamos.*

Evie: *Perfecto, disfrutad. Acabo de despertarme, hasta dentro de un rato.*

Añadí varios emojis de besos y fui al baño. En cuanto salí, me vestí adecuadamente, me apetecía recorrer las zonas comunes. Opté por unos pantalones cómodos, una camiseta térmica y un jersey de lana para mantenerme abrigada. Me calcé mis zapatillas deportivas y me recogí el pelo en un moño alto y desenfadado. Antes de salir de la habitación, me puse el chaquetón y guardé el móvil en un bolsillo. No necesitaba nada más en el recinto del campin.

Me paré en la cocina para prepararme un café rápido y me lo tomé mirando por la ventana. No había ni una nube. «Normal», pensé, las copas de los árboles se doblaban hacia un lado. Me dio un escalofrío al pensar en el frío que debía hacer, incluso pensé en no salir, pero al final me animé, aunque fuese para dar una vuelta rápida.

Cuando me terminé el café, cogí la copia de la llave que Kilian tenía colgada al lado de la puerta.

A la mierda el moño, en cuanto salí, el viento me dio de pleno y me despeinó. Subí la cremallera hasta arriba y saqué de un bolsillo una braga para el cuello. Me la coloqué rápido, mientras empezaba a alejarme de la casa.

Si no fuese por el viento, haría un día perfecto, pero el aire cortaba la piel de lo frío que era.

Llegué al hotel para saludar a Lisa, la recepcionista y me entretuve un rato hablando con ella. El día anterior, cuando nos vio a David y a mí, nos recordó y se alegró de que hubiésemos regresado.

Mi amigo se había alojado la noche anterior en el hotel, se negó a venir a la casa de Kilian al ser nuestro reencuentro. Era consciente de que teníamos que hablar y lo que hicimos después, esperaba que no lo tuviese muy en mente, aunque lo mismo daba porque era obvio lo que sucedería entre Kilian y yo. Quiso darnos privacidad, pero antes de dormirnos hablamos de convencerlo para que se trasladara a la casa junto a nosotros, para pasar el resto de los días que estuviésemos. Imaginé que Kilian se lo comentaría al estar juntos.

La vivienda estaba bastante apartada de las zonas comunes del campin, se respiraba una tranquilidad… Me encantó en cuanto entré, era perfecta en dimensiones y decoración. Tenía dos habitaciones, una de ellas con baño privado y había otro al que se accedía por el pasillo. El comedor y la cocina eran un mismo espacio, separados por una barra larga. El sofá se convertía en una cama doble.

Me despedí de Lisa hasta otro momento y paseé un rato sin rumbo fijo, observando las tiendas de campaña a lo lejos y los bungalós hacia el lado contrario.

—Sergio —llamé la atención de uno de los instructores, el que avisó a Kilian de lo que había sucedido en el campin.

—Eh, Evie. ¿Qué tal?

Le devolví el beso en la mejilla. La noche anterior lo vi cuando Kilian me llevaba a su casa. Nos reencontramos después de la semana que pasé con mis amigos.

—Bien, pero con frío. —Reí cuando los pelos que se me habían soltado me cubrieron la cara, por una ráfaga de viento inoportuna.

—Ya lo puedes decir, menudo día —habló divertido, sacudiendo la cabeza—. Esperemos que al mediodía mejore. —Miró hacia el cielo.

—¿Estás liado? —Me fijé en la herramienta de trabajo que llevaba en una mano.

—Voy a despejar varios caminos, no suelen estar muy transitados, pero es necesario limpiarlos. Hoy seguro que nadie se aventura por ellos —me sonrió.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Quieres que Kilian acabe con mi maravillosa vida? —Solté una carcajada.

Nos vio abrazados, mientras Kilian me susurraba al oído, por lo que dio por hecho que éramos pareja. No era una gran deducción, fue obvio. Si le extrañó o no, no mostró nada cuando se paró a saludarme y a hablar con nosotros.

—Tranquilo, te protegeré con la mía. —Le hice un guiño y fue su turno de reír—. No tengo nada que hacer, de verdad que no me importa ayudarte. Kilian se ha ido con mi amigo David, ¿lo recuerdas? —asintió— Pues están por alguna parte, no me ha dicho la zona concreta. Así no me aburro hasta que lleguen.

—Yo pagaría porque me dijeran vete a casa, al hotel, o hasta una tienda de campaña —negó divertido.

—Me van las emociones fuertes —sonreí de forma exagerada.

—De acuerdo, pero solo un rato, ¿vale? Hace mucho frío para estar a la intemperie, yo tampoco me retrasaré mucho porque es una tontería hacer el trabajo por partida doble. Con este aire tendré que volver a las mismas zonas mañana, pero hoy quiero limpiar lo que pueda en los laterales de los caminos. Están cubiertos de zarzas y eso no se va a mover.

—¿Cómo lo haces?

—Arrastrar y agrupar. —Levantó como un rastrillo, ni idea si tenía otro nombre—. Tirar y recoger. —Dio un golpe a un carro que se movía con dos ruedas.

—Vale —asentí.

—¿Segura?

—Sí —le sonreí.

—De acuerdo, ahora vengo. —Me ofreció el rastrillo que sujetaba, pegado al carro había otro —. Voy a por otro de estos. —Señaló el carro.

—No tardes mucho o tendrás que despegarme del suelo —le pedí en alto.

Se alejó riendo, diciéndome que el rastrillo era infalible, lo arrancaba todo.

Me froté las manos con fuerza, les soplé varias veces y me las guardé en los bolsillos.

Sergio no tardó en regresar y agradecí que aparte del carro me diese unos guantes que como comprobé al ponérmelos, abrigaban un montón.

—Gracias.

—No hay de qué —me sonrió—. Vamos —me pidió que lo siguiera.

Coloqué el rastrillo en el enganche del carro y tiré de él, imitándolo. Caminamos un rato, hasta que salimos de las zonas habitadas del campin y nos distanciamos, adentrándonos en el bosque.

—Este camino se suele utilizar para muchas rutas, aparte de que es una vía de acceso para los

forestales.

—Ah, entiendo.

—¿Qué te parece adelantarte unos metros? —Señaló hacia delante—. Por la dirección del viento todo lo que se te vuele vendrá hacia mí. —Reímos.

—Vale.

—Ves mirando hacia arriba, sobre todo si escuchas algún crujido. Es fácil que el aire rompa algunas ramas.

—Tranquilo, estaré atenta.

Caminé con el carro, alejándome. De tirar de él había entrado en calor rápido, más que nada porque el terreno era irregular y tenía que hacer fuerza para que no se me fuese hacia los lados. Lo coloqué en mitad del camino, me giré hacia Sergio que levantó el pulgar hacia arriba y me dispuse a limpiar lo más gordo. Era verdad que con el día que hacía no tardaría en estar cubierto de hojas si quitaba las que había, pero al menos solo sería eso, no como las zarzas que crecían desde los lados y obstaculizaban el paso.

Me dediqué a estirar de ellas con el rastrillo, perdí la cuenta de cuántas arranqué y metí en el carro. Cuando llevaba un buen rato, me retiré el sudor de la frente, y mira que hacía frío porque el viento no había aflojado ni un poco. Me giré para mirar a Sergio, pero no estaba en el camino, se había desplazado hacia la derecha, luchando con unas ramas.

Me apoyé en el palo del rastrillo, observando toda la hilera de zarzas que había que quitar. Me entraron ganas de llorar, había trabajo para varios días porque nos separaba mucha distancia hasta el campin. Miré en la dirección contraria, pensando hasta dónde tendrían que despejar el camino. Como fuese hasta el final…

Solté un suspiro y al coger una bocanada de aire noté algo raro, algo diferente que activó todos mis sentidos. Miré hacia el cielo, sin diferenciar nada raro, pero el olor… Me giré hacia la izquierda, asustada. Unas llamaradas de fuego se alzaron por encima de mí. Agrandé los ojos y retrocedí.

—¡Sergio! —grité para llamar su atención.

—¡Me acabo de dar cuenta! ¡Sal de ahí Evie!

—Mierda —siseé, sin poder dejar de mirar el naranja intenso del fuego.

Continué retrocediendo de espaldas, con tan mala suerte que no me acordé de las puñeteras zarzas. Los pies se me enredaron en ellas, por suerte los pantalones eran gruesos. Aunque sentí las punzadas, amortiguaron mucho la sensación. El problema fueron las manos, las dichosas manos otra vez. Caí de culo y, como no, las apoyé por instinto en las zarzas. Solté un quejido. Las levanté viendo sangre en ellas, pero por suerte solo tuve que sacarme varias espinas. «Podría

haber sido peor», me dije.

Me levanté de un salto, con cuidado de salir de la zarza.

—¿Sergio?

Lo vi corriendo hacia mí. Grité y solté un jadeo, cuando una cortina de fuego nos separó. Hizo de barrera entre los dos en cuestión de segundos y vi a través de ella cómo Sergio casi se cae al frenar en seco.

—Mierda, Evie. Sal de una puñetera vez de ahí, te vas a quedar acorralada —gritó desgarrándose la garganta.

—¿Hacia dónde? —Giré en redondo y tragué saliva, no vi ninguna salida.

—En diagonal, voy a intentar dar un rodeo para llegar hasta ti. Ten cuidado, no pierdas de vista las llamas, con el viento que hace son muy inestables y pueden llegar tan rápido que no puedas reaccionar. ¡Corre! ¡Corre!

Lo hice, forcé las piernas al máximo, en una carrera a contrarreloj, con la cabeza girando hacia todos los lados y hacia atrás, para controlar cómo avanzaba el fuego.

No quería pensar en lo peor, me dio por pensar en el frío, quería sentirlo, congelarme si hacía falta. Eso no me mataría, no como las llamas que corrían hacia mí.

—Kilian… David… —Jadeé nerviosa, sin aminorar la velocidad.

La negrura me rodeó, tosí por el humo denso que corrió más que las llamas. En unos instantes de lucidez pensé en el campin y recé para que alguien hubiese dado la alerta para desalojarlo y que hubiese llamado a los bomberos. Con lo rápido que se comía el terreno…

Me retiré las lágrimas de los ojos, con rabia. Hasta ese momento no me di cuenta de que resbalaban por mi cara.

—En diagonal, ¿Sergio? —pregunté a la nada.

Me había dado la única salida que tenía en ese momento, pero yo no la veía por ningún lado, cada vez me adentraba más en el bosque y eso suponía más vegetación viva para arder.

Tampoco tenía otra opción, así que continué forzando las piernas, sin pensar en nada más que correr más que el incendio que el viento azotaba con fuerza y furia.

Capítulo 46



Kilian

—¿Evie te ha contado lo que va a hacer Mateo para ayudarme? ¿Lo de sus contactos y lo que quieren hacer ambos con el dinero? —le pregunté a David, desviando la vista de la carretera.

Ya íbamos de vuelta hacia el campin, después de casi dos horas desde que salimos de él.

—Sí, estoy al día de todo —sonrió.

—Aún no he aceptado, sé que a Evie le dolerá si lo rechazo. —Sacudí la cabeza.

—No seas tonto, Kilian. Pueden ayudarte, y si necesitas mi apoyo cuenta con él también. Yo no tengo tanto capital, pero no me puedo quejar.

—Sí hombre, solo faltaba que te añadieras a la lista. —Lo miré de reojo.

—Lo que tú digas, pero voy muy en serio.

—Lo sé y te lo agradezco, de verdad. Pero bastante me cuesta asimilarlo todo. —Me pasé una mano por el pelo.

Entrecerré los ojos al salir de una curva, viendo un humo denso a lo lejos.

—¿Qué es eso? —preguntó David, al darse cuenta también— No jodas que…

—Mierda. —Pisé más el pedal del acelerador por la carretera de curvas.

—¿En qué dirección calculas que está? Aproximadamente.

—Hasta que no me acerque más no lo sé —apreté el volante—, pero si no me equivoco, bastante cerca del campin.

—Joder.

Con los controles del volante busqué el número de Sergio. Los tonos de llamada sonaron sin obtener respuesta. Maldecí y buqué el de la recepción, esta vez sí que descolgaron.

—Buenos días, dígame.

—Carmen, soy Kilian. Estoy regresando y desde la carretera se ve una nube de humo negra. ¿Ha llegado ahí o la ves lejos?

—¿Qué me dices? —Jadeó—. Espera.

Escuché cómo arrastraba la silla, imaginé que para salir a ver lo que le había dicho. Tardó unos minutos que se me hicieron largos.

—Kilian, lo veo. La tenemos casi encima.

—Activa la alarma y el protocolo de seguridad para desalojar el campin. Avisa por los megáfonos de que todos tienen que abandonar la zona lo antes posible. Remarca que nadie se pare a recoger sus cosas, que se lleven consigo solo lo necesario.

—Enseguida.

—No quiero a nadie dentro, que corra la voz entre los trabajadores.

—Sí, ahora me pongo a ello —dijo nerviosa.

—Mantén la calma, pero actuad todos rápido. Hace demasiado viento como para que sea controlable y predecible.

—Tranquilo, lo sé.

—Carmen, localiza a Evie.

—Será difícil.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha ido con Sergio, lo iba a ayudar a despejar varios caminos, al menos una parte de ellos. Me lo ha dicho él cuando ha venido a por un segundo carro.

—Mierda. —Golpeé el volante—. ¿Cuándo ha sido? ¿Cuánto hace? ¿No han regresado?

—Hará un poco más de una hora y no, todavía no han vuelto.

—Antes de nada, llama a los bomberos —le pedí en tensión.

—Vale. Adiós.

La llamada se cortó y mi intranquilidad aumentó. Sabía perfectamente cuál era la zona a la que había ido Sergio. La distancia que habría recorrido no, pero conociéndolo, bastante para quitar lo que obstaculizaba los caminos.

—¿Dónde está Evie? —me preguntó preocupado David.

—No lo sé. —Sacudí la cabeza.

Me acordé de que mis amigos llegarían hoy y llamé a Glen. Ya venían de camino y le conté de forma precipitada lo que estaba sucediendo. Les pedí que se quedaran en el pueblo de antes de llegar al campin, los necesitaba lejos de aquí. Se quedaron muy preocupados, pero no tuve tiempo para pararme a tranquilizarlos.

Agradecí inmensamente dejar las curvas atrás. Pisé a fondo el pedal, viendo la mancha de humo cada vez más intensa, conforme acortábamos la distancia con el campin.

Volví a marcar el número de teléfono de Sergio, pero obtuve el mismo resultado: nada.

David se mantuvo en silencio y en tensión, siguiendo con la vista hasta donde alcanzaba la negrura. En poco tiempo se convirtió en noche. Al aproximarme al campin vi los coches salir en fila.

—Al menos lo están evacuando —susurró David.

—Lo harán rápido, el sistema de seguridad es efectivo —le confirmé.

A pocos metros de llegar giré el volante hacia la izquierda y crucé el carril contrario. El todoterreno empezó a dar botes por el terreno irregular. Evité acercarme a la salida del campin, para que los coches no me obstaculizaran el paso, ni yo a ellos. Todavía quedaban muchos por salir.

Fui campo a través, hasta que paré el motor antes de llegar al estacionamiento. Nos bajamos del coche y corrimos hacia la recepción. Nos la encontramos vacía, Carmen debía estar corriendo de un lado para el otro, para asegurarse de que las zonas iban quedando despajadas, igual que debían estar haciendo el resto de mis trabajadores.

El caos se había desatado, había personas gritando y corriendo hacia sus vehículos. Me giré hacia David.

—Sal de aquí —le pedí.

—No pienso irme sin vosotros. —Frunció el ceño.

—No me jodas, David. No es una sugerencia, el puñetero incendio viene hacia aquí, ganando terreno por cada segundo que pasa, por el viento que hace. Es en esta dirección.

—Me da igual, hasta que no encontremos a Evie…

—Voy a ir a por ella y a por Sergio. —Le apreté un hombro.

—¿Estás loco? ¿Cómo vas a ir hacia el fuego? Le has dicho a la recepcionista que es muy inestable y si te pilla…

—No va a pillarme.

—Ja, a ver si te piensas que me chupo el dedo.

—Puedo prever la dirección si lo analizo bien, estoy preparado para esto, pero tú no. Quiero que te alejes de esta zona, los bomberos solo tardarán minutos en llegar. La base está en el pueblo más cercano y no hay mucha distancia hasta él. David, hazlo por Evie.

—No me toques los cojones mencionándola. —Se pasó las manos por el pelo.

—Pues siento tocártelos, pero lo hago. Soy el principal responsable de todas las personas del campin.

—De mí no lo eres —negó—. ¿Cómo vas a intentar localizarlos? —me preguntó nervioso y preocupado.

—Conozco la zona como la palma de mi mano, iré en *quad* para ser más rápido y porque hay zonas en las que no se puede acceder con otro vehículo, a no ser que sea una moto. Necesito el *quad* para traerlos a los dos de vuelta.

—Joder —soltó un pequeño grito.

—Llévate el todoterreno para que no tengas que ir al hotel a buscar la llave de tu coche. —Se la puse en las manos.

—Kilian… —Tragó saliva.

—No pararé hasta encontrarla —asintió.

—Ten mucho cuidado —sonreí, aunque mis ánimos no estaban para tanto hice un esfuerzo hacia él.

—Lo tendré. Mantente atento al móvil.

—No voy a separarme de él.

—Vete —lo insté a que se moviera.

Soltó el aire de golpe, maldijo varias veces más, y salió corriendo hacia el todoterreno. Lo vi alejarse durante unos segundos, pero yo también empecé a correr en dirección contraria, hacia donde guardábamos los *quads*.

Salí a toda prisa montado en uno. Silbé hacia los trabajadores que fui encontrándome, los que me dijeron con gestos que ya no quedaba nadie en las zonas en las que los vi, y que se iban.

Por esa parte me quedé tranquilo, solo faltaba que la caravana de coches consiguiera llegar a la carretera para que se largaran. Aceleré a la vez que miraba hacia el cielo, la negrura cada vez era más intensa, señal de que tenía el fuego casi encima.

Sorteé árboles, evité los caminos y a lo lejos, después de recorrer varios kilómetros, divisé a Sergio corriendo.

—¡Sergio! —grité, para después hacer sonar la bocina.

Se paró de golpe. Cuando se estabilizó miró hacia los lados, hasta que me localizó. Empezó a correr hacia mí, mientras yo continuaba avanzando hacia él.

—¿Cómo estás? —le pregunté recorriendo su cuerpo con la vista.

—Bien, pero Evie… Lo siento, Kilian. Se empeñó en acompañarme y el fuego nos sorprendió. Llegó tan rápido… Yo estaba al contrario de la dirección del viento y no detecté el humo hasta que tuvimos las llamas encima —habló acelerado.

—Tranquilo. Sube.

Lo hizo rápido y aceleré para continuar.

—¿En qué punto has perdido a Evie?

Me indicó la zona y la visualicé perfectamente en la cabeza. Aceleré al máximo. Una pared de fuego inesperada me hizo girar el manillar de golpe. Tuve que separarme de ella y rodearla.

—¿Evie? ¿Me oyes? ¡Soy Kilian!

—¡Evie! Joder, no se ve nada, cuesta respirar y el calor es insoportable.

—Saca de detrás dos pañuelos. Los he mojado para taparnos la nariz y la boca.

—Voy. —Se giró en marcha.

Sergio se encargó de ponérmelo para no perder tiempo, después se lo colocó él. Vimos los primeros camiones de bomberos acceder a la zona, circulando a través de la vegetación. Habían salido de la carretera como hice yo. En cuestión de segundos, se desplegaron con las mangueras.

Pasé de largo de ellos, escuchando sus gritos de advertencia, llamando mi atención. Mirando como un loco todo lo que nos rodeaba, por fin me pareció distinguir algo en movimiento.

—¿Evie? —grité— Gracias a Dios. —Solté todo el aire que había estado retenido.

Se paró de golpe y giró, buscándonos. Como Sergio, empezó a correr hacia el *quad*.

Frené y me bajé de un salto, corriendo hacia ella.

—¡Kilian! —Se lanzó a mis brazos—. Oh joder, no salgo de una y me meto en otra —dijo con la cabeza escondida en mi cuello, temblorosa.

—Me estoy empezando a preocupar, ¿eh? Tienes muy malas costumbres.

Ninguno de los dos nos reímos, simplemente nos abrazamos con fuerza.

—Tenemos que salir rápido de aquí. —La agarré de la mano y tiré de ella—. Quédate donde estás, detrás —le pedí a Sergio, mientras me montaba y aceptaba el pañuelo que me dio—. Ponte delante de mí, Evie.

—¿Vas a poder conducir?

—No queda otro remedio, ¿no crees? —Levanté una ceja.

Bufó nerviosa y se colocó entre mis piernas. Le cubrí la nariz y la boca con el pañuelo húmedo y se lo até detrás de la cabeza.

—Agárrate del manillar, no te sueltes.

—¡Qué gracioso! Para soltarme estoy.

Sergio rio, pero fue más por los nervios porque estaba igual que nosotros.

—Kilian… —Alzó la voz para que la escuchara, mientras nos alejábamos de la zona.

—¿Sí?

—¿El campin?

—Me importa una mierda el campin ahora mismo, ya tengo lo que quería.

—Eso ha sido muy bonito. —Jadeó.

—Me alegro de que te haya gustado, más que nada porque es la verdad.

—Me estáis emocionando, voy a llorar —comentó Sergio.

—Como me llenes la espalda de mocos el resultado va a ser peor que el de las llamas —le advertí.

Al final terminamos los tres riendo, mientras yo intentaba controlar la dirección del *quad* por el terreno irregular.

✣ ✣ ✣

—Lamentamos las pérdidas —me dijo uno de los bomberos que había colaborado a apagar el fuego.

—No son tantas como pensé en un principio —comenté pensativo.

—Has tenido suerte de que el viento cambiara de dirección.

—Sí —asentí.

—Lo importante es que no ha habido heridos ni fallecidos. Enhorabuena, habéis sabido reaccionar rápido.

—Gracias.

Me despedí de él y recorrí con la vista la pequeña parte que se había quemado. Pues sí, tenía que dar gracias por muchas cosas, la principal por lo que había dicho el bombero. Las vidas no podían compararse a lo material. Eso estaba por encima de todo; y segundo, por la gran suerte de que el viento cambiara de dirección, antes de que el fuego arrasara con todo a su paso.

—Kilian. —Me giré hacia César.

Era el jefe del cuerpo de bomberos del pueblo y también un buen amigo mío, siempre se quejaba de que nunca me pasaba a visitarlo, especialmente desde la última vez que nos encontramos.

—Hola. —Le devolví el abrazo.

—Me alegro de que dentro del caos, todo esté bien —asentí.

—Gracias.

—He investigado lo que me pediste en cuanto nos vimos.

—¿Y?

—Creo que has acertado en tus dudas y en tu suposición. He enviado a una persona de confianza al hospital, pero el hombre que sufrió el accidente aquí, el mismo que ha denunciado al campin, ya no estaba. He hablado con un amigo policía y hemos tenido suerte, un radar lo sitúa muy cerca de esta zona, alejándose. Por la hora que ha sido es muy probable que él haya provocado el incendio, le dieron el alta ayer. Según los doctores estaba perfectamente.

Apreté la mandíbula, en tensión.

—Lo siento, tío. —Me apretó un hombro—. Lo sabremos seguro.

Le había explicado con quién relacionaba ese hombre: con mi padre.

—Tranquilo.

—¿Si puedo hacer algo más por ti?

—Ya has hecho bastante, César. Te lo agradezco igualmente.

—Cualquier cosa me dices, ¿vale?

—Estarás informado —asentí.

—Date por satisfecho, tienes con qué hundir a tu padre. En cuanto den con este hombre lo contará todo.

—Estoy deseando que suceda —sonreí de medio lado.

—No me cabe duda, que lo disfrutes. —Me hizo un guiño.

Nos despedimos con otro abrazo. Me pasé las manos por el pelo, con una sensación agridulce.

Me dirigí hacia la casa. La gran mayoría del campin se había librado de un final desastroso.

—¿Ya puedes descansar? —me preguntó Evie en cuanto entré.

Estaba sentada en el sofá, junto a David.

—No estoy cansado —sonreí acercándome a ellos.

—No has parado en dos días, ¿y no estás cansado? —Levantó una ceja.

—Si me dices que te metes en la cama ahora mismo conmigo, cambio la respuesta rápido.

David rio, de mi cara no se borró la sonrisa, al ver la de Evie.

—¿Qué te han dicho los bomberos? —me preguntó preocupada.

Cogí una bocanada de aire y lo solté de golpe.

—Dentro de poco lo tendremos. —Al ver sus expresiones continué.

Les expliqué la conversación que había tenido con mi amigo César, el jefe de los bomberos. Habría enmarcado sus caras de satisfacción, pero me conforme con recrearme en ellas.

—Kilian… —Se levantó Evie—. No sabes cómo me alegro. —Me acarició el pelo—. ¿Sabes lo que significa? —asentí, pero aun así…— Tu padre no va a poder hacer nada para librarse de la que le va a caer encima —me sonrió de oreja a oreja—. Le has ganado, por fin podrás estar

tranquilo. La denuncia quedará anulada.

Le rodeé la cintura con un brazo y la pegué a mí.

—Le hemos ganado —la rectifiqué susurrándole sobre sus labios—. Te quiero. —Se los lamí.

—Te quiero.

—Vale, ahora es cuando os doy la enhorabuena y me voy corriendo a encerrarme en la habitación —intervino David, incorporándose—. Por favor, dadme tiempo antes de que os quitéis la ropa.

Soltamos los tres una carcajada, mientras él desaparecía para darnos privacidad.

—Tenemos dos horas antes de que lleguen Glen y Salma. —La agarré de las nalgas.

—Tentador. Vamos. —Me agarró de la mano y corrió hacia la habitación.

Volvimos a reír y así continuamos cuando nos encerramos en ella.

Esto era lo que quería en mi vida, era todo lo que necesitaba para ser feliz.

Epílogo



Nueve años más tarde…

Evie

—¿Quieres ir más despacio? —me gritó Kilian.

—No. —Reí—. Eres tú el que vas muy lento.

Giré unos segundos la cabeza hacia él, sacándole la lengua.

—¿Sabes que en algún momento tienes que parar? Cuando lo hagas te vas a enterar —me advirtió, pero en tono divertido.

—¿Eso es una amenaza? —Jadeé fuerte, haciéndome la indignada.

—Ese sonido precisamente vas a hacer, junto a otros más, y no voy a parar de escucharlos todo el tiempo que me dé la gana.

—Me encantaaa… —grité moviendo los pedales más rápido.

Escuché sus maldiciones lejanas y volví a reír. Llevábamos cuatro días en Escocia, habíamos venido para visitar a Sofía, la madre de Kilian, y a sus tíos, con los que vivía ella. Y, ni más ni menos, íbamos montados en dos bicicletas, haciendo una ruta que Kilian había querido enseñarme.

El camino estaba completamente despejado y asfaltado, lo que nos rodeaba eran explanadas verdes inmensas. Al acercarme a la ciudad, reduje la velocidad para esperarlo. No me había alcanzado porque no se lo propuso, sabía que estaba disfrutando de verme.

Cuando se detuvo a mi lado, le sonreí y me dejé llevar por el momento, disfrutando y saboreando sus labios al recibir el beso que me dio, acercándome a él con una mano en la nuca.

—Eres una temeraria —susurró.

—Nada que objetar sobre eso. —Le di un último beso rápido.

Sacudió la cabeza con una sonrisa juguetona mientras me colocaba bien el gorro rojo que llevaba. Me había dejado el pelo suelto y se movía con cada movimiento, y más con tanta velocidad. La temperatura era perfecta, ni frío ni calor. Para montar en bici, me había puesto una cazadora de cuero marrón claro, que era más que suficiente. Kilian, por su parte, llevaba otra en color negro, estaba… Bah, ya os hacéis una idea: impresionante.

Volvimos a pedalear al mismo tiempo, sin separarnos. Llegamos a la ciudad de Inverness. Me encantaba; la primera vez que vine con Kilian, me enamoré al descubrirla, al igual que de todos los alrededores. Cada vez que veía a mi suegra, no podía evitar darle las gracias por vivir aquí, lo que siempre la hacía reír, al igual que a los tíos de Kilian.

Teníamos unos diez minutos hasta llegar a la casa donde ellos vivían, en ella estaban esperándonos junto a nuestros dos hijos: Mariam y Evan, que tienen siete y cinco años. Me llevo genial con la madre y los tíos, y disfruto mucho tanto de nuestras visitas a su casa como de cuando ellos vienen a pasarse unas largas semanas con nosotros. Siempre que Cameron, el tío de Kilian, puede coger unos días libres y alargarlos, los tenemos con nosotros en España. La verdad es que son tres personas encantadoras y de gran corazón. ¿Qué más se puede pedir?

Recorrimos el centro de Inverness sin prisa, disfrutando del ambiente y de las vistas. Las miradas cómplices no faltaron.

Vivimos en la casa de Kilian, ya que los pisos los vendimos. Nos trasladamos a ella porque es mucho más grande y porque la verdad, variaba una barbaridad de vivir en un piso. Para Kilian, la libertad de poder disponer de zonas al aire libre es importante. El motivo por el que se fue de ella fue por su padre, para desaparecer de su alcance. No tuvo mucho éxito, pero eso ya es pasado.

La casa tiene un gran jardín que rodea la edificación de dos plantas de altura. Con los años, decidimos hacer una piscina porque con todo el espacio que había, era una pena no tener una para poder disfrutarla. Sobre todo, de noche, como nos gusta a Kilian y a mí, con una copa de vino y música muy suave de fondo. Mientras nuestros hijos duermen, ese es nuestro momento, el que disfrutamos de muchas maneras. Sí, imagináis bien, poco falta, cuando se da, para que el agua burbujee por la temperatura de nuestros cuerpos.

Nos casamos un año después de regresar a la ciudad del campin, cuando sucedió lo del incendio. Por cierto, como ya sabéis las pérdidas fueron mínimas, por suerte. A nuestra boda no faltaron todas las personas que queríamos: nuestros amigos íntimos, mis padres, la madre de Kilian y sus tíos, como también todos los trabajadores del campin, en los que destaco: Lisa y Carmen, las recepcionistas; Sergio, Nicolás y Paula, los instructores, con varios más que conocí. César, el amigo de Kilian bombero y varios de sus compañeros del cuerpo, a los que conocía Kilian, no quisieron perdérselo. Carlos también estuvo, nuestro vecino que vivía entre nuestros dos pisos. Como Magda, mi compañera de trabajo.

Fue una celebración preciosa y la disfrutamos al máximo. Decidimos hacerla en el campin, al aire libre, y los recuerdos que atesorábamos son inmejorables. Durante aquellos días el campin cerró al público, solo reservado para los invitados y, como no, para nosotros, los recién casados.

El campin sigue en pie, con Kilian mimándolo constantemente. También se dedica a sus otros negocios, pero su corazón está en un entorno en el que se respira vida y libertad. Yo continúo desarrollando mi trabajo.

Ahora entro en una parte que no me gusta recordar, pero que es necesario para cerrar el círculo. Al final se descubrió que el incendio fue provocado y quién fue el responsable. La suposición que hizo Kilian fue cierta, el mismo hombre que supuestamente tuvo el accidente realizando una actividad, el que estaba perfectamente y, aun así, denunció al campin, fue la mano que lo inició. La policía no tuvo problema en sacarle la información, una vez que lo detuvieron para interrogarlo. El padre de Kilian quedó en evidencia, lo acusó directamente. Ese hombre le dijo a la policía que le pagó para hacer ver que había tenido un accidente y posteriormente para denunciar al campin por una cantidad desorbitada de dinero. Como también, que fue el padre de Kilian quien le pidió, pagándole más dinero, que provocara el incendio para hacer desaparecer el campin. La ley cayó sobre ellos, más sobre el padre de Kilian. El hijo lo denunció, y eso sumado al arresto que llevó a cabo la policía por varios delitos graves, porque una vez que lo investigaron salió de todo lo inimaginable, lo sentenciaron a cumplir diez años de cárcel. No teníamos ni idea de si había salido ya, poco nos importaba con tal de no verlo nunca más. De lo que sí estábamos informados es de que su imperio, la empresa a la que se aferraba, cayó en picado provocándole muchas pérdidas. Tuvo que vender las viviendas de las que era propietario, pero, ni aun así, le llegó para cubrirlo todo. Supongo que hoy día todavía acarreaba con las deudas, vete a saber, dónde estaba. Ni lo quería saber, ni me importaba. El karma existe, y nunca me alegré tanto por ello. Lógicamente la denuncia que recayó sobre el campin quedó anulada al instante.

Sobre mis padres… ¿Qué voy a decir yo? Los amo. Continúan tan unidos como siempre, con sus tiras y afloja, pero también con sus caricias y mimos que delatan el amor que sienten el uno por el otro. Son unos abuelos orgullosos y unos pilares muy importantes para Kilian y para mí.

Ahora os hablaré de nuestros amigos, de cómo todo se lio tanto que terminaron enredados. Las cosas de la vida, del destino o como queráis decirlo.

Durante los días que estuvimos en el campin, después de lo del incendio, David y Salma acortaron las distancias que mantuvieron hasta ese momento. Fue progresivo, ninguno de los dos tuvo prisa, pero es innegable que aquellos días marcaron un antes y un después para los dos. Varias zonas del campin se convirtieron en el escenario perfecto de besos furtivos, miradas cómplices y descubrimientos ante la sorpresa de ambos. Mi inseparable amigo David y una de las personas más importantes para Kilian, Salma, contrajeron matrimonio tres años más tarde. Tienen un hijo de cuatro años, Kevin. Han formado una familia preciosa, en la que el amor predomina por encima de cualquier cosa. Salma está embarazada de seis meses y pronto daremos la bienvenida a otro miembro de la familia.

Referente a Maya y a Glen, voy a empezar diciendo que ella lo picaba cada vez que lo veía, durante los primeros meses. Mi amiga no perdía la oportunidad de decirle que no podían ser los únicos amigos que se habían quedado fuera del juego de la pasión. Por aquel entonces, Glen se reía cada vez que la escuchaba, aunque es verdad que sus miradas lo delataban. Y bueno, entre pique y pique, pues… Al cabo de varios meses empezaron una relación que, hoy día, todavía perdura. Son una pareja que se complementa a la perfección. Se casaron en Las Vegas, en un viaje exprés que hicieron. Después celebraron una boda más oficial en España, junto a todos sus

familiares y amigos. Tienen dos niñas mellizas, Lucía y Diana, dos torbellinos encantadores de cinco años.

Este es el resumen de todo lo que ha sucedido en estos nueve años, uno que esperábamos continuar ampliando hasta el fin de nuestros días.

Abracé a Kilian cuando nos bajamos de las bicicletas, frente a la puerta de la casa de sus tíos.

—Eres el mejor hombre del mundo —susurré en su cuello.

—Detrás de un buen hombre, siempre hay una mujer maravillosa.

Reí contra su piel.

—¿Por qué no puedes aceptar un halago sin devolvérmelo? —Me separé para mirarlo a los ojos.

—Lo acepto, pero lo que es, es —me sonrió—. Te amo. —Me acarició la nariz con la suya.

—Te amo. Me volviste loca desde que te conocí.

—Lo sé. Poco faltó para que me cayera en la gasolinera, por la botella de agua.

—¡Serás creído! —Jadeé, provocando que soltara una carcajada—. Pues no es verdad. —Arrugué la nariz.

—Mentirosa.

Ya está, ya me había ganado con esa dichosa palabra susurrada sobre mis labios.

Compartimos un beso que me transportó a un sinfín de momentos compartidos, llenos de amor, lujuria, deseo y pasión. Era como si cada segundo de nuestras vidas estuviera conectado, y para mí, Kilian es esa pieza clave que completa mi felicidad. Saber que él siente lo mismo por mí es lo único que necesito para sentirme la mujer más afortunada del mundo.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu